

BRIAN FREEMAN

SIN MEMORIA

Lectulandia

Antes de morir, su madre le dijo a la pequeña Cat que sólo se fiara de una persona en el mundo: el detective Jonathan Stride. Años después, Cat es una adolescente de apariencia angelical, pero que carga con una historia de violencia, prostitución y drogas.

Ahora Cat huye por su vida: en su pasado se esconde la clave de una verdad que alguien trata de mantener oculta al precio que sea. Stride se siente en deuda con la chica, ya que fue incapaz de proteger a su madre. La acoge en casa, a pesar de las dudas y del peligro. ¿Dice la verdad Cat? ¿Puedes confiar en una joven inestable que vive aferrada a un cuchillo y ha pasado lo inimaginable? La apuesta de Stride, como siempre, es a vida o muerte.

«Un thriller intenso, de esos que piden que los leas de un tirón». BookPage.

Lectulandia

Brian Freeman

Sin memoria

Jonathan Stride 6

ePub r1.0

Titivillus 16.01.16

Título original: *The Cold Nowhere*

Brian Freeman, 2013

Traducción: Begoña Prat Rojo

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Marcia

Prólogo

A pesar de los regueros de sangre que le cubrían el rostro, rabiosos como pinturas de guerra, el hombre que yacía sobre la cama aún respiraba. No había logrado matarlo.

Estaba tendido de espaldas, entre un revoltijo de sábanas. Su camisa desabrochada dejaba al descubierto un pecho liso, pálido como el invierno y lampiño. Tenía los pantalones bajados hasta los tobillos, y olía a humo de puro y a colonia. La botella de *whisky* que había abierto estaba volcada sobre el suelo del viejo camarote y empapaba de Lagavulin la moqueta verde esmeralda. Su mano seguía sujetando un vaso de cristal. El golpe lo había cogido por sorpresa y lo había derribado.

Cat deslizó un vestido de cóctel con estampado de flores sobre su cuerpo desnudo. Quería largarse antes de que él se despertara. Cogió una de sus botas camperas del suelo; el tacón, allí donde había golpeado la sien del hombre, estaba manchado de sangre. Se calzó un pie y el cuero acarició su pantorrilla. Sus piernas eran flexibles y suaves; piernas jóvenes para una chica joven. Metió la mano en la otra bota, recuperó la cadena con el anillo de su padre y se la pasó por la cabeza. Se atusó la melena castaña, volvió a meter la mano en la bota y cerró los dedos alrededor del mango de ónice de un cuchillo.

Fuera donde fuera, hiciese lo que hiciese, Cat siempre llevaba consigo un cuchillo.

Se vio embargada por el deseo —colosal e intenso como un *tsunami*— de desenvainar la hoja y hundirla en el torso del hombre que yacía en la cama, de atravesarle la piel y los huesos hasta alcanzar los órganos. Blandirla y dejarla caer. Una y otra vez. Treinta. Cuarenta. Un frenesí. Sabía qué aspecto tendría cuando terminara: destripado y muerto como un cerdo. Se veía a sí misma salpicada con la sangre del hombre, como uno de los grafiti del cementerio.

Había visto antes aquel cuadro. Sabía qué hacían los cuchillos.

Cat escondió la hoja en la bota y dejó al hombre allí, inconsciente. No merecía la pena matarlo. Las imágenes que cruzaban por su mente como fuegos artificiales le provocaron náuseas. Se dirigió al baño, se dejó caer de rodillas sobre el suelo de baldosas y vomitó en el váter. Tiró de la cadena y, cuando recuperó el equilibrio, se apresuró a bajar los escalones y escapó. Los elementos la asaltaron de inmediato.

Se encontraba en la cubierta del enorme carguero *Charles Frederick*, pero no en mitad de las aguas. Aquel barco ya no surcaba los mares. Se trataba de una pieza de museo, apartado de las aguas abiertas del lago Superior y conservado en un estrecho canal en el corazón del barrio turístico de Duluth. La larga cubierta, del tamaño de dos campos de fútbol de acero rojo, se mecía bajo sus tacones. El barco gemía como un ser vivo. El viento que soplaba desde el lago le alborotó el pelo y hundió sus fríos dedos bajo su vestido. En Duluth, tras la puesta de sol, en los primeros días del mes de abril seguía siendo invierno.

Las gotas heladas de humedad que flotaban en el aire nocturno se posaron en su

piel. Se abrazó el cuerpo tembloroso y deseó tener un abrigo. Los tacones repiquetearon sobre la cubierta mientras, sintiéndose sola y pequeña, avanzaba junto a la barandilla, a dieciocho metros por encima del agua. Miró hacia abajo y sintió vértigo. Sus ojos se movían a la velocidad de un pájaro, atentos a las sombras y a los escondites que la rodeaban. Nunca estaba a salvo.

Cat localizó una escotilla con escalones húmedos y empinados que llevaban a una habitación interior, una especie de celda de metal gris, con enormes remaches en las paredes, oscura y vacía.

En la pared más alejada, la nieve se colaba a través de una puerta abierta. Exhaló un suspiro de alivio: lo único que tenía que hacer era bajar a tierra a toda prisa y echar a correr. Apresuró el paso hacia la puerta, se detuvo en la pasarela y estudió con nerviosismo la calle desierta a los pies del barco. Sus tacones estaban hundidos en la nieve, sobre un descansillo metálico. Se apartó los copos de los ojos y parpadeó.

Entonces se quedó paralizada. Incluso con aquel frío de mil demonios, el sudor le envolvió el cuello como un manto de miedo. Retrocedió hacia las sombras para ocultarse, pero era demasiado tarde.

Él la había visto.

Había vuelto a encontrarla.

Durante días, había ido un paso por delante de él, como en el juego de la rayuela. Ahora él había regresado y ella estaba atrapada. Aguzó el oído y escuchó. Unos pasos se acercaban haciendo crujir la grava y el hielo. Echó a correr hacia una puerta de acero que daba a los gigantescos compartimentos de carga alojados en las entrañas de la embarcación. Tiró de la pesada puerta con fuerza, se escabulló y la cerró tras de sí. Abajo sólo vio negrura; ni siquiera alcanzaba a vislumbrar el final de la escalera. El interior era frío y vasto, como si una ballena la hubiera engullido. Descendió a ciegas; el aire sobre su piel se fue enfriando mientras afuera el viento aullaba contra el casco.

Cuando notó por fin el lecho del barco bajo los pies, dio un paso adelante esperando encontrar un espacio abierto. En su lugar, se topó con la pared y una malla de alambre le rozó la cara. Sus dedos palparon una superficie grasienta con la pintura desconchada. Sin un punto de referencia, Cat se desorientó. Sus ojos veían espejismos en las sombras, los objetos se movían y los colores flotaban en el aire. Sintió vértigo. La cabeza le daba vueltas, como si se encontrara sobre un puente colgante y no a salvo, en el suelo.

Algo real se escabulló entre sus pies: una rata. Cat dio un respingo, incapaz de reprimir un grito, y golpeó una pila de latas de pintura que cayeron con gran estruendo metálico y rodaron por el suelo como bicicletas chirriantes. El ruido resonó en las paredes y el terrible eco alcanzó el alto techo. Cat se dejó caer de rodillas, se encogió en un ovillo, sacó el cuchillo de la bota y lo blandió frente a ella.

La puerta se abrió de par en par. Era él. El haz de luz de una linterna peinó el suelo como un deslumbrante ojo blanco. Cuando pasó por encima de su cabeza, la luz le permitió a Cat ver dónde se hallaba: encajada detrás de una carretilla elevadora

amarilla en mitad de un laberinto de tabiques de contrachapado. A unos seis metros de distancia, un corredor paralelo al casco reseguía el borde de la bodega de carga en que se encontraba. Aquél era el camino de salida.

Cat esperó. El ruido de las pisadas la alertó de que ahora él estaba abajo, con ella. Exploró cada grieta con la linterna, revisando con detenimiento cualquier posible escondite en que pudiera ocultarse su presa. Cat oía sus pasos, su respiración. El hombre estaba al otro lado de la carretilla, a menos de dos metros, y se detuvo como si sus sentidos le hubieran advertido de que ella se encontraba cerca. Cat frotó el cuchillo, resbaladizo de sudor, y apuntó la hoja hacia la garganta del hombre. La luz de la linterna se derramó sobre el polvoriento suelo, frente a ella. Él dio un paso adelante, formando una sombra oscura junto a las ruedas de la máquina.

Cat vio el destello en la mano del hombre: una pistola. Soltó un chillido de pavor y saltó como un resorte blandiendo el cuchillo, tambaleante. Su muñeca chocó con la cabina y la hoja se soltó de su mano. Indefensa, se abalanzó sobre él y ambos rodaron por el suelo, sobre el polvo y las virutas de madera. La pistola cayó y la linterna se alejó rodando. Cat trató de clavarle los dedos y encontró sus ojos; apretó con fuerza y, al oírle gritar, se apartó, recogió la linterna y echó a correr.

El haz de luz brincaba frente a ella mientras aceleraba por el estrecho corredor. El hombre se alzó y trató de seguirla, pero Cat oyó cómo perdía pie y caía otra vez. El espacio que los separaba aumentó. El pasillo llevaba a una segunda bodega de carga, en la que distinguió otro tramo de escalones. Los subió de dos en dos con la boca abierta, tratando de respirar. Al llegar a lo alto de la escalera, salió de nuevo a la cubierta del barco.

No le quedaba tiempo. Desanduvo el camino junto a la barandilla de cuerda, muy por encima del agua. El metal mojado la hacía patinar, pero trató de mantener el equilibrio. Él volvía a estar muy cerca; oía sus pasos apresurados detrás de ella, pero no volvió la cabeza. Corrió como una torpe bailarina sobre el resbaladizo acero hasta alcanzar el extremo del barco para descubrir que no había ningún lugar hacia el que correr. Permaneció de pie en la popa, junto a la enorme cadena del ancla, mientras el viento y los copos de nieve que caían del cielo nocturno le agujoneaban la cara. El suelo de acero retumbaba bajo los pesados pasos del hombre. Ya casi la había alcanzado. Casi la tenía.

Cat cerró los puños frente a su rostro y dirigió una mirada desesperada al puerto. Entonces hizo lo único que podía hacer.

Saltó desde el barco a las aguas heladas.

Primera parte

HUIDA

1

Jonathan Stride sabía que no estaba solo.

Cuando llegó a su casa de Park Point a las dos de la madrugada, intuyó que algo no iba bien. No había nada extraño en la calle, ni coches en el vecindario que no reconociera. Sus ojos barrieron con rapidez los árboles y las sombras que rodeaban la casa, pero no vio nada alarmante. Aguzó el oído y sólo oyó el rugido intermitente del lago Superior más allá de la cresta de las dunas. Aun así, después de cerrar con llave su Ford Expedition y encaminarse hacia el porche delantero, empuñó la pistola.

Instinto.

Distinguió huellas en la nieve, cerca de la casa. Eran pequeñas, tal vez un 37. Quienquiera que las hubiera dejado tenía prisa, pues no había tratado de ocultarlas. Las siguió a través del césped y el camino de tierra que llevaba a la parte trasera de la casa. Examinó las ventanas desde el jardín pero no vio ninguna luz encendida. Si había alguien dentro, le esperaba en la oscuridad.

Stride se dirigió a la puerta de atrás, cercana al camino de hierba que terminaba en la playa, y franqueó la mosquitera del porche. Se sacó la chaqueta de cuero, la dejó caer sobre el sofá de segunda mano y se sacudió la nieve del pelo. Abrió la puerta que daba a la cocina y alzó la pistola.

La casa estaba más fría que de costumbre. Oyó el silbido del viento. Avanzó sin hacer ruido, a oscuras, pero el antiguo suelo de madera crujía con cada paso, anunciando su llegada. No le importó.

—Sé que estás ahí —gritó.

No obtuvo respuesta.

Salió de la cocina, pasó por el comedor y dobló la esquina de la sala. La chimenea apagada y su butaca de cuero rojo quedaban a la derecha; en el centro, el sofá y algunas alfombras, junto a la escalera que conducía a una buhardilla a medio terminar. La sala estaba vacía y a oscuras. El viento, intenso e inquieto, agitaba las cortinas de la habitación que quedaba frente a él. Apenas la usaba, llena de estanterías polvorientas y notas de casos antiguos sin resolver. Entró en el cuarto, cuyo viejo suelo se ondulaba como una atracción de feria, y vio una ventana rota; las esquirlas de cristal cubrían el suelo y la cortina de encaje se hinchaba y se deshinchaba como un fantasma en el aire nocturno.

La habitación estaba desierta. Usó la pequeña linterna de su llavero para examinar el cristal y vio una salpicadura de sangre en el borde.

—Estás herida —dijo en voz alta.

Regresó a la sala y echó un vistazo a la puerta de su dormitorio, en la pared opuesta. Allí era donde se escondía. Basándose en las huellas, había decidido que se trataba de una mujer. Había más habitaciones en la casa: otro pequeño dormitorio en la esquina que daba a la calle, la buhardilla y el diminuto cuarto de baño, pero se percató de que había un rastro húmedo sobre la alfombra que llevaba a su dormitorio.

A medio camino, vio unas botas camperas beis que coincidían con las huellas de la nieve.

—Voy a entrar, ¿vale? —advirtió.

Una vez más, no hubo respuesta.

Examinó su habitación y comprobó que faltaba el edredón de su cama. Los laterales estaban vacíos y la puerta del armario, cerrada. La leve inclinación de la casa solía entornarla, pero él nunca la ajustaba. Hizo girar el antiguo pomo metálico y tiró con fuerza. La puerta del armario se abrió con un chirrido.

Al enfocar el haz de luz hacia el suelo vio un cuerpo acurrucado y envuelto en el edredón. Sólo se le veía la cara. No era una mujer, sino una adolescente que le miró con los ojos abiertos de par en par, aterrada. Tenía el pelo castaño empapado y pegado a la cara. Temblaba sin control, y tenía la piel morada por el frío.

Stride enfundó la pistola y encendió la luz del armario. La chica cerró los ojos con fuerza.

—Me llamó Stride —le dijo—. No voy a hacerte daño. Soy teniente del departamento de policía de Duluth.

Ella asintió sin abrir los ojos. Ya sabía quién era. La colcha resbaló y él pudo ver sus huesudos hombros desnudos.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó acucillándose frente a ella.

La chica abrió los ojos, castaños y perfectos.

—Cat —contestó.

—Hola, Cat. ¿Puedes explicarme por qué estás aquí?

Tardó en responder, pero Stride comprendió que intentaba abrirse a él a través de la niebla. Sintió su miedo y su soledad, y supo sin necesidad de que ella lo dijera que no tenía otro sitio en el mundo al que ir. Al cabo de un momento, como si se tratara de un secreto, susurró:

—Alguien intenta matarme.

La camisa de franela que él le había prestado le llegaba a la altura de las rodillas. Vestía también un par de calcetines blancos de deporte de Stride y unos pantalones cortos holgados, y llevaba una venda alrededor del dedo que se había cortado con el cristal roto de la ventana. Su pelo estaba seco y su piel, limpia y rosada después de tomar un baño. Sentada con Stride a la mesa del comedor, sujetaba una taza de té entre las manos.

—Siento lo de la camisa —se disculpó Stride con una sonrisa—. La mujer que vivía en esta casa, Serena, es mucho más alta que tú.

Cat se encogió de hombros.

—No importa, me gusta. Huele bien.

La chica bajó la vista a su té, lo cual le dio a Stride la oportunidad de examinar detenidamente sus rasgos. Aunque poseía la belleza que concede la juventud, y las

mujeres hispanas eran especialmente atractivas, Stride pensó que Cat era una de las chicas más hermosas que había visto en su vida. Su estructura ósea, de pómulos altos y barbilla afilada, parecía esculpida. Su rostro era menudo, igual que su cuerpo. El pelo castaño le caía en amplias ondas hasta el pecho, y entre los botones de la camisa brillaba una cadena de oro. No la había visto sonreír, pero por el modo en que sus labios se curvaban habría jurado que dibujaban una hermosa sonrisa. Tenía una nariz pequeña y levemente redondeada, y sus cejas oscuras se arqueaban en un gesto de inocente sorpresa.

Y, sin embargo, no era una chica inocente; Stride se había dado cuenta de ello. Los estragos de la vida callejera habían hecho mella en su rostro, reflejo de los meses que llevaba vagando por el área industrial y los alrededores del cementerio de grafiti bajo el paso elevado de la autovía. Estaba desnutrida; se lo decían las ojeras que enmarcaban sus ojos y el modo en que había devorado el bocadillo de pavo que Stride le había preparado. Había detectado el olor del alcohol en su aliento, y daba por hecho que tomaba drogas, probablemente sintéticas, las más fáciles de encontrar en la calle. Su expresión era melancólica, y en unos cuantos meses se volvería cínica. Aún era joven, pero no tardaría en hacerse vieja.

—Me gustaría que fueras al hospital, Cat —insistió Stride—. Le he dejado un mensaje a mi compañera Maggie para que venga enseguida, y podría acompañarnos.

La chica sacudió la cabeza con gesto enérgico.

—¡No! Ya te lo he dicho, nada de hospitales. Me encontrará; siempre sabe dónde encontrarme.

—Estoy preocupado por ti. Debería examinarte un médico.

—Quiero quedarme aquí; aquí estoy a salvo.

No la presionó. La chica estaba asustada, y temía que huyera.

—Oye, un amigo mío, Steve Garske, dirige una clínica en Lakeside. Nos conocemos desde hace muchos años. De hecho, es mi médico. Puedo pedirle que te haga un chequeo por la mañana.

Los ojos de ella se iluminaron.

—¿El doctor Steve?

—¿Le conoces?

—Trabaja como voluntario en el refugio juvenil del centro. Le he visto un par de veces. Es muy amable.

—Perfecto; te llevaré a verlo, ¿vale?

Cat asintió.

—Sí.

Stride tomó un sorbo de Coca-Cola. Era un adicto confeso a la Coca-Cola.

—¿Qué te ha pasado esta noche, Cat? ¿Puedes contármelo?

La chica echó un vistazo a las ventanas del comedor, como si esperara ver la cara de su acosador a través de los cristales. Parecía un ciervo, siempre alerta y presta a huir.

—Estaba en una fiesta en el gran carguero de Canal Park. Algún pez gordo lo alquiló.

—¿Sabes quién?

—No. Los invitados eran un grupo de vendedores de coches.

Stride frunció el ceño. Para dar una fiesta privada en el *Frederick* se necesitaban contactos y dinero.

—¿Qué hacías tú ahí?

—Necesitaban chicas.

Se mordió una uña con gesto culpable.

—Había unas cuantas. Éramos la diversión.

—¿Qué clase de diversión?

Cat se encogió de hombros.

—Ya sabes.

—¿Cuántos años tienes, Cat? —preguntó.

Ella se mordió el labio inferior.

—Dieciocho.

Su mirada volvía a ser la de una niña que intentaba zafarse con una mentira.

—No voy a detenerte —la tranquilizó—. Quiero ayudarte, pero necesito que confíes en mí y que me cuentes la verdad.

Sabía que le estaba pidiendo mucho. Para las chicas como Cat, la confianza era un concepto desconocido.

—Vale, tengo dieciséis —admitió ella—. Les digo que soy mayor y nadie hace preguntas. Soy guapa, y eso es lo único que les importa. El sexo... es sólo un medio para conseguir dinero, ya sabes. ¿El tipo de esta noche? Ni siquiera lo he hecho con él. Le he... le he golpeado. Fuerte.

—¿Lo has herido?

—Sangraba, pero no era nada grave.

—¿Por qué le has golpeado? ¿Te ha agredido?

—Quería que hiciera cosas que yo no hago. Ya no. No me importa acostarme con esos tíos; no es nada del otro mundo, sólo sexo. Pero hay cosas que no pienso volver a hacer.

—¿Cosas?

La chica se explicó y Stride trató de disimular su repugnancia.

—El hombre al que golpeaste, ¿es el que intenta matarte? —continuó Stride.

—No, después de golpearle me marché; sólo quería largarme de allí. El otro tipo me esperaba fuera del barco y me persiguió de vuelta al interior. Para escapar de él no tuve otra opción que saltar a las aguas del puerto.

Stride se inclinó hacia ella.

—¿Saltaste desde la cubierta del barco?

—Sí. El agua estaba helada. Se me desgarró el vestido. Nadé hasta el borde de Canal Park y eché a correr. Imaginé que trataría de perseguirme, así que no me

detuve.

—Eso está a casi cinco kilómetros. ¿Y has corrido hasta aquí? ¿Bajo la nieve?

—Robé una manta de un coche —explicó ella—. Eso ayudó.

A Stride le gustaba la chispa de vida que veía en aquella chica, a pesar de todo lo que había hecho. Cat era joven y menuda, pero tenía valor. Serena habría dicho que Stride sentía debilidad por las mujeres desamparadas.

—El hombre que te perseguía, ¿sabes quién es?

—No.

—¿Qué aspecto tiene?

—Nunca le he visto la cara.

—¿Por qué crees que trata de matarte?

—No es la primera vez. Lleva un tiempo persiguiéndome.

—¿Estás segura?

—Sí. Empezó hace unas tres semanas, cuando volví a casa. Voy y vengo, ¿sabes? Una noche me escapé por la ventana y, al salir del bosque, alguien empezó a seguirme. Ésa fue la primera vez. Por suerte, pasó un autobús y lo tomé. Lo vi una manzana por detrás de mí.

—Pero no lo reconociste.

—No, estaba demasiado oscuro. Desde entonces he estado dando tumbos. Pasé unos días en casa de mi tía. Vive en una habitación alquilada junto al canal, pero ya sabes cómo son las cosas por allí: podrían rajarte por una simple barrita de chocolate. Tuve la sensación de que alguien me observaba, así que me largué. Y entonces, la semana pasada, fui al albergue de la calle Uno. Salí a dar un paseo en plena noche, como en otras ocasiones. Era domingo y no había nadie en la calle, pero un coche empezó a seguirme; casi me atropella en el cruce cerca del Sammy's.

—¿Viste de qué coche se trataba?

—No, sólo los faros. Por el ruido del motor parecía un deportivo. He estado huyendo desde entonces. No le he visto en toda la semana, y creía que le había dado esquinazo. Hasta esta noche.

Stride pensó en su relato y en lo que veía en su rostro. La chica estaba verdaderamente asustada, pero no había forma de saber si algo de lo que decía era real. Cuando se vaga por las calles, se topa a veces con gente malvada. Cuando se bebe o se toman drogas, la mente a veces se nubla y se pierde en extraños derroteros. Resultaba fácil caer en la paranoia. Una cadena de acontecimientos insólitos, aunque fueran ciertos, no significaba que hubiera una conspiración.

Cat era lista.

—Crees que estoy loca —dedujo.

—No, pero tengo que preguntarte si has consumido drogas. Drogas sintéticas, como las sales de baño. Pueden causar efectos graves, paranoia y alucinaciones.

—No tomo drogas —insistió Cat.

—¿Nunca?

—No he dicho eso. Las he probado, pero no me gustaba cómo me sentaban, así que lo dejé. Hace meses que no me meto nada. Todo lo que te he contado ha ocurrido de verdad. Ese tío intenta matarme.

—¿Tienes idea de por qué alguien querría matarte?

—No —contestó ella—. Ni idea.

—¿Te ha pasado algo fuera de lo normal últimamente? ¿Has presenciado algún hecho extraño? ¿Has estado con alguien que no quería que vuestra relación saliera a la luz?

—Creo que no. Vaya, no se me ocurre nada.

Él le dirigió una sonrisa tranquilizadora.

—Lo averiguaremos. Vamos a tener que sentarnos y repasar todo lo que has hecho y todas las personas a las que has visto en los últimos tiempos. ¿Te parece bien? Tendrás que ser sincera. No puedes ocultarme nada.

—Tal vez haya cosas que no te gusten —le advirtió ella.

—No te preocupes por eso. Resulta bastante difícil impresionar a un policía. En cualquier caso, antes quiero que duermas un poco y descanses. Está siendo una noche muy larga. Mañana te acompañaré a la consulta de Steve.

—Gracias, señor Stride.

Él vio su sonrisa por primera vez y supo que estaba en lo cierto: era tan dulce y cálida como un rayo sol entre las nubes.

—¿Puedo preguntarte una cosa, Cat?

—Claro.

—¿Por qué has venido? ¿Cómo me has encontrado?

La chica jugueteó con la cadena de oro que le colgaba del cuello. Sus ojos se humedecieron.

—Hace un tiempo que busqué tu dirección. Mi madre me dijo que, si en algún momento necesitaba protección y no había nadie a quien pudiera dirigirme, debía acudir a ti. «Encuentra al señor Stride», me dijo. Me aseguró que tú me ayudarías.

—¿Tu madre?

—Murió. Tú estabas presente.

Stride se sintió confuso. Miró a Cat y vio a una adolescente como cualquier otra. Una desconocida. Pero entonces volvió a mirarla y su rostro le resultó familiar. La conocía. Diez años atrás, había sido una niña de seis años que perseguía mariposas entre los altos abetos. Una niña de seis años de manos torpes y con la boca llena de pastel de calabaza.

Una niña de seis años acurrucada bajo el porche trasero de su casa con una expresión de terror en el rostro.

Cat.

—Tú eres Catalina —murmuró al reconocerla—. Catalina Mateo. La hija de Michaela.

—Te acuerdas de ella —dijo Cat—. Sabía que lo harías.

Stride retiró la silla y se puso en pie, sobresaltado. La realidad le golpeó el pecho como un puñetazo. Entró en la sala, oscura y fría, y respiró hondo; el aire le aguijoneó los pulmones. Su rostro le acechaba desde el viejo espejo. Pelo moreno, corto y despeinado, entreverado de gris. Barba de dos días. Los ojos castaños y melancólicos que todo lo sentían y todo lo mostraban. Notó cómo se ahondaban los surcos de su envejecida frente. Ya no eran arrugas, sino surcos. Una tormenta descargó sobre él, y sintió el peso de la edad. Se sentó en la butaca de cuero rojo, rodeado por las sombras, y volvió a ver el rostro de ella, de Michaela.

Nunca había superado el sentimiento de culpa por lo que le había ocurrido. Durante una década, ella había sido su pesadilla.

Y ahora esto.

Catalina. Cat. La preciosa hija de Michaela había descendido al infierno de la prostitución. Una fugitiva.

—¿Señor Stride?

La chica estaba de pie en el umbral del comedor, su silueta recortada a contraluz. Se acercó a él con paso vacilante. Al ver su expresión, Stride supo que ambos estaban pensando en la misma noche. Que ambos estaban recordando a su madre.

Cat cayó de rodillas y Stride la acogió en su pecho y la abrazó con la ternura con que hubiera abrazado a una criatura. Habían pasado diez años, pero seguía siendo una niña. La sintió frágil y cálida entre sus brazos. Stride habría deseado poder cambiar su pasado. Quería reparar su pérdida, pero eso era algo que quedaba fuera de su alcance. Lo único que podía ofrecer era una promesa.

No a él mismo. No a Cat. A Michaela. Una promesa que reemplazara la que no había podido cumplir diez años atrás.

Rescataría a su hija.

La salvaría.

2

Había vuelto a esfumarse. Era una chica lista.

Bajó la puerta del garaje con un furioso golpe de muñeca para dejar fuera el aullido del viento y se quedó de pie en la oscuridad, junto al Dodge Charger cubierto de nieve. Encendió la luz, que iluminó el suelo de cemento con manchas de barro y grasa. El garaje estaba ordenado con esmero. Estantes metálicos. Herramientas colgadas en tableros. Un arcón congelador. Cogió un bidón de gasolina y llenó el depósito del Charger. El combustible se derramó sobre sus guantes de lana, desprendiendo una espesa nube de vapor. A pesar del frío que reinaba en el garaje, notó el sudor por debajo del gorro de lana.

Había pasado media hora rastreando Canal Park y las calles que rodeaban el centro de convenciones de la ciudad. La chica debía de estar helándose. Y asustada. En algún momento había sabido que ella estaba cerca, lo había sentido, pero no había logrado dar con su escondite.

Era una chica lista.

Se hacía tarde, y se dio por vencido. Había robado el Charger y no era seguro permanecer en la zona turística más tiempo del necesario. No creía que la chica acudiera a la policía, pero sabía que una patrulla recorría la zona de Canal Park durante toda la noche y no quería que sospecharan del Charger. Un coche que circulaba lentamente por las calles desiertas llamaría su atención.

Regresó a su escondite en la zona forestal al norte de la ciudad, donde podría aparcar el Charger, sacar su coche y volver a la vida real. Desprenderse de una piel y cubrirse con otra.

Abrió la segunda puerta del garaje y, antes de huir, escrutó los bosques que lo rodeaban y protegían de la poco transitada carretera. Nadie podía verlo. Los propietarios de la casa eran residentes de temporada, y no regresarían hasta pasados unos meses. Debía andarse con cuidado para que los vecinos no vieran huellas en el camino de entrada; sin embargo, había muy poca gente que viviera durante todo el año en aquella solitaria zona y el viento y la nieve cubrirían su rastro durante la noche. Aquélla había sido su guarida durante un mes. Antes de que nadie la descubriera, llevaría ya mucho tiempo lejos de allí.

El móvil le vibró en el bolsillo, reclamando su atención. Sabía quién era; sólo otra persona conocía aquel número de teléfono.

—Se ha escapado —dijo al descolgar.

No hubo respuesta. Distinguió una mezcla de emociones en aquel silencio. Terror. Alivio. Después, una voz:

—Quizá deberíamos olvidarnos de ella.

—No —replicó él.

—La chica no sabe nada. Dejémoslo correr.

—No podemos. ¿No lo entiendes? Es una bomba que va a explotarnos en la cara.

Escuchó otra pausa larga y torturada.

—¿Qué hacemos ahora?

—Ha vuelto a desaparecer —explicó—. Se ha dado a la fuga. Tienes que averiguar dónde está.

—Ya te conté dónde iba a estar exactamente esta noche. Dijiste que te encargarías de ella y no lo has hecho. Dijiste que a estas alturas ya lo habrías solucionado.

Apretó los puños. No necesitaba que le echaran nada en cara. Hacía tiempo que habían dejado atrás las recriminaciones. Que una adolescente pudiera poner en peligro su plan le parecía algo inconcebible.

—Limítate a averiguar dónde está —repitió con rabia.

—¿Y cómo lo hago?

—Eso es problema tuyo. Y hazlo rápido —añadió antes de colgar.

Le costaba respirar. Era cierto: a aquellas alturas, todo aquel asunto debería haber terminado. Una furcia adolescente se había burlado de él. Había dejado que volviera a escurrírsele entre las manos. Debería haberla atrapado semanas atrás; ahora, yacería muerta y olvidada. Cuando desapareciera de escena, el rastro quedaría sepultado como una tumba bajo la tierra, y por fin se encontrarían a salvo.

Se dijo que aún disponía de tiempo. Nadie había empezado a hacer preguntas. Nadie conocía el secreto de la chica. Aun así, el reloj seguía avanzando. Había transcurrido un mes. Cuanto más esperara, más posibilidades había de que las cosas se torcieran. Alguien había establecido ya la conexión y, mientras la chica anduviera suelta, tarde o temprano otros también lo harían. Las piezas de dominó irían cayendo y trazarían el camino hasta su puerta. No podía permitir que eso ocurriera.

Hora de marcharse. Los bosques estaban desiertos; la calle, vacía.

La vida real.

Antes de meterse en el coche, vio el arcón congelador en la pared más alejada del garaje y no pudo evitarlo. Volvió a comprobarlo, como había hecho ya un millar de veces. Levantó la tapa y sintió como el frío le lamía la cara. El cuerpo constituía una imagen terrible de roca sólida, como una estatua de alabastro. Aún esperaba que aquellos ojos lo miraran, que la boca se abriera para tomar aire y jadear. Él no era un monstruo, se arrepentía. Pero a veces no había otro camino que el más difícil.

Había secretos que no podían regresar a la vida.

Bajó la tapa del congelador y dejó el cuerpo a merced de la quemazón del hielo. Era un espacio pequeño, pero suficiente para alojar otro cuerpo. La chica era menuda.

3

—¿Por qué no me acompañas? —preguntó Maggie Bei.

Estaba sentada sobre la encimera, en la cocina de Stride, columpiando las piernas mientras bebía café caliente de un vaso de papel.

—El McMuffin de salchicha y huevo podría ser la mejor comida del mundo.

Stride echó un vistazo al reloj. No eran todavía las seis de la mañana del sábado, y el día aún no había aclarado. Después de dormir apenas dos horas, el ruido de su compañera en la cocina lo había despertado. Abrió la bolsa del McDonald's y vio un segundo McMuffin de salchicha, lo sacó y se lo zampó con voracidad.

—Creo que tienes razón —convino.

—La loncha de queso le da el toque perfecto. Me encanta. Y el huevo, redondo como un disco de hockey. Podría comerme uno todos los días.

—Lo haces.

—No, a veces desayuno uno de esos burritos.

Maggie abrió una lata de Coca-Cola con la uña y se la tendió.

—Tienes aspecto de necesitar cafeína, jefe.

—¿Tú crees? —repuso Stride.

Aún llevaba los tejanos de la noche anterior y la misma camisa arrugada. Se había descalzado las viejas botas con una sacudida, y notaba el suelo frío bajo los pies. La cabeza le zumbaba, pero las burbujas de Coca-Cola le sentaron tan bien como una aspirina.

—Lamento haber tardado tanto en llegar —continuó Maggie—. El timbre del teléfono no me despertó. Es raro.

Stride se preguntó si era sincera; Maggie quizás había preferido ignorar su llamada.

La menuda agente de policía de origen chino bajó de la encimera y se sentó a la mesa del comedor. Llevaba unos zapatos de cuña, vaqueros estrechos y una camiseta roja de Aerosmith muy ceñida que apenas le cubría el vientre, a pesar del frío de la mañana que reinaba en la casa. Se comportaba como si nada hubiera cambiado entre ellos cuando, de hecho, su relación era forzada. Durante años, Maggie y su desayuno habían estado presentándose dos o tres veces por semana en la cocina de Stride; él se levantaba y la encontraba leyendo el periódico y comiendo lo que llevara en su bolsa de McDonald's.

Sin embargo, habían pasado casi dos meses desde la última vez que hiciera acto de presencia en su cocina. Dos meses desde que pusieran fin a su breve aventura, a su breve error.

—Hacía tiempo —comentó él.

—Cualquiera diría que han pasado años, jefe. Nos vemos todos los días.

—Ya sabes a qué me refiero.

—Lo sé, pero llevo unos cuantos fines de semana muy ocupada, ¿vale?

—Vale.

Stride supo que no iba a contarle qué había estado haciendo, y no preguntó. Sospechaba que Maggie estaba saliendo con alguien y que no quería que él se enterara.

—Y bien, ¿quién es la chica? —quiso saber Maggie, haciendo un gesto hacia la sala mientras mordisqueaba una tortita de patatas.

La puerta del dormitorio más pequeño de la casa, situado en la esquina que daba a la calle, estaba cerrada. Cat había pasado la noche en una de las camas gemelas de la habitación.

—Me he asomado al llegar —continuó Maggie—. Estaba dormida.

—Yo también.

—Ya, bueno, no te he despertado, ¿verdad? —Y recalcó—: Ya no lo hago.

—Mags.

—Lo sé, dijimos que no hablaríamos de ello. Como si nunca hubiera ocurrido. Punto en boca.

Se pasó una uña pintada de rojo por los labios y le guiñó un ojo. Era una broma, pero las bromas de Maggie solían esconder una pulla.

—En fin, es guapa. ¿Quién es?

—Se llama Cat Mateo.

Maggie tenía una memoria prodigiosa para los detalles, y ubicó el nombre sin vacilar.

—¿Mateo? —preguntó—. ¿Como Michaela Mateo? ¿Están relacionadas?

—Es su hija —explicó Stride—. En aquel entonces Cat era sólo una niña.

—Lo recuerdo. Bueno, eso explica su belleza. Tiene muy buenos genes.

—Cierto.

—Al menos por parte de madre. No quiero ni pensar qué pedacitos de Marty Gamble ha heredado.

Stride frunció el ceño ante el recuerdo. Marty Gamble era el padre de Catalina y el exmarido de Michaela. Cat era lo único bueno que había salido de su violenta relación. Stride deseaba creer que Marty no había dejado huella en la adolescente que dormía en la habitación de la esquina, pero sabía que la vileza tiende a diseminarse como las malas hierbas.

Maggie contempló su rostro con preocupación.

—¿Eso te supone un problema, jefe?

—No, ¿por qué iba a serlo?

Ella alzó los ojos al cielo.

—Porque yo estuve allí. Porque te conozco.

Era verdad. Probablemente, Maggie conocía a Stride mejor que él mismo. Probablemente, mejor que Serena, la mujer con la que había compartido cama durante los últimos tres años. Stride y Maggie llevaban una década trabajando juntos. Cuando la conoció, era una recién licenciada con una rigidez y disciplina fruto de su

infancia en China. Con el paso de los años se había operado en ella un cambio radical que la había llevado a adoptar un lenguaje descarado y desarrollar un gusto atrevido por la ropa. Era del tamaño de una muñeca, bajita y delgada, con la piel dorada y un *piercing* de diamante en su nariz de botón. Unos meses antes se había teñido la melena de color rojo; ahora volvía a llevarla negra y lisa, cortada en forma de cuenco y con el flequillo justo por encima de los ojos. Mientras él la miraba, Maggie sopló para apartárselo de la frente.

Stride era mayor que su compañera. Estaba a punto de cumplir los cincuenta, mientras que Maggie se acercaba a los cuarenta. Un detalle sin importancia. Ella se había sentido atraída por Stride desde el primer momento, aunque en aquel entonces él estaba casado con Cindy; tras la muerte de su esposa, ocurrida algunos años atrás, había iniciado un romance con Serena. El amor platónico debería haber seguido siendo platónico, pero a veces la vida se complicaba.

Cinco meses atrás, Stride y Maggie se habían acostado. No lo planearon. Fue el resultado de un periodo de desesperación, y las consecuencias se habían propagado por sus vidas como una ola gigantesca. Por la vida de Stride, la de Maggie y la de Serena.

—Y ¿cuál es la historia de Cat? —preguntó Maggie.

Stride le repitió lo que le había contado la chica en plena noche.

—Piensa que alguien la persigue —concluyó.

—¿Y tú la crees?

—Le dije que lo investigaría.

Maggie le miró por encima del borde de su vaso de café humeante.

—Parece un trabajo para Guppo, jefe. O uno de los agentes de patrulla. No para ti.

—Esto es personal, no oficial —repuso Stride—. Acudió a mí en busca de ayuda.

—¿Y qué vas a hacer?

—Quiero que Steve Garske la examine y asegurarme de que está bien. Luego me dejaré caer por el *Charles Frederick* y veré qué puedo averiguar acerca de la fiesta de anoche. Tal vez alguien vio algo.

—¿Quieres que te acompañe?

—De hecho, esperaba que comprobaras sus antecedentes. Cat es menor de edad. Recuerdo que quedó a cargo de un tutor legal, y quiero saber dónde debería estar viviendo. ¿La han detenido alguna vez? Cualquier cosa que puedas encontrar.

—No te fías de ella.

—Yo no he dicho eso. Sólo quiero descubrir qué pasa en su vida y cómo ha acabado aquí.

—Es una puta de dieciséis años, jefe. Las putas mienten.

—Ya lo sé, Mags.

El tono áspero de Stride no le pasó desapercibido, y Maggie levantó las palmas.

—Lo siento, sólo me ha parecido que necesitabas que te lo recordaran.

—Michaela tenía una hermana —continuó Stride, ignorando la pulla—. Dory Mateo. Le he dejado un mensaje.

—En aquella época, Dory se metía de todo —recordó Maggie—. La arresté en más de una ocasión.

Stride se encogió de hombros.

—Quiero hablar con ella y ver si sabe algo que pueda resultar útil. Eso es todo.

—Y mientras tanto, ¿qué pasa con Cat? ¿Se va a quedar contigo? No me parece muy buena idea.

—Depende de lo que averigües. Quiero tenerla cerca hasta saber que está a salvo. Si la dejo en alguna parte, se escapará.

Maggie hizo una bola con la bolsa de McDonald's vacía y la hizo rodar sobre la mesa con la punta de un dedo.

—Oye, jefe, sé que no quieres escucharlo, pero esta película me suena. Después de que Cindy muriera, cometiste algunos errores. Errores graves. Ahora estás pasando el invierno en esta casa, solo, sin Serena, y de repente aparece una chica que te recuerda una de las peores tragedias de tu carrera.

—¿Y qué?

—Que no podría ser peor momento. No estoy segura de que puedas mostrarte objetivo con Cat. ¿Crees que no sé lo que significó para ti el asesinato de su madre?

—Esto no tiene nada que ver con Michaela.

—Tienes razón. Lo que le ocurrió no fue culpa tuya, y tampoco lo es el hecho de que a su hija la vida le haya repartido tan malas cartas. Las desgracias ocurren, jefe.

Stride no replicó. Su compañera había dado en el clavo. Maggie se levantó, limpió la mesa y tiró los restos al cubo que había debajo del fregadero. La rapidez de sus gestos delataba su enfado, pero entonces se detuvo y miró a través de la ventana, hacia la oscuridad, dejando que su frustración se disipara. Regresó a la mesa y se quedó de pie detrás de él. Stride notó cómo sus dedos le masajearan los hombros. Después, se apartó.

—¿Has hablado con ella? —preguntó Maggie.

Sabía a quién se refería. Serena.

—No.

—¿Por qué no?

—¿Qué quieres que le diga, Mags?

—Que yo tuve la culpa. Es la verdad.

—No, no lo es.

Maggie se sentó a su lado y le robó un sorbo de Coca-Cola.

—Le has asignado el caso Huizenfelt a Guppo, y trabajará con Serena. ¿Por qué no te ocupas tú?

—Porque no hay ninguna conexión con Duluth.

—¿Y? No necesitas ninguna excusa. ¿No crees que ella agradecería tu ayuda?

—No.

—De todos modos, llámala.

—Mira, Maggie, aprecio mucho...

Stride se vio interrumpido por un grito salvaje que rompió el silencio matinal de la casa.

«¡No no no no no no no no no no no! ¡Para! ¡Para! ¡Para!».

El sonido, procedente de la habitación contigua, era tan penetrante como el chillido de un animal al que estuvieran desollando vivo.

Era Cat, que aullaba aterrorizada.

Stride se levantó de un salto y derramó la Coca-Cola. Corrió hacia el dormitorio con Maggie pisándole los talones y golpeó la puerta cerrada con el hombro, haciendo que las bisagras se soltaran y se desprendiera del marco. La cama quedaba a su derecha. Cat, sola en la habitación, tenía los ojos abiertos de par en par y la mirada perdida, mientras su cuerpo se sacudía como si la electricidad fluyera por sus venas. La manta estaba en el suelo. La chica se agitaba violentamente y manoteaba como si la atacara un enjambre de avispas.

—¡Cat! —gritó, pero ella no le oía—. ¡Cat!

La cogió por las muñecas y ella se revolvió con una fuerza inusitada que lo obligó a retroceder, arrastrando los cojines y la lámpara de la mesilla. Volvió a sujetarla y la rodeó con los brazos mientras ella trataba de desasirse. Su cuerpo estaba bañado en sudor y el corazón le latía desbocado. Stride no creía que estuviera despierta. Repitió su nombre en susurros y, poco a poco, dejó de resistirse; sus gritos se convirtieron en gemidos. Cuando la acomodó de nuevo en la cama, Cat cerró los ojos y se encogió en un ovillo. Stride recogió la manta y la arropó. La chica murmuró algo contra el colchón, pero Stride no logró descifrar sus palabras.

—¡Jesús! —exclamó Maggie.

Stride dejó la puerta de la habitación abierta. Una vez fuera, susurró:

—A esa chica le pasa algo. Necesita ayuda.

—Lo que necesita es un psiquiatra —repuso Maggie con expresión adusta.

—¿Cómo estarías tú después de lo que le ha pasado?

—No es sólo eso.

Maggie sujetó algo frente a sus ojos. De sus dedos colgaba un cuchillo de carnicero, largo y afilado. Stride lo reconoció: era su cuchillo; alguien lo había cogido del bloque de madera de la cocina.

—¿De dónde lo has sacado? —preguntó.

—Estaba debajo de su almohada. Se ha caído cuando ha empezado a retorcerse.

—¿Lo tenía Cat?

—Así es. ¿Sabías que lo había cogido?

—No, debe de haberse levantado durante la noche.

—Podría haberte matado.

Stride no contestó. Maggie le tendió el cuchillo y él se quedó mirando la hoja, con el borde tan afilado como un machete. Maggie estaba en lo cierto: podría habérselo

clavado y haber alcanzado su columna vertebral. Si Cat le hubiera atacado, en aquel momento estaría desangrándose sobre el suelo.

A punto de morir.

—Ve con cuidado, jefe —le advirtió Maggie—. Sé que quieres ayudarla, pero no tienes ni idea de qué le pasa por la cabeza a esa chica. Es peligrosa.

Un maltrecho Hyundai plateado aparcó en Superior Street, en Lakeside, frente a la clínica. El tubo de escape emitió un estallido que sonó como un disparo. Una mujer de baja estatura de piel oscura y el pelo teñido de rubio se encaminó hacia el edificio con pasos cortos y rápidos. Llevaba un abrigo de plumón, vaqueros azules desgarrados y botas negras de tacón alto. Ocultaba los ojos tras unas gafas de sol y, cuando entró en la sala de espera, mantuvo la cabeza gacha.

Stride la reconoció y se reunió con ella en la puerta.

—¿Dory?

Dory Mateo, la hermana menor de Michaela, se sacó las gafas de sol. Tenía los ojos inyectados en sangre y cansados; su piel estaba tan ajada como el cuero de unos zapatos viejos. Stride sabía que no debía de tener más de treinta años, pero aparentaba quince más.

—Soy Jonathan Stride —añadió.

—Me acuerdo de ti —repuso ella—. No has cambiado. Aunque tienes más canas.

Él sonrió. Dory estaba en lo cierto, pero Stride no necesitaba que se lo recordaran. La mujer llevaba una melena corta despeinada entre la que asomaban raíces negras. Stride era delgado y recio y medía poco más de metro ochenta, casi veinte centímetros más que ella. Todas las mujeres Mateo eran bajitas.

—¿Podemos ir afuera? —le pidió ella—. Necesito fumarme un cigarrillo.

—Claro.

Salieron al frío aire de la mañana. El sol se escondía entre nubes color pizarra. Era sábado por la mañana, y en aquella calle comercial había poco tráfico. Lakeside, un vecindario de la zona norte de Duluth a unas cuantas manzanas de la orilla del lago Superior, era una zona tranquila, sin ni siquiera un bar al que acudir a la salida del trabajo. Si querías tomar una copa, tenías que ir a otra parte.

Dory encendió un cigarrillo y carraspeó.

—¿Se ha metido Cat en algún lío?

—¿Por qué lo preguntas? —quiso saber Stride.

—Si recibo la llamada de un poli, deduzco que tiene problemas.

Dory desvió la vista hacia la clínica y añadió:

—¿Está bien? No estará herida, ¿no?

—Se encuentra bien, pero la he traído para que la examine un médico.

—¿Qué ha pasado?

—Eso es lo que trato de averiguar —explicó Stride—. ¿Cuándo fue la última vez que la viste?

—No lo sé. Hace un par de semanas, quizás. Pasó unos días conmigo, pero luego se largó. No me dijo adónde iba.

El rostro de Dory se crispó. Stride notó que iba colocada. Cada noche recogían a mujeres como ella de las calles del centro. Heladas. Drogadas. A menudo desnudas y

golpeadas.

—Cat dice que vives en una habitación alquilada en el canal.

—Sí, ¿qué pasa?

—Un lugar difícil.

—¿Crees que lo he elegido adrede? No me gusta vivir allí. Tenía una casa en Hillside, pero la perdí. La culpa es de los jodidos bancos.

—¿Tienes trabajo? —preguntó Stride.

—A veces, con una amiga que organiza conciertos en las Cities. Para vender camisetas, llaveros, pósteres de los grupos y cosas así, ya sabes. Y me quedo a dormir en su casa.

—¿Camisetas? —inquirió Stride con recelo.

Dudaba que la mercancía se limitara a la ropa. El público de los conciertos siempre encontraba a alguien que le proporcionara lo que buscaba.

—¿No pasáis nada bajo mano?

—¿Y a ti qué te importa? Aquello es Minneapolis, no Duluth. En fin, durante un tiempo tuve un trabajo decente, de recepcionista en una empresa constructora, hasta que me despidieron. Desde entonces, cojo todo lo que puedo.

Dory lanzó la colilla al suelo, se estremeció y se subió la cremallera del abrigo.

—¿Quieres entrar? —le ofreció Stride.

—No. Las clínicas me ponen los pelos de punta.

Stride señaló con un gesto hacia un banco del parque situado junto al centro médico. Se sentaron uno al lado del otro y Dory se quedó mirando el cielo gris. El viento frío revolvió el pelo de Stride. Los rasgos de Dory, al contrario que los de Cat, no le recordaban a Michaela; la chica era el vivo retrato de su madre. Aunque los diez años transcurridos habían sido crueles con Dory, su vida era ya un completo desastre desde mucho tiempo antes del fallecimiento de su hermana. Durante su adolescencia había sido una adicta crónica que vivía a salto de mata, y los intentos de Michaela para conseguir que se rehabilitara habían fracasado.

Dory le miró de reojo y vio que la estaba observando.

—Estás pensando en mi hermana —dijo.

—Así es.

—Le gustabas —comentó.

—A mí también me gustaba ella.

—Hablaba mucho de ti, de tus ojos de pirata. Le gustaban tus ojos.

Stride se mantuvo en silencio.

—La sigo echando de menos. A pesar de todas las estupideces que cometí, nunca me dejó de lado. No tenía la culpa de que yo estuviera jodida, y yo no quería que me ayudara. En aquella época no había nada que me importara.

—¿Y ahora? —quiso saber Stride—. ¿Ha cambiado algo?

—Tengo mis altibajos. Últimamente, más bajos que altos.

—¿Y Cat?

—Eh, haría cualquier cosa por esa chica. Cualquier cosa. No quiero que tenga la clase de vida que he tenido yo.

Pensó que era sincera, que no estaba recitando un discurso memorizado. A pesar de sus fracasos en la vida, Dory quería a su sobrina, pero el amor no bastaba para cambiar las cosas. Las dos habían compartido ya la misma desgraciada vida. Las dos habían perdido a sus padres siendo niñas y, al hacerse mayores, las dos habían tomado el camino equivocado.

—¿Sabes que se ha estado prostituyendo? —preguntó Stride.

Una expresión de aflicción asomó al rostro de Doris; sin embargo, asintió.

—Sí. Le supliqué que no lo hiciera. Siempre que reunía algo de dinero, se lo daba. No era mucho, pero era dinero. Cuando se quedaba conmigo, me aseguraba de mantenerla alejada de la calle, pero ahora paso mucho tiempo fuera de la ciudad. Y Cat... a veces se larga sin más y no sé adónde va.

—¿Qué hay de la pareja que la acogió, de sus tutores?

—Cat nunca me contaba nada, pero me pareció que no era un buen sitio. A mí me pasó lo mismo de adolescente, entraba y salía de las casas de acogida. Ojalá la hubiera tenido conmigo entonces, pero ya sabes cómo era yo. Lo mejor era que Cat se mantuviera lejos de mí. Y supongo que aún lo es.

—¿Intentaste buscarle ayuda?

—Claro que sí. La llevé a ver a Brooke al refugio del centro. Brooke es amiga mía. Le dije a Cat que, si no me encontraba y no quería volver a casa, acudiera a ella. Pero ya sabes cómo son las cosas: en todas partes hay tíos que quieren aprovecharse de las chicas. Y Cat es tan guapa... Eso lo empeora todo. Con esa cara que tiene, es como un imán.

—No seguirá siendo guapa por mucho tiempo —observó Stride—. No si sigue llevando el mismo tipo de vida.

—¿Crees que no lo sé? Yo también tenía una cara bonita. Sé lo que me he hecho a mí misma, no hace falta que me lo recuerdes.

—¿Cuánto tiempo lleva Cat yendo cuesta abajo? —preguntó Stride.

Dory se encogió de hombros.

—Supongo que unos dos años. Desde que cumplió los catorce, cuando empezó a escaparse de casa. Se presentaba en mi puerta, o bien volvía de la ciudad y me la encontraba durmiendo en mi cama, en la habitación del canal.

—¿Te contó por qué lo hacía?

—No, pero supuse que todo lo que pasó con Michaela y Marty estaba empezando a afectarla. Es imposible vivir algo así y no acabar jodida. Antes o después, tenía que pasarle factura.

—¿Hasta qué punto?

—Oh, sigue siendo una buena chica, ¿sabes? No ha llegado al mismo extremo que otras. Por eso pensé que Brooke podía ayudarla, pero ¿quieres saber la verdad? Estoy muerta de miedo.

—¿Drogas?

—Sí, a veces.

—¿Se las proporcionas tú?

Dory se puso en pie de un brinco. Stride pensó que iba a abofetearlo.

—¡No! ¡Nunca! ¿Crees que le haría algo semejante a mi propia sobrina?

—Tenía que preguntarlo.

—¡Nunca le he dado nada!

—Es obvio que tú no estás limpia, Dory —replicó Stride—. ¿Crees que no me he dado cuenta?

—Sí, vale, he tenido un año de mierda y estoy al borde del precipicio. Si eso es lo que quieres escuchar, ahí lo tienes. Pero ¿Cat? Ni hablar. Nunca me ha sacado ni una jodida pastilla.

Volvió a sentarse.

—Lo siento —se disculpó él.

—Yo tampoco me fiaría de mí, pero es la verdad.

—¿Quién la chulea, Dory? Necesito un nombre.

—No lo sé; podría ser cualquiera. Prueba con ese cabrón de Curt Dickes. Trabaja como conserje en uno de los hoteles de Canal Park, y se dice que organiza citas para los turistas con chicas de aquí. Cat lo ha mencionado un par de veces.

—Conozco a Curt —dijo Stride.

Su equipo y él conocían el nombre de la mayoría de los delincuentes reincidentes. Curt Dickes llevaba diez años en su órbita, desde que Stride le había pillado saliendo por la puerta de atrás del acuario de Great Lakes con media docena de crías de raya robadas. Se había criado en una gran familia de chicas, y era el hermano pequeño que siempre se metía en problemas. Se dedicaba sobre todo a los robos y los timos a pequeña escala, pero si había ampliado su campo de acción a la prostitución, Stride tendría que encontrarlo.

—Escucha, Dory —continuó—, Cat cree que alguien intenta matarla. ¿Te ha comentado algo?

—Sí, y no sabía si creerla.

—¿Por qué?

Dory vaciló.

—Mira, Cat no está muy bien de la azotea, y tú y yo sabemos por qué. Algunos días, no sé distinguir qué parte de lo que me cuenta es real. Ni siquiera estoy segura de que se conozca a sí misma.

—¿Se te ocurre alguna razón por la que alguien quisiera hacerle daño?

—A la mayoría de los tíos no les hace falta una razón para hacerles daño a las chicas de la calle —replicó Dory—. Ya lo sabes.

—Necesito comprobar algunas de las cosas que me ha contado, pero no quiero que se quede sola cuando salga de la clínica. Temo que vuelva a escaparse. ¿Podrías asegurarte de que espera hasta que yo vuelva?

Dory miró el edificio de la clínica y después frunció el ceño, pero asintió.

—Claro, lo que sea.

Él se puso en pie dispuesto a marcharse, pero Dory le tiró de la manga.

—Oye, Stride, ¿puedo preguntarte algo? ¿Por qué haces esto?

—Es mi trabajo.

—¿Ah, sí? Muchos polis dejarían a una chica como ella en la oficina del condado y se olvidarían del tema. ¿Es por lo que pasó con Michaela?

—En parte —admitió él.

Dory encendió otro cigarrillo y meneó la cabeza.

—Michaela no era perfecta, ¿sabes? La advertí acerca de Marty, le dije que no la dejaría en paz. Y ella no me hizo caso.

—No tuvo la culpa —replicó Stride.

—Tal vez no, pero yo se la eché igualmente por ser tan tonta. Y también me la eché a mí. Si hubiera tenido la cabeza en condiciones, podría haber hecho algo para impedirlo. Y ahora...

Cerró los ojos y frunció los labios hasta formar con ellos una estrecha y pálida línea. Stride se percató de que la culpa la consumía por dentro. Conocía la sensación.

—Tengo que irme —dijo—. Créeme, Dory, haré todo lo que pueda para proteger a Cat.

Dory abrió los ojos. Su rostro se había ensombrecido. Pero no por la ira, sino por la tristeza.

—¿Igual que protegiste a su madre? —le espetó.

Stride vivía en un lugar que nunca olvidaba el pasado.

Duluth era una población pequeña disfrazada de gran ciudad, y las poblaciones pequeñas tenían una gran memoria. Menos de cien mil almas vivían dentro de sus límites. Parecían muchas, pero para alguien que residía allí, no era nada. Cada vez que encerraba a un borracho de mediana edad en el calabozo, había muchas probabilidades de que se tratara de alguien que había estudiado en su mismo instituto. Cuando encontraba a un niño ahogado en el río Lester, solía conocer a los padres. Eso hacía que el trabajo fuera más duro y las heridas, más personales. Le resultaba imposible ver a las personas como desconocidos; se trataba de vecinos y amigos.

Otros pueblos dejaban atrás el pasado y renacían de sus cenizas, pero Duluth no. Las calles de adosados que se elevaban desde la orilla del lago Superior seguían acogiendo hogares Victorianos que databan de principios del siglo XX, cuando el comercio naval y la minería habían convertido la ciudad en una población con *glamour*. La riqueza de aquella época se había marchitado hacía tiempo, pero las casas seguían allí, y su decadencia resonaba como un eco triste. Lo mismo había sucedido con las fábricas de Canal Park, junto a las aguas, incluso después de que las hubieran clausurado y convertido en tiendas y restaurantes para turistas. Dewitt-Seitz, Paulucci... Aún era posible ver los viejos nombres de las factorías grabados en las fachadas de piedra de los edificios.

Cuando algo se demolía en Duluth, la gente protestaba. En la zona donde vivía Stride, la franja de tierra conocida como The Point y que separaba el puerto de las aguas salvajes del lago Superior, las destartaladas casas antiguas estaban desapareciendo, reemplazadas por bloques de pisos, hoteles y nuevas mansiones que no gustaban a nadie. La casa que había compartido durante veinte años con su primera esposa había desaparecido. Cada vez que cruzaba el puente sobre el canal, recordaba los hogares y las caras de la gente que ya no estaba.

Había pasado allí toda su vida. Era un lugar intenso, como un puesto fronterizo en el límite de la naturaleza virgen canadiense. Los turistas invadían la población durante los breves y cálidos veranos, pero eran los interminables inviernos los que definían el carácter de la ciudad y le conferían su salvaje belleza. Entonces, las olas del gran lago tallaban esculturas de hielo en la playa y los lagos menores se congelaban y quedaban convertidos en carreteras para los pescadores. Las tormentas de nieve sepultaban las carreteras vacías, y los vientos que soplaban desde Alberta levantaban dunas blancas en los tejados. Resultaba muy duro vivir en aquel lugar, pero Stride no habría podido hacerlo en ningún otro. Lo había intentado, y siempre había regresado. Aquél era su hogar.

Aunque los lugareños se jactaran de que Duluth curtía a quienquiera que sobreviviera a sus inviernos, Stride sabía que aquello también te envejecía antes de

tiempo. Era imposible combatir los elementos y no sentir el menoscabo que provocaban en el cuerpo. No se podían capear las tormentas sin quebrarse. Pero había otras cicatrices menos visibles. Cuanto más tiempo pasaba en Duluth, más se encerraba en sí mismo. Allí, uno cogía su dolor, lo guardaba bajo llave y se atrincheraba en su mundo. Al cabo de un tiempo, se convertía en un estilo de vida.

Serena le había reprochado que conservara en su alma cada una de las muertes que jalonaban su vida, y no se equivocaba. Stride no olvidaba a las personas que había dejado atrás. Para él, la pérdida era como el desfile de cargueros que navegaban arriba y abajo por el canal de la ciudad: llegaban lastrados con una carga oscura, y cada uno tenía un nombre.

Como el que, en su recuerdo, estaba dedicado a Michaela Mateo.

—Fiesta privada —le dijo el vigilante a Stride, al tiempo que levantaba una mano musculosa para detenerlo cuando abordaba el *Charles Frederick*.

Stride abrió la solapa de su cazadora de cuero negro y dejó al descubierto la placa, prendida en el bolsillo interior.

—Tengo invitación.

El vigilante maldijo por lo bajo. Parecía un placador del equipo de fútbol de la Universidad de Minnesota: pelo rubio cortado al rape, cuello inexistente y un torso musculado y enorme, sin un gramo de grasa. Era joven; probablemente no había cumplido los veinte. A pesar del frío de la mañana, vestía pantalones cortos rojos de nailon, deportivas y una sudadera gris con el logotipo del concesionario de coches Lowball Lenny.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Stride.

—Marcus —contestó el chico.

—¿Has estado aquí toda la noche, Marcus?

—Sí, señor.

—Háblame de la fiesta.

—No sé nada. Me contrataron para vigilar que nadie se colara. Me pasé el rato aquí abajo; la fiesta era arriba.

—¿Quién te contrató? —quiso saber Stride.

Marcus se señaló la sudadera.

—Lowball Lenny. Ya sabe, Leonard Keck, el tipo de los coches. La fiesta era en honor de sus mejores vendedores. Han venido desde todos los puntos del estado.

—¿Y Lenny también estaba?

—Sí, pero se marchó pronto. Sobre las once.

—¿Le viste salir?

—Pasó por mi lado. Su F-150 estaba aparcado en la acera de enfrente.

A Stride no le sorprendió oír el nombre de Leonard Keck relacionado con la fiesta. Sus negocios inmobiliarios en todo el estado lo habían convertido en uno de

los hombres más ricos del norte del país. Había ocupado un cargo en el ayuntamiento de Duluth durante una década, y también era un buen amigo de Kyle Kinnick, el jefe de policía. La combinación de dinero y poder político, y su relación con K-2, habían convencido a Lenny de que era intocable.

—Deja que lo adivine —dijo Stride—. Las chicas llegaron después.

—¿Chicas?

Stride estaba perdiendo la paciencia.

—Marcus, juegas con los Bulldogs, ¿verdad?

—Sí, así es.

—Tus padres no se alegrarían de saber que te han retirado la beca, pero eso es justo lo que pasa cuando le mientes a la policía. ¿Lo entiendes? Así que no te hagas el tonto conmigo. Sé que había chicas.

Marcus se sonrojó.

—Vale, sí, antes de medianoche se presentó una docena de chicas. Un tipo las trajo en una furgoneta.

—¿Quién?

—Era pequeño y delgado, e iba peinado como Hitler. Apestaba a colonia.

Stride asintió. Curt Dickes encajaba con la descripción.

—Me interesa una chica en particular. Bajita, hispana, pelo y ojos castaños, muy atractiva.

—Sí, la recuerdo —admitió Marcus—. Es difícil no fijarse en ella.

—¿Cuándo se marchó?

—No lo sé. No la vi.

—¿Estuviste aquí toda la noche? —preguntó Stride.

—Bueno, después de medianoche eché una cabezadita —confesó Marcus—. Supuse que esos tíos andarían muy ocupados con las chicas ahí arriba, y ayer tuve una sesión de entrenamiento muy dura.

—¿Adónde fuiste?

—A uno de los camarotes de popa para la tripulación. La fiesta se celebraba en el otro extremo.

—¿Viste u oíste algo?

—Qué va, caí redondo. Dormí como un muerto durante una hora. Programé la alarma del móvil para que sonara al cabo de veinte minutos, pero no la oí.

El vigilante parecía nervioso.

—No se lo cuente a nadie, ¿vale?

—Será mejor que no me entere de que estabas con una de las chicas, Marcus.

El chico negó con la cabeza.

—No, de ninguna manera. Tengo novia, señor, y si hiciera el idiota me dejaría.

—Bien.

Stride se alejó de Marcus y subió las escaleras hasta la cubierta principal. Se quedó allí de pie, solo, rodeado por la amplia extensión de acero rojo. Comparado

con los cargueros de trescientos metros de eslora que ahora surcaban los Grandes Lagos, el *Frederick* era una embarcación pequeña, pero seguía siendo imponente. Se metió las manos en los bolsillos de la chaqueta y avanzó por la pasarela de estribor hacia la popa, en la dirección en que Cat aseguraba haber huido de su perseguidor. Sobre la cubierta metálica se habían formado charcos de nieve derretida. El viento frío soplaba desde el lago.

Stride se situó en la popa, sobre el lugar en que la maciza cadena del ancla se hundía en canal; aunque no había llegado a helarse, la temperatura del agua no debía de superar los cinco grados. Imaginó a Cat lanzándose desde el barco, y recordó qué se sentía durante el largo segundo que transcurre antes del gélido impacto: el año anterior, durante una persecución, Stride había estado a punto de morir tras caer desde el puente Blatnik, entre Duluth y Superior. Durante meses, los ataques de pánico le habían acosado. Incluso ahora, la altura le seguía provocando mareos.

Stride inspeccionó el canal y, cerca del puente peatonal, distinguió algo atrapado en uno de los postes de madera en que los barcos de recreo amarraban en verano, algo que se arremolinaba al ritmo de las olas. Entornó los ojos y vio lo que semejaban flores que se abrían y se cerraban sobre una masa empapada de tejido. Parecía un vestido.

El vestido de Cat. Había saltado al agua, tal como afirmaba.

Stride retrocedió a lo largo de la borda hasta el puente, una estructura de varios pisos. La puerta que conducía a los camarotes de invitados estaba abierta. Oyó risas por encima de él. Subió dos tramos de escalera y entró en un elegante salón en forma de media luna, donde media docena de hombres bebían *whisky* en vasos de cristal y jugaban a las cartas. Tiempo atrás, los hombres ricos solían reunirse en aquel lugar: presidentes de empresas del acero, generales del ejército, congresistas. Ahora, un puñado de chicos que ganaban demasiado dinero se comportaban como si fueran sus padres.

Uno de ellos llevaba un apósito de gasa en la frente, por debajo de unos mechones rubios y rebeldes. El hombre, bien vestido y de unos treinta y cinco años, se puso en pie de un salto al ver entrar a Stride.

—¿Quién coño eres?

—Policía —respondió Stride.

Las risas se cortaron en seco, como si alguien hubiera apagado de repente la música. Los hombres cerraron la boca y se sumieron en un silencio nervioso. El tipo del vendaje adoptó su más cordial expresión de vendedor, sonrió y apuró la bebida, como si la llegada de un policía no significara nada más que la oportunidad de cerrar una nueva venta.

—Siempre es un honor conocer a un miembro de la élite de Duluth —dijo—. ¿En qué podemos ayudarle?

Stride le señaló con el dedo.

—Hablemos.

El tipo del apósito abrió los brazos de par en par, en un gesto servicial y amable.

—Cómo no. Salgamos a tomar un poco de aire fresco y a disfrutar de otra maravillosa mañana en Duluth. Chicos, no miréis mis cartas.

Salieron de la sala y se detuvieron en el descansillo de la cubierta superior. El vendedor apoyó los codos en la barandilla blanca y encendió un cigarrillo.

—Y bien, ¿qué ocurre, agente? —preguntó—. ¿A qué debemos su visita?

—Teniente —le corrigió Stride—. He oído que anoche hubo una fiesta en el barco.

Un atisbo de desazón cruzó la expresión despreocupada del hombre. No resultaba difícil imaginar lo que estaba pensando: «La chica ha hablado». Debía de estar debatiéndose entre callar, mentir o confesar.

—Sí, anoche celebramos nuestra entrega de premios anual —explicó el hombre, con un falso aire de sorpresa—. Soy el mejor vendedor de Keck Ford en Warroad. Conrad Carter, ése soy yo. ¿Necesita un coche nuevo, teniente?

—¿Cómo se ha hecho la herida de la frente? —preguntó Stride al tiempo que señalaba el vendaje.

—Resbalé y me di un golpe en la cabeza. El suelo de este viejo barco es muy traicionero.

—Pues yo he oído que una chica le golpeó —le soltó Stride.

—¿Ah, sí? ¿Dónde lo ha oído?

—Ella me lo ha contado.

—¿Ella se lo ha contado? No, no es cierto. Además, si alguien me golpeará en la cabeza, eso me convertiría en víctima, ¿no? Sería yo quien debería presentar cargos, y no voy a hacerlo. Así pues, ¿cuál es el problema?

—La chica tiene dieciséis años —le informó Stride.

El rostro del vendedor se congeló en una mueca de consternación.

—¿Dieciséis? ¿De verdad? Vaya, sin duda le han proporcionado una información errónea, teniente.

—Sé que hubo chicas, señor Carter.

—De acuerdo, sí, algunas chicas decidieron unirse a nosotros. ¿Qué es una fiesta sin compañía femenina?

—¿Compañía pagada?

Conrad exhaló humo y se persignó.

—¿Quiere decir prostitutas? No, no, no, teniente. Aquí no hubo ningún intercambio de dinero, en absoluto. Un grupo de chicos atractivos siempre encuentra a mujeres a las que les guste divertirse. Y más si la bebida es gratis.

—¿De dónde salieron las chicas? —preguntó Stride—. ¿Quién sabía que iban a venir?

—La verdad es que no tengo ni idea; yo no me encargo de organizar la fiesta. Tal vez alguien hizo correr la voz por los bares del centro, o quizá lo anunciaran en el tablón de la universidad. Las noticias vuelan.

—¿Habló con Curt Dickes?

Conrad sonrió.

—¿Curt qué?

—Él fue quien trajo a las chicas.

—No sabía nada de eso.

—¿Y quién lo sabía? —preguntó Stride—. ¿Está diciendo que fue el señor Keck quien lo organizó? Me alegraré mucho de contarle que ha dicho eso.

—Eso no es lo que he querido decir —replicó Conrad con rapidez—. No ponga palabras en mi boca.

—Bien, vamos a intentarlo otra vez. ¿Quién se ocupó de lo de las chicas?

Conrad tamborileó con los dedos sobre la barandilla y miró hacia el lago por encima del hombro de Stride.

—¿Sabe, teniente? Creo que no tengo nada más que contarle.

—Ya sabe a qué chica me refiero —insistió Stride—. Joven, bonita, latina. Estuvo aquí, y le golpeó.

—Si esa chica estuvo aquí, y era menor de edad, entonces mintió para poder entrar en el barco. En una fiesta como ésta nadie quiere niñas. Corta el rollo, ¿sabe? En cuanto a mí, ni la vi ni la he tocado nunca.

—¿No le pidió sexo anal? Porque ella dice que sí, y que fue entonces cuando le golpeó con la bota. Justo ahí, en la frente.

Conrad lanzó el cigarrillo a la cubierta y lo aplastó con la bota.

—Hemos terminado, teniente —replicó con frialdad.

—Alguien esperaba a esa chica fuera del barco, señor Carter. Ella asegura que un tipo intentó matarla.

—¿Matarla? —repitió él—. Me parece una locura.

—¿Vio u oyó algo?

—No, y creo que sería mejor que cuestionara a su fuente. ¿Una chica de dieciséis años se cuele en una fiesta para conseguir bebida gratis y luego empieza a lanzar acusaciones sin sentido? Si me pregunta a mí, diría que se trata de alguna clase de timo.

—¿Un timo?

Conrad hizo un gesto hacia los hombres del salón.

—Así es. Mis amigos y yo tenemos éxito, dinero. No es necesario que le diga cuánto dinero tiene Lowball. Una chica de la calle ve todo eso y piensa: «¿Cómo puedo yo sacar tajada?». Así que a lo mejor se le ocurre la posibilidad de chantajear a alguien.

—¿Eso es lo que pasó? —preguntó Stride.

—No pasó nada, teniente —repuso Conrad—. Nada de nada, ya se lo he dicho. Sea quien sea la chica, miente. No crea una palabra de lo que diga.

6

Stride bajó a las bodegas de carga; sus botas producían un repiqueteo hueco sobre el enrejado metálico de la escalera. Bombillas desnudas colgadas a lo largo del casco iluminaban el vasto espacio. Las paredes remachadas en gris se alzaban hasta el elevado techo, y la humedad se filtraba por las escotillas y goteaba sobre el suelo con un ritmo musical. Tras los meses invernales, el aire olía a húmedo y cerrado.

Había estado en barcos como aquél muchas veces en toda su vida. En ocasiones, los contrabandistas intentaban introducir mercancía ilegal en los cargueros gigantes a través de los Grandes Lagos y el canal St. Lawrence, los cuales se abrían a aguas internacionales. Drogas, armas, incluso seres humanos, por lo general inmigrantes desesperados que los traficantes compraban y vendían. A lo largo de los años, las investigaciones en colaboración con el FBI y el Departamento de Seguridad Nacional le habían acercado muchas veces al agua.

Su propia experiencia con los cargueros se remontaba a su infancia. Su padre, marinero de profesión, solía subir a Stride a bordo cuando regresaba a puerto. La primera vez, Stride tenía cinco años, y quedó impresionado por el enorme tamaño de la embarcación. Desde entonces, los barcos nunca habían perdido del todo su magia. En ocasiones, Stride pensaba que habría sido más feliz navegando que como teniente de policía. Sin embargo, también había días en los que recordaba lo que el lago le había arrebatado. Una ola de diciembre en el lago Superior había lanzado a su padre al agua, dejándolo solo con su madre. La pérdida había destrozado a su madre; para Stride, había sido la primera de las muchas que estaban por llegar. Aquélla era una de las razones por las que vivía en The Point: para estar más cerca de los fantasmas del lago Superior.

Una rata, asustada por su presencia, se lanzó corriendo hacia una pila de vigas de madera. Stride ignoraba cómo era posible que una rata alcanzara el barco desde tierra, pero sabía que eran animales listos. Siempre encontraban el modo, y allí abajo había incontables escondrijos. La enorme bodega estaba surcada de tabiques de contrachapado que formaban un laberinto construido en Halloween para los niños. Había pósteres sobre el comercio naval y la minería de Minnesota apilados y envueltos en plástico, a la espera de la temporada turística. El suelo estaba cubierto de herramientas y máquinas, esparcidas como si fueran escombros.

La luz le permitía ver por dónde avanzaba; sin embargo, para Cat, encontrarse sumida en la más absoluta oscuridad debía de haber resultado aterrador.

La chica había estado allí, tal como le había contado.

Encontró la carretilla elevadora amarilla tras la cual se había ocultado. Cruzó el agua estancada para observarla más de cerca y, en uno de los charcos, distinguió un brillo metálico que reflejaba la luz del techo. Stride se agachó y levantó con cuidado un cuchillo con una hoja de quince centímetros y un mango de ónice. Lo cogió por la empuñadura, lo inspeccionó y lo metió en una bolsa de pruebas que se sacó del

bolsillo.

A pesar de la negativa de Conrad, todo lo que había visto en el barco corroboraba la historia de Cat. Había golpeado al hombre que quería violarla, había perdido un cuchillo en la bodega al cargar contra su perseguidor y luego se había lanzado al agua.

«Otro cuchillo».

Era la segunda vez que encontraba un cuchillo relacionado con Cat. Cuando le pidió explicaciones por haber cogido el de su cocina, la chica le había asegurado que era para protegerse. En los sitios a los que iba, con las cosas que hacía, su vida estaba siempre en peligro. A pesar de ser cierto, a Stride seguía molestándole aquello. No le gustaba la idea de que Cat se obsesionara con los cuchillos. Deberían infundirle pavor, debería asociarlos con la sangre y el mal. Jamás debería haber sentido la necesidad de sujetar uno entre las manos.

Diez años antes, su padre había apuñalado a su madre hasta matarla mientras Cat se escondía en la noche helada.

—Bueno, ¿cómo estás? —preguntó Dory.

Cat no contestó. La cabeza le daba vueltas. Aspiró el humo acre del tabaco de Dory; su tía fumaba cigarrillos indios baratos de Arkansas. Eran muy fuertes, como de alquitrán. Cat llevaba semanas sin fumar, pero en aquel preciso instante se moría de ganas de tener un pitillo entre los labios.

—¿Me das uno?

Dory la miró, extrañada, pero dio unos golpecitos al paquete que tenía en la palma; el extremo marfileño de uno de los cigarrillos sobresalió de la cajetilla. Cat lo cogió, lo hizo rodar entre el pulgar y el índice y se lo metió entre los labios con dedos temblorosos. Dory le ofreció una cerilla, pero Cat negó con la cabeza.

—¿Qué pasa? —preguntó Dory—. ¿Qué ha ocurrido?

Cat no quería hablar. No ahora, no con Dory.

—Nada.

—Oye, podrías haberme llamado; habría venido a buscarte. Estoy aquí para ayudarte, cielo.

—No quería mezclarte en esto.

—¿En qué?

Cat se encogió de hombros.

—En lo que sea que me está pasando. Si alguien me persigue y me acosa, quién sabe, quizá también vaya por ti. Y no quiero que eso pase.

Dory apartó la vista. Por su expresión, Cat se percató de que no la creía: o bien se trataba de un asunto de drogas, o no era más que una mentira.

—Tú y yo no necesitamos la ayuda de nadie —dijo Dory—. No dejaré que te hagan daño. Te lo prometí, ¿lo recuerdas?

—Esta vez es distinto.

Dory se mordió el labio, irritada. Cat no tenía intención de herir sus sentimientos, pero conocía muy bien a su tía. Y Dory no era fuerte. Era como una figurilla surcada de grietas, presta a romperse si el suelo se tambaleaba bajo sus pies.

—¿Quién es el tipo del que tienes miedo? —quiso saber Dory.

—No lo sé.

—¿Has hecho algo?

—¿Como qué?

—Cualquier cosa: robar lo que no deberías, follarte a quien no deberías...

—¡No he hecho nada! —insistió Cat, con los ojos relampagueantes.

—Pero acabas de decirme que no lo sabías, ¿no? Así que puede que sí hayas hecho algo. Deberías pensar en ello.

—Ya lo he hecho.

—Sólo digo que todos hacemos cosas de las que luego nos arrepentimos, ¿sabes? Todos cometemos errores y deseamos poder repararlos. Si con eso pudiera retroceder en el tiempo y hacer lo correcto, me arrancaría el corazón.

—¿Crees que yo no? Pero esta vez es distinto. Esto no es culpa mía.

—Vale.

Dory alargó la mano y le revolvió el pelo como lo haría una madre.

—¿Qué tal la revisión con el médico, todo bien?

Cat contempló la calle y no dijo nada. No iba a llorar.

—¿El médico? —insistió Dory.

—Sí, claro. Estoy bien.

—Pues no lo parece.

—No pasa nada; ¿podemos dejarlo?

—Como quieras.

Dory lazó la colilla a la hierba cubierta de escarcha. Cat se sacó el cigarrillo de los labios y se lo devolvió a su tía, quien lo sujetó entre los dientes y lo encendió.

—No tienes por qué quedarte aquí conmigo —dijo Cat.

—Le prometí a Stride que lo haría. Tenía miedo de que te marcharas.

—No lo haré —repuso la chica.

—De todos modos, voy a quedarme.

Cat deseó que Dory se marchara. Quería estar sola, aunque Stride estaba en lo cierto: deseaba escapar. A veces ni siquiera era un pensamiento consciente. Cuando pasaba demasiado tiempo en un mismo sitio sentía claustrofobia, como si estuviera encerrada en una caja, y se veía impelida a salir antes de quedarse sin aire.

—¿Por qué Stride? —quiso saber Dory—. ¿Por qué fuiste a su casa? No lo conoces.

—A mamá le gustaba.

—Eso no quiere decir nada, también le gustaba tu padre. No se dio cuenta de quién era en realidad hasta que fue demasiado tarde. Un puto animal, eso es lo que

era Marty.

Cat frunció el ceño.

—Para. No hables así.

—Sí, ya lo sé. Marty no tenía nada de malo. Por Dios, Catalina.

Dory rozó la cadena que le rodeaba el cuello con el dorso de la mano y Cat se apartó de ella. El rostro de su tía estaba hundido y macilento.

—¿Te parece inteligente haber acudido a un poli?

—Confío en él.

—Los polis traen problemas. Me da igual lo que te diga, has de tener cuidado con lo que le cuentas, ¿vale?

—Intenta ayudarme.

Dory meneó la cabeza. Parecía querer añadir algo más, pero no lo hizo. Cat se sintió mal. Alargó una mano y, cuando la puso sobre la pierna de su tía, notó el hueso, como si Dory se estuviera consumiendo bajo el peso del mundo. «Si con eso pudiera retroceder en el tiempo y hacer lo correcto, me arrancarí el corazón».

—Anoche pensé en matar a un hombre —declaró Cat—. Estuve a punto de hacerlo.

Dory se sacó el cigarrillo de la boca y entornó los ojos.

—¿Tú?

—Habría sido tan sencillo que me asusté de pensarlo.

Cat le habló del vendedor de coches, de lo que él quería hacerle y de cómo le había golpeado, había cogido el cuchillo y había pensado en clavárselo. Hacerle sangrar. Matarlo.

—Por lo que dices, se lo merecía —observó Dory.

Cat negó con la cabeza.

—No, fue algo que me pasó a mí.

—Sigues llevando un cuchillo, veo.

Cat bajó la mano hasta la pantorrilla y deslizó los dedos bajo el cuero de la bota. Cuando el doctor Steve la dejó sola en la habitación, había encontrado un bisturí dentro de un armario. Ahora sentía el mango de acero inoxidable frío contra la piel. La hoja era afilada, así que la había envuelto en un trozo de gasa.

—Sí. Siempre.

—Ya sabes lo que dicen de los cuchillos y las pistolas —dijo su tía.

—¿Qué?

—Que si los tienes a mano, antes o después encontrarás la forma de utilizarlos.

Cat se obligó a dirigirle una sonrisa vacía a Dory y pensó: «Vincent».

—*No me hagas esto.*

—Estás a salvo, Cat. Estás conmigo. Confías en mí, ¿recuerdas? Cuéntame qué oíste esa noche.

—*No oí nada.*

—Cat, eso no es cierto, ¿verdad? Tú estabas allí. No te librarás del dolor hasta que lo recuerdes.

—*No hay nada. Está todo vacío. Siempre lo ha estado.*

—Tu madre.

—*No.*

—Tu madre.

—*No, por favor.*

—Relájate, Cat. Estás a salvo; estoy aquí y nadie puede hacerte daño. Cuando despiertes, estarás en paz. Ahora, háblame de tu madre.

—*Gri... gritaba. Ella gritaba.*

—¿Qué gritaba?

—*Para para para para para para. No no no no no no.*

—Más, Cat.

—*No no no no... Oh, Dios mío... Oh, Dios mío...*

—¿Qué más decía tu madre?

—*Por favor... Me muero... Me muero.*

—Tu padre también estaba allí. ¿Qué le decía?

—*Vincent, no. Por favor, no me hagas esto.*

—Tu padre, Cat. ¿Qué decía? Tienes que confiar en mí. Tienes que hacer esto para liberarte del pasado.

—*Él... él decía...*

—Cuéntamelo.

—*Te mataré te mataré te mataré te mataré te mataré.*

—Bien. Cuéntame más.

—*Putra zorra, ¡esto es lo que te mereces! ¡Furcia mentirosa!*

—Continúa, Cat. ¿Qué pasó luego?

—*Silencio.*

—¿Qué está ocurriendo, Cat? Sigues debajo del porche. ¿Qué oyes?

—*Pasos.*

—¿Pasos? ¿De quién?

—*¿Dónde está la niña?*

—¿Qué? ¿Quién dijo eso?

—*¿Dónde está la niña?*

—No lo entiendo. Dime qué está pasando, Cat.

—*¿Dónde está la niña?*

—¿Cat? Vuelve conmigo, Cat.

—*Yo te protegeré. No te preocupes, yo te protegeré.*

—¿Quién está hablando, Cat?

—*Yo te protegeré.*

—Cat, ¿qué ocurre? Estás a salvo. Confía en mí, Cat, soy Vincent. Habla conmigo.

—*¡Bang!*

—¿Qué está pasando, Cat?

—*Oh, no, no, no. Está muerto. Los dos están muertos. Dios mío.*

—¿Tu padre?

—*Él lo mató.*

—¿Qué? ¿Quién?

—*Sirenas.*

—Habla conmigo, Cat.

—*Yo te protegeré.*

—Todo va bien, Cat. ¿Cómo me llamo?

—*Sal de ahí; ya ha pasado todo.*

—Mi nombre, Cat. ¿Quién soy?

—*Stride. Me llamo Stride.*

—¿Y? —le preguntó Maggie a Stride mientras lo invitaba a subir a su *Avalanche* amarillo, aparcado junto al barco.

A pesar del aire gélido de la mañana, él bajó la ventanilla. Le gustaba el frío.

—Cat estuvo en el barco.

Maggie asintió y tamborileó con los dedos sobre el volante, aunque no mostró ninguna otra reacción. Mientras, los *Guns N' Roses* sonaban en la radio. El *Avalanche* era un coche demasiado grande para una mujer tan menuda, y Maggie necesitaba alzas para llegar a los pedales. Conducía como una loca, y los arañazos de la pintura daban fe de sus numerosos choques. El sargento Guppo había propuesto que registraran la *pick-up* como arma en la Agencia Estatal de Investigación de St. Paul.

—¿Alguien vio algo? —preguntó ella.

—No, estaban ocupados con las otras chicas.

—¿Quién daba la fiesta?

—Leonard Keck.

Maggie dejó de tamborilear, apagó la radio y le dedicó un gruñido al más puro estilo Billy Idol.

—¿Lowball Lenny? ¿En serio? Menuda mierda. K-2 querrá que lo tratemos con guantes de seda.

—Sí. La versión oficial es que Lenny se marchó antes de que llegaran las chicas. Muy conveniente, ¿verdad?

—¿Crees que se quedó a disfrutar de la diversión?

Stride se encogió de hombros.

—Todo el mundo sabe que Lenny es un vividor. Vi un envoltorio de condón en el salón de la cubierta superior. ¿Quién supones que sube al piso más alto en ese tipo de fiestas?

—Vale, ¿y qué hay de Cat?

Stride sostuvo la bolsa de pruebas con el cuchillo en alto.

—He encontrado esto ahí abajo.

—Entonces ¿crees que decía la verdad? ¿Que alguien la perseguía?

—No se me ocurre ninguna razón para pensar que está mintiendo.

—Podría ser un ataque al azar. Si alguien vio a un grupo de chicas subiendo al barco, podría haber esperado a ver quién salía. Eso no significa que ella fuera su objetivo.

—Cierto —reconoció Stride—, si no fuera por el resto de los incidentes que me contó. ¿Qué has averiguado acerca de su pasado?

Maggie no necesitaba tomar notas; tenía una memoria prodigiosa.

—Poco más de lo que ya sabes. Catalina Mateo, dieciséis años, hija de Michaela Mateo y Marty Gamble, ambos fallecidos. Su madre no tenía parientes vivos aparte

de su hermana Dory, que fue declarada no apta para hacerse cargo de la niña. Los abuelos paternos aún vivían, pero eran muy mayores. La custodia recayó en un primo de Marty, William Green, y su esposa Sophie. Fueron nombrados tutores legales de Cat, y siguen siéndolo. Viven en West Duluth, cerca del cementerio de Oneota.

—¿Cuál es la historia de los Green?

—Sophie Green trabaja como secretaria en una agencia inmobiliaria, en Superior. William Green se dedica a la construcción de carreteras. Hay algunas denuncias contra él por asuntos menores: peleas, drogas y alteración del orden público. Lo típico de un parroquiano del Curly's Bar. En los últimos tres años, también le han detenido un par de veces en Minneapolis.

—¿Por?

—Contratar los servicios de una prostituta —respondió Maggie—. La última fue hace un mes.

—¿Y qué hay de Cat?

—Esa chica es vulnerable, ya lo sabes. He hablado con el director de Denfeld y dice que Cat pasa tanto tiempo dentro como fuera del instituto. Es una lástima, porque el hombre cree que la muchacha es lista de cojones.

—¿Arrestos?

—Todavía no, pero no te engañes: pasa mucho tiempo en la calle. Se la he descrito a Guppo y recuerda haber visto a una chica como ella en Lake Place Park, donde se reúnen los vagabundos. También llamé a Brooke, del refugio de la calle Uno, y me comentó que Cat es una habitual. Ambos me dijeron lo mismo: antes o después, a esa chica va a pasarle algo malo.

—Eso es lo que intento evitar —señaló Stride.

Maggie no replicó, pero él vio como en su rostro se dibujaba una expresión amarga.

—¿Qué pasa contigo, Mags? —preguntó—. Está claro que no te gusta la chica. ¿Por qué?

—No sé nada de ella. Y tú tampoco.

—Es la hija de una vieja amiga, una buena chica que está metida en problemas. ¿Qué más tengo que saber?

Maggie se encogió de hombros.

—Haz lo que quieras. Has dicho que era personal, ¿verdad? Pues no es de mi incumbencia.

—Y de repente me das la espalda. Tengo la sensación de que aquí está ocurriendo algo más.

El rostro dorado de Maggie se volvió hacia él.

—¿Y eso qué significa?

—Ya sabes de qué hablo. ¿Esto es por Cat o por nosotros?

—No existe un «nosotros» —replicó ella—. Lo intentamos y no salió bien, fin de la historia. Y acordamos no volver a hablar de ello.

—Sí, eso es lo que dijimos.

Stride observó a su compañera, que se agarraba con fuerza al volante del Avalanche. Hacía años que eran amigos, tan unidos como pueden estarlo dos personas sin ser amantes. El problema era que eso lo había cambiado todo. Ahora él sabía cosas de ella que se suponía que no debería haber sabido nunca. Conocía la marca de nacimiento que tenía cerca de la ingle, sabía que dormía con la cabeza enterrada en la almohada y aun así conseguía no ahogarse, sabía que sus orejas se teñían de rojo intenso cuando llegaba al orgasmo. Se trataba de cosas que Stride no podía meter en una caja, de cosas que no podía obligarse a olvidar.

Años atrás, Cindy le había advertido de lo fácil que sería romper el corazón de Maggie, como las piezas de una muñeca de porcelana china. Durante años, él la había tratado con extremo cuidado, pero al final había hecho lo que siempre había jurado que no haría: se había acostado con ella. Había dejado que la historia terminara mal, y la había herido de una forma en que ningún otro hombre podía hacerlo.

Ella interpretó su expresión y supo lo que estaba pensando.

—Ahórrame tu compasión. Ya soy mayorcita.

—Lo sé.

—Follamos durante ¿cuánto? ¿Seis semanas?

Stride no le contestó. Maggie trataba de restar importancia a su breve aventura soltando improperios. Quería fingir que entre ellos nunca había existido un vínculo emocional, algo que no era cierto.

—Lo de follar se nos daba bien —continuó—. Me gustaba. ¿Y a ti? ¿O eran todo imaginaciones mías?

—Claro que me gustaba, pero no se trata de eso.

—Lo sé. Mira, sucedió por casualidad y la cagamos. Sabíamos que era imposible que funcionara, y no funcionó. No me arrepiento de haberlo intentado, pero sé que tú sí. Siento haberte jodido la vida.

—Nunca he dicho que me arrepintiera.

—No es necesario. Tu cara de póquer no es tan efectiva como te crees, al menos conmigo. Cuando nos acostábamos, Serena estaba siempre allí con nosotros, y no para sumarse a la diversión.

No era divertido. Ninguno de los dos se reía. Stride sabía que Maggie tenía razón.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

—Ahora seguimos adelante —respondió Maggie—. Retomaremos las cosas donde las dejamos.

—¿Así de fácil?

—Si tú puedes, yo también puedo.

—Vale.

—Vale. Hecho, vamos a olvidarlo.

Stride no creía que fuera tan sencillo.

—¿Estás saliendo con alguien? —preguntó.

—¿Es relevante?

—Siento curiosidad.

—Muy bien, sí. Estoy saliendo con alguien.

—¿Le conozco?

Ella suspiró.

—¿Te acuerdas de Ken McCarty?

—Claro. ¿Ha vuelto a la ciudad?

—No, pero hace un par de semanas vino a buscar unas pruebas del depósito de bienes incautados para un caso de robo en Minneapolis, y nos enrollamos. Por ahora es sólo sexo. Nadie lo sabe, y no quiero que Guppo se entere. No me lo sacaría nunca de encima.

—Ken es bastante joven, Mags —comentó él.

Era una broma, pero del todo inoportuna.

—Seis años. Nos llevamos seis años. Lo probé con hombres mayores y la cosa no funcionó.

Él encajó la pulla sin replicar. Consultó el reloj y abrió la puerta del Avalanche.

—Tengo que recoger a Cat en la clínica.

—Saluda a Steve de mi parte.

—Lo haré.

Stride bajó del coche, volvió la vista hacia el interior y miró a su mejor amiga a los ojos.

—¿De verdad crees que podemos superar esto? ¿Sin reproches?

Maggie se encogió de hombros.

—Sin reproches.

Sí que los habría. Stride no era tan ingenuo.

9

—Vaya, vaya, si es el mismísimo Jonathan Stride —exclamó Steve Garske, al tiempo que levantaba la vista de la pantalla del ordenador.

A continuación, se sacó las gafas de leer y recostó su cuerpo desgarbado en el respaldo de la silla.

—Por lo general, tengo que obligarte para que entres en mi consulta. Ya que estás aquí, ¿por qué no levantas la cabeza y toses?

Stride soltó una risita.

—Si te pones los guantes, salgo por esa puerta.

—Uh, uh. Creo que te has saltado la revisión médica, colega. Una vez más. Un día de éstos podrías ahorrarme la molestia de llamar a tu ayudante para concertarte una cita.

—No sé si podré esperar.

—No puedes, y no lo harás. Los dos vamos a cumplir pronto los cincuenta, y ya sabes lo que significa. La gran cita. O como dice el chiste que contamos los médicos: «Le dije al doctor que no necesitaba una colonoscopia, y él me mandó a tomar por el culo».

—Muy gracioso.

Steve se cruzó de brazos y frunció el ceño para dejar claro quién era el médico.

—Te haré un chequeo antes del verano, fin de la discusión. ¿Lo has entendido?

—Muy bien, jefe.

Stride sabía que no merecía la pena discutir con su amigo.

Steve se puso en pie y estiró los brazos por encima de la cabeza. Las palmas de sus manos alcanzaban el techo. Con un metro noventa y ocho de estatura, era uno de los pocos hombres que superaban a Stride en altura. Estaba delgado e iba vestido de modo informal, con una camiseta y unos vaqueros rotos debajo de la bata blanca. Caminaba un poco encorvado debido a un problema de espalda. Su pelo rubio necesitaba un buen corte, y su piel, por lo general pálida, estaba enrojecida tras pasar una semana tendido al sol. Su nariz había empezado a pelarse. Steve, al igual que Stride, era un adicto al trabajo, pero dos veces al año se permitía un crucero de siete días por el Caribe.

—¿Qué tal en Nassau? —le preguntó Stride al tiempo que señalaba la camiseta, en la que se veía el puente elevado del casino de Atlantis.

—Aquello es el paraíso. Una semana allí parece un mes; el tiempo se detiene. La verdad es que tendría que hacer como Kenny Chesney y mudarme para siempre. Tocaría la guitarra en bañador y me emborracharía de *mai-tais* con las chicas de la isla. Eso es vida.

—Dices lo mismo cada vez que vuelves.

—Lo sé, pero esta vez es distinto. Esta vez voy a hacerlo de verdad.

—Eso también lo dices cada año.

—Vale, vale. Viviré para siempre en el frío y gris Duluth, y cuando cumpla los noventa y dos seguiré apartando nieve a paladas. ¿Contento? En cualquier caso, deberías venirte conmigo en otoño. Una escapada te sentaría bien.

—Tal vez.

—¿Cuándo fue la última vez que te tomaste unas vacaciones?

—En Duluth todos los días son vacaciones —repuso Stride.

—Ja, ja, seguro. Este otoño, colega, resérvate unos días.

Stride sonrió y levantó las manos en señal de rendición. Sabía que Steve estaba en lo cierto. Necesitaba unas vacaciones, y Steve era probablemente su mejor amigo. Un par de chicos de Duluth que se habían conocido durante una calurosa tarde de agosto a mediados de los setenta mientras saltaban de las rocas a las profundidades del río Lester. Habían intimado en las salidas nocturnas a la Casa de los Donuts y en los paseos por la feria estatal el día del Trabajo, antes de que empezara el curso. En aquella época, Stride aún se imaginaba que pasaría la vida a bordo de un carguero y Steve soñaba con triunfar en Nashville. Sus deseos no sobrevivieron al instituto, pero su amistad sí. Se habían mantenido en contacto mientras Steve cursaba sus estudios en la Facultad de Medicina, y cuando abrió consulta en Duluth, Stride se convirtió en su primer paciente.

Steve había sido su médico en las épocas difíciles. Había permanecido junto a Stride y Cindy mientras ella se sometía al tratamiento de fertilidad y luego se enfrentaba al diagnóstico de cáncer y a su rápida y terrible muerte; en aquellos tiempos, Maggie y Steve eran las únicas personas sobre la faz de la Tierra que impedían que Stride se hundiera en el pozo de la depresión, del que no habría salido nunca. Cada pocas semanas seguían quedando para pescar, salir de excursión, escuchar discos de Sara Evans y emborracharse con Miller Lite y malos recuerdos. Los dos vivían en The Point, a los dos les encantaba la música *country*, y Steve aún tocaba en un grupo que daba conciertos en garitos del nordeste de Minnesota durante los fines de semana. Como hombres, eran completamente distintos: Stride, introvertido e intenso; Steve, siempre alegre y abierto con todo el mundo. Aun así, compartían la misma pasión por el lugar en el que habían nacido.

—Saludos de parte de Maggie —dijo Stride.

—Vaya, vaya. Tengo la sensación de que últimamente no he visto su enorme tanque amarillo aparcado frente a tu casa. ¿Tengo razón?

—Tienes razón.

—¿Quién ha tomado la decisión, ella o tú? —quiso saber.

—Los dos.

—Ya, bueno, no me sorprende. La quiero mucho, pero nunca creí que funcionara. ¿Serena? Eso es otra historia. Deberías recuperar a esa mujer.

—¿Cuándo fue la última vez que tuviste una cita, Steve? Pareces un cura dando consejos matrimoniales.

Su amigo se santiguó y lo salpicó con una imaginaria agua bendita.

—No importa, hijo mío. No sigas mi ejemplo, sino mis palabras. Recuerda que, aunque no haya propagado la semilla de los Garske, en mi familia somos nueve hermanos y Dios sabe cuántos primos, así que he visto más aventuras, peleas, rupturas, reconciliaciones, bodas, divorcios, nacimientos y muertes de los que verás tú en toda tu limitada vida.

—Probablemente sea cierto.

Steve hizo girar la silla y se sentó con las largas piernas en dirección a Stride.

—Mira, la cagaste con Maggie. Estuviste a punto de perder la vida en ese puente. No pensabas con claridad. Serena lo entenderá.

—Yo no estoy tan seguro —repuso Stride.

—¿Tu plan es esperar toda la vida para hablar con ella? ¿Tan tozudo eres?

—Es probable.

—Bueno, aún la quieres, ¿no?

Stride frunció el ceño.

—¿Va a durar mucho más este interrogatorio? Porque tengo la sensación de que ya has empezado con la colonoscopia.

—Está bien. No me meto más en tus asuntos.

—Y ahora, ¿podemos hablar de Cat?

Steve agitó una hoja de papel que tenía sobre el escritorio.

—Dispara. Le he hecho firmar una autorización para acceder a sus registros médicos y psicológicos.

—Cat me contó que ya la habías visitado en alguna ocasión. ¿Es cierto?

Steve asintió.

—Colaboro como voluntario en el refugio de Brooke Hahne. Paso consulta con los vagabundos y las chicas de la calle dos veces al mes. Hago revisiones, análisis de enfermedades de transmisión sexual, drogas, sida... Lo básico. El año pasado visité a Cat en un par de ocasiones. Una chica muy maja. Aún no se comporta como otras chicas de la calle.

—¿Y cómo se encuentra? —preguntó Stride.

—Teniendo en cuenta por lo que ha pasado, la verdad es que no está en mala forma: las he visto mucho peores. Aunque, a menos que consiga instalarse en un entorno estable, eso no durará mucho. Tiene un hogar, pero no deja de escaparse. Eso debe terminar.

—Esta misma tarde hablaré con sus tutores legales. ¿Tienes idea de por qué huye? ¿Ocurre algo en su casa?

—No me lo ha contado. Le he preguntado y se ha cerrado en banda. La buena noticia es que, en lo referente a enfermedades, está limpia. A pesar de pertenecer a un grupo de riesgo, no tiene ninguna enfermedad de transmisión sexual. Le haré la prueba del sida por si acaso. El consumo de drogas no parece ser abusivo; ha admitido tomar drogas sintéticas, pero afirma que hace meses que no consume. Respecto a las drogas duras, asegura que no ha probado ni el *crack*, ni la coca ni la

heroína, y no he visto marcas en la piel ni en la mucosa nasal.

—Tiene pesadillas —le explicó Stride—. Aterradoras. Es posible que también sufra alucinaciones. ¿Podría ser consecuencia del consumo de drogas sintéticas?

—Es posible. Aquí no dispongo del equipo para analizarlo. Mientras está colocada, sin duda puede sufrir alucinaciones, temblores, ataques, ansiedad extrema y picos de presión sanguínea, todo lo cual concuerda con el estado de la chica que encontraste anoche en tu armario. Sin embargo, después de haberla examinado aventuraría que no está relacionado con las drogas, pero no puedo descartarlo. Recuerda que yo también conocía a Michaela, así que sé lo que vivió Cat de niña. No cuesta deducir que las pesadillas vienen con el paquete.

—Sé que parece una locura, pero espero que el asunto del acoso no sea un delirio —dijo Stride—. Si es real, al menos podré ayudar a esa niña.

Steve alargó el brazo y le dio un apretón en el hombro.

—Ya no es una niña, colega, no seas ingenuo. Cat es casi una mujer. Lo más probable es que se haya acostado con más gente que tú en su corta vida.

—Eso no sería muy difícil —repuso Stride con una sonrisa.

—Ya sabes a qué me refiero.

—Lo sé. ¿Qué más puedes decirme?

—Ya viste que estaba malnutrida; lleva semanas sin comer bien. Además, presenta numerosos moretones antiguos en las piernas y el torso. Ella asegura que otra de las chicas de la calle la golpeó hace un tiempo, pero tengo la sensación de que se trata de más de una paliza, y que se remonta a unas cuantas semanas atrás.

—¿Cuando vivía en casa de sus tutores? —preguntó Stride.

—Las heridas se corresponden con un escenario de abusos.

—Lo cual explicaría las huidas.

—Así es —confirmó Steve.

Stride frunció el ceño. Recordaba a la pequeña en el jardín trasero de Michaela, y aquella niña merecía algo mejor. Merecía una vida distinta. No importaba lo que le hubiera dicho a Maggie: Stride sabía que era culpa suya.

—Para ti, este caso no es uno más —señaló Steve—. Lo entiendo.

—Tienes razón.

—Y bien, ¿qué vas a hacer con ella?

—Legalmente, debería estar con los Green. Pero antes quiero averiguar qué está ocurriendo en esa casa. Dory no es una opción, y no me siento cómodo dejándola en manos del sistema de protección de menores hasta averiguar si de verdad se encuentra en peligro.

—No sé si te das cuenta, pero estás asumiendo una enorme responsabilidad, Jon. Los dos conocemos casos como el suyo, y no importa lo que hagas: es muy posible que Cat vuelva a escaparse. Las adolescentes como ella cometen estupideces, y a veces eso les pasa factura.

—Sé a qué te refieres, Steve, de verdad.

—Espero que sea así, porque aún no te he contado lo más importante. Tiene que cambiar su conducta y modo de vida con urgencia. Nada de drogas, bebida, tabaco ni peleas, y una dieta sana. Quiero visitarla otra vez esta misma semana. Tenemos mucho de qué hablar.

Stride cerró los ojos en un gesto de frustración. Sabía lo que iba a decir Steve, pero se lo pidió de todos modos:

—Dímelo.

—Cat está embarazada.

Cat salió del baño con la piel brillante, envuelta en una bata de seda que Serena había olvidado. Tenía el pelo mojado y la cadena de oro centelleaba sobre su pecho. El aroma a gel floral que desprendía su cuerpo se extendió por la casa. Vio a Stride sentado en el sofá de cuero y le dedicó una sonrisa; igual que le había sucedido antes, la calidez de aquel gesto hizo que se derritiera. Ella se acomodó a su lado, con los pies bajo el cuerpo.

—Gracias —dijo.

—¿Por qué?

—Por ayudarme.

Cat apoyó la cabeza en el hombro de Stride como si fueran padre e hija, y su familiaridad lo incomodó: todo iba demasiado rápido, era demasiado intenso. En el espacio de unas pocas horas, la chica había proyectado sus sueños en él. Stride no estaba preparado.

—¿El doctor Steve te lo ha contado? —le preguntó Cat con un leve fruncimiento del ceño—. Voy a tener un hijo.

—Sí, me lo ha dicho.

—Supongo que opinas que debería abortar.

La palabra sonó fría y fuera de lugar en sus labios: «Abortar».

—Nunca te diría algo así —repuso Stride—, pero al mismo tiempo, eres muy joven para tener un bebé.

—Lo sé. Mamá también era joven. No tanto como yo, pero joven.

—Siempre existe la posibilidad de la adopción.

Cat negó con la cabeza.

—¿Renunciar a mi hijo? No voy a hacerlo.

—Bueno, todavía tienes tiempo para pensar en ello. Estás de pocas semanas. Lo que necesitas ahora es recuperarte y llevar una vida sana. Es lo mejor que puedes hacer por tu bebé.

Ella le miró a los ojos. Los suyos eran grandes y castaños.

—¿Me ayudarás?

—Haré lo que pueda, Cat. —Y añadió—: ¿Alguna idea de quién puede ser el padre? ¿Tienes novio?

—No —contestó ella—, aunque creo que sé quién ha sido. Hace unas semanas, un chico tuvo un problema con el condón. Recuerdo su cara, pero no su nombre. Era un turista. Apuesto a que no se alegraría de volver a verme.

—Podemos tratar de encontrarlo.

—No quiero encontrarlo —replicó Cat.

—Podrían obligarle a que te pasara una pensión de manutención. Eso te ayudaría.

—No. Si lo descubre, podría llevarse al bebé. Tengo muy claro quiénes son los ganadores y quiénes los perdedores, y las chicas como yo siempre salimos perdiendo.

Se lo llevaría, o haría que un tribunal me lo quitara, y yo quiero quedármelo.

Stride distinguió en su voz un tono acerado que le recordó a Michaela. Le gustaba su fortaleza, pero era muy realista con respecto al desafío económico al que Cat se enfrentaba. Las historias de chicas de la calle que daban a luz rara vez tenían un final feliz.

—Fui al barco —le dijo—. Hablé con los tipos que asistieron a la fiesta.

—¿Alguien vio al hombre que me perseguía?

—No.

Su expresión reflejó decepción.

—Oh.

—Encontré tu cuchillo en la bodega de carga donde lo perdiste.

—Me alegro. ¿Lo ves? Todo sucedió tal como te lo conté. ¿Puedes devolvérmelo?

Stride negó con la cabeza.

—Tengo que quedármelo. Es una prueba.

—Oh, claro. No hay problema, ya he...

Cat se interrumpió.

—¿Ya has qué?

La chica se encogió de hombros.

—Nada.

Stride escrutó el rostro de la adolescente y ella apartó la mirada. Sacó las piernas de debajo del cuerpo, se cogió un pie con gesto ágil y se rascó una manchita de esmalte rojo de las uñas. Él vio sus botas en el suelo.

—Dámelas —le pidió.

—¿Eh?

Stride se levantó del sofá y metió la mano en la primera: estaba vacía. En la segunda, encontró un bisturí con la hoja envuelta en gasa. Lo agarró con fuerza y frunció el ceño en dirección a Cat, cuyos ojos se llenaron de lágrimas.

—Lo has robado de la clínica.

Ella se mordió el labio y asintió.

—Lo siento.

—No me gusta la idea de que lleves un cuchillo —dijo él.

—Ya te he dicho que es para protegerme.

—¿Sólo por eso?

—Claro, ¿qué otra razón podría haber?

—¿Alguna vez lo has usado?

Cat se arrebuja en la bata.

—¡No! ¿De qué hablas?

—Me preguntaba si alguna vez habías estado con alguien por quien te sintieras amenazada.

—No hasta ese punto —murmuró ella.

A las adolescentes se les daba mal mentir. Cat ocultaba algo.

Stride suspiró y volvió a sentarse a su lado.

—Oye, Cat, si tengo que averiguar quién te acosa, o si estás en peligro, tengo que saber qué está pasando en tu vida. Tienes que contármelo todo.

Ella asintió con gesto serio.

—Sí, claro.

—Me dijiste que todo esto empezó hace tres semanas, cuando descubriste que alguien te esperaba fuera de tu casa. ¿Es así?

—Sí. Más o menos.

—¿Pasó algo antes de eso? —preguntó Stride.

—En realidad no; no estoy segura. El caso es que oí que alguien me buscaba. Una de las chicas, Brandy, me lo dijo. La tía está majara; tiene ojos de loca. La vi cerca del cementerio de grafiti y me arrinconó antes de que pudiera escaparme. Me contó que alguien iba haciendo preguntas sobre mí y que era mejor que me anduviera con cuidado.

—¿Te dijo de quién se trataba?

—No, pensé que me estaba tomando el pelo. Una semana más tarde, vi a alguien fuera de la casa. Entonces huí.

—¿Dónde puedo encontrar a Brandy? —preguntó Stride.

—Habla con Curt. Él sabe dónde encontrar a cualquier chica.

—¿Curt Dickes?

Cat asintió.

—Sí.

—No deberías acercarte a él.

—Oh, Curt no es tan malo. Da grima, pero es divertido. Siempre que necesito algo, él me ayuda.

—No es la clase de ayuda que necesitas —observó Stride.

—Ya, supongo que no.

Cat se levantó del sofá y Stride hizo un gesto en dirección al dormitorio, en el que había dejado algunas bolsas de Target con ropa nueva.

—¿Por qué no te vistes? Me gustaría hablar con los Green y echar un vistazo por los alrededores de su casa. Puedes acompañarme.

Cat se quedó inmóvil. Después se arrodilló frente al sofá con las manos encima de las rodillas y negó con la cabeza frenéticamente.

—¡No me hagas volver allí! Por favor, ¡no quiero ir!

—Yo estaré contigo —la tranquilizó Stride.

Stride examinó detenidamente su expresión suplicante, como si la hubiera amenazado con encerrarla en una jaula. No compartió con ella su verdadera preocupación: Stride temía que, a su regreso, la chica se hubiera marchado. Sin nadie que la vigilara, huiría de nuevo y se perdería en el viento.

—Vale, escucha —dijo—. Hay una mujer que cuida de una de las mansiones de The Point. Se llama Kim Dehne. Veré si puedes quedarte un rato con ella mientras yo

estoy fuera.

—No necesito una niñera.

—Kim no es una niñera. Me sentiría mejor si no te quedaras sola. Te gustará.

Cat se enroscó un mechón de pelo entre los dedos.

—Sí, vale. Claro. Lo que tú digas.

—Te escapas de casa con frecuencia —añadió Stride—, y la calle no es un lugar seguro para una chica sola. Es peligroso. ¿Por qué lo haces? ¿Por qué no te quedas con los Green?

—No me gusta estar con ellos.

—¿Hay algún problema?

—Todo el mundo tiene problemas.

Stride señaló su pantorrilla desnuda, donde se distinguían los colores de un moretón sobre la piel.

—Te golpearon. ¿Quién fue?

—Brandy.

—¿Por qué te hizo daño?

—Porque ella es así.

—¿Hay alguien más que te pegue? —preguntó él.

Cat no contestó. Aún de rodillas, se removió inquieta y se metió un mechón de pelo entre los pálidos labios.

—¿Puedo preguntarte yo algo?

—Claro —dijo Stride.

—¿Por qué estás solo?

—Buena pregunta.

—Cuando mi madre vivía, no lo estabas.

—No, estaba casado con una mujer llamada Cindy —repuso él—. Era mi novia del instituto.

—¿Qué le pasó?

—Cindy murió de cáncer.

—Lo siento. Perder a la gente es una mierda.

—Lo es.

—¿Y la mujer que estaba aquí esta mañana?

—Maggie es mi compañera —explicó Stride.

—¿Y no hay nadie más? ¿Qué ha pasado con la mujer cuya ropa me has prestado? Serena.

Stride se percató de que a Cat no se le escapaba nada.

—En este momento Serena y yo no estamos juntos.

—Qué pena.

—Así son las cosas —replicó él.

Cat se impulsó con las rodillas y le dio un beso en la mejilla. El aliento le olía a menta. Stride vio una pequeña marca de nacimiento en su frente, como un hoyuelo.

Cuando ella le miró, sus ojos lo transportaron a un lugar de su pasado, cuando Cat era una niña.

Una mala época.

—Me estás mirando de una forma extraña —comentó ella—. ¿Qué pasa? ¿Qué ves?

—Te pareces a tu madre —dijo él.

Corría el mes de enero. Hacía un frío de muerte: veinte grados bajo cero. El viento agujoneaba la cara de Stride como si fueran larvas. Junto a él, Michaela no parecía afectada. Él llevaba un gorro de lana calado hasta las orejas, pero ella no llevaba sombrero, y su pelo moreno y liso ondeaba suelto alrededor de sus mejillas.

—Ha vuelto —le dijo Michaela—. Anoche, después de que me durmiera, Marty se coló en la habitación de Catalina. Ella no me lo contará, pero yo sé que estuvo allí.

Stride contempló a la niña que jugaba en el jardín. Estaba embutida en un largo abrigo blanco tan grueso que apenas podía mover los brazos, y la bufanda rosa revoloteaba a su espalda mientras perseguía un remolino de hojas secas. Sobre su cabeza se erguía un muro de abetos, y tras los árboles, las luces rojas y verdes de las torres de comunicaciones destellaban como centinelas. Stride percibió un ligero olor a humo; alguien había encendido una hoguera. A los pies del porche, vio huellas de ciervos y conejos sobre la nieve fresca.

—¿Has hablado con ella?

Los ojos cálidos de Michaela permanecían fijos en su hija.

—Se limita a reír y a decir que es un secreto. No lo entiende. Marty le trae regalos y ella me los esconde. ¿Qué puedo hacer? Es su padre, y ella sigue queriéndolo.

—La orden de alejamiento prescribe que no puede acercarse a ninguna de las dos —señaló Stride—. Si vuelve a quebrantarla, podemos meterlo otra vez entre rejas.

—¿Crees que él no lo sabe? Es cuidadoso. Y listo.

—Si lo ves, llámame.

—Nunca lo veo, pero sé que ha estado aquí.

Aunque ella no exteriorizara sus temores, Stride sabía que estaba aterrorizada. Durante los años en que Marty Gamble había formado parte de la vida de Michaela, la había golpeado brutalmente en numerosas ocasiones. El último incidente le había valido una condena por asalto en tercer grado, con una sentencia de casi dos años, pero sólo había pasado cuarenta y cinco días entre rejas antes de que lo dejaran en libertad condicional. El sucio secreto de los procesos penales era que, en realidad, resultaba difícil encerrar a quien no había matado a nadie o usado un arma.

—Ya sabes qué voy a decirte —comentó Stride.

La había animado una y otra vez a marcharse de la ciudad, a mudarse a un lugar

lejano, a esconderse.

—Sí, y ya sabes qué opino al respecto, Jonathan. He trabajado como una energúmena durante seis años para construirnos una vida. Para tener un hogar que ofrecerle a mi hija. Y no voy a renunciar a todo eso por él.

Stride habría deseado que no fuera tan testaruda, pero entendía cómo se sentía. La casita que compartía con su esposa Cindy en The Point era una caja de cerillas de cien años de antigüedad en la que las cosas se estropeaban continuamente. Los ratones corrían bajo los pilotes y los oían roerlos a través de las paredes. Aun así, no se habrían mudado por nada del mundo. A Michaela le ocurría lo mismo. Había conseguido reunir la entrada para pagar una casa apenas más grande que una caravana, en una zona de la ciudad conocida como Antenna Farm, muy arbolada, con caminos de tierra, en la cima de una colina a sólo unas manzanas de las calles del centro. Pisar Antenna Farm era como adentrarse en las tierras yermas rurales. Allí no había dinero. Michaela y Cat dormían en sendos dormitorios minúsculos y compartían un cuarto de baño con ducha. Nadie lo habría considerado un sueño cumplido, pero para Michaela era exactamente eso: su sueño, su evasión.

Marcharse habría sido como morir.

Michaela posó una mano fría en su mejilla. Ni siquiera llevaba guantes.

—Pareces cansado, Jonathan. Hace semanas que no sé nada de ti; estaba preocupada. ¿Estás bien?

—Hemos estado trabajando horas extra —explicó él—. Maggie y yo llevamos desde antes de Navidad intentando resolver un caso de allanamiento de morada. Hemos recuperado el arma del crimen y las joyas que le robó a la mujer. El asesino era miembro de una banda asiática de las Cities, y lo hemos apartado de las calles para siempre. Siento haber desaparecido del mapa, aunque la verdad es que he pensado mucho en ti.

—Yo también. La semana pasada vi al doctor Steve. Me temo que me pasé todo el rato parloteando sobre ti.

—Le he comentado a Cindy que vendría a verte esta noche, y me ha pedido que os invitara a cenar.

Michaela sonrió.

—Me encantaría. Así podría conocer a la mujer que te ha robado el corazón.

Al ver que él no contestaba, el rostro de Michaela se ensombreció, como si de repente se hubiera dado cuenta de que había cometido un error.

—No quería decir eso. ¿Le has contado que yo...? —dijo cubriéndose la boca con la mano.

—No, claro que no.

—Gracias. Estoy avergonzada.

—No tienes por qué.

Michaela se estremeció por primera vez.

—¡Catalina! —gritó desde el porche—. Venga, entra en casa.

La niña fingió no haber oído a su madre, se dejó caer de espaldas y dibujó un ángel sobre la nieve. Tenía las mejillas rosadas y húmedas.

—¡Catalina! —volvió a llamarla Michaela, exasperada, y negó con la cabeza—. Esa niña... —dijo dirigiéndose a Stride.

—Es tan tozuda como su madre —repuso él.

Michaela se rio y Stride deseó que lo hiciera más a menudo. Le gustaba ver cómo la tristeza se desvanecía de su rostro, aunque fuera sólo por un momento. Michaela no poseía una belleza clásica, pero a Stride le resultaba imposible no mirarla. Tenía unos ojos oscuros como el chocolate y una nariz pequeña y redondeada. Pese a su juventud —tenía veintiséis años—, cargaba el peso de su pasado sobre los hombros, como un anillo de humo que nunca se disipaba. Los efectos de las salvajes palizas que había recibido seguían siendo visibles: la cicatriz en la frente, la hendidura en el punto en que le había fracturado la mandíbula, la mueca de dolor que tensaba sus labios cuando se movía.

Su risa se desvaneció y Michaela se agarró a la inestable barandilla de madera del porche.

—Marty está convencido de que tú y yo tenemos una aventura —dijo ella—. He hablado con su primo Bill.

—¿Qué le dijiste?

—Que no, por supuesto, pero Marty no cree nada de lo que yo diga. Antes o después, se emborrachará y volverá por mí. Lo sabes, ¿verdad?

—Si lo prefieres, puedo enviar a otra persona para que compruebe qué tal estáis.

—Tanto da. Marty cree que es mi dueño. Además, me gusta verte, y a Catalina también.

—Es un cielo.

Michaela esbozó una sonrisa mientras miraba a su hija. La niña estaba girando como una bailarina alrededor de la silueta del ángel.

—Después de todos los errores que he cometido, a veces me cuesta creer que Dios me la diera. Tras la muerte de mis padres hice un montón de estupideces: fiestas, drogas, novios que no me convenían. En aquel entonces, creía que me merecía lo que Marty me hacía.

—No es así.

—Las chicas podemos estar muy ciegas, Jonathan. Yo le amaba. Era un tipo duro, y yo estaba convencida de que eso era lo que quería. Esperaba que el nacimiento de Catalina lo hiciera madurar. Y supongo que lo hizo, un poco. Es bueno con ella; es a mí a quien odia.

Stride guardó silencio. Era incapaz de ver ninguna clase de bondad en Marty Gamble. Tenía grabado en la mente el rostro esculpido de aquel hombre: el cráneo rapado y cubierto de tatuajes, la mandíbula angulosa, la nariz aplastada. Sus ojos eran como dos canicas azules y tenía cicatrices en los nudillos. No era alto pero sí musculoso, fruto de las horas de entrenamiento levantando pesas y boxeando.

Cuando se emborrachaba, su mal genio era como el combustible de un cohete.

—Dory dice que soy tonta —continuó Michaela—. Ella vio que era un monstruo desde el principio. Le gritaba que se alejara de mí, y Marty se reía en su cara. Es triste que tu hermana drogadicta sepa juzgar a los hombres mejor que tú. Ojalá le hubiera hecho caso.

—Esto no es culpa tuya.

—Oh, en parte sí. Todos tomamos decisiones, y Marty fue la mía. Tengo que vivir con eso.

Una expresión de inquietud le cruzó el rostro, y añadió:

—Ayer, cuando hablé con Dory, parecía fuera de sí. Peor de lo habitual. Creo que Marty ha ido a verla. Probablemente no sea tan estúpido como para hacerle daño, pero estoy preocupada.

—Le diré a Maggie que hable con ella.

—Gracias.

Michaela lo cogió del brazo. Era un gesto cálido y sencillo, pero la cercanía de ella lo hizo retroceder. Ella sabía que había cruzado una línea pero, sin tiempo de apartar la mano, sus dedos se aferraron al abrigo de Stride y todo su cuerpo se tensó.

—Jonathan —dijo en tono cortante.

Él siguió su mirada hacia la carretera. En el extremo de la parcela, el brillo gemelo de dos faros atravesaba la oscuridad. Estaban enfocados hacia la casa y los iluminaban como si fueran un par de fugitivos. Catalina, sobre la nieve a los pies del porche, contempló con curiosidad aquellos ojos brillantes.

—Métete en casa —le ordenó Stride a Michaela.

Michaela bajó corriendo los escalones del porche y cogió a la pequeña en brazos. Catalina gritó en señal de protesta, pero Michaela se la llevó dentro y cerró la puerta a su espalda. Stride se quedó solo, deslizó la pistola en su mano y avanzó por el largo camino de entrada protegiéndose los ojos. Quienquiera que estuviera dentro del coche le dejó acercarse unos veinte metros antes de retroceder dibujando eses entre los árboles. Las ruedas chirriaron y giraron sobre el barro. El conductor se apoyó con fuerza en la bocina y el estruendo rasgó la silenciosa noche como un bramido victorioso. Cuando Stride llegó al camino cubierto de nieve, el coche había desaparecido; las luces traseras se habían perdido en la oscuridad.

Se quedó allí, de pie, sujetando la pistola en una mano y con la otra cerrada en un puño, impotente.

Al volver a la casa, Michaela estaba de nuevo en el porche, bloqueando la puerta con su cuerpo. Catalina se encontraba dentro.

—Era él —dijo.

—No he podido ver el coche.

—Era él —repitió Michaela.

Stride se acercó a ella. Demasiado.

—De verdad, preferiría que te marcharas de la ciudad por un tiempo, Michaela.

—¿Y perder el trabajo? —replicó ella—. ¿La casa? No permitiré que me obligue a huir. Tú me protegerás, Jonathan. Tengo fe en ti.

Él sintió su confianza. Su fe era como un abrazo. Michaela creía en él.

Dos días más tarde, Stride bajaba la vista hacia el cadáver de Michaela, cosido a puñaladas sobre un enorme charco de sangre. El cuerpo de Marty estaba tendido a su lado, con una pistola en la mano, el cráneo y los sesos desparramados sobre el suelo de madera del diminuto dormitorio.

—¿Te acuerdas de Marty Gamble? —preguntó Maggie.

Ken McCarty, desnudo sobre el cuerpo de ella, se detuvo. Su rostro se encogió como una manzana seca y ella notó cómo se marchitaba en su interior.

—Eliges el momento más extraño para hablar de trabajo —observó él.

Maggie le rodeó el cuerpo con las piernas y lo empujó más hondo.

—Tienes razón. Sigue.

Ken recuperó el ritmo con vigor renovado. La cara se le enrojeció debido al esfuerzo con que sacudía la cama, pero cuanto más se empeñaba, más se le achicaba, hasta que Maggie dejó de sentirlo entre los muslos. Al final, frustrado, se dio por vencido y se dejó caer de espaldas junto a ella. Tenía la piel empapada en sudor.

—Lo siento.

—No pasa nada, grandullón —dijo Maggie.

—Gracias por recordármelo.

—Ups —se rio ella—. No quería decir eso.

Maggie se puso de lado y acercó la mano a su entrepierna.

—¿Quieres que use uno de mis trucos?

Retorció los dedos y los movió como si estuviera amasando pan, pero la masa no se elevó.

—Será mejor que me hagas un vale para otro día —dijo Ken—. Eso, o es que necesito empezar a tomar pastillitas azules. Sería la primera vez.

—Es culpa mía.

—No te preocupes. De todas formas, prefiero hacerlo por la noche. Por cierto, la semana pasada alquilé una peli de Bree Oison en pago por visión, y hay una posición muy cachonda que me gustaría probar. ¿Te apuntas?

—Siempre.

Se acercó a ella y sus lenguas se enredaron en un largo beso.

—Dios, qué buena estás —dijo Ken mientras recorría el cuerpo de Maggie con las manos.

—¿Incluso para ser una madurita?

—Las veinteañeras no tienen nada que hacer a tu lado, cariño.

Maggie sonrió. Sabía que Ken se había acostado con un montón de chicas a lo largo de los años, y probablemente seguía haciéndolo. Sólo se habían enrollado un par de veces y, aun así, se sentía extrañamente complacida por el hecho de pensar que, cuando no estaba con ella, se dedicaba a ver porno en lugar de llevarse a casa a la primera chica que hubiera conocido en un bar de Dinkytown.

También sabía que, si había algo que se le daba bien, además del trabajo, era el sexo. Estaba abierta a todo y siempre lo había estado. El sexo no significaba mucho para ella, así que no le importaba cruzar ciertas líneas. Nunca había incluido el sexo y el amor en la misma ecuación, no hasta que se acostó con Stride, y eso había sido un

error monumental, a la altura de la hamburguesa McLean de McDonald's. Una relación con Ken, si llegaba a convertirse en eso, era más segura. Sexo salvaje. Mucho tiempo separados. Sin presión. Para Maggie, las dos horas que separaban Duluth de Minneapolis eran la distancia perfecta.

Ken rodó desnudo por la cama, se levantó y se puso los calzoncillos, blancos y ceñidos. No era especialmente alto, pero en comparación con Maggie cualquiera lo parecía. Rubio, con el pelo muy corto, corpulento y firme como una roca, tenía el aspecto típico de un poli que sigue una dieta rica en carbohidratos. Su perilla rubia estaba bien cuidada, y era de risa fácil. Seguía mostrando un aire joven y desenfadado que a Maggie le gustaba. Tenía treinta y cuatro años, pero podría haber tenido veinticuatro: un adulto feliz de seguir siendo un niño.

Se acercó a la ventana en ropa interior. Maggie vivía en Superior Street, por encima del hotel Sheraton, en un piso cuyas vistas valían un millón de dólares. La mayoría de los propietarios de la zona eran médicos acomodados del St. Mary y el St. Luke que poseían mansiones en las Cities y viajaban a Duluth cuando tenían que realizar alguna intervención quirúrgica en la ciudad. Maggie era la única agente de policía del edificio. Después del asesinato de su marido, un acaudalado empresario del que había heredado una buena suma de dinero, hubiera podido vivir sin trabajar. Sin embargo, era incapaz de imaginarse como una de aquellas mujeres de la alta sociedad que ocupaban su tiempo haciéndose la manicura y fingiendo que el baile anual era el mayor acontecimiento de la temporada. Ella era policía, y siempre lo sería. Además, aquello significaba poder seguir trabajando con Stride.

—Bueno, ¿y?

—¿Y qué?

—Si te acuerdas de Marty Gamble.

Ken se volvió y se rascó la barbilla.

—¿No es el cabeza rapada que apuñaló a su mujer y se voló los sesos?

—El mismo.

—Eso pasó hace mucho tiempo. El tío era un hijo de puta salvaje; todos lo conocíamos. ¿Por qué, qué pasa?

Ella le contó lo ocurrido entre Cat y Stride.

—Creo que él se está implicando más de lo que debería. No me fío de esa chica.

—Gamble está muerto. ¿Qué tiene que ver eso con su hija?

—Está obsesionada con los cuchillos —explicó ella—. Igualita que su papá.

—¿Crees que es violenta?

—No lo sé, pero todo este asunto me da mala espina.

Ken regresó a la cama, se sentó y jugueteó con el pezón de Maggie. Ella, excitada, pensó en despojarlo de sus calzoncillos ajustados e intentarlo de nuevo.

—Si tu instinto te dice que algo va mal, lo más probable es que sea así —dijo él—. Confía en tus corazonadas.

—Gracias.

Antes de que ella pudiera abalanzarse y sentarse a horcajadas sobre él, Ken se levantó de un salto.

—Bueno, ¿qué hacemos esta tarde? ¿Quieres ir al casino? Me gusta la idea de que una mujer rica financie mis apuestas. Podría acostumbrarme a ese rollo de ser un *toyboy*.

—Oye, esta tarde... —dijo ella.

Ken soltó un gruñido de disgusto.

—Oh, mierda, no me digas que estás ocupada, Maggie. Es sábado, día de fiesta.

—Me has pillado por sorpresa. Voy muy atrasada con el papeleo, y tengo que pasarme por la oficina.

—¿Cuánto rato?

—Tres horas. Te lo prometo. Cuatro a más tardar. ¿Sí? Podemos vernos por la noche.

—Vale, iré al casino a jugarme mi propio dinero. En las tragaperras y el Mountain Dew. ¿Te parece bien?

—¿Necesitas efectivo?

Ken se rio.

—Por favor, soy el clásico machista: me niego a desplumar a una mujer a menos que la tenga al lado.

—Pues aquí me tienes —dijo ella.

Maggie se incorporó y apretó su cuerpo contra el de él, metió las manos por dentro de los calzoncillos y le estrujó las nalgas como si estuviera catando un melón maduro en el mercado.

—¿Vas a darme alguna pista sobre esa postura que quieres probar? Porque lo más probable es que ya la haya practicado...

—Perfecto. Tú serás la profesora; yo, el alumno travieso.

Ella le propinó un cachete en el trasero y retiró las manos.

—¿Qué quieres para cenar? ¿Qué me dices de unas chuletas, aquí en casa? Al horno, con *cabernet* y a la luz de las velas.

—Ahora te escucho.

Ella se sentó en la cama y se puso unos calcetines negros. Él le dirigió una mirada lasciva, y a ella le gustó su descaró.

—No hay nada más *sexy* que una mujer vestida sólo con un par de calcetines —dijo él.

—Qué raro eres.

—No, en serio. Además, los calcetines me calientan los hombros.

Ella soltó una risita. No lo hacía a menudo, pero con Ken le pasaba todo el tiempo. Tal vez salir con un hombre más joven constituyera verdaderamente el secreto de la eterna juventud. Abrió los labios y le mostró sus blancos dientes.

—Eso es lo que me gusta ver —añadió él—. Esa sonrisa.

—Lamento haber estado distraída.

—Me he dado cuenta.

—Es toda esta historia de Stride.

Ken frunció el ceño, y Maggie supo que había metido la pata mencionando a Stride. Hacía poco tiempo que Ken y ella eran amantes, pero mucho que eran amigos. Resultaba difícil ocultarle un secreto a alguien que te conocía tan bien. Maggie lo había reclutado cuando él trabajaba como vigilante en el campus de la Universidad de Minnesota; lo había entrenado, supervisado y acompañado. Cuando cuatro años atrás se trasladó a Minneapolis, Maggie se sintió decepcionada: le gustaba desahogarse con Ken. Entre ellos siempre había existido un atisbo de tensión sexual que nunca se había materializado. Y ambos sabían por qué.

—Todo gira siempre en torno a Stride, ¿verdad? —observó él—. Nunca cambiarás.

—No es eso.

—¿Ah, no?

No parecía muy convencido.

—De verdad que no. Ya no.

—Lo que tú digas.

Maggie no podía fingir que no había sentido nada por Stride. Era un secreto a voces en el departamento y, mientras trabajaban juntos en Duluth, ella había compartido muchas cosas con Ken. Probablemente demasiadas. Aun así, no le había contado nada acerca de su breve aventura con Stride durante aquel invierno. Nadie lo sabía.

Nadie excepto Serena.

—¿Stride sabe lo nuestro? —quiso saber Ken.

—Se lo he contado esta mañana.

—¿Y qué ha dicho?

—Me ha preguntado quién eras. No se acordaba de ti.

Ken pareció abatido, pero luego entornó los ojos al descubrir la expresión burlona de Maggie.

—Jodida mentirosa.

Ella se rio.

—Lo siento. Nos ha dado su bendición; ha dicho que éramos un par de chiquillos y que nos aseguráramos de usar protección.

—Ya.

Maggie siguió vistiéndose. Se enfundó unos vaqueros ceñidos y dejó que él admirara su torso desnudo antes de ponerse una camiseta. Aunque, en realidad, no había mucho que admirar: sus pechos no eran exactamente montañas. Estaba despeinada, y sopló para apartarse el flequillo de los ojos. Ken se acercó a ella y le revolvió el pelo.

—Rojo, ¿eh? No me lo imagino.

—¿Cómo te enteraste? —quiso saber ella.

—Hablé con Guppo. Según él, era digno de verse.

—Apuesto a que sí. Me dijo que parecía un rotulador fluorescente. Supongo que me ceñiré al negro.

—Oh, no sé. El rojo es *sexy*. Debías de estar impresionante.

—Gracias.

Maggie le dio un beso, pero entonces abrió los ojos de par en par con expresión horrorizada.

—Me cago en todo. No le habrás contado a Guppo lo nuestro, ¿verdad?

—Estuve tentado de hacerlo, pero me contuve. Aunque creo que debió de imaginárselo. Cuando me acuesto con alguien, se me nota en la cara.

—Yo te lo noto en otras partes —replicó Maggie, y le guiñó un ojo. Lo contempló, vestido sólo con calzoncillos, y añadió—: No sé muy bien qué es lo que estamos haciendo, pero tengo que admitir que me gusta.

—A mí también. Cuando nos conocimos, yo estaba colado por ti. Lo sabes, ¿no?

—¿Y por qué no me tiraste los trastos nunca?

—¿Bromeas? En aquella época me dabas un miedo de la ostia. Con tus gafas de Terminator y tu sarcasmo. Imaginaba que en la cama debías de ser una especie de dominatriz.

—¿Y ahora?

—Ahora eso me pone.

Maggie se calzó las botas, con cierto parecido a las que llevaría una dominatriz, cogió las gafas de sol de la mesilla de noche y se las colocó con ambas manos.

—*Sayonara, baby* —murmuró.

—Igualita que Arnold —comentó él.

Maggie se dispuso a salir. Antes de que pudiera alcanzar la puerta, Ken la llamó.

—Oye, Maggie.

—¿Sí?

—¿Por qué no eres sincera y me cuentas adónde vas?

Ella se sacó las gafas y fingió una mueca de sorpresa, pero Ken la había descubierto.

—¿Qué quieres decir?

—Maggie Bei no se ha retrasado con el papeleo en su vida —repuso él con frialdad—. ¿Qué te traes entre manos?

Ken era poli, y era imposible engañar a un poli.

—Vale, vale. Quiero escarbar un poco más en la vida de esa chica. Sé que visita el refugio del centro con frecuencia, y he quedado con Brooke Hahne para ver qué puede contarme.

—Vaya, será mejor que me olvide de las chuletas y el sexo de esta noche.

—Depende de lo que averigüe. Lo más probable es que no sea nada.

—Podrías haberme dicho la verdad. ¿Por qué es todo esto tan importante para ti?

Maggie frunció el ceño. Le fastidiaba tener que admitir lo que en realidad estaba

pensando.

—Cuarenta y una. No puedo dejar de pensar en ello. Eso es lo que me asusta.
Ken frunció el ceño en un gesto de desconcierto.

—¿Qué?

—Cuarenta y una. El forense contó las heridas de arma blanca cuando practicó la autopsia de Michaela Mateo. Recuerdo la cifra. Marty Gamble asestó cuarenta y una puñaladas a su mujer.

—Fue espantoso, pero ¿adónde quieres llegar?

—La niña lo oyó todo. Se escondió bajo el porche y oyó a su padre apuñalar a su madre, oyó los gritos de su madre, oyó a su padre cuando cogía una pistola y se volaba los sesos. Y ahora, esa misma chica está viviendo en casa de Stride. No me gusta.

Volvió a colocarse las gafas de sol y negó con la cabeza.

—Cuarenta y una puñaladas. ¿Cómo puede afectar eso a una niña?

Stride estaba sentado en una diminuta cocina con los tutores legales de Cat, William y Sophie Green. El vinilo que decoraba las paredes, estampado con margaritas, formaba burbujas en las juntas. El aire estancado de la estancia olía a humo de cigarrillo y nata agria. Un reloj de neón de la NASCAR con una foto de Dale Earnhardt colgaba encima de la nevera; se había parado a las 9.07. El calendario estaba abierto en el mes de febrero, no en abril; desde allí, una imagen de Jesús con los brazos extendidos en lo alto de un acantilado los contemplaba.

—¿Es suyo el Coupe de Ville que hay en el camino de entrada? —le preguntó Stride a William Green.

El hombre dio un trago a una lata de Budweiser y se secó los labios. La pregunta pareció sorprenderle.

—Sí, es del ochenta y cuatro. Llevo meses restaurándolo y buscando piezas.

—Veo que le gustan los coches.

—Así es. Los reparo y los vendo. Es un *hobby*.

—¿Suele ir al Salón del Automóvil de Minneapolis?

Green le dirigió una mirada incómoda a su mujer, Sophie, quien tenía la vista fija en la mesa de la cocina.

—Claro, casi todos los años —contestó.

—Se celebró el mes pasado, ¿verdad? —preguntó Stride—. ¿Estuvo allí?

—Sí, ¿y qué?

Los ojos del hombre centelleaban de ira. Su mujer parecía ajena al trasfondo de la conversación, pero Stride quería que Green supiera que estaba al tanto de su detención por solicitar los servicios de una prostituta en Minneapolis.

—¿A qué viene todo esto? —preguntó Sophie con un hilo de voz.

Tenía el pelo ralo y cobrizo, y un rostro vulgar y excesivamente maquillado. Llevaba un recatado vestido de flores y una fina cadena de la que colgaba una cruz. Por debajo de la manga corta asomaba un moretón purpúreo.

—Trato de averiguar qué sucedió exactamente ese fin de semana —explicó Stride—. Cat asegura que, cuando salió de casa el sábado por la noche, alguien la persiguió.

—¿Perseguirla? ¿Quién?

—Todavía no lo sé. ¿Recuerdan haber visto a algún desconocido rondando el vecindario durante las últimas semanas?

Sophie negó con la cabeza.

—No.

—¿Cat y usted estaban solas en casa mientras su marido se encontraba ausente?

William Green dejó la lata de cerveza sobre la mesa.

—¿Qué clase de pregunta es ésta?

—Pretendo averiguar si pudo haber algún otro testigo —repuso Stride.

—Estábamos las dos solas —contestó Sophie—. El domingo por la mañana, Cat

había desaparecido. Quería llevarla conmigo a la iglesia, pero su habitación estaba vacía.

—¿No se preocupó?

—Yo... llamé a su móvil, y me dijo que se quedaría unos días en casa de una amiga. No me habló de que nadie la persiguiera.

El marido de Sophie se sentó y colocó los fornidos antebrazos sobre la mesa. Era un hombre corpulento, con una cara redonda salpicada de capilares enrojecidos y el pelo castaño y rizado recogido en una coleta. Su enorme nariz tenía el puente desviado seguramente a causa de una fractura. Vestía una camiseta de Twins y unos pantalones de chándal manchados de aceite. Stride calculó que debía de tener unos cuarenta años. Sabía que era el primo de Marty Gamble, pero guardaban un escaso parecido. Marty había sido delgado y mezquino; Bill Green, corpulento y taimado.

—Mire, a Kitty Kat le encanta contar historias —dijo—. La mayoría sólo existen en su cabeza.

—¿Cree que está mintiendo? —quiso saber Stride.

Green cogió una segunda lata de cerveza de la mesa y la abrió.

—Lo que digo es que no puede fiarse de lo que le cuente esa chica. Lo más probable es que esté bajo el efecto de las drogas.

—¿Sabían que tomaba drogas?

Los pálidos labios de Sophie se fruncieron. Resultaba difícil oír su voz.

—Dijo que lo había dejado, pero puede que mintiera. Acostumbra a escaparse de casa... y no siempre sabemos dónde está o qué hace.

—¿Ha hablado de ella con alguien?

—Oh, sí, claro. Con el sacerdote de mi iglesia, con la escuela, con su tía Dory y con la señora Hahne, del refugio del centro. Incluso pensé en llamar a la policía, pero no quería meterla en problemas.

—¿Por qué se escapa de casa?

William Green se inclinó hacia delante cubriendo con su fornida mano media lata de cerveza.

—Ya sabe lo que les pasó a sus padres. Esa chica está trastornada. ¿No se ha dado cuenta?

—Ha tenido una adolescencia muy complicada —añadió Sophie—. Es una chica solitaria, apenas tiene amigos y ha sufrido pesadillas desde siempre, que yo recuerde. Con la edad, las cosas han ido empeorando.

—¿Le han proporcionado algún tipo de ayuda psicológica?

—La señora Hahne dijo que le pediría a un terapeuta del centro que hablara con Cat —explicó Sophie.

«Un terapeuta del centro».

Stride vaciló. Como si una alarma se encendiera de repente en su mente, recordó el nombre y el atractivo rostro moreno que figuraban en un informe policial redactado en Minneapolis unos meses atrás. Odiaba las coincidencias.

—¿Sabe si llegó a hablar con ese terapeuta? —preguntó—. ¿Cat le contó si estaba viendo a alguien?

—No.

—¿Por casualidad mencionó a un hombre llamado Vincent Roslak? —continuó—. ¿O le comentó la señora Hahne que Cat veía a Roslak?

—No, ¿por qué?

—Probablemente no sea nada —explicó Stride—, pero tengo que descartar todas las posibilidades.

Cat y Roslak. Tal vez no significara nada. Ubicarlos en el mismo espacio temporal lo llevaría por un camino oscuro, y no quería hacerlo. Roslak era un terapeuta que había trabajado como voluntario en el refugio The Praying Hands antes de perder la licencia y huir de la ciudad. Era encantador, seductor e inmoral.

Y también estaba muerto.

Asesinado.

—Usted cree que todo esto es culpa nuestra, ¿verdad? —preguntó Green en tono enfadado, interrumpiendo sus pensamientos—. Escúcheme, esa chica no tenía a nadie. Si no hubiera sido por nosotros, habría acabado entrando y saliendo de casas de acogida, rebotando como un frijol mexicano. Le proporcionamos un hogar, y sepa que nos supuso un gran esfuerzo. El Estado no nos dio ni un céntimo, y Marty nunca tuvo dinero.

—Entonces ¿por qué se hicieron cargo de ella? —preguntó Stride.

—Porque era de la familia —respondió Sophie—. En su estado, Dory era incapaz de hacerse cargo de ella, así que sólo quedábamos nosotros. Además, Bill y yo siempre habíamos querido tener hijos, pero no pudimos engendrarlos. Bill tiene una concentración de espermatozoides muy baja.

William Green explotó.

—¡Joder, Sophie! ¿Tienes que hablarle de mi semen a todo el mundo que entra por la jodida puerta? ¿Por qué no pones un anuncio en el puto periódico?

El hombre saltó como un muelle y alzó los puños. Stride pensó que, si él no hubiera estado allí, Green habría descargado su ira sobre el rostro de su mujer. En lugar de eso, el tipo se puso en pie bruscamente, agarró su lata de cerveza y salió de la cocina con pasos airados. Stride oyó como se abría la puerta delantera y luego un portazo tan violento que las paredes temblaron.

—Lo siento —murmuró Sophie—. No debería de haberlo mencionado; es un tema muy delicado para Bill.

—Señora Green, ¿puedo preguntarle cómo se hizo el moretón del brazo? —preguntó Stride.

—¿Qué?

—¿Se lo ha hecho su esposo?

Ella abrió los ojos de par en par y se tocó el brazo con gesto cuidadoso.

—No, no, resbalé sobre el hielo.

—Si se muestra violento con usted, señora Green, puedo proporcionarle ayuda.

—Oh, no. No, siento haberle causado esa impresión.

—¿Ha golpeado a Cat alguna vez?

—¿A Cat? No, claro que no. Bill quiere a Cat. Ya le ha oído, la llama su pequeña Kitty Kat.

Stride no creía que aquella mujer fuera a proporcionarle una respuesta sincera. Trató de centrar su ira en quien realmente la merecía: William Green, no la mujer a la que había intimidado hasta reducirla al silencio. Había estado en demasiados hogares como aquél para creer sus negativas. Tal vez mintiera para proteger a su marido, o quizá fuera cierto que no lo sabía. O puede que intentara convencerse a sí misma, porque la verdad era demasiado desagradable. No tenía importancia. Tras observar la dinámica familiar, Stride estaba más que seguro de que Green había maltratado a Cat durante años.

De aquello era de lo que huía. Allí había empezado todo.

—No es necesario que me acompañe —indicó Stride.

Se sentía incorpóreo, como si pudiera verse desde fuera y observar lo que hacía. El frío lo embargó y sus músculos se agarrotaron. Salió al aire puro del exterior y respiró hondo, pero no consiguió desprenderse de su rabia. Bajó del porche y vio el capó del Coupe de Ville abierto; se oía ruido de herramientas. Stride entró en el garaje, un espacio tenuemente iluminado por una bombilla fluorescente. En la radio sonaba un tema de Poison con algunas interferencias.

William Green echó un vistazo por encima del capó con gesto iracundo.

—¿Qué co...?

El hombre palideció al ver a Stride. Tenía las manos manchadas de grasa y se las limpió con un trapo viejo.

—¿Qué quiere?

—Tengo un mensaje para usted, señor Green.

—¿Qué? ¿Qué mensaje?

Stride se acercó a él lo suficiente para notar el olor a cerveza y humo en su aliento. Green retrocedió con pasos vacilantes hasta chocar con el tablero de la pared del fondo del garaje. Stride examinó las herramientas, descolgó una sierra de arco de su gancho y la sostuvo en la mano, mientras pasaba un dedo por los dientes recortados de la hoja. Cuando se enfadaba, Stride canalizaba su ira adoptando un tono de voz extremadamente calmado. Y esta vez habló con más calma que nunca.

—Deje que le explique algo, señor Green. Si alguna vez vuelve a tocarle un pelo a Cat, vendré por usted. Si alguna vez vuelve a pensar en ponerles la mano encima a ella o a su esposa, será mejor que se le aparezca mi cara, porque vendré por usted. Dejaré la placa en casa y vendré a hacerle una visita nocturna. ¿Me ha entendido?

—Eh, oiga, no sé de qué...

—¿Me ha entendido?

Green no apartó los ojos de la sierra.

—Sí. Joder, sí.

Stride dejó caer la sierra, que rebotó en el suelo con un sonido metálico. Dio media vuelta, cruzó el garaje y se quedó de pie en el camino de entrada hasta que recuperó el ritmo de la respiración y el rugido de su cerebro empezó a remitir. Y entonces supo que Cat tenía razón y él estaba equivocado: habría sido un error llevarla de vuelta a aquella casa. Estaba mucho mejor con Kim Dehne, tan lejos de aquel lugar como fuera posible. Cuando la viera, quería decirle que, por primera vez en mucho tiempo, las cosas iban a mejorar. No pensaba dejar que William Green se acercara a ella nunca más.

Alzó la vista hacia la ventana del dormitorio de Cat, en la fachada lateral de la casa. Se hallaba a tres metros y medio del suelo, pero ella le había contado que podía saltar desde allí: sobre todo durante el invierno, cuando la nieve amortiguaba el golpe. Aquélla era su vía de escape, la que había utilizado docenas de veces.

En una de ellas, tres semanas atrás, alguien la estaba esperando.

Stride hundió las manos en los bolsillos y caminó hasta la esquina, se sentó sobre una boca de incendios amarilla y se quedó mirando las grietas del pavimento invadidas por las malas hierbas y la cuesta que llevaba a las vías del tren. La calle parecía vacía, pero si alguien quería observar a Cat había muchos sitios en los que esconderse: los árboles frondosos, el callejón sin salida del otro lado de la avenida Sesenta y dos, la casa abandonada con los cristales de las ventanas rotos...

Vio una señal de *STOP* pintada con grafiti; alguien había añadido *ME* con churretones de letras verdes. *STOP ME*, párame. La pintura parecía reciente y el mensaje sonaba como una advertencia: «Párame, párame, párame, párame».

A Stride no le gustó.

Se metió de nuevo en su Expedition, encendió el motor y dejó que el aire cálido le soplara en la cara. Se estaba quedando sin tiempo y sin luz diurna. Tenía que encontrar a Curt Dickes y a Brandy, la otra adolescente fugada. Tal vez alguno de los dos pudiera ayudarle a averiguar quién perseguía a Cat. Y por qué.

Pero había otro nombre que no podía sacarse de la cabeza.

Vincent Roslak.

Brooke Hahne llegaba tarde.

Maggie esperaba junto a la puerta de la pizzería Sammy's, en el centro, frente a The Praying Hands. Los fugitivos, drogadictos, prostitutas y adolescentes maltratados acababan siempre llamando a la puerta del refugio. Algunos necesitaban atención médica; otros, orientación laboral. Algunos tan sólo necesitaban un plato de comida caliente y un lugar seguro donde dormir.

Era sábado por la tarde y la esquina frente a The Praying Hands estaba desierta. Por lo general allí se reunía un grupo formado por una docena de adolescentes, pero en la zona de Hillside todos conocían el Avalanche amarillo de Maggie y sabían que era poli. Cada vez que aparecía por el lugar, el grupo se deshacía como un helado en el mes de agosto.

Un cocinero con un delantal grasiento la saludó a través de la ventana de la decadente pizzería. Maggie era una habitual del Sammy's, al igual que Stride. Allí solían reunirse todas las semanas Stride, Serena y ella para comentar los casos abiertos mientras comían pan de ajo y *pizza* de salchicha. Pero esos encuentros se habían terminado. Ahora, Maggie cenaba *pizza* del Sammy's en su apartamento. Sola. Con una cerveza.

Serena.

Hacía meses que Maggie no veía a Serena Dial, desde antes del largo invierno. Ya no eran amigas. Serena había abandonado la casa de Stride en noviembre y se había trasladado al departamento del *sheriff* de Gran Rapids, en la orilla del lago, a una hora de distancia. Ahora era sólo un nombre más en el directorio telefónico del condado de Itasca. Si en la reunión matinal había alguna noticia nueva sobre el caso de Margot Huizenfelt, Serena actuaba como enlace. Por lo demás, se había convertido en un fantasma que nunca se dejaba ver por Duluth. Maggie la echaba de menos, pero no podía culpar a nadie más que a ella misma de la ruptura.

Su aventura con Stride había empezado después de la fatídica caída desde el puente, la cual desencadenó una serie de *flashbacks* debilitantes que lo dejaron emocionalmente bloqueado. Como si fueran dos desconocidos, Serena y él se habían aislado uno del otro, incapaces de hablar del abismo que los separaba. Cuando Stride tocó fondo, Maggie lo encontró tendido en el suelo de su casa, lleno de cortes y sangrando, confuso tras haber intentado suicidarse. Lo había curado, lo había rodeado con sus brazos y lo había escuchado mientras él le contaba que se sentía muerto por dentro. Cuando él tendió las manos hacia ella, no como amigo sino como amante, Maggie le devolvió el gesto.

Un error.

Su instinto le decía que tenía que marcharse, pero se quedó. Se besaron. Hicieron el amor. Debería haber sido un desliz, debería haber sido su secreto, pero esa clase de secretos encontraban siempre la forma de salir a la luz. Stride fue incapaz de ocultarle

la verdad a Serena; la llevaba escrita en la cara. Al contárselo, las fisuras que surcaban su relación se abrieron como grietas. No había forma de recuperar lo que habían compartido.

Maggie pasó junto al restaurante y subió la colina, dejando a su izquierda la salida de incendios del viejo edificio de ladrillos. Cruzó la calle, atravesó la nube de vapor procedente de una alcantarilla, caminó hasta la siguiente esquina de la calle Dos y se detuvo en el lugar donde Cat le había contado a Stride que un coche había tratado de atropellada. Había un parquímetro con el poste doblado, como si un coche lo hubiera golpeado. Podría haber ocurrido como afirmaba Cat y que un coche subiera a la acera tratando de alcanzarla, o bien era posible que el parquímetro llevara meses estropeado. Ella misma había golpeado más de uno a lo largo de los años.

Maggie se fijó en un Kia Rio que estacionaba en paralelo cerca del Sammy's. Reconoció el vehículo de Brooke Hahne, quien bajó y se dirigió a The Praying Hands. Brooke, que probablemente ganaba menos que una profesora de primer curso, vestía una falda negra por encima de la rodilla y una blusa granate con botones dorados. Todo lo que llevaba era de segunda mano, pero conseguía que las gangas de las tiendas de ropa usada lucieran como nunca. A sus treinta años, poseía la belleza típica de las animadoras, con el pelo rubio largo y liso. Subida en sus altos tacones medía casi un metro ochenta, y estaba tan delgada como una mantis religiosa, según solían referirse a ella los políticos de Duluth. Tenía una lengua viperina cuando se trataba de opinar sobre los recortes presupuestarios del Ayuntamiento.

Brooke se detuvo y se volvió al oír que Maggie pronunciaba su nombre. Se encontraron en mitad de la calle.

—Siento llegar tarde —se disculpó Brooke—. Vengo de una reunión con un donante en Grand Marais.

—¿Lo has conseguido?

—Oh, claro.

Brooke rara vez recibía un no por respuesta. Era implacable en la recaudación de fondos y también muy atractiva, lo que suponía un plus al tratar con acaudalados hombres de mediana edad que no sabían en qué gastar su dinero.

Maggie conocía a Brooke desde que ésta se había licenciado en la Universidad de Minnesota. Había empezado trabajando como recepcionista en The Praying Hands, donde cumplimentaba los documentos de ingreso de los chicos, y seis años después se había convertido en la directora. Conocía el nombre de todos los chavales, así como sus historias. El refugio era su cruzada.

Brooke hizo un gesto con la cabeza en dirección al Avalanche de Maggie, aparcado frente al Sammy's.

—¿No podrías buscarte algo más discreto, cielo? Cada vez que vienes por aquí, asustas a los chicos.

—Poli pequeña, coche grande —replicó Maggie.

—Pues creo que te has pasado de grande.

—No eres la primera que lo dice.

Brooke la guió hasta el refugio. En cuanto las dos mujeres franquearon la puerta, las conversaciones se interrumpieron en seco. Nadie quería cruzar su mirada con la de Maggie. Los adolescentes fugados de sus casas compartían un sentimiento de culpa instintivo, aunque no estuvieran haciendo nada malo. Al ver a un poli, trataban de no llamar la atención.

Maggie siguió a Brooke por una escalera que apestaba a vómito hasta el despacho del piso superior. Las dos ventanas que daban a la calle estaban sucias y agrietadas, y un ruidoso ventilador mantenía el aire en movimiento, incluso en invierno. Brooke se sentó detrás de su maltrecho escritorio de roble y enrolló distraídamente un ejemplar atrasado de la revista *People* para aplastar una cucaracha que caminaba por el alféizar de la ventana.

—¿Cómo estás, Maggie? —preguntó, al tiempo que tiraba el insecto muerto a la papelera—. ¿Qué tal las nuevas oficinas? Deben de ser bonitas, ¿no? Televisores de pantalla plana, *sushi* en la cafetería, masajistas siempre disponibles...

—Ja-ja —replicó Maggie.

Desde que Maggie ingresó en el cuerpo, la comisaría de policía de Duluth había estado ubicada en el edificio del ayuntamiento; sin embargo, poco tiempo atrás se habían trasladado a las nuevas instalaciones que compartían con las autoridades del condado de St. Louis. El moderno edificio suponía una notable mejora, pero se hallaba en las tierras yermas cercanas al aeropuerto, lejos del corazón de la ciudad.

—Sigo sin saber cómo consiguió K-2 convencer al ayuntamiento para que se gastaran el dinero —comentó Brooke—. Cada vez que les pido una subvención, me responden que la ciudad está en bancarrota.

—Bueno, Stride retó a muerte a una rata en el vestuario de hombres usando un bastón como arma. Después de lanzarla sobre el escritorio del jefe, se pusieron las pilas.

—Por aquí hay montones de ratas —observó Brooke.

—Ya lo sé. ¿Conseguís manteneros a flote?

Brooke entrelazó las manos, dejando ver unas largas y cuidadas uñas esmaltadas en rojo. Contra aquel fondo de pósteres acerca de los peligros de las anfetaminas, las enfermedades de transmisión sexual y los consejos de planificación familiar, su elegante estampa parecía fuera de lugar.

—Esto no es Hazelden^[1] —comentó—. Los ricos y famosos no hacen cola para regalarnos su dinero; tenemos suerte si conseguimos una donación de vez en cuando y una limosna del Gobierno.

—Es culpa de la recesión económica: la demanda aumenta y la financiación disminuye.

—¡Dios no quiera que se nos ocurra pedir un dólar extra en la recaudación de impuestos a todos esos directores ejecutivos que cobran millones! —repuso Brooke con amargura.

—¿A que los ricos son odiosos? —comentó Maggie, y le guiñó un ojo.

—Eh, tú eres mi rica preferida, y lo sabes. Ojalá nos dejaras ponerle tu nombre a algo. Donas más del doble que el hijo de puta de Lowball Lenny, y a él tengo que hacerle la pelota en todas las reuniones del ayuntamiento e invitarle a las cenas de recaudación de fondos para que conozca a los chicos. Menudo hipócrita.

—Lo sé.

—Lo siento, a veces me siento frustrada. Veo a chicos que no tienen nada y apenas puedo reunir unos pocos dólares para ayudarlos sin tener que arrodillarme frente a esos capullos millonarios.

Brooke se estampó una sonrisa en la cara y añadió:

—En fin, doy gracias por que exista gente como tú. ¿Qué puedo hacer por ti, Maggie?

—Se trata de la chica de la que te he hablado por teléfono. Catalina Mateo.

Brooke asintió.

—¿Qué ocurre?

—Afirma que alguien intenta matarla.

—¿En serio? —preguntó Brooke frunciendo el ceño en un gesto de escepticismo—. Bueno, ya sabes lo que pasa con estos chicos. No siempre puedes tomarte al pie de la letra todo lo que dicen.

—Exacto, eso es lo que me preocupa. Conoces los antecedentes familiares de Cat, ¿verdad? Y sabes lo que les pasó a sus padres.

—Por supuesto. A esa chica le ha tocado vivir una experiencia terrible. Por desgracia, ése suele ser el tique de entrada para este sitio.

—¿Qué puedes decirme sobre ella?

Brooke se echó hacia atrás en la silla y jugueteó con un bolígrafo.

—Mira, Maggie, quiero ayudarte, pero no puedo hablarte acerca de ninguna de las chicas sin su permiso. La ley las ampara, y no voy a ponerlas en peligro.

—Soy consciente de ello, pero no he venido para detener a Cat. Además, Stride tiene una autorización firmada por ella. Si la necesitas, le pido que te la envíe por fax.

Brooke parecía incómoda.

—De acuerdo. Te contaré cuanto pueda, aunque no es mucho.

—¿Cuánto hace que la conoces?

—Unos dos años. Su tía, Dory, era una de mis mejores amigas en la Universidad de Minnesota, pero dejó los estudios. Ella fue quien trajo a Cat al refugio cuando la chica empezó a escaparse de casa. Cat pasa la noche aquí de vez en cuando, pero hace ya un par de semanas que no la veo. Si ha ocurrido algo, yo no me he enterado.

—Ella dice que alguien quiso atropellada a una manzana de aquí.

—¿Aquí? —preguntó Brooke—. Primera noticia.

—Sucedió en plena noche.

—Tal vez, pero cuando ocurre algo así suele correrse la voz.

Maggie se inclinó por encima del escritorio y susurró.

—Seré sincera contigo, Brooke. Hay algo que me inquieta con respecto a esa chica y quiero meterme en su cabeza. ¿Es sólo paranoia o crees que puede haber algo más?

Brooke frunció el ceño.

—Es difícil estar seguro. La mayoría de los chicos que acuden a este centro están en la calle por alguna razón. Sus problemas no tienen tratamiento. Hablamos de maltratos y disfunciones emocionales graves. Cada día se debaten entre la vida y la muerte, no se trata de simples pataletas porque sus mamás no los quieren. Y lo siguiente que descubres acerca de ellos es que se han metido en la prostitución y en las drogas.

—Lo sé.

—Es curioso. Recuerdo que en la universidad redacté un artículo en defensa de la legalización y la regulación de la prostitución para que fuera más segura. Menuda ingenua. Si una mujer quiere comerciar con su cuerpo, ¿por qué habría de preocuparse el Gobierno? Supongo que si no hay pena no hay delito, ¿no?

—Muchos polis piensan de ese modo —señaló Maggie.

—Sí, no hace falta que me lo digas. Los polis se pasan la vida mirando hacia otro lado; todo el mundo lo hace. Por desgracia, sigue siendo un abuso. Tanto da que se paguen cincuenta dólares en un portal o mil en una habitación de hotel de Minneapolis: el daño psicológico que se hace a esas chicas las destroza para siempre. Ojalá lo hubiera sabido cuando estudiaba.

Maggie percibió un deje de emoción en su voz.

—Estoy de tu parte, Brooke, pero ¿qué tiene que ver todo eso con Cat? ¿Es una de esas chicas de las que hablas?

—Bueno, diría que, psicológicamente, está bastante jodida.

—Eso no me es de mucha ayuda.

—Lo siento, pero en realidad no sé nada más.

—Vamos Brooke. Te conozco y sé que no me lo estás contando todo. ¿Qué pasa?

Brooke frunció sus bonitos labios como si estuviera chupando un caramelo ácido.

—Es sólo una sospecha, no puedo demostrarlo. Además, no me gusta sacar viejos fantasmas del armario.

—¿Fantasmas?

—Vincent Roslak —dijo Brooke.

Maggie frunció el ceño y ató cabos.

—¿El psicólogo asesinado en Minneapolis? ¿Qué tiene que ver él con este asunto? Recuerdo que de algún modo estaba relacionado con el refugio.

—Roslak trabajaba aquí como voluntario —explicó Brooke—. Francamente, en su momento estuvimos encantados de que viniera. Carecíamos de un buen terapeuta y él tenía muy buenas referencias. Nosotros podemos enfrentarnos a las necesidades físicas de los chicos, pero si ignoramos sus problemas mentales y emocionales, nunca conseguiremos que cambien de vida.

—He visto su foto —comentó Maggie—. Tenía más que buenas referencias.

Brooke sonrió.

—Sí, también era muy agradable a la vista. No teníamos que insistir demasiado para que las chicas pasaran por su consulta. Por desgracia, era uno de esos psicólogos a los que les gusta ejercer con la polla.

—¿Cómo descubristeis lo que estaba haciendo? —quiso saber Maggie.

—Steve Garske empezó a sospechar. Habló con varias de las chicas mientras las examinaba, y tres de ellas admitieron estar manteniendo relaciones con Roslak. Tenía mucha labia, de eso no cabe duda. Estamos hablando de chicas duras, y todas se volvían locas por él. Fue la última vez que le dejé cruzar esa puerta.

—Nunca vi ningún informe policial al respecto —señaló Maggie.

—No, las chicas no querían meterlo en problemas y se negaron a declarar ante la policía. Steve tenía un amigo en el Colegio de Médicos. Revocaron la licencia de Roslak y él se mudó a Minneapolis.

—¿Qué insinúas? —preguntó Maggie—. ¿Crees que Roslak se acostaba con Cat?

—Jamás lo admitirá delante de Steve o de mí, pero sé que Roslak la visitó varias veces.

Maggie frunció el ceño y permaneció en silencio, pero Brooke percibió la tensión en su rostro.

—Oye, ya sé lo que estás pensando —continuó—, pero a Roslak lo asesinaron en Minneapolis. Se acostó con un montón de mujeres, así que es probable que también dejara tras de sí un rastro de maridos celosos. Tendrías que coger número para ponerte a la cola de los que querían verlo muerto.

—Tal vez, pero algunos aspectos del caso no aparecieron en los periódicos —comentó Maggie—. La policía de Minneapolis no comunicó todos los detalles.

—¿Qué detalles?

—La muerte de Roslak fue un asunto desagradable —le explicó Maggie—. Lo acuchillaron, igual que a Michaela Mateo. Alguien le asestó unas cincuenta puñaladas.

Habla conmigo, Cat. Cuéntame qué ves. Puedo ayudarte, pero tienes que dejar que me acerque a ti. ¿Lo harás?

—¿Cat?

Y una vez más:

—¿Cat?

Era Kim Dehne, con una sonrisa de perplejidad en el rostro.

Cat alzó la vista, confusa, y se dio cuenta de que el rugido de la cascada la había hipnotizado. Se encontraban en un puente de piedra sobre el río Lester, cuyas aguas pardas descendían con furia hacia el lago. En las orillas se amontonaban los cantos rodados negros, moteados de líquen verde.

—Lo siento —dijo Cat, alzando la voz para que se oyera por encima del rugido del agua.

—Parecías estar muy lejos —observó Kim—. En otro planeta.

—Sólo pensaba.

Kim recogió una rama de roble del suelo y la tiró desde el puente. El poder succionador del río la aprisionó y la arrojó hacia los rápidos, como un lanzador de cuchillos circense.

—Aterrador, ¿eh? Me estremezco cada vez que un crío pierde la vida en este sitio. Parece que todos los años algún niño se acerca demasiado al borde y la corriente lo arrastra en un segundo, ¡chas! —dijo Kim chasqueando los dedos.

—Sí.

Cat sintió un escalofrío.

—A veces tardan varios días en dar con ellos; algún pescador los saca del fondo con su caña. Pobres niños; a esas edades, todos nos creemos invencibles, ¿verdad?

—Claro.

Cat no creía haberse sentido nunca invencible.

Kim le tiró del brazo.

—Venga, vamos a sentarnos en un banco del parque. Me apetece comer una galleta.

—Vale.

Abandonaron el puente y pasearon hacia la hierba mojada del parque que se extendía a orillas del río. Kim Dehne tenía veintiocho años, pero su voz chillona sonaba como la de una chica no mucho mayor que Cat. Era muy parlanchina y alegre, y aunque a Cat eso la agobiaba un poco, aquella mujer le gustaba. Se reía mucho, y eso estaba bien. Kim era sólo un poco más alta que ella, pero más fornida, una lozana noruega de pelo rubio rizado, ojos azules y tez clara. Tenía las manos grandes: su pequeño anillo de diamantes parecía embutido en el dedo. Vestía un jersey naranja y vaqueros negros.

—Siento que tengas que hacerme de niñera —se disculpó Cat.

—Oh, estoy en deuda con Stride. Él es quien nos ayuda a Bob y a mí a encontrar trabajo como cuidadores de algunas casas durante la temporada baja. Además, agradezco la compañía. Bob se ha marchado a pasar el fin de semana con sus amigos. No tenía nada que hacer aparte de trabajar y comer.

Atravesaron el parque por una arboleda de abetos enormes. Veinte metros más allá, Cat vio un ciervo en mitad del camino de tierra. Era una hembra pequeña, apenas un cervatillo, que la escrutó con recelo pero sin mucho interés. Cat se detuvo y agarró a Kim por el codo para retenerla. Se quedaron inmóviles mientras el animal avanzaba entre los árboles olisqueando el suelo y desaparecía. La visión del ciervo despertó en Cat un instinto que la llevó a colocar las palmas de las manos sobre su vientre con delicadeza. A Kim el gesto no le pasó desapercibido.

—Estás embarazada, ¿verdad? —preguntó.

Cat se sorprendió.

—¿Te lo ha contado Stride?

—No, pero se nota. Las mujeres notamos estas cosas.

Cat esperó a que le soltara un sermón, pero éste no llegó.

—¿Tú tienes hijos? —quiso saber.

—No, todavía no.

—¿Quieres tenerlos?

—¿Algún día? Sí, sin duda. Pero antes tengo que ahorrar. Bob dice que quiere tres, pero a mí me parecen demasiados.

—Sería bonito tener hermanos —comentó Cat—. Siempre quise tener una hermana. ¿Tú los tienes?

Kim negó con la cabeza.

—No, soy hija única, como tú. Bob tiene seis hermanos: tres chicos y tres chicas. Las vacaciones son una locura, pero tienen su gracia.

Se sentaron en uno de los solitarios bancos del parque. El asiento estaba húmedo, y Cat se estremeció dentro de los vaqueros. El viento agitaba las ramas, que parecían susurrarse unas a otras: «Ésa es. Ésa es la chica».

Kim abrió una bolsa de plástico y sacó dos galletas de mantequilla de cacahuete. Le ofreció una a Cat, que la rechazó con un gesto de cabeza. Kim se encogió de hombros y se metió una en la boca.

—¿Cuánto tiempo lleváis casados Bob y tú? —preguntó Cat.

—Casi dos años —contestó Kim, pasándose la lengua por los dientes para limpiarse la mantequilla.

—¿También se dedica a la informática?

—No, da clase en el instituto. Es profesor de ciencias.

—¿En Denfeld o en East? —preguntó Cat.

—En Denfeld.

Kim sonrió.

—Y sí, te dio clase de biología en primero. Se lo he preguntado y te recordaba.

Cat asintió.

—El señor Dehne. Claro, me acuerdo de él. Era simpático. Supongo que te habrá contado que era bastante tonta.

—De hecho, me ha contado que eras bastante lista. Le cabreaba que te saltaras tantas clases, y dice que espera que vuelvas a intentarlo. Por lo visto, las ciencias se te daban muy bien. Yo, en cambio, soy incapaz de diseccionar una rana; de ninguna manera, lo siento.

Cat sonrió.

—Con un bebé en camino, se me hace difícil pensar en la escuela.

Kim se comió la otra galleta en dos mordiscos y se limpió las migas de la comisura de los labios.

—¿De verdad quieres ayudar a tu hijo? Pues lleva tu trasero de vuelta a Denfeld.

Cat no sabía qué decir. Kim no la presionó ni la regañó; se limitó a decir lo que pensaba y pasó a otro tema. La joven programadora informática aspiró una bocanada de aire dulzón y frío, que dilató sus narinas. Se sentó en el banco y empezó a tararear una tonada que Cat reconoció de inmediato. Era una canción de Rascal Flatts sobre padres e hijas que siempre le llegaba al corazón. Todo el mundo le había dicho siempre que su padre era un monstruo y un asesino y, aunque sabía que era cierto, lo echaba de menos. Cat rodeó con los dedos el anillo que él le había regalado y que colgaba de su cuello. «Así siempre sabrás que te quiero».

—Adoro la música *country* —dijo Kim, interrumpiendo la melodía—. Bob y yo no nos perdemos ningún festival. ¿Te gusta Toby Keith?

—Supongo que sí. Está bien.

—¿Sólo bien? A mí me encanta Tobester. *Country* del bueno, nada que ver con esa porquería de Taylor Swift. Esa chica es demasiado alta y demasiado delgada. ¿Cuál es tu cantante favorito?

La verdad era que a Cat le gustaba mucho Taylor Swift, pero no pensaba reconocerlo.

—No sé. ¿Sara Evans?

—Sí, igual que Stride. A él también le va. Habla mucho sobre su increíble voz. Personalmente, creo que le atrae mucho más el pedazo de culo que tiene, pero ¿qué sabré yo?

Cat se rio. Era curioso pensar que Stride podía sentirse atraído por una cantante. Pensó en dónde estaba él en aquel momento y con quién hablaba; gente como los Green, como Curt Dickes. Se preguntó si, después de descubrir la clase de vida que había llevado, seguiría queriendo que ella se quedara en su casa.

Tenía sentimientos encontrados hacia él. Llevaba tanto tiempo sin tener un verdadero padre que ignoraba qué debía de sentirse cuando alguien se preocupaba por ti y te protegía. Apenas conocía a Stride, pero había soñado durante años con tener un padre como él. También era un hombre, y Cat lo sabía todo acerca de lo que los hombres deseaban. Aunque nunca estaría con él de ese modo, porque él no era como

los demás. Para Stride, ella siempre sería una niña, y Cat no sabía muy bien qué sentimiento le despertaba esa certeza. Una parte de ella quería quedarse dormida en su regazo como si volviera a ser una niña, y otra se moría de ganas de seducirlo.

Su expresión dejó traslucir su mezcolanza de sentimientos. Cuando alzó la vista, Kim la estaba mirando.

—Tus pensamientos acaban de volar otra vez a Marte, ¿eh? —le preguntó.

—Supongo que tengo muchas cosas en qué pensar.

—Sí, claro. Lo siento, la sensibilidad no es lo mío. Stride me habló de tu madre y de lo que sucedió. Debió de ser terrible. Hace que me alegre de tener unos padres relativamente normales, y parece que no hay mucha gente que pueda decirlo. En cambio, ¿mi familia política? Si yo te contara...

Cat no dijo nada. No quería pensar en sus padres; en aquel momento, no quería recordarlos. Por suerte, Kim cambió enseguida de tema.

—Oye, Stride me pidió que te llevara a cenar donde tú quisieras. Paga él. ¿Alguna idea?

—No tengo mucha hambre.

—¿Qué te parece el Black Woods? ¿Has ido alguna vez? Me encanta el pastel de carne a la barbacoa. Ñam.

—Claro, como quieras.

—Guay.

Kim alargó el brazo y le dio un golpecito en el hombro con su grueso dedo.

—Oye, no quiero meter las narices donde no me llaman, pero sé que hablar de tu pasado con alguien podría ayudarte a superarlo.

—No me apetece hablar.

—¿Conmigo? No, no. Yo sólo hablo con los ordenadores, porque no contestan. Deberías hablar con alguien que sepa cómo fisgar en la azotea.

—¿Te refieres a un psicólogo? —preguntó Cat.

—Eso es. Mucha gente va al psicólogo; yo misma. Una de mis amigas del colegio se suicidó y me quedé hecha polvo. Me pasé un año tumbada en el diván, y me ayudó.

Cat oyó un bramido que sonaba más alto que el río. Era ella en una habitación cerrada con llave, y notaba como Kim trasteaba con el pomo intentando abrir la puerta.

—¿Lo has probado? —insistió Kim, sin darse por vencida—. ¿Has hablado alguna vez con un psicólogo?

Cat veía la cara de Vincent. Podía sentir su calidez, sus brazos alrededor de su cuerpo, sus besos. Deseaba olvidar incluso que lo había conocido. Deseaba borrarlo de su memoria. Ojalá nunca se hubiera enamorado de él.

—No —contestó—. Nunca he ido al psicólogo. Jamás.

- ¿Por qué llevas siempre un cuchillo, Cat?
- Me hace sentir fuerte.*
- Tu padre llevaba siempre un cuchillo. ¿Él era fuerte?
- Sí.
- ¿Te quería?
- Sí.
- Y aun así, hizo algo terrible.
- Sí, lo hizo.
- Mató a tu madre, y luego se suicidó.
- Eso dice la gente.*
- ¿No les crees? Tú estabas allí.
- Yo no... no lo sé.*
- Sigues soñando con todo aquello.
- Sí.
- ¿Qué es lo que más te perturba?
- No entiendo.*
- ¿Te perturba que tu padre matara a tu madre? ¿Que después se suicidara y te dejara sola?
- Yo...
- ¿Crees que si te hubiera encontrado te habría matado también a ti?
- Yo no... no...*
- ¿Qué ocurre, Cat? Habla conmigo.
- Aquí hace mucho calor.*
- ¿Crees que tu padre tenía pensado matarte también a ti?
- A veces desearía que lo hubiera hecho.*
- ¿Por qué?
- Mira mi vida. Mira lo que hago.*
- ¿Te avergüenzas de lo que haces?
- Sí.
- ¿Con cuántos hombres te has acostado?
- Con unos veinte. O más. No llevo la cuenta.*
- Por dinero.
- Sí.
- Todos esos hombres eran mayores que tú.
- Sí.
- ¿Alguno de ellos era de la edad de tu padre?
- Sí.
- ¿Los odiabas?
- Supongo que sí.*

—¿Sentías deseos de matarlos?
—A veces.
—¿Por qué no lo hacías? Tenías el cuchillo.
—Pensé... yo pensé...
—¿Lo pensaste? ¿Pensaste en asesinarlos?
—Sí.
—Te habrías sentido bien.
—Sí.
—¿Consideras el sexo un acto violento?
—No lo sé. *Supongo.*
—¿Hay alguna práctica sexual que te negarías a realizar?
—No.
—¿Ninguna?
—No.
—¿Crees que podrías matar a alguien?
—No lo sé.
—Si llevas un cuchillo, debe de ser porque crees que podrías usarlo.
—*Por favor. Aquí hace mucho calor.*
—Abriré una ventana.

Stride encontró a Curt Dickes en Canal Park, a sólo unos pasos del puente levadizo de acero que se alzaba sobre el puerto. A su espalda, las furiosas olas del lago golpeaban las rocas y se desintegraban en nubes de espuma por encima de la barandilla. Aunque empezaba a atardecer, Dickes llevaba unas gafas de sol con montura metálica. Vestía un abrigo de lana negro que le llegaba hasta los tobillos y que el viento hinchaba tras él como una capa; debajo, una camisa de seda color lavanda y unos pantalones de pinzas beis que colgaban en bolsas alrededor de su escuálida cintura. Una corbata de punta cuadrada ondeaba por encima de su hombro, y calzaba unas zapatillas deportivas negras.

Al ver a Stride, el rostro de Dickes se curvó en una media sonrisa petulante.

—¡Si es el teniente Stride, el mismísimo gran hombre! Últimamente ya no se pasa nunca por aquí, casi siempre aparecen el sargento Guppo o cualquiera de los agentes uniformados.

—Hola, Curt —lo saludó Stride—. Bonito conjunto.

—A la última, ¿eh?

—Sí. Y veo que también conduces un bonito carro.

Dickes estaba de pie en el aparcamiento junto a un Ford Fusion rojo recién salido del concesionario.

—Adorable, ¿eh? Además, estoy salvando el planeta. Soy muy guay.

—Sí, eres igualito que Al Gore, Curt.

Stride reparó en que junto a la matrícula había una pegatina del concesionario Ford de Lowball Lenny en Miller Hill. No le gustaba aquella coincidencia: Curt Dickes se paseaba en un coche que no podía permitirse el día después de que Leonard Keck celebrara su fiesta a bordo del *Charles Frederick*.

—Bueno, ¿y dónde has conseguido el dinero para el coche? —preguntó—. Eres conserje, ¿no? Te dedicas a cubrir los vómitos con serrín.

—En mi trabajo diurno, sí. Pero también soy empresario.

—¿Ah, sí? ¿Y a qué te dedicas?

Dickes utilizó su dedo índice como un peine para alisarse el pelo negro y grasiento, que apenas se movía pese al intenso vendaval procedente del lago. Aun así, la violencia del viento era incapaz de disipar el penetrante aroma a Monsieur Musk que emanaba de su pelo como si fuera incienso. El chico metió la mano en el bolsillo de su abrigo, extrajo una tarjeta de visita y se la tendió a Stride.

—¿Asesor de ocio? —leyó Stride, antes de hacer un gesto de negación con la cabeza y echarse a reír.

—Ése soy yo.

—Así que ahora eres proxeneta —dijo Stride.

Dickes se llevó una mano al corazón en un gesto irónico de ofensa.

—Los turistas tienen muchas necesidades de ocio. Yo hago lo que puedo.

Stride repasó a aquel joven de veinticinco años de arriba abajo. Debía de haberlo arrestado unas veinte veces a lo largo de todos esos años. Curt Dickes tenía un radar para los timos y era un adicto al dinero, aunque no solía durarle mucho en el bolsillo.

—Mira, hace tiempo que te conozco, Curt. No eres mal chico, pero hay una gran diferencia entre vender entradas falsificadas a la puerta del auditorio de Duluth y meterse en el mundo de la prostitución y las drogas. Es más que probable que te pilles los dedos. Si alguien acaba herido o muerto, tendrás problemas.

—Gracias por la advertencia, teniente, pero ahora tengo amigos que cuidan de mí. Stride pasó una mano por el alerón del coche.

—¿Amigos como Lowball Lenny? ¿Ha sido él quien te ha regalado el coche?

—Es algo así como un paseo de prueba sin fecha límite —replicó Dickes—. Ya conoce a Lenny: se preocupa por la gente.

—Sí, es cierto.

El propio Stride le había comprado un Ford Bronco a Lenny años atrás. Era su primer Ford; hasta entonces, había conducido un Chevy Blazer. Lenny insistió en venderle el nuevo todoterreno a precio de coste, como deferencia por haber atrapado al ladrón que había disparado a su mujer. En aquella época Lenny también se presentaba como candidato a las elecciones municipales, y tener detalles con la policía siempre proporcionaba buenos titulares. Desde entonces, su relación se había enfriado. Como político y además buen amigo del comisario, a Lenny le gustaba mangonear. Stride, sin embargo, prefería que nadie metiera las narices en sus investigaciones.

—Sé lo de la fiesta de Lenny en el barco, Curt. Alguien te vio llegar con las chicas.

Dickes se encogió de hombros.

—¿Y qué?

—Que he hablado con una de ellas. Le diste dinero.

—Contraté a unas cuantas chicas para animar una fiesta. Eso no es un delito.

—¿No para mantener relaciones sexuales?

—Oiga, lo que hicieran con esos tíos es su problema, no el mío. Vamos, teniente, ¿a quién pretendemos engañar? Ésta es una ciudad universitaria y el precio de las matrículas no deja de incrementarse. Una estudiante de segundo año de la Universidad de Minnesota puede pasarse treinta horas a la semana preparando bocadillos en Quizno's o ganar el doble de pasta con sólo un par de horas con un aburrido ratón de convenciones. Incluso sus polis saben que esas chicas necesitan el dinero, así que la mayor parte del tiempo miran hacia otro lado.

—No me interesan las universitarias, hablo de una chica de la calle. Se llama Catalina Mateo.

—Sí, claro, conozco a Cat. Los hombres pagarán lo que les pida por una cara como la suya.

—Tiene dieciséis años.

Por primera vez, Dickes palideció.

—¡Joder, no, no puede ser! Me enseñó un carné de conducir y allí ponía dieciocho.

Stride negó con la cabeza.

—Dieciséis.

—Oiga, yo no me la juego por una cría.

—Ya te he dicho que, en este negocio, es muy fácil pillarse los dedos. Háblame de Cat.

—No hay mucho que contar, colega. Viene y va. A veces paso semanas sin verla, y cuando necesita dinero, le doy curro.

—Ella está convencida de que alguien la persigue. ¿Has oído algo al respecto?

—Me contó que un coche había intentado atropellarla cerca del refugio. Eso es todo lo que sé; imaginé que sería un conductor borracho.

—¿Le has concertado citas con algún tipo peculiar? ¿Con algún acosador?

Dickes negó con la cabeza.

—Ninguno que supere la media. Venga, los tíos que vienen por aquí son casi todos suecos calvos en viaje de negocios, no asesinos en serie. Además, si un don nadie se obsesionara con ella, supongo que se pondría en contacto conmigo para volver a verla. Y ninguno lo ha hecho.

—¿Nadie te ha preguntado por ella?

—Nadie.

—¿Tienes una lista con los nombres de esos tíos?

Dickes gruñó.

—¿Tengo aspecto de aceptar American Express? ¡Ni que fuera pidiéndoles el carné de identidad!

—¿Qué me dices de las fiestas? ¿Es posible que Cat viera algo que no debería haber visto?

—No se me ocurre cómo, colega. Casi todo son despedidas de soltero y reuniones de antiguos alumnos.

—Vale, háblame de la fiesta de Lenny. Alguien sabía que ella iba a estar allí y la esperó fuera del barco. ¿Cómo es posible que alguien lo supiera?

—Hice correr la voz —le explicó Dickes—, y las chicas hablan. Lo más probable es que lo supiera un montón de gente en toda la ciudad.

—Cat también afirma que hace unas semanas alguien estuvo preguntando por ella —señaló Stride—. ¿Sabes algo de eso?

—No, primera noticia. ¿Quién se lo contó?

—Una de las chicas de la calle; se llama Brandy.

Dickes soltó un silbido.

—Vaya, Brandy; menuda pieza. Es mejor no meterse con ella. Esos ojos suyos son como de extraterrestre, como si hubiera salido del Área 51. Da un miedo que te cagas. Siempre cuento dos veces su dinero, porque lo último que uno querría es que

pensara que quieres timarla.

—Brandy le contó a Cat que alguien la estaba buscando. Cerca del cementerio de grafiti, debajo de la autopista.

—Sí, si yo buscara a una chica de la calle, empezaría por allí.

—¿Sabes de quién podría tratarse? —preguntó Stride.

—No.

—¿Alguna otra chica te ha comentado que alguien la haya molestado?

—Nada que no puedan manejar. Si alguien hubiera causado algún problema, me habría enterado.

Stride frunció el ceño. No estaba consiguiendo respuestas.

—¿Por qué zona se mueve Brandy?

—Brandy va donde haya dinero. Hoy es sábado, así que lo más probable es que esta noche venga a buscar clientes por aquí. Durante los fines de semana siempre hay movimiento, en cualquier época del año.

—¿Y dónde puede estar ahora?

—¿Ahora? Quién sabe. Es de día, colega, y durante el día los vampiros se quedan en casa. Sé tanto como usted.

—Bueno, pues dime qué sabes.

Dickes metió las manos en los bolsillos del abrigo.

—Vale, pero nadie debe saber que se lo he dicho yo. Si las chicas se enteran de que me voy de la lengua y hablo de sus escondites, el negocio se resentirá.

Stride esperó.

—Búsquela en el Central High —continuó Dickes—. Desde que cerraron el instituto, las chicas más listas han encontrado la manera de colarse y han convertido ese sitio en una especie de motel para sus encuentros. Sin duda, Brandy es de las listas.

El antiguo instituto estaba ubicado sobre una colina, en uno de los enclaves más privilegiados de la ciudad y con unas extensas vistas del lago. Stride aparcó cerca de la entrada del edificio de ladrillo. La escuela, víctima de la reducción del número de matriculaciones, estaba vacía. Aun así, los pósteres rotos de los «troyanos» seguían pegados en las ventanas, como si las clases estuvieran en marcha y los alumnos fueran a cruzar sus puertas de un momento a otro. Stride era incapaz de visitar aquel lugar sin ver el pasillo lleno de los fantasmas de su adolescencia.

Aquél era su instituto. Cindy y él habían estudiado allí.

Stride bajó del todoterreno, aspiró el aire frío de la tarde y empezó a rodear lentamente el perímetro del edificio. Caía el anochecer. Aquella zona emanaba una extraña sensación de desolación, como un pueblo abandonado. Las plazas de aparcamiento y los campos de deporte estaban vacíos. Forzó la vista a través de las ventanas y distinguió pasillos desiertos y sillas metálicas vueltas del revés, con las

patas apuntando hacia arriba como un campo de caracoles. Las aulas albergaban un eco imaginario de voces que, cuando derruyeran el edificio para levantar un bloque de apartamentos sin alma, no tardarían en desaparecer. A veces, Stride se preguntaba si al cabo de unos años reconocería su propia ciudad.

Ahuecó las manos pegado al cristal de una ventana y vio una sombra en movimiento. Desapareció en un abrir y cerrar de ojos, rauda como un espíritu. Quizás hubiera alguien dentro, o tal vez no fuera más que un efecto de la luz. Stride se quedó mirando por la ventana, pero al final decidió que no podía fiarse de sus ojos.

Siguió avanzando hacia la parte de atrás de la escuela. Frente a un enorme anexo incrustado en los muros se levantaba el edificio de mantenimiento, el cual formaba un corredor de cemento en forma de «U» en parte oculto a la vista. Al inspeccionarlo, Stride encontró evidencias de que estaba habitado: mantas mohosas, viejos envoltorios de comida que crujían agitados por el viento, cristales rotos, manchas de orines en la pared. Echó un vistazo a través de las ventanas traseras y vio el interior lleno de porquería. Curt Dickes estaba en lo cierto: la gente que vagaba por las calles usaba el edificio del antiguo instituto como refugio.

Siguió avanzando junto a la pared y encontró una puerta escondida en un recoveco sombrío que cedió con un empujón. Un viejo pupitre se volcó estruendosamente sobre el cemento y Stride maldijo en voz alta: habían instalado allí el pupitre a modo de alarma. Si había alguien dentro del instituto, ahora sabía que había entrado alguien más. El sistema de seguridad real estaba desconectado y no se disparó.

Stride se encontró en un pasillo bordeado por altas taquillas rojas que olía a cerrado, polvo y humedad. Hacía frío: el termostato de la caldera marcaba la temperatura justa para que las tuberías no se congelaran. En la oscuridad de aquel túnel tan sólo distinguió un borrón de luz en el extremo, donde el corredor desembocaba en la cafetería del instituto. El tenue resplandor hacía brillar los pomos de las taquillas y dibujaba un sendero plateado.

Una de las taquillas estaba forzada. Abrió la puerta de metal con un dedo y encontró un abrigo colgado del gancho, una botella de agua y un paquete de cigarrillos en la estantería. También había una cartera de cuero desgastado y, al abrirla, descubrió una carné de conducir con la fotografía de un hombre llamado Alton Koren. Stride recordaba haber visto ese nombre en el informe acerca de un vehículo forzado unos días atrás. La cartera estaba vacía: el dinero y las tarjetas de crédito habían desaparecido.

Distinguió una segunda cartera en el suelo de la taquilla. Se agachó para recogerla y, cuando lo hacía, oyó un portazo a su espalda. Se volvió y vio que de una de las aulas salía una chica que empezó a gritar como una posesa, mientras blandía una palanca en dirección a su cráneo. Stride consiguió esquivarla y oyó el silbido del metal pasar junto a su oreja. Aunque el extremo dentado de la herramienta no lo alcanzó, la barra le golpeó en el hombro y lo hizo caer al suelo. La palanca aterrizó a

su lado con un ruido metálico y la chica saltó por encima de su cuerpo. Stride consiguió agarrarla por el tobillo, y la hizo tropezar y caer. Mientras ella se revolvía para levantarse, Stride la sujetó por el cinturón y la atrajo hacia sí.

La chica se retorció como un gato para liberarse. Gritaba, se arqueaba, le propinaba puñetazos en el hombro y le arañó la cara con sus afiladas uñas. Stride la levantó de un tirón, la agarró de un brazo y la arrastró por el pasillo hacia el espacio iluminado y abierto de la cafetería. Una pared de grandes ventanales se abría hacia el lago. En la sala había docenas de mesas redondas coronadas por sillas de plástico. Stride bajó una y obligó a la chica a sentarse. Ella volvió a ponerse en pie y él la empujó.

—¿Quién coño eres? —gruñó ella.

—Me llamo Stride. Soy de la policía de Duluth.

—¿Qué quieres?

—¿Eres Brandy?

—Vete a la mierda. No tengo por qué decirte quién soy.

Él cogió otra silla y se sentó frente a ella, con las rodillas casi rozando las de la chica. Sabía que se trataba de Brandy; tanto Cat como Curt Dickes habían mencionado sus ojos, y sin duda eran su rasgo más característico, azules y enormes. Su mirada, abiertamente sexual y dura, era como la de un tigre a punto de devorar a su presa. Debía de haber sido guapa, pero la vida y el deseo le habían carcomido el rostro como si la hubiera atacado un enjambre de chinches. Vestía una camiseta de tirantes amarilla y unos vaqueros, y llevaba los brazos tatuados. Su larga cabellera estaba teñida con mechaz azules y lilas, y se había rapado parte del pelo por encima de la oreja derecha. Era una salvaje, y odiaba verse encerrada.

—Sólo quiero hablar —dijo Stride.

—¡Te he dicho que no tengo por qué contarte una jodida mierda!

—No, así es, pero tú eliges: puedo detenerte por allanar y ocupar una propiedad privada, que es un delito menor, o puedo añadir un cargo de asalto en primer grado a un agente de policía. Eso son como mínimo diez años, sin libertad condicional.

—No te tengo miedo —insistió ella.

—Si no lo tienes, deberías. ¿Qué eliges, Brandy?

La chica no apartaba los ojos de su cara, y su mirada era tan directa que lo puso nervioso. Los cálculos que estaba haciendo en su mente se reflejaban como las ruedas de una máquina tragaperras en sus ojos. Sus rasgos se suavizaron y sus labios se curvaron en una sonrisa, como si quisiera seducirlo hasta someterlo.

—¿Qué quieres saber? —preguntó.

—Háblame de Cat Mateo —le pidió él.

—¿Cat? Es una gatita preciosa. ¿Qué pasa con ella?

—Por lo que he oído, te gusta pegarle.

—A veces.

—¿Por qué?

—¿Por qué no? Si uno se enrolla en un circo, lo mínimo que puede esperar es pisar mierda de elefante de vez en cuando.

—Le dijiste a Cat que alguien estaba preguntando por ella. ¿Era verdad?

—No lo sé, ¿lo era? Puede que sí, puede que no. Es divertido tomarle el pelo. Es tan paranoica... Se pasa la vida pensando que alguien la persigue. Puede que sea por cómo murió su mamá.

Brandy cerró la mano en puño, como si sujetara un cuchillo, y apuñaló el aire.

—¿Dices la verdad o te lo has inventado? —insistió él.

—Si te lo digo, ¿me dejarás ir?

Brandy sonrió.

—No.

Brandy tiró de su camiseta y la apretó contra sus pechos. Sus pezones sobresalían como tapones de botella.

—¿Seguro? Te lo haré gratis.

—Si me lo dices, me olvidaré de los cargos por asalto.

Ella hizo un puchero.

—Ya, bueno. Vale, es verdad. Alguien buscaba a Cat.

—¿Cuándo fue eso?

—No lo sé. ¿Hace un mes?

—¿Qué aspecto tenía el tipo?

Brandy negó apuntándolo con un dedo; tenía las uñas esmaltadas en plateado y limadas en punta, como si fueran garras.

—No era un tío.

—¿Era una mujer? —preguntó Stride, sorprendido.

—Así es.

—¿Quién era?

—Yo qué sé... Yo estaba en el cementerio de grafiti, metida con un chico en un saco de dormir. Oí a una tía preguntar por Cat al otro lado del terraplén.

—¿Qué fue lo que dijo?

—Sólo que quería encontrarla. Me dio la sensación de que se conocían. Dijo que la había encontrado allí antes.

—¿En el cementerio de grafiti?

—Sí.

—¿Has vuelto a ver a esa mujer?

—No.

—Has dicho que fue hace un mes. ¿Recuerdas cuándo, exactamente?

—El chico con el que estaba llevaba una camiseta de Jason Aldean. ¿No dio un concierto?

Stride asintió.

—Así es.

—¿Lo ves? Me he ganado un pase gratis. Ahora déjame ir.

—Cat cree que alguien intenta matarla —prosiguió Stride—. ¿Tienes alguna idea de quién podría ser? ¿O por qué querría alguien hacerle daño?

Brandy encogió sus huesudos hombros.

—A mí me parece que se lo inventa; más bien suena a uno de sus sueños.

—¿Sueños? ¿Qué quieres decir?

—Cat se vuelve loca por las noches. Es como si aullara a la luna, ¿sabes? Se despierta gritando. Estar cerca de ella es una putada, insoportable. Muerte, sangre y cuchillos.

De repente, Brandy se inclinó hacia delante y empezó a chillarle a Stride en la cara: «¡Te mataré, te mataré, te mataré, te mataré!». Después se apartó, partiéndose de risa mientras sus ojos de tigre bailaban frente a él.

—¿Lo ves? Insoportable, coño.

—¿Cat sueña que alguien intenta matarla?

—Qué va, tío, es justo lo contrario.

—¿Qué quieres decir?

Brandy volvió a reproducir el gesto de apuñalar.

—Creo que la dulce zorrita sueña que es ella quien mata a alguien.

Sus palabras lo cogieron desprevenido y Stride apartó la vista de la chica tan sólo un momento. Era todo lo que necesitaba.

Brandy agachó la cabeza y cargó como un ariete. Impactó contra el hombro herido de Stride y lo hizo caer de espaldas por encima de la silla. El dolor le paralizó los músculos y lo dejó inmóvil. Para cuando se hubo recuperado, Brandy ya había cruzado media cafetería y se hallaba demasiado lejos para que pudiera atraparla. Stride la observó mientras desaparecía por la puerta de la escuela con un grito de rebeldía. La chica saltó por la terraza, atravesó la amplia extensión de terreno con su larga melena flotando tras ella y desapareció colina abajo en dirección a la ciudad.

El hombre aparcó cerca de la playa después de anochecer.

El Charger negro resultaba casi invisible bajo el cielo cubierto de nubes. No había luna que iluminara el lago, y la lluvia no tardaría en llegar.

El hombre se mantuvo alejado de la calle principal de The Point y atravesó a pie las dunas que llevaban hacia el agua. Mientras se acercaba, escuchó el sonido de las olas que rompían en la orilla, rítmico, como el latido de un corazón.

La arena le dificultaba el avance, pero no tenía prisa. La cresta de las dunas, cubiertas en su mayoría por árboles retorcidos, lo ocultaba todo salvo las luces de algunas ventanas de los pisos más altos. La playa estaba vacía.

Hacía demasiado frío para acoger a amantes secretos y demasiada humedad para los fanáticos del ejercicio.

Se acercó a una de las casas desde el sur.

Era una de las mansiones recién construidas para los nuevos ricos. Las parcelas en The Point eran estrechas, así que los propietarios construían en vertical, a veces tres o cuatro pisos. Grandes terrazas. Cristal por todas partes. Si uno disponía del dinero necesario, podía levantar lo que quisiera. Un millón de dólares. Dos millones. Dinero de pega.

Reconoció la veleta en el tejado, con la forma de un faro. Había examinado detenidamente la casa a la luz del día. Echó una mirada en ambas direcciones, sorteó la cresta de la duna y siguió el camino de hierba que llevaba a la parte de atrás de la casa, donde los escalones de la terraza se anclaban en cimientos de hormigón excavados por la arena. Distinguió la curva del camino de entrada. Vacío. Las luces brillaban en la planta baja, pero no había movimiento tras las ventanas.

Aún no habían llegado a casa. Mucho mejor.

Recordó otra casa, otra noche.

El número del código de la alarma había quedado grabado en su memoria: 1789. Curioso. Había cosas que uno no podía sacarse de la cabeza...

Permaneció entre las sombras a los pies del porche, sacó el móvil e hizo la llamada.

—Soy yo.

Hubo silencio al otro extremo de la línea.

—Lo sé —respondió una voz al final.

—Estoy en la casa.

—Vale. Termina con el asunto.

—Será mejor que tengas razón. ¿Estás segura de que éste es el sitio?

—Eso me han dicho.

—Te llamaré cuando lo haya hecho.

—Y luego todo habrá acabado, ¿verdad?

—Todo habrá acabado.

«Excepto para ti».

—Gracias a Dios.

—Tengo que dejarte.

Silencio. Y luego:

—La chica no está sola, ya lo sabes.

—Lo sé. Me lo dijiste.

—¿Y cómo...? Dios.

—No te preocupes.

—Tiene que haber otra forma de...

—No la hay, ésta es la mejor forma. Confía en mí, no habrá más preguntas. Ella desaparecerá. Mañana se habrá marchado y nadie volverá a verla nunca.

—¿Y cómo...?

—¿De verdad quieres saberlo?

—¿Una pistola?

—Creo que es mejor usar un cuchillo —explicó él—. Es más apropiado, ¿no te parece?

La bolsa de hielo entumeció el hombro de Stride, que dio un sorbo a una lata de Coca-Cola mientras leía con atención las páginas de los informes semanales en los que se detallaban las llamadas recibidas en el departamento de policía de Duluth. Coches forzados y robados. Asaltos. Violencia de género. Drogas. Buscaba algo relacionado con Cat entre los delitos denunciados, pero hasta el momento no había encontrado nada.

Estaba sentado en su despacho del nuevo edificio de la comisaría. Era sábado por la noche, casi las nueve. Las ventanas, demasiado grandes y con vistas al bosque, estaban a oscuras. La mayoría de las luces del departamento permanecían apagadas, pero reconoció la cadencia de los pasos que sonaban en el pasillo. El comisario Kyle Kinnick caminaba de una forma peculiar, con las puntas de los pies hacia fuera, y las suelas de sus viejos zapatos marrones estaban tan gastadas que emitían un sonido de bailarín de claqué con cada paso.

K-2 apareció en la puerta del despacho. Era un hombre bajo y delgado, con el pelo emparrado y las orejas como dos hojas de calabaza.

—Buenas tardes, Jon.

—Buenas tardes, señor.

—¿Qué tal el hombro?

—Si Harrison Ford sigue buscando a un manco, soy su hombre —respondió Stride, aludiendo a la película *El fugitivo*.

K-2 soltó una risa que sonó más bien como un resoplido, y se sentó en la silla para las visitas de Stride. En contra de lo habitual en él, llevaba puesto el uniforme; la mayor parte del tiempo tenía el aspecto de un director ejecutivo, vestido con traje y corbata de nudo perfecto. El comisario tenía casi sesenta años. Después de haber ocupado el cargo de subcomisario, llevaba cinco dirigiendo el departamento. Por lo general, Stride y él se llevaban bien: el primero odiaba la política, y el segundo le cubría las espaldas. El comisario defendía a Stride y a su equipo como un pit bull en cualquier reunión del ayuntamiento, pero en la oficina, K-2 no destacaba por su paciencia a la hora de obtener resultados y mostraba una lengua muy afilada cuando las cosas salían mal. Stride había disfrutado de cierta dosis de libertad a lo largo de los años, pero en el extremo de la correa había un collar muy ceñido.

—¿Te estás volviendo descuidado, Jon? —preguntó K-2. Su voz tenía una cualidad atiplada, como una flauta mal tocada—. ¿O es que te haces mayor? No es propio de ti dejarte arrollar por una prostituta de dieciocho años.

—Sí, me pasó por encima —admitió Stride.

—¿Cómo se llama la chica?

—Brandy Eastman.

—¿La has atrapado?

—No, lo más probable es que se haya refugiado en algún escondite.

—¿Te importaría explicarme por qué mi teniente se dedica a perseguir a okupas adolescentes por el antiguo instituto un sábado por la tarde? Diría que tenemos agentes de patrulla que se dedican a atender ese tipo de cuestiones.

—Recibí el soplo de que Brandy se encontraba allí —explicó Stride—. La chica tenía una información que yo necesitaba.

—Ya.

K-2 echó un vistazo a la oficina, que olía a recién pintado. Stride todavía tenía en el suelo algunas cajas de la mudanza que no había vaciado. Los ojos del comisario se detuvieron en la fotografía de la difunta esposa de Stride, Cindy, que descansaba sobre el escritorio. Habían sido buenos amigos.

—¿Y qué, qué te parece la nueva chabola? —preguntó K-2—. Aquí no hay ratas, ¿eh?

—Ni una —convino Stride—. Aunque echo de menos estar en el centro.

—¡Coño, pero hemos interpuesto unos kilómetros de más entre el alcalde y nosotros!

Stride sonrió. K-2 no solía entretenerse en charlas intrascendentes y, cuando lo hacía, era porque se disponía a abordar algún asunto que a Stride no iba a gustarle. En este caso, no le costaba imaginar qué rondaba por la cabeza del comisario. Las noticias de su visita al *Charles Frederick* debían de haber llegado a oídos de Lowball Lenny.

—Y bien, ¿qué pasa, comisario? —preguntó Stride.

K-2 se frotó las grandes orejas con las palmas de las manos.

—Esta tarde he estado en una recepción con agentes inmobiliarios. La mitad del ayuntamiento estaba allí. Leonard Keck me llevó aparte; no estaba demasiado contento contigo.

—Lamento oír eso.

—Por lo que he entendido, montó una pequeña juerga en el *Frederick* para sus mejores vendedores, y esta mañana les has hecho una visita. Parece que a algunos de los chicos no les ha gustado tu tono.

Stride se encogió de hombros.

—No pierdo el sueño preocupándome por lo que unos cuantos vendedores de coches piensen de mi tono.

—Oh, vamos, Jon, sabes que no es tan sencillo. ¿En qué coño estabas pensando?

—En esa fiesta hubo prostitutas, y al menos una de ellas era menor de edad.

—¿Puedes demostrarlo? —preguntó K-2 frunciendo el ceño.

—Si me meto a fondo, creo que sí. Pero doy por hecho que no te gusta la idea.

—¿Lenny estaba en la fiesta?

—Sí, pero la versión que tengo es que se marchó antes de que llegaran las chicas. Mientras tanto, un proxeneta se pasea por la ciudad con un Ford Fusion de Leonard Keck nuevecito.

En su favor, había que decir que la expresión de K-2 reflejaba su descontento.

—De acuerdo, tienes razón, todo este asunto apesta. Aun así, sabes tan bien como yo que, si seguimos indagando, esto se convertirá en una desagradable pelea de gallos con un montón de abogados. Nos pasaremos meses mareando la perdiz y no encontraremos cargos que imputar. Sólo conseguiremos generar un montón de cotilleos en los medios y granjearnos un enemigo que puede convertir nuestras vidas en un infierno.

—Lo sé —dijo Stride.

—Hablaré con Lenny y le pediré que se calme, ¿vale? Mientras tanto, necesito que me avises antes de empezar a tocarle las narices a la gente que paga nuestro sueldo. ¿Comprendido?

—No me gustan los políticos que se creen intocables.

—¿Y qué político no lo cree? Tal vez no te guste el juego, Jon, pero uno de nosotros tiene que jugarlo. Sé que crees que Lenny se sale con la suya porque vamos a pescar juntos, y tal vez sea cierto. Así es la vida; supéralo. Además, deberías darle un poco de margen a ese tipo. Cuando Cindy murió, Lenny me llamaba cada día para saber qué tal lo llevabas. Era consciente del calvario que estabas pasando.

—Lo entiendo. Y me siento agradecido.

—Bien, me alegro de que hayamos hablado. Ahora volvamos a ti. ¿Puedes ponerme al día acerca del asunto que te traes entre manos? Por lo que he oído, tienes una invitada muy joven en casa.

—¿Has oído?

—He acorralado a Maggie. Ella siempre sabe en qué andas metido. No quería delatarte, pero no le he dejado otra opción. Además, no es muy fan de la chica que duerme en tu casa.

—Eso no es asunto suyo. Ni tampoco tuyo. Es personal.

K-2 apoyó los codos en el escritorio de Stride.

—¿Personal? ¿Eso es lo que crees? Es personal hasta que aparezca un titular en el que se lea que mi teniente acoge en su casa a una prostituta de dieciséis años. ¿Cómo te suena eso? Dios, ¿quieres tener que responder a esa clase de preguntas?

—Es complicado —señaló Stride.

—Sí, lo sé todo sobre esa chica y sobre quién era su madre. Eso no cambia nada.

—Para mí sí.

—¿Crees que no me acuerdo de Michaela Mateo? Claro que me acuerdo. Una mujer muy hermosa, y un asunto trágico. Si quieres, puedes sentirte mal por lo que pasó, pero no fuiste tú quien la cagó. El caso es que a veces los tipos malos hacen cosas malas. Uno no siempre puede estar allí para impedirlo.

—No voy a dejar que la hija de Michaela acabe como su madre —declaró Stride—. Está en peligro.

—¿Lo está? ¿Alguien se dedica a perseguir y acosar a una chica de la calle? Todo el asunto me suena a una alucinación producto de las drogas. El otoño pasado, mi vecina llamó porque su hijo adolescente había salido de casa con una escopeta;

aseguraba que un maldito oso polar estaba atacando al perro de la familia. Resultó que el chico iba hasta las cejas de sales de baño.

—No creo que en este caso sea un problema de drogas.

—Bueno, yo no pondría la mano en el fuego. Si han abusado de ella o la han atacado, lo mejor que puedes hacer es sacarla de tu casa y dejarla a cargo del servicio de protección de menores del condado.

—Primero quiero asegurarme de que está a salvo —repuso Stride—. Antes de que la tal Brandy se escapara, me confirmó que alguien había estado buscando a Cat en el cementerio de grafiti. Es mi primera confirmación de que aquí está pasando algo raro.

—¿Confirmación? ¿De otra prostituta adolescente? ¿Una chica que te atacó? Sólo te ha dicho lo que querías oír.

—No lo creo. Todo este asunto me da muy mala espina.

El comisario suspiró.

—Mira, Jon, eres un buen hombre, pero has tenido un mal año. Ambos lo sabemos. No quiero parecer un hijo de puta, pero no estoy seguro de que en este momento puedas confiar en tu instinto.

—Tal vez no, pero no puedo hacer otra cosa.

K-2 se puso en pie.

—Está bien. Hace mucho tiempo que aprendí que no sirve de nada tratar de sacarte una idea de esa cabeza tan terca que tienes. Lo único que digo es que tú eres poli y yo aquí no veo ningún delito, sólo una chica que ha encontrado la forma de hacerte bailar a su son. Piensa en ello, ¿vale? Aquí no hay ningún delito.

—¿No había dejado una luz encendida? —le preguntó Kim a Cat mientras subían por el camino de entrada.

La casa a orillas del lago en The Point estaba tan oscura que resultaba casi invisible. En el interior no brillaba ni una sola luz.

—Cuando nos marchamos aún había luz del día —observó Cat—. Puede que lo olvidaras.

La joven programadora informática asintió, pero entornó los ojos para observar mejor la casa y se mordió el labio.

—Sí, supongo que tienes razón.

Aparcó el Hyundai y bajaron del coche. Cat siguió a Kim al interior de la casa, con techos altos como los de una mansión y alfombras mullidas que le inspiraron deseos de caminar descalza. Por todas partes había delicadas esculturas de cristal que parecían ir a hacerse pedazos al más leve contacto. A la entrada del vestíbulo, una escalera con una barandilla de hierro forjado caracoleaba como un sacacorchos hasta las habitaciones del piso superior. En el muro posterior de la escalera, unas altas ventanas se abrían a la playa.

—No puedo creer lo guay que es este sitio —comentó Cat.

Kim se rio.

—Sí, Bob y yo nos sentimos como si fuéramos ricos.

—¿Cuándo vuelven los dueños?

—El mes que viene, no sé cuándo. Entonces regresaremos a nuestro apartamento en West Duluth. Como la carroza de Cenicienta que se convierte en calabaza.

—Todo lo bueno se acaba, ¿eh?

—Algunas cosas sí —convino Kim.

Se sacó las zapatillas de una sacudida y se dejó los gruesos calcetines negros puestos.

—Voy a preparar café. ¿Quieres tomar algo? ¿Un refresco?

—No, estoy bien.

—Yo estoy superllena —dijo Kim—. La carne estaba buenísima.

La cocina olía a galletas recién horneadas. Los electrodomésticos de acero inoxidable despedían un tenue brillo y las encimeras eran de granito negro. Kim sacó un bote de café de uno de los armarios y llenó la cafetera bajo el grifo. A continuación, cogió una galleta de mantequilla de cacahuete de la bandeja y se la metió en la boca.

—Creía que estabas llena —dijo Cat con una sonrisa.

—Llena para cenar, no para las galletas.

Cat miró a través de la ventana panorámica de la cocina. Allí detrás estaba el lago, pero no veía nada más que su propio reflejo en el cristal. Al inclinarse hacia delante, apenas distinguió el suelo de madera de la terraza, cubierta de arena.

La cafetera resopló y soltó un pitido. Kim apartó el recipiente de cristal y unas cuantas gotas chisporrotearon al caer. Vertió el café en una taza de cerámica, volvió a colocar el recipiente en su sitio, dio un sorbo y se relamió los labios.

—Trabajo con frecuencia por la noche, así que estoy acostumbrada a tomar cafeína a última hora. Bob tiene que corregir exámenes y ejercicios, así que nos sentamos y cada uno se dedica a lo suyo. Prefiero trabajar que ver *Desesperadamente ricas*, porque ya te digo yo que esas tías no saben lo que es estar desesperadas.

Cat se rio. Kim dio otro sorbo al café y luego dejó la taza sobre la encimera.

—¿Has oído eso? —preguntó.

—¿El qué?

—Me ha parecido oír algo en el piso de arriba —dijo.

Cat negó con la cabeza.

—Yo no he oído nada.

Kim levantó la cabeza hacia el techo y avanzó por el pasillo mientras se comía otra galleta. Sus pies dejaban huellas en la mullida alfombra. Se quedó allí escuchando, como si en el primer piso hubiera ratas escurriéndose entre las paredes. Cat odiaba las ratas.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—A veces Bob se olvida de cerrar la ventana y el viento tumba cosas. Si se ha

roto algo, lo mataré.

—Tal vez deberíamos llamar a Stride.

—Estoy segura de que no es nada —repuso Kim.

La mujer se terminó la galleta, se relamió de nuevo los labios y se dirigió al recibidor. Mientras subía al trote las escaleras, sus pisadas emitieron un sonido sordo. Cat retrocedió hasta un rincón de la cocina con una extraña sensación de temor. El dispensador automático dejó caer unos cuantos cubitos en el congelador, y ella dio un respingo. La cafetera seguía borboteando. Desvió la mirada hacia la puerta de su derecha, que daba a una terraza de cedro con escalones que bajaban hasta la estrecha franja de playa. Al mirar de nuevo hacia fuera, le pareció ver pisadas en la arena.

—¿Kim? —llamó.

Desde el piso de arriba no llegó respuesta.

En la isla de la cocina, el vapor se elevaba de la taza de Kim como una señal de humo. Cerca de la pila vio un bloque de cuchillos con relucientes mangos negros que sobresalían de las ranuras de la madera. Faltaba el cuchillo de mayor tamaño. «¿Lo he robado y no me acuerdo?», pensó Cat. Se metió la mano en la bota, pero allí no había nada escondido. Echó de menos la reconfortante sensación de notar una hoja entre los dedos.

Extrajo otro de los cuchillos del bloque de madera y lo sujetó en la mano.

—¿Kim? —volvió a llamar.

Kim no contestó.

Cat avanzó de puntillas por el pasillo. Al llegar al recibidor, levantó la cabeza y miró hacia el descansillo del segundo piso a través de los barrotes de la barandilla. Vio puertas y cuadros y ventanas a oscuras. Allí no había nadie.

—Kim —repitió, esta vez en un susurro.

Oyó un gemido en el piso superior. Las tablas del suelo crujieron como si alguien las estuviera claveteando. Cat se sobresaltó. Deseaba cerrar los ojos, pero los mantuvo abiertos y siguió mirando. Aguzó el oído y, en su mente, oyó una voz. Era la de su madre, que le hablaba al oído al tiempo que la envolvía en un abrazo. «Escóndete bajo el porche —le decía—. Escóndete bajo el porche y, oigas lo que oigas, no salgas. No importa quién sea, quién te llame: tú no salgas, no salgas».

Eso es lo que había hecho Cat aquella terrible noche. Sin prestar atención a los gritos cada vez más desesperados, se escondió y no salió.

Ahora, mientras esperaba a Kim, oyó otro grito, alto y largo y atormentado. Conocía aquel grito; era el sonido que emitía una persona cuando un cuchillo vulneraba su cuerpo una y otra y otra vez. Era el sonido de la agonía, el sonido de la muerte. Aquello no era un eco ni una advertencia del alma de su madre.

Aquello era real, y estaba sucediendo justo encima de su cabeza.

La voz rota de Kim gritó desde el piso de arriba, como si lo hiciera desde el cielo.

—¡Cat, corre!

—Lo siento, jefe —se disculpó Maggie.

Stride vio la silueta de elfo de su compañera en el quicio de la puerta. Acababa de apagar la luz del despacho y se había puesto la cazadora de cuero para marcharse a casa. El teniente se apoyó en el escritorio. Maggie se unió a él en las sombras y, de un salto, se sentó a su lado.

—¿Qué es lo que sientes? —preguntó él.

En realidad, no importaba qué respondiera. Ambos lamentaban todas las cosas que se habían torcido entre ellos.

—K-2. Le conté más de lo que necesitaba saber.

—Olvídalo.

Stride no se molestó en encender la luz; estar con ella a oscuras le resultaba natural. Durante las mañanas de invierno, antes del amanecer, habían conversado en la cama. También habían hecho el amor, como si hubieran preferido no ver con nitidez los ojos del otro.

—Tenemos que hablar —dijo Maggie.

—¿De qué?

—De Cat.

Stride se percató que algo iba mal; lo notó en su voz.

—Es sábado por la noche, Mags. ¿Por qué has venido? ¿No deberías estar haciendo algo con Ken McCarty?

—Debería —contestó ella—. Se ha cabreado conmigo, pero como no deja de ser un poli, le he explicado que había descubierto algunas cosas que me preocupaban y se ha ofrecido a volver a Minneapolis e indagar un poco.

—¿Indagar sobre qué? —preguntó Stride.

—Vincent Roslak.

Stride frunció el ceño al oír aquel nombre.

—¿Por qué él?

—Ya lo sabes.

—Vale, de acuerdo —aceptó Stride—. Roslak estaba relacionado con el refugio, y lo apuñalaron.

Maggie no contestó enseguida. Stride percibió su incomodidad, como si de repente tuviera que elegir con cuidado las palabras.

—Lo he comprobado con Brooke en The Praying Hands. El año pasado, Cat acudió a varias sesiones de terapia con Roslak.

Stride se apartó del escritorio, se acercó a la ventana y miró hacia el bosque. Notaba una palpitación en el hombro. Deseó haberse sorprendido más al conocer la verdad.

—¿Y qué es exactamente lo que quieres que haga Ken en Minneapolis?

—Que hable con el detective que lleva el caso. Apuesto a que nunca interrogaron

a Cat, y deberían hacerlo.

—No hay pruebas que relacionen a Cat con el asesinato de Roslak.

—Quizá porque nadie la investigó —replicó Maggie—. ¿Cincuenta puñaladas? Resulta un tanto familiar, ¿no?

—Eso lo hizo Marty Gamble.

—Sí, y la hija de Marty parece muy aficionada a los cuchillos.

Stride seguía mirando por la ventana. La policía de Minneapolis les había facilitado el informe sobre el asesinato de Roslak tanto a Maggie como a él. Repasó mentalmente los hechos.

—Roslak fue asesinado el verano pasado, ¿verdad?

—Hace ocho meses. El 3 de julio.

Maggie siempre recordaba los detalles.

—Se marchó de Duluth cuatro meses antes de morir. Cerró la consulta, vendió su casa y alquiló un apartamento barato en las Cities. Los chicos de Minneapolis no creen que volviera por aquí; no hay registros de su tarjeta de crédito que así lo indiquen. Rompió sus lazos con Duluth mucho antes de que lo asesinaran. ¿Tú habrías esperado cuatro meses para ir por él?

—No lo sé. Sólo espero que no haya ninguna relación.

Stride se sentó a su escritorio y encendió el ordenador. La pantalla difundió un brillo fantasmal por la habitación. Pulsó el teclado y abrió una foto de Vincent Roslak procedente del artículo que el *Star Tribune* había publicado sobre su asesinato. Era un hombre joven; tenía treinta y cuatro años cuando lo mataron. Su pelo era de color negro azabache, corto por los lados y de rizos engominados en lo alto. Tenía un rostro enjuto y estrecho, con patillas largas y una sombra de barba. Sus ojos eran de un azul gélido, lobunos e inteligentes. Exhibía lo que Stride consideraba la sonrisa de un encantador de serpientes: falsa y extrañamente irresistible.

—¿Así que esto es lo que os gusta a las mujeres? —preguntó.

—Lamento confirmártelo, pero sí.

—Muchas de sus pacientes querían seguir viéndolo, incluso después de que le retiraran la licencia y se marchara de la ciudad.

—Puede que algunas lo hicieran —señaló Maggie, y añadió tras una pausa—: Tal vez Cat estuviera entre ellas.

Stride apagó la pantalla y el despacho volvió a sumirse en la oscuridad.

—No es una asesina, Maggie.

—Tal vez tengas razón, pero deberíamos averiguar qué pasa por esa linda cabecita suya. Quizá no sea tan bonito.

—De acuerdo. Haz lo que tengas que hacer, pero sé discreta.

Stride se levantó de la silla y se dio cuenta de lo cansado que estaba. Se pasó las manos por el pelo y luego las metió en los bolsillos de la cazadora de cuero.

—Es tarde; me marcho a casa. Tengo que darme una ducha caliente en el hombro.

—¿Quieres compañía? —le preguntó Maggie con una sonrisa que se desvaneció

enseguida—. Lo siento, era broma. Una broma de mal gusto. No sé por qué lo he dicho.

—¿Quieres venir conmigo a casa? —le ofreció él—. Para hablar con Cat.

Maggie bajó de un salto del escritorio. El flequillo le cayó sobre los ojos.

—No, será mejor que no.

Stride se preguntó si Maggie creía que la naturaleza seguiría su curso. Vino. Bromas. Un fuego en la chimenea. Volver a acostarse, volver a cometer el mismo error. Ken se había marchado, y Maggie se sentía sola. Y si era sincero consigo mismo, también él se sentía solo.

Maggie vio la mueca de dolor de Stride al mover el brazo.

—¿Te lo has roto? —preguntó.

—Creo que no. Pero me duele horrores.

—Tienes suerte de que esa chica no te matara.

Stride se encogió de hombros.

—Brandy está tarada, pero creo que me ha contado la verdad. Me dijo que una mujer estuvo tratando de encontrar a Cat, y me gustaría saber por qué.

—¿Crees que Cat la conoce?

—Tal vez. Brandy me contó que no era la primera vez que aquella mujer acudía en su busca. También quiero saber si Cat recuerda algún suceso fuera de lo normal en los días anteriores al concierto de Jason Aldean en el auditorio. Fue entonces cuando la mujer estuvo preguntando por ella.

—¿Jason Aldean? ¿Fue ese fin de semana?

—Sí. Un concierto fantástico; Guppo me acompañó. Steve tenía dos entradas y no podía ir.

Maggie frunció el labio inferior.

—¿Qué pasa? —preguntó Stride—. ¿Vas a darme otro sermón sobre la música *country*? No todos podemos ser fans de Aerosmith.

—No, no, ¿no te acuerdas? Estaba pensando en Margot Huizenfelt, la reportera de Grand Rapids que desapareció al día siguiente, el domingo. Fue ese mismo fin de semana.

—¿Se te ocurre algo que la relacione con Cat?

—Bueno, recuerdo que Margot había escrito un libro titulado *Vidas perdidas* que trataba sobre la prostitución entre adolescentes en el Medio Oeste. ¿Y ahora nos encontramos con una mujer misteriosa que intenta encontrar a una prostituta adolescente? Merece la pena indagar un poco.

—¿En qué estaba trabajando Huizenfelt antes de desaparecer? —quiso saber Stride.

Maggie negó con la cabeza.

—Nadie lo sabe. Sus notas, su ordenador: todo ha desaparecido. Alguien quiso encubrir el asunto.

—Vale, hablaré con Cat —dijo Stride.

—Hay alguien más con quien tendrías que hablar, jefe.

Stride sabía a quién se refería.

Serena.

La desaparición de Margot Huizenfelt era un caso de Serena.

—Tienes razón —convino él—. La llamaré.

—Qué suerte, ¿eh?

Su tono era cortante.

—Mags.

Ella no siguió hablando. Estaban pisando un terreno minado.

Maggie había visto que, cuando Stride la miraba, faltaba algo en sus ojos. Maggie habría deseado que él se enamorara locamente de ella, pero Stride no albergaba ese sentimiento. Era imposible. Estaba enamorado de otra persona.

Le dio la espalda y se dirigió hacia la puerta con paso airado, pero se detuvo en cuanto el teléfono fijo de Stride empezó a sonar como una alarma. Era sábado por la noche; era raro que alguien llamara. Stride no reconoció el número en el identificador, pero contestó medio esperando oír la voz de Serena. Entre ellos siempre había existido una especie de sexto sentido.

—Stride —dijo.

—¡Soy yo, soy yo, oh, Dios!

—¿Cat?

El pánico sofocaba la voz de la chica.

—¡Ayúdame!

—Cat, ¿qué ocurre? ¿Dónde está Kim?

—Me dijo que corriera; sé que era él, ¡estaba allí!

—Cat, dime qué está pasando. ¿Sigues en la casa?

—No, no, tenía que salir de allí y eché a correr. Por favor, ¡ayúdame!

—Te ayudaré; sólo dime dónde estás.

—Estoy... estoy en la playa. En The Point.

—Quédate ahí. No te muevas.

—¡No! —siseó Cat al teléfono, casi en un susurro—. No, no puedo quedarme. Tengo que largarme. Lo siento, lo siento mucho. ¡Se está acercando!

Cat volvió a depositar el teléfono en las manos de la niña. La pequeña, de unos diez años, la observaba con curiosidad a través de la puertecita de la tienda de campaña plantada en la arena de la playa, por encima de las olas que rompían en la orilla del lago. Las gotas de lluvia se deslizaban sobre el nailon como lágrimas y empapaban la cara redonda de la niña.

—¿Estás bien? —preguntó.

Cat tenía la sensación de que la muerte la perseguía como un perro de caza, y no iba a dejarla escapar.

—Métete en casa —le dijo a la niña—. Ahora mismo.

—Pero mamá y papá han dicho que esta noche podía dormir aquí fuera. La semana que viene nos vamos de camping a Canadá.

—¡Métete en casa!

Asustada, la niña cargó con el saco de dormir y la almohada y se alejó a toda prisa entre las altas hierbas. Cuando hubo desaparecido, Cat avanzó a duras penas hasta alcanzar la franja mojada de arena, compacta como azúcar moreno. La lluvia le bañaba el rostro. Las olas blancas retumbaban en el lago y se arremolinaban alrededor de sus tobillos. Las luces difuminadas de la ciudad punteaban la ladera hacia el norte. A su espalda, en el extremo de The Point, todo era oscuridad, pero de repente vio el haz de luz de una linterna que cortaba el aire como un láser, desde el agua hacia la arena.

Estaba a doscientos metros. La había encontrado.

Avanzó a trompicones por el agua, sorteando las maderas de deriva que alfombraban la playa. Cat se afanó frenéticamente por encima de la línea del oleaje, entre los montículos de arena en dirección a la ciudad. El puente levadizo que cruzaba el canal se alzaba como un gigante a menos de media manzana, y los focos del muelle hacían brillar el entramado de acero. La lluvia se intensificó; caía a chorros a través de la luz y la cegaba. La chica saltó por encima de un muro bajo de cemento que marcaba el final de la playa y aterrizó sobre un pequeño cuadrilátero de hierbajos junto al puente, perdió el equilibrio y cayó sobre el barro. Se puso en pie y se deslizó como una torpe bailarina hacia la pasarela del puente, que cruzaba por encima del agua. Sesenta metros de acero entrelazado se erguían sobre su cabeza.

Estaba sola, pero al volver la vista hacia The Point, unos faros cobraron vida sobre la calle y distinguió el rugido de un motor. Era él.

Cat se lanzó por el puente con el viento azotándole la cara. Bajo sus pies, las agitadas aguas del lago se elevaban y caían entre los embarcaderos. No podía correr lo bastante rápido para escapar de él, pero a medida que se acercaba a la ciudad, una alarma ensordecedora empezó a resonar en sus oídos y la sobresaltó. Más allá de los muelles distinguió un carguero que brillaba como un ciempiés eléctrico y viraba hacia el puerto. Una voz tronó por encima de su cabeza; podría haber sido la voz de

Dios.

El puente se estaba levantando.

El hombre no podría cruzar al otro lado.

Cat resbaló hasta la acera que daba a la ciudad. La campana repicó en señal de advertencia. Miró hacia The Point y vio sus faros atrapados al otro lado del canal, pero su alivio duró apenas un suspiro: el coche se lanzó sobre el puente justo antes de que bajaran las barreras.

Cat bajó en picado hacia el muelle, entre chillidos, trastabillando sobre la resbaladiza hierba hacia el camino que bordeaba el canal. Las olas se amontonaban contra el cemento y se elevaban por encima del muro bajo, formando enormes charcos sobre el suelo que reflejaban la luz de las farolas. Cat avanzó salpicando agua a su paso y se escondió bajo el puente. Los neumáticos rechinaron sobre los paneles metálicos, sólo unos centímetros por encima de su cabeza.

El coche abandonó el puente y aterrizó sobre la calle mojada, pero Cat no oyó el chirrido de los frenos. Supo que no había frenado, sino que había proseguido su camino hacia Canal Park, alejándose de ella.

Cat vaciló, pero no dejó de correr con toda su alma hasta el extremo del muelle, dobló en la esquina de la pared de ladrillos de la vieja fábrica Paulucci y se encontró en un aparcamiento vacío. Escuchó por si oía el motor de un coche y sus ojos buscaron los faros. No vio a nadie. Avanzó a paso ligero y se agarró de la barandilla que daba al agua. Por el estrecho canal se llegaba al *Charles Frederick*. Alcanzó un puente peatonal y lo cruzó a la carrera; al otro lado, se alzaba el complejo en expansión del auditorio de Duluth. Permaneció a la sombra del edificio y se dirigió hacia el extremo sur de Harbor Drive.

Notaba la quemazón de unos ojos que la observaban desde alguna parte. Él seguía allí fuera.

Cat llegó a la esquina sureste del complejo. El puerto abierto quedaba a su izquierda, y el acuario de Duluth justo enfrente, en el lado opuesto de la calle. Se mordió el labio y se estremeció de frío. Tenía los pies empapados dentro de las botas. La calle que se abría frente a ella llevaba a los pasos elevados que cruzaban la interestatal 35 de norte a sur. Escondido bajo el firme de la autopista estaba el cementerio de grafiti, pero para alcanzarlo tendría que cruzar trescientos metros al descubierto y quedaría expuesta. Cualquiera que estuviera mirando la vería.

Advirtió las luces intermitentes de Antenna Farm por encima de la ciudad, y eso la hizo pensar en su casa. Su verdadero hogar. Le pareció un lugar muy lejano. Avanzó centímetro a centímetro junto al muro sur del auditorio y comprobó todas las puertas. Había tantas en el enorme complejo que era muy posible que al menos una hubiera quedado abierta por la noche. En el interior, el laberinto de salones y pasillos a oscuras le serviría de escondite.

Llegó a la siguiente esquina. Estaba orientada al norte, hacia el centro de la ciudad. Cerca de la rampa del aparcamiento del complejo, un largo paso elevado

llevaba hasta el corazón de la ciudad, pasando por encima de la autopista. Cat corrió hasta la entrada principal, formada por una hilera de casi veinte puertas de cristal. Intentó abrirlas, una detrás de otra, pero estaban todas cerradas con llave.

Hasta alcanzar la número dieciocho. La número dieciocho estaba abierta. Cat se escurrió dentro y dejó atrás la lluviosa noche.

Nunca había estado en aquel sitio, y apenas veía más allá de su nariz. Logró cruzar el vestíbulo y se encontró en un corredor largo sin luces flanqueado por puertas. Las fue abriendo, pero sólo encontró salas de reunión vacías con las paredes desnudas. Podía acurrucarse en un rincón de una de aquellas estancias; sin embargo, si el hombre daba con ella no tendría adónde huir.

Cat contuvo la respiración.

Oyó una puerta que se abría y después se cerraba. El sonido era hueco, y no sabía en qué lugar del edificio se había producido. Lo único que sabía ahora era que ya no estaba sola.

Avanzó con más rapidez y empujó varias puertas batientes hasta llegar a una zona de servicio de *catering*, que consistía en una carrera de obstáculos en forma de estanterías repletas de cristalería y frascos. Rozó algo metálico y frío con el brazo, y se alejó dando tumbos, presa del pánico. Pero entonces chocó con un carrito e hizo caer al suelo una pila de cubreplatos de acero inoxidable. El estrépito sonó despiadadamente alto. Salió disparada de la cocina, se encontró en otro pasillo y siguió corriendo y cruzando puertas dobles.

El mundo se abrió a su alrededor.

Se hallaba en un enorme escenario. El suelo bajo sus pies, de un barniz suave, se extendía como un campo de fútbol de un extremo a otro. Bordeando las paredes, docenas de filas de asientos se elevaban formando unas gradas inclinadas hasta el techo. Deambuló por el centro del escenario acompañada por el taconeo de sus zapatos. No había luz, excepto el brillo de las señales de las salidas de emergencia junto a las puertas. La multitud podría haber ocupado los asientos, mirándola, y ella no la habría visto. Los sentía por todas partes, frunciendo el ceño, juzgándola.

No sabía qué hacer ni adónde ir. Había corrido tan lejos como podía. Se dejó caer en el suelo y deseó que todo acabara. Su madre estaba muerta. Su padre la había matado. Quería reunirse con ellos. Si hubiera podido retroceder en el tiempo, se habría escurrido de debajo del porche y habría avanzado pesadamente sobre la nieve dura para enfrentarse a él. «Aquí estoy. Mátame a mí también».

Las lágrimas empezaron a caer. Ríos de lágrimas. Su pecho se agitaba en silencio. Era igual que en sus sueños, con las mismas voces inconexas.

«¡Marty, no! ¡Por favor! Piensa en Cat. ¡No lo hagas!».

«¡Jodida zorra!».

«¡No lo hagas, oh, Dios mío, para, para, no, no, no!».

«Te mataré te mataré te mataré te mataré».

«¿Dónde está la niña?».

Cat abrió de repente los ojos. No podía respirar.

«¿Dónde está la niña? ¿Dónde está la niña?».

Se cubrió los oídos con las manos, pero en su mente la pistola se disparó de todos modos, como había hecho durante todos aquellos años. Un disparo que resonó por encima de los gritos, y a continuación un espantoso silencio. Un silencio en el que ya nada sería lo mismo, en el que nunca más sucedería nada bueno.

«¿Cat? ¿Dónde estás, Cat? Yo te protegeré».

En el foso vacío, Cat se puso en pie y se secó las lágrimas. Más allá de las puertas por las que había llegado al escenario, alguien había golpeado una de las tapas metálicas desparramadas por el suelo de la cocina, y el tintineo resultante reverberó por las paredes como una advertencia. Había venido por ella.

Distinguió unos pilares cuadrados bajo las gradas y se escondió detrás de uno de ellos. Respiraba ruidosamente. Su pelo mojado goteaba sobre el suelo, y podía oír el sonido de las salpicaduras. Se agachó y metió la mano dentro de su bota: el cuchillo que había cogido seguía allí. Lo sacó y lo sostuvo frente a su pecho.

«¿Cat? ¿Dónde estás, Cat?».

—Estoy justo aquí —susurró ella.

Stride no quería contar las puñaladas; había demasiadas. De cada una nacía un río rojo que corría hasta la alfombra color marfil bajo el cuerpo de Kim Dehne. Sus ojos estaban cerrados en un gesto compasivo y en su rostro se dibujaba una expresión de paz, como si, después del dolor, mientras la sangre se escurría de su cuerpo, hubiera perdido el conocimiento. Se había dormido antes de morir.

Tenía el mismo aspecto que Michaela.

—Esto es culpa mía —murmuró Stride.

Maggie le oyó.

—Menuda gilipollez.

—Debería haberle pedido a un agente que se quedara con Cat, y no a una civil como Kim. Ella no tenía ni la más remota posibilidad de oponer resistencia.

—¿Pedirle a un poli que hiciera de niñera de una chica de dieciséis años? Vamos, Stride. Ya has oído a K-2: no había ningún delito.

—Ahora sí lo hay —señaló Stride.

El teniente desanduvo el camino, bajó la escalera hasta el recibidor y salió de la casa. El frío húmedo se le clavó en los huesos. Maggie lo siguió. La noche había cobrado vida con las luces de los coches patrulla. Los técnicos entraban y salían de su furgoneta antes de examinar el escenario del crimen. Stride se apoyó en una farola del jardín.

—¿Has averiguado el número de móvil de Bob Dehne? —preguntó.

—Sí. ¿Quieres que lo llame?

—No, debería hacerlo yo.

—¿Ha habido suerte con Cat? ¿La has encontrado?

—Todavía no.

Habían pasado dos horas. Habían comenzado la búsqueda en The Point, y luego habían ampliado el círculo a Canal Park y las zonas que bordeaban el puerto: Bayfront Park, las vías del ferrocarril y los astilleros, el cementerio de grafiti, Lake Place, donde dormían los vagabundos. Cat se había evaporado.

—¿Qué? —preguntó Stride haciendo un gesto con la cabeza en dirección a la casa—. ¿Te has hecho una idea de cómo sucedió todo?

—Todavía estamos recomponiendo las piezas —le explicó Maggie—. No tenemos el arma homicida ni muchos datos más. Recibimos la llamada de una familia cuya hija vio a Cat en la playa, pero la niña no ha podido contarnos nada.

—Habla con mis vecinos —le sugirió Stride—. Ese tío tiene que haber estado vigilando mi casa.

—¿Crees que sabía que Cat estaba contigo?

Él asintió.

—Curt Dickes lo sabía, y los Green y Brandy también.

Maggie torció el gesto en una mueca de incomodidad.

—No quiero tocarte las narices, pero ¿estamos absolutamente seguros de que hay una tercera persona?

—¿Estás sugiriendo que Cat apuñaló a Kim y se dio a la fuga?

—Hasta el momento, no se ha podido demostrar que hubiera alguien más aquí.

—Había alguien —le aseguró Stride con rotundidad—. He ido al puente levadizo; las cámaras han grabado a Cat cruzándolo a la carrera, y luego se ve un coche que va tras ella desde The Point. Parece un Charger negro.

—¿Seguro que el coche la perseguía?

—Tenemos la matrícula, y el registro no coincide con el vehículo. También tenemos el informe de un Charger negro robado del aparcamiento de un casino en Hinckley hace un mes. ¿Te parece una simple coincidencia?

—No, en absoluto. Lo siento. No quiero que pienses que soy una arpía.

Stride se encogió de hombros.

—He pedido una orden de búsqueda del vehículo.

Maggie no dijo nada. Parecía querer discutir y estar a la vez demasiado cansada para encontrar algo que decir.

—¿Tienes ese número de teléfono? —le pidió Stride—. Tengo que hablar con el marido de Kim.

—Claro.

Maggie le tendió un pedazo de papel; él lo cogió sin añadir palabra y se dirigió a su Expedition, aparcado al otro lado de la calle. Notó los ojos de Maggie clavados en su nuca mientras se alejaba. Una vez dentro, en el silencio de su todoterreno, realizó la llamada. No obtuvo respuesta. Le pareció casi un alivio, pero lo único que implicaba aquello era posponer la tragedia. Dejó un mensaje pidiéndole a Bob Dehne

que le llamara en cuanto lo oyera.

Stride recostó la cabeza y cerró los ojos durante un solo segundo, el tiempo suficiente para rendirse a la fatiga y caer dormido. Tuvo sueños violentos, pero se desvanecieron de repente cuando alguien golpeó el cristal del todoterreno. Se sacudió la modorra y se percató de que llevaba una hora durmiendo.

Era Maggie. Stride abrió la puerta y ella se quedó de pie bajo la lluvia, con la tez dorada ahora pálida, el pelo mojado y alborotado.

—Guppo acaba de llamar —le informó—. Está en el auditorio. Han encontrado el cuerpo de una adolescente.

Segunda parte

UNA VIDA PERDIDA

Serena Dial no podía dormir.

Sus ojos contemplaban las sombras del dormitorio. Fuera, las ramas de un roble arañaban la mosquitera como si fueran dedos; parecían querer arrastrarse y penetrar en la casa, reptar hasta su cama y acurrucarse a su lado. A través de la ventana abierta, las gotas de la leve llovizna caían sobre su piel y se posaban sobre sus pechos desnudos como la caricia de un amante. Aquella sensación la enervaba, pero se había vuelto adicta al aire fresco, incluso en las noches más desapacibles. Y se lo debía a Stride. Ella era una chica del desierto, pero él le había enseñado a amar el frío.

«Soy yo».

Volvió a oír su voz. Se había pasado una hora reproduciendo mentalmente su mensaje. Al final, en vista de que el sueño seguía eludiéndola, se levantó de la cama, frustrada, y bajó a la cocina.

Un té le ayudaría.

Serena no encendió las luces. La claraboya del techo le permitía ver en la oscuridad. Se cubrió el torso con una camiseta; la tela estaba fría. Se calzó unas sandalias, pero dejó sus largas piernas desnudas. Una vez fuera del dormitorio, avanzó de puntillas sobre el suelo de madera para no despertar a su compañera de piso, Valerie, que dormía en la habitación de matrimonio con su hija. Al pasar frente a su puerta oyó a la niña, Callie, tarareando una nana en sueños. A Serena se le dibujó una sonrisa en el rostro.

En el piso de abajo, abrió una ventana y encendió el hervidor de agua; llenó una taza, se sentó a la mesa de desayuno y removió la bolsita de té como si fuera un balancín. En el porche flotaba un aroma a frambuesa. Miró hacia los frondosos bosques del lago Pokegama que se extendían al otro lado del cristal de la ventana, pero sólo pudo ver el reflejo de su propia mirada. Su pelo negro, largo y abundante, necesitaba un lavado. Tez clara, de un blanco invernal, nada que ver con el bronceado que lucía en Las Vegas. Un destello esmeralda en los ojos.

Estaba distraída. Dio un sorbo al té y se quemó el labio. Alargó el brazo hacia la encimera y pulsó el botón del contestador. Era la tercera vez que reproducía el mensaje.

«Soy yo», decía Stride.

A continuación, un largo silencio. Era el silencio de la separación. Cinco meses de solitaria separación. El verdadero mensaje que él le transmitía se encerraba en aquella incómoda pausa que lo decía todo: era un dardo al corazón; le hacía el amor. El resto era trabajo.

«Oye, tengo un caso que acaba de ponerse muy feo. Está relacionado con una chica llamada Catalina Mateo, y creemos que cabe la posibilidad de que Margot Huizenfelt estuviera buscándola el día antes de desaparecer. No es definitivo, pero la coincidencia temporal resulta sospechosa. Cat es... bueno, yo conocía a su madre. En

fin, tendríamos que hablar».

Eso era todo.

Serena no esperaba que él dijera nada sobre ellos dos. Hacía ya mucho que le había pedido perdón. Le había dicho que la amaba; ella, que le amaba a él. Pero su idea del amor consistía en vivir detrás de un muro y mantener el dolor a resguardo del otro. Serena no estaba dispuesta a seguir viviendo de aquel modo. Había luchado mucho para poder enfrentarse a sus demonios.

Apoyó los pies en una silla. Era una mujer alta, de metro ochenta, casi todo piernas. Durante los últimos cinco meses había salido a correr cuatro veces a la semana en compañía de Valerie y había perdido cinco kilos y medio; estaba más delgada y más fuerte de lo que lo había estado en mucho tiempo. Tenía casi cuarenta años, pero parecía y se sentía más joven. Cuando pisó Duluth por primera vez, traía consigo el *glamour* de la ciudad del pecado. Le gustaba el deseo que veía en los ojos de Stride; le gustaban las miradas que le dirigían en las calles grises de Duluth. Desde entonces, había tratado de encajar, lo que significaba no destacar. Había empezado a vestir ropa informal. Se maquillaba menos. No sobrepasaba la media.

Pero aquel invierno, todo eso había cambiado. Con ayuda de Valerie había recuperado su antiguo yo. Glamuroso. Atractivo. Ahora le gustaba lo que veía en el espejo.

Excepto las cicatrices. Cicatrices blancas, dentadas, duras, desagradables. Había tenido que hacer las paces con ellas. Cuando se tocaba las piernas le venía a la memoria el incendio de dos años atrás, la agonía de la recuperación. Aunque había también cicatrices mucho más antiguas. Cicatrices invisibles que la habían marcado en su adolescencia. Unas veces las mostraba y otras, no. Igual que Stride.

Ahora tendría que volver a verlo. Serena sabía que aquel momento llegaría antes o después. Era inevitable. Él la llamaría y usaría el trabajo como excusa para verla. Ambos seguían una misma senda que los llevaría a colisionar, y la única duda era qué ocurriría cuando se encontraran. Cómo reaccionaría él. Cómo se sentiría ella. Serena se había enterado de que la relación entre Stride y Maggie se había estrellado y ardido casi en cuanto empezó, pero no era ninguna sorpresa. No le proporcionaba ninguna satisfacción.

Quizás un poco. Al fin y al cabo, era humana.

Había perdonado a Stride por cruzar la línea, pero ésa ya no era la cuestión. Se trataba de averiguar si estaban mejor juntos o separados. Lo echaba de menos, y lo amaba, pero no sabía si podía volver a vivir con él.

Serena reprodujo una vez más el mensaje de Stride, y en esta ocasión pensó: «Margot Huizenfelt».

Un mes antes, Margot se había evaporado dejando tras de sí, en un camino de tierra a la orilla del río Swan, un monovolumen recién estrenado. Su desaparición no tenía nada de fortuito. Alguien había puesto patas arriba el apartamento en que vivía junto al garaje de la casa de sus padres en Grand Rapids, y se había llevado cualquier

nota o clave que pudiera explicar su desaparición. En tanto que bloguera independiente, Margot veía conspiraciones por todas partes, pero en esta ocasión había acertado. Alguien había ido por ella.

Margot tenía cuarenta y cinco años, era de estatura mediana y fornida, con aspecto hombruno. Llevaba el pelo corto bajo una gorra de béisbol de los Twins, y nunca se desprendía de su sudadera, sus vaqueros y sus botas de montaña. Serena había investigado su vida amorosa y no había encontrado nada. Nadie recordaba que hubiera salido con alguien, hombres o mujeres. Tenía un hermano que vivía en Anchorage. Sus padres pasaban siete meses al año en Coral Gables y, mientras tanto, Margot cuidaba de su casa en Minnesota. Según las averiguaciones de Serena, Margot dedicaba la mayor parte de su tiempo a practicar senderismo en los parques nacionales y a escribir sus artículos como *free lance*.

Su enfoque como periodista era poco convencional. En ocasiones se pasaba semanas enteras recorriendo carreteras rurales y escribiendo sobre plantas de etanol, la religión en las poblaciones pequeñas y los suicidios en las granjas. A veces se dedicaba a rondar por las calles de la ciudad en busca de historias sobre violencia y gente sin hogar. Aborrecía a los políticos y a los poderosos, y eso se reflejaba en sus escritos como una gigantesca bandera ondeando en el césped. Serena había leído una caja llena de artículos y entradas de su blog acerca de un banquero que se remontaban a quince años atrás, así como el libro de Margot, *Vidas perdidas*, una recopilación de historias acerca de chicas que habían errado el camino. Para ser una solitaria no demasiado simpática, los textos de Margot desprendían una sorprendente ternura hacia la existencia llena de dolor de aquellas chicas.

«Está relacionado con una chica llamada Catalina Mateo».

Serena cogió el té y fue hasta la habitación más alejada de la casa, reconvertida ahora en su estudio. En aquel momento, la estancia era un santuario dedicado a Margot Huizenfelt: fotos, registros telefónicos, comprobantes de tarjetas de crédito, artículos de revistas y textos impresos de su página web. Sus esfuerzos por recrear la vida de Margot no le habían permitido estar más cerca de encontrarla.

No se hacía ilusiones. Había transcurrido un mes; Margot estaba muerta. Tal vez encontrarán su cuerpo en primavera. Había demasiados kilómetros cuadrados de naturaleza en el norte de Minnesota, y demasiados carroñeros. Serena podía sonreír delante de los padres de Margot y decirles que no perdieran la esperanza, pero todos sabían la verdad. Su hija no iba a volver a casa.

Serena sacó de debajo de la mesa una caja que contenía copias de los escritos de Margot. La referencia a Catalina Mateo había despertado una alarma en su cabeza; no por el nombre, sino por la historia. Serena sabía lo de Stride y Michaela. Una vez, mientras conducían por los caminos de tierra de Antenna Farm, pararon cerca de un *bungalow* destartado. Él no le había contado mucho, aunque Serena lo había

presionado. «Yo conocí a la mujer que vivía aquí —le dijo—. La asesinaron». Nada más. Fue Maggie quien le contó toda la historia y le confirmó lo que Serena ya había sospechado al ver la mirada de Stride: perder a Michaela había sido uno de los momentos más devastadores de su vida. Más todavía: su relación con Michaela había sido más profunda de lo que él nunca reconocería.

Fue pasando las hojas y tardó quince minutos en encontrar el ensayo. Habían publicado el artículo en una revista electrónica de Duluth, tres meses atrás. Como de costumbre, la historia no se acompañaba de ninguna fotografía. La mayoría de las chicas no quería revelar su identidad. Margot había usado un seudónimo y la había llamado Tina. Así la describía:

¿Has encontrado alguna vez un pedacito de cuarzo en mitad de la arena mojada de la playa? Ésa es Tina. Es un brillante pedacito de cuarzo contra una pared pintada con espray. Bonita. Mejor dicho, preciosa. Tan hermosa como la reina del baile.

¿La quieres? Puede ser tuya. Cincuenta pavos, y adivina dónde pondrá la boca. ¿Te apetece? Tiene dieciséis años.

Serena hizo una mueca ante la crudeza de Margot, aunque era algo que había acabado por gustarle. Margot no edulcoraba sus historias; las contaba tal como eran. Más abajo, Serena encontró el párrafo que le había venido a la memoria.

Tina ama a su padre. A las hijas les gusta contar historias sobre sus padres. Lleva un anillo que él le regaló colgado en una cadena alrededor del cuello. Muy sentimental. Es una imitación chabacana, pero no dejará que te acerques a él. Si lo intentas, ten cuidado, porque Tina es muy rápida con el cuchillo. Papá le enseñó a usarlo.

El caso es que papá está muerto. Asestó a la madre de Tina varias docenas de puñaladas, y cuando fue consciente de lo que había hecho, se voló los sesos. ¿Tina? Estaba escondida y lo oyó todo. Cómo papá mató a mamá. Cómo se suicidó papá. Es posible que usted o yo pasáramos del día del Padre después de algo así, pero Tina no. Ella asegura que él aún cuida de ella. Que a veces habla con ella, como un ángel de la guarda.

Espero de verdad que se equivoque.

A pesar de emplear otro nombre, no cabía duda de que la tal Tina era Catalina Mateo. No había dos chicas con esa misma historia. Cualquiera que la conociera habría establecido la relación. Tres meses atrás, en una de sus excursiones al sórdido corazón de la ciudad, cerca del cementerio de grafiti, Margot Huizenfelt había encontrado a Cat Mateo y la había convertido en la última chica perdida de su

colección de perfiles.

Si Stride estaba en lo cierto, Margot había regresado a Duluth hacía un mes para encontrar de nuevo a Cat.

Y entonces se había evaporado.

¿Por qué?

—Esto tiene que acabar.

—Acabará cuando estemos a salvo —replicó él—. ¿Es que no lo entiendes?

El hombre oyó la respiración entrecortada de ella al teléfono. Estaba enfadada. Aquello empezaba a preocuparle.

—Dijiste que a estas alturas ya habría terminado.

—Lo dije. Debería haber terminado hace diez años, pero los cabos sueltos siempre encuentran la forma de soltarse. No me eches a mí la culpa. Sólo estoy limpiando el desastre.

—Así no. ¿Dos personas más asesinadas? ¿Qué clase de monstruo eres?

—Fuiste tú quien me llamó, ¿te acuerdas? Estoy ocupándome del asunto, que es lo que querías. Eras tú la que sintió pánico. Dijiste que teníamos que hacer algo, que todo iba a salir a la luz.

—Tal vez sea lo mejor. Ya no aguanto más.

—No, no es lo mejor. No quiero oírte hablar así. Vamos a coger a este genio por el cuello y volveremos a meterlo en la lámpara. Cueste lo que cueste. ¿Lo has entendido?

Silencio.

—¿Lo has entendido? —repitió.

—Sí, lo he entendido.

Y añadió:

—Ojalá nunca te hubiera conocido.

—Qué bonito. Te he salvado el culo, ¿y eso es todo lo que se te ocurre decirme?

—No puedo creer que haya dejado que pasara esto. Ojalá me...

—¿Qué? —preguntó él—. ¿Ojalá te hubieran metido en la cárcel? No pierdas el tiempo con fantasías; ya es demasiado tarde. Si te encierran en una celda, será para el resto de tu vida. Recuérdalo.

—No podemos detener esto. La policía se está acercando. ¿Qué pasa si establecen la conexión?

—No lo harán.

—Eso es lo que dijiste, y ahora tenemos más sangre en las manos. Me estoy volviendo loca; no puedo vivir así.

Él despojó de su voz el tono amenazante. Debía conservar la calma. Tranquilizarla.

—Debes tener un poco más de paciencia. Pronto seremos libres, y no tendremos que volver a vernos nunca más. Eso es lo que quieres, ¿no? Olvidarme. Alejarte de lo que sucedió.

—Sí, eso es lo que quiero.

—Yo también. No te preocupes, nadie va a atar cabos, y aunque lo hagan, no lo relacionarán con nosotros. Ya no.

—Yo no estoy tan segura.

—Deja que yo me ocupe de todo. Lo único que has de hacer tú es tener los oídos bien abiertos y, si te enteras de algo, contármelo enseguida. ¿Vale?

La respuesta tardó en llegar. Demasiado.

—Vale.

—Me mantendré en contacto.

Él colgó el teléfono.

No le gustaba lo que había oído. Se había pasado toda la vida interpretando las reacciones de las personas, y sabía cuándo estaban a punto de derrumbarse. Aquello iba a ser un problema.

Stride reconoció los tatuajes que adornaban la piel de la chica y las mechas multicolores de su pelo. También los ojos inmóviles, abiertos de par en par y tan feroces como lo habían sido en su corta vida. Incluso en aquel momento parecía lista para ponerse en pie y echar a correr con una risa salvaje. Stride detestaba sentir alivio ante la víctima de un crimen, pero sentía el corazón tan ligero que se le subió a la garganta.

La chica que yacía muerta sobre el suelo del auditorio no era Cat. Era Brandy Eastman.

Estaba tendida junto a las puertas de la cocina de la sala de conciertos, con la cabeza apoyada contra la pared en un ángulo obscuro. Tenía la frente partida en dos como resultado de un golpe asestado con una llave inglesa de treinta y cinco centímetros que descansaba en el charco de sangre que se extendía por debajo de su cráneo. Cerca, fuera del alcance de la mano de la chica, Stride vio un cuchillo con un mango que coincidía con el lujoso set de Victorinox de la casa en que habían asesinado a Kim Dehne. En la hoja no había rastro de sangre.

—¿Ésta es la chica que te atacó? —preguntó Maggie.

—Es ella.

—Parece que tenía la intención de esconderse aquí durante el fin de semana. Guppo ha encontrado provisiones en la sala de banquetes, al otro lado de la cocina. Mantas, cigarrillos, Red Bull, caramelos y el envoltorio vacío de un Whopper.

—¿Estamos absolutamente seguros de que el envoltorio del Whopper estaba vacío cuando lo hemos encontrado? —preguntó Stride.

Maggie sonrió. La cintura del sargento Guppo tenía el tamaño de un neumático de nieve.

—Él asegura que sí.

—¿Algo más?

—Sí, parafernalia de The Last Place on Earth.

Stride frunció el ceño en un gesto de repulsión. The Last Place on Earth era una tienda para drogas del centro de Duluth que mostraba la misma capacidad de resistencia que una cucaracha a la radiación. La policía y el ayuntamiento habían intentado durante años cerrarla sin éxito, y mientras tanto la tienda había ganado millones. Al propietario le gustaba alardear de que los limpiadores de orina para falsear análisis de drogas le habían financiado unas vacaciones en México, su tierra natal.

—¿Qué crees que ha sucedido? —preguntó Stride.

—Según parece, Brandy cruzó la puerta y se vio sorprendida por alguien que la golpeó en la cabeza. El impacto la hizo retroceder hasta la pared.

—Era difícil cogerla por sorpresa.

Maggie se encogió de hombros.

—Las luces estaban apagadas. Debía de avanzar prácticamente a ciegas, y es probable que no supiera qué la había golpeado.

—¿Pruebas?

—No muchas. Analizaremos la llave, pero no creo que el asesino la trajera de fuera. Hemos encontrado herramientas cerca de una de las entradas para camiones.

Stride hizo un gesto hacia el suelo.

—¿Qué hay del cuchillo?

—Pertenece sin duda a la casa donde encontramos a Kim Dehne. El cuchillo de carnicero con el que la mataron sigue sin aparecer, pero alguien sacó este del mismo bloque.

—¿Cabe la posibilidad de que Brandy matara a Kim? —preguntó Stride—. Estaba lo bastante loca y tenía la fuerza suficiente, sobre todo si iba drogada.

Maggie negó con la cabeza.

—Según parece, a esa hora Brandy ya debía de estar escondida en el auditorio. Lo más probable es que oyera a alguien dentro del edificio, fuera a investigar y ¡zas!

—¿Algún rastro de Cat? —quiso saber Stride.

—Ha estado aquí.

—¿Seguro?

—Uno de los agentes de patrulla ha visto a una chica corriendo por el paso elevado hacia el centro. Para cuando logramos que alguien se desplazara hasta el otro extremo, había desaparecido, pero la descripción coincidía. Entonces Guppo ha organizado la búsqueda dentro del auditorio, y hemos encontrado a Brandy. Ah, también hay pruebas de que se ha producido una pelea en la sala de conciertos. Hemos encontrado sangre y ropa rasgada.

—Enséñamelo.

Maggie lo guió hasta la lúgubre sala de conciertos, que ahora brillaba bajo los focos del techo. Un grupo de agentes peinaba las gradas, y una zona al otro extremo del recinto estaba precintada con cinta policial. Stride caminó hacia el escenario y vio las manchas de sangre sobre el suelo, cerca de un pilar, y la manga arrancada de una camiseta. Reconoció la prenda: él mismo se la había comprado a Cat el día antes, en Target.

—Sí, ha estado aquí —confirmó.

—Hemos encontrado sangre en los nudillos de Brandy, pero no parece estar relacionada con su muerte. Alguien debió de recibir un puñetazo.

—Así que Cat y ella forcejearon, y Brandy cogió el cuchillo.

Stride entornó los ojos ante la intensidad de los focos.

—Si esto estaba a oscuras, quienquiera que estuviera esperando en la cocina pudo confundir a Brandy con Cat. Oyó que la chica volvía y la golpeó con la llave. Y luego cayó en la cuenta de que había matado a la chica equivocada.

—Tal vez —concedió Maggie—. O puede que Cat matara a Brandy y se largara. Stride se encogió de hombros.

—Si Brandy persiguió a Cat hasta aquí, no me imagino a Cat volviendo a la cocina para recibir más. Además, Cat no tiene la fuerza suficiente para blandir una llave y abrirle el cráneo a alguien.

—Seguramente tienes razón —convino Maggie.

El móvil de Stride sonó en su bolsillo. Lo sacó y comprobó el nombre que aparecía en la pantalla.

Dory Mateo.

—Dory —contestó—. Soy Stride, ¿qué pasa?

—Será mejor que vengas ahora mismo —le pidió ella—. Cat ha aparecido esta noche en mi habitación. Alguien le ha dado una paliza.

Stride era incapaz de recordar cuántas veces a lo largo de su carrera había subido las escaleras que llevaban al primer piso del hotel Seaway. La pensión de mala muerte del extremo sur de Superior Street, a unos pasos del Curly's Bar, atraía todo tipo de problemas: peleas, apuñalamientos, putas arrodilladas en los portales, borrachos a los que había que llevarse de allí. Entre los polis corría la broma de que, con la cantidad de orina y vómitos que empapaban siempre su moqueta, aquel lugar no se incendiaría jamás.

La habitación de Dory se encontraba al fondo del corredor y daba al callejón de la parte de atrás. La puerta estaba abierta. Stride encontró a la mujer sentada en la cama con las manos sobre las rodillas. El cuarto medía apenas un metro ochenta por tres metros, y los únicos muebles eran una cama, una cómoda combada y una pila. El baño era compartido. Del techo colgaba una bombilla. El aire olía a humo, y Stride vio un cenicero en el alféizar de la ventana.

Entró y cerró la puerta a su espalda.

—¿Dónde está Cat?

Dory se quedó mirando el suelo con los hombros hundidos. Su pelo teñido de rubio estaba sucio y aplastado.

—Dándose un baño.

—¿Cómo está?

—Tiene cortes y moretones.

—¿Te ha contado lo sucedido?

—No. Me he despertado y me la he encontrado durmiendo en el suelo. Me he dado cuenta de que estaba herida. La he dejado descansar un rato, luego la he metido en la bañera y te he llamado.

Stride miró por la ventana; fuera aún estaba oscuro. Sobre el suelo había un revoltijo de ropa.

—¿Es de Cat? —preguntó.

—Sí.

—Tengo que llevármela. ¿Tienes algo que pueda ponerse?

—Claro. ¿Para qué las necesitas?

—Pruebas. Dos personas han muerto asesinadas esta noche.

Dory alzó por fin la vista; tenía los ojos enrojecidos y moqueaba.

—No me digas que Cat las ha matado.

—Espero que no.

Stride sacó un bolígrafo del bolsillo y separó las prendas en el suelo. No vio manchas de sangre, una buena señal. Miró a Dory y no le gustó lo que vio en su cara. Su piel se había vuelto gris.

—¿Estás bien?

—Una mala noche —contestó ella.

—¿Quieres que te consiga ayuda?

—No.

Stride se sentó a su lado en la cama.

—Tengo que hacerte algunas preguntas sobre Cat.

—Lo que necesites. Adelante.

—¿Te suena el nombre de Margot Huizenfelt?

—¿Margot? Claro.

—¿Cat la ha mencionado alguna vez? ¿Sabes si se conocían?

—Margot habló con Cat para uno de sus artículos. Yo organicé el encuentro.

—¿Tú?

—Sí, Margot estaba dispuesta a pagar por la entrevista, y Cat necesitaba el dinero. Fue hace meses.

—¿De qué conoces a Margot? —quiso saber Stride.

—Margot conoce a muchas mujeres como yo. ¿Qué tiene de raro?

—Margot ha desaparecido —explicó Stride—. Hace un mes.

Dory se sobresaltó, como si acabara de salir de un coma.

—¿Desaparecido?

—Alguien se la llevó.

—No lo sabía. Dios mío.

—¿Llegaste a leer el artículo?

—¿Qué?

Dory lo miraba con expresión vacía, como si tuviera la cabeza en otra parte.

—El artículo que escribió Margot sobre Cat.

—No, ¿cómo iba a hacerlo? ¿Por qué me lo preguntas?

—Es posible que, cuando desapareció, Margot estuviera buscando a Cat. ¿Vino a verte?

—¿A mí? No, claro que no. ¿Para qué?

—Para encontrar a Cat —dijo Stride.

Vio cómo Dory se encerraba en sí misma de forma casi física, alejándose de él. Desvió la mirada hacia la puerta.

—No la vi.

—¿Estás segura?

—¡He dicho que no! —explotó Dory—. ¡No sé nada!

Él levantó las manos para calmarla.

—De acuerdo.

—¡Déjame en paz!

—No es mi intención disgustarte, Dory, sólo trato de ayudar a Cat.

—Si quieres ayudarla, apártala de mí cagando leches. No quiero que se quede en un sitio como éste.

—Lo haré. Sólo necesito que me cuentes alguna cosa más. ¿Qué puedes decirme acerca de Cat y Vincent Roslak? Es un psicólogo.

Dory se frotó los dedos, como si le hiciera falta un cigarrillo, y miró hacia el techo.

—Sí, ya sé quién es.

—Cat le vio en el refugio. Roslak se acostaba con algunas de las chicas a la que visitaba. ¿Sabes si se acostaba con Cat?

—¿Cómo iba a saberlo? Cat nunca habla de malos rollos.

—Roslak está muerto.

—Lo recuerdo. ¿Y?

—Lo apuñalaron.

Dory palideció.

—¿Y qué? Se portó como un capullo con mucha gente, ¿no? A veces los capullos reciben su merecido. Cat lleva siempre un cuchillo, pero es sólo para aparentar. Nunca lo usaría. Sabe muy bien qué hacen los cuchillos, ¿lo recuerdas?

—Ayer atacó a un hombre.

—¿En el barco? Sí, me lo explicó. El muy pervertido quería follársela por el culo, por el amor de Dios.

Dory fue hasta la ventana y la abrió de un tirón. No había mosquitera. Se dejó resbalar por la pared de la habitación hasta quedar sentada en el suelo, sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo, se encendió uno y lanzó el humo a la oscuridad; luego se rodeó las rodillas con los brazos.

—Hombres —dijo—. Son todos unos cabrones. Mira a Marty Gamble.

—Lo sé.

—Cat no me deja hablar mal de él. Sigue queriendo a ese hijo de puta.

—Era su padre.

—Menudo padre. Un gilipollas. Supongo que no soy nadie para hablar, ¿no? Tampoco soy un buen ejemplo. En aquella época, habría hecho lo que fuera por conseguir el dinero que necesitaba para colocarme. Si Cat supiera todas las cosas que hice, me odiaría.

—¿Qué hiciste?

Dory dio una calada al cigarrillo.

—No importa.

—Te he dicho que puedo conseguirte ayuda.

—No quiero tu ayuda. No me importa lo que me pase. Quiero ayudar a Cat, pero lo único que hago es empeorar las cosas. Michaela debe de estar mirándome desde ahí arriba y escupiéndome.

—Sí que me has ayudado, Dory.

Stride volvió la vista hacia la puerta. Cat estaba de pie en el umbral envuelta en un albornoz raído. En su mejilla había un violento moretón y tenía un arañazo alargado en el cuello, de un rojo intenso tras la ducha con agua caliente. Entró en la habitación, cerró la puerta y se arrodilló junto a su tía.

—Te pasas la vida ayudándome —continuó—. Sin ti estaría perdida. Siempre me has protegido.

Dory lanzó el cigarrillo por la ventana, negó con la cabeza y, como una presa que acabara de reventar, estalló en sollozos. Todo su cuerpo se agitó mientras se hundía entre los brazos de Cat. La chica la sujetó y dejó que llorara a mares. Stride empezó a entender por qué, a pesar de ser tan joven, quería tener un hijo.

Cat le miró y sus ojos tristes y hermosos de pronto parecieron los de una persona mayor.

—Siento haber huido. No he hecho daño a nadie, lo juro.

Él estudió su rostro, y no pudo más que confiar en lo que ella le decía.

—Ya lo sé —le dijo.

—¿Kim está muerta? —preguntó Cat.

Estaban sentados en un banco verde en el extremo de The Point. Las aguas tranquilas de la bahía del lago Superior lamían la franja de arena que se extendía a sus pies. A pesar de que ya había amanecido, la mañana era sombría. Aquel enclave sobre el puerto era como un terreno sagrado para Stride. Se había sentado en aquel mismo banco en cada una de las encrucijadas de su vida. Era el primer lugar al que había ido tras la muerte de Cindy, para poder llorar en soledad, alejado de los recuerdos que albergaba su casa. También era el primer sitio al que había ido tras la marcha de Serena.

—Sí, está muerta.

Cat cerró los ojos.

—Debería haberme quedado con ella.

—Entonces tú también estarías muerta.

—¿La han... apuñalado? ¿Es lo que le ha hecho ese tío?

—Sí.

—Vi que faltaba un cuchillo.

Cat se encogió y se estremeció.

—¿Cogiste tú alguno?

—Sí, pero lo perdí en el auditorio.

Stride asintió.

—¿Tienes idea de quién puede haberlo hecho?

—No, lo siento mucho. ¿Por qué me está ocurriendo esto a mí?

—Eso es lo que tenemos que averiguar —dijo Stride—. Cuéntame qué ha sucedido esta noche.

Cat respiró hondo, con los puños cerrados.

—Kim oyó un ruido en el piso de arriba y subió a comprobarlo. Lo siguiente, fueron sus gritos. Lo mismo que... lo mismo que pasó con mi madre, ¿sabes? Cuando era una niña. Kim me gritó que huyera, así que agarré un cuchillo y eché a correr. No me había alejado mucho antes de ver que él me perseguía.

—¿Lo viste bien?

—No; sólo el haz de luz de una linterna en la playa. Conseguí llegar al puente y él me siguió hasta la ciudad. Cuando entré en el edificio del auditorio pensé que podría esconderme allí, pero entonces oí que alguien se acercaba. Supuse que era él, pero se trataba de Brandy.

—¿Qué quería?

—Dinero. Comida. Todo lo que llevara. Le dije que no tenía nada; ella se puso como una loca y empezó a pegarme. Creo que estaba colocada. Se me cayó el cuchillo y me largué de allí. Conseguí encontrar el camino hasta el paso elevado y me dirigí al centro, y vine andando hasta el canal. Eso es todo.

—¿Viste u oíste a alguien más dentro del auditorio?

—Sólo a Brandy.

—Brandy está muerta —le comunicó Stride.

—¿Qué?

—La golpearon con una llave inglesa.

Cat se puso en pie de un salto.

—¡Yo no he sido!

—Si fue en defensa propia, si creíste que era el hombre que te perseguía, puedes contarme la verdad —la animó Stride—. Aunque tengas miedo, no puedes mentirme en esto, Cat.

—¡No miento! ¡Yo no lo he sido!

Stride la cogió de la mano y la obligó a sentarse de nuevo.

—De acuerdo, lo siento. Tenía que preguntártelo.

—Fue Brandy quien vino por mí, y no al contrario —insistió ella, pateando la arena.

—Está bien.

—Alguien quiere verme muerta, eso es lo único que sé.

—Lo encontraremos, pero necesito tu ayuda.

—Lo que sea. Quiero que esto se termine.

—Tengo que preguntarte por Vincent Roslak.

Cat se encogió.

—Vincent no tiene nada que ver con esto.

—Sabes quién es, ¿no? Fue tu terapeuta.

—Algunas veces. ¿Qué importa eso?

—Roslak murió apuñalado hace ocho meses. Ayer por la noche, mataron a Kim del mismo modo.

—No hay ninguna relación —replicó Cat.

—Sí la hay: tú. Es posible que, de algún modo, ése sea el eslabón que explique por qué alguien va por ti.

—No, no, no, no puede ser. Vincent se marchó de la ciudad y no volví a verlo. Te equivocas.

—¿Te acostaste con él?

Cat se secó los ojos con un gesto brusco.

—No hagas que parezca sucio. Él se preocupaba por mí.

Su voz se endureció.

—Luego se marchó y ahí se acabó todo.

Stride le rodeó los hombros con el brazo. Al notar el contacto, el cuerpo de la chica se tensó.

—Escúchame, Cat. Roslak abusó de la confianza que sus pacientes habían depositado en él. No sabemos hasta qué punto. Si le contaste cosas sobre otras personas, cabe la posibilidad de que violara la confidencialidad de las sesiones de

terapia. O tal vez alguien temía lo que pudieras contarle, y por eso Roslak acabó muerto. Quizás ésa sea la razón de que estés en peligro.

Cat se sorbió la nariz.

—Le conté cosas de mi pasado, eso es todo. De mucho tiempo atrás. De mis padres.

—¿Qué más? Pasabas largas temporadas en la calle, Cat. Veías cosas, hacías cosas que la gente preferiría mantener ocultas.

—Lo sé, pero no se me ocurre nada.

—¿Qué me dices de los tipos con los que te has acostado? —preguntó Stride.

—No sé ni cómo se llaman. Van, vienen, ¿entiendes?

Entrelazó sus dedos con los de él y apretó. Stride casi podía sentir cómo ella rezaba para dejar atrás su pasado. Era joven. Pasaría un tiempo antes de que aprendiera que el pasado nunca desaparece.

—No quiero seguir hablando de Vincent —le pidió—. Por favor.

—De acuerdo; hay alguien más por quien tengo que preguntarte.

—¿Quién? —Su voz sonaba débil y quebradiza.

—Margot Huizenfelt.

—No sé quién es.

—Una periodista. Dory dice que puso a Margot en contacto contigo. Ha desaparecido.

—Ah, sí —dijo Cat—. La mujer que hace algunos meses me encontró debajo del paso elevado. Dijo que era periodista y mencionó a Dory. Se ofreció a comprarme el almuerzo. Era invierno, así que la posibilidad de tomar un plato caliente sonaba a gloria.

—¿Qué aspecto tenía? —preguntó él.

—Rechoncha. Marimacho.

—Es ella.

—¿Y ha desaparecido? ¿Por mi culpa?

—Aún no lo sé, pero tal vez sea la persona que te buscaba en el cementerio de grafiti. ¿De qué hablasteis?

—Me hizo muchas preguntas: cómo había acabado allí, qué vida llevaba, cómo eran mis padres. Al final me dijo que quería escribir un artículo sobre mí y me dio cien pavos, así que acepté.

—¿Llegaste a leerlo?

Cat negó con la cabeza.

—¿Qué más le contaste?

—Bueno, ya sabes: por qué vivía en la calle, cómo era un día normal. Me preguntó dónde dormía, cómo conseguía dinero y comida, qué pensaba de los hombres y de la vida y de todo tipo de chifladuras. Me sentí como si estuviera en un *reality*.

—¿Le dijiste cómo te llamabas?

—Sí, pero me prometió que no citaría mi nombre.

—¿Surgió el nombre de Vincent Roslak en la conversación?

Cat negó con la cabeza.

—No, no le hablé de él.

—¿Alguien más? ¿Algún nombre?

—No mencioné a nadie. Ella quería saber cómo conseguía clientes, si tenía un chulo. Sólo le expliqué que había un tipo en Canal Park que tenía contactos.

Stride no creía que a Margot le hubiera costado mucho llegar hasta Curt Dickes.

—Me dijo que era guapa y que a los chicos debía de gustarles —continuó Cat—. Quería saber si alguna vez iba con tipos que pagaban mejor que el resto. Tíos con pasta. Ricachones, ya sabes.

—¿Y era así?

—Sí, Curt me consiguió un par de clientes que pagaron el doble de lo que suelo ganar. De uno de los encuentros, hace más o menos un año, saqué además un vestido caro y un paseo en limusina. Estuvo guay.

—¿Adónde te llevó la limusina? —quiso saber Stride.

—A un hotel en la orilla norte. Había un tipo esperando en una de las habitaciones. Tenía un montón de pasta.

—¿Sabes quién era? ¿Le reconociste? ¿Te dio algún nombre?

—No, sólo lo hicimos. Me largué al cabo de diez minutos, como pasa con la mayoría de los tíos. Y me dio una buena propina, como si fuera una camarera.

—¿Qué aspecto tenía?

Cat se encogió de hombros.

—No les miro a la cara.

—¿Te acuerdas de qué hotel era?

—No. Diría que el trayecto en coche duró al menos una hora. No recuerdo dónde fuimos, sólo que estaba justo en la orilla del lago.

—¿Se lo contaste a Margot?

—Sí, le expliqué la historia.

Stride le sonrió.

—Gracias, Cat.

—¿Crees que es importante?

—Creo que, si yo fuera periodista, habría revuelto cielo y tierra para averiguar quién era ese tipo —contestó Stride—. Apuesto a que no es la clase de hombre al que le gustaría que Margot le siguiera la pista.

Steve Garske se quitó los guantes y se dejó caer en el sofá, junto a Stride. Las piernas le sobresalían como zancos. Se alborotó el pelo con las manos y parpadeó como si no estuviera del todo despierto. Cogió una taza con café frío de la mesita auxiliar y se lo tragó de un sorbo.

—Es domingo por la mañana, demasiado pronto para estar consciente —comentó al tiempo que le echaba una mirada a Stride, cuyo rostro parecía también devastado por el cansancio—. Lo sé, lo sé, no te inspiro ninguna compasión.

—Ninguna en absoluto —confirmó Stride—. ¿Tocaste con el grupo anoche?

—No, es sólo mi insomnio habitual. Sigo en el horario de la isla. Y también me tomé unas cuantas copas en el St. Luke. En fin, Cat está bien. Le he limpiado los cortes con antiséptico y, de todos modos, voy a recetarle un antibiótico.

Y añadió:

—¿Qué tal tu hombro, oh valiente guerrero?

—Duele, pero va mejorando.

—Debería hacerte una radiografía. Pásate mañana y lo miramos. Mientras tanto, hielo.

—Lo haré. ¿Qué hay del bebé? ¿Existe algún riesgo tras la pelea?

Steve negó con la cabeza.

—Creo que no. No hay signos de heridas abdominales, y Cat dice que no la golpearon ni le propinaron patadas en el vientre. Seguro que el bebé está bien. Aun así, me gustaría hacerle un chequeo completo en cuanto sea posible.

—Claro.

Steve estudió la sala de Stride, pasó el índice por la mesita de madera y lo alzó para examinarlo. A continuación, meneó la cabeza.

—Voy a comprarte una mopa. ¿Has sacado el polvo alguna vez desde que se marchó Serena?

—No lo considero polvo, sino células cutáneas que tal vez vuelva a necesitar algún día.

—Ya. Son las células cerebrales las que me preocupan.

—Haces bien —repuso Stride con una sonrisa—. ¿Cat está en el porche?

—Sí, está montando el puzle que has tenido muerto de asco todo el invierno. ¿Te importaría explicarme por qué un hombre que vive en Duluth compra un puzle con una foto del puente levadizo? ¿No podías encontrar una imagen de las pirámides, de Hawái o de algo por el estilo?

—Fue un regalo.

—¿Un regalo? Pues me parece que tendrías que cambiar de inmediato de amigos. Stride se rio.

—De hecho, me lo regaló una niña.

—Olvidaba que los polis recibís regalos de los ciudadanos agradecidos. Ojalá

podiera yo decir lo mismo. Mis pacientes no me envían precisamente cestas de frutas. «Eh, Steve, gracias por la citología».

—Lo recordaré después de la colonoscopia.

—Hazlo. Me gustaría que me trajeras algo con frutas exóticas. Y que lleve mangos.

—Hecho.

—Diría que has tenido una noche difícil —comentó Steve.

Stride asintió.

—Esta mañana los medios han invadido la oficina del fiscal del condado. No hemos contado mucho y, por el momento, quiero mantener a Cat alejada de todo esto. Sería incapaz de enfrentarse al circo mediático.

—¿Alguna pista?

—Hay un coche robado que todavía no hemos localizado. Un Charger negro. Aparte de eso, nuestra única pista es Cat. Necesito mantenerla a salvo.

—La chica confía en ti —señaló Steve—. Debe de haber salido a su madre. Os unía algo más que una simple amistad, ¿verdad?

—No, Michaela y yo éramos amigos —repuso Stride—. Sólo eso.

Steve lo miró de reojo y Stride no supo si su amigo le creía. La habitación estaba tenuemente iluminada, y ambos permanecían en las sombras. Stride echó un vistazo a la cocina para asegurarse de que la chica no había entrado desde el porche trasero.

—Dime una cosa. Cuando viste a Cat el año pasado, ¿hablaste con ella de Vincent Roslak?

—Sí. Lo siento, debería habértelo comentado. Brooke llamó ayer por la noche y me dijo que Maggie se había pasado por allí para hacerle algunas preguntas.

—Bueno, pues cuéntamelo ahora.

Steve se levantó del sofá de cuero e hizo una mueca mientras se frotaba la zona lumbar, una fuente perpetua de dolor. En sus tiempos como jugador de fútbol en la universidad, había recibido un placaje tremendo.

—Espera, necesito un poco de cafeína. ¿Queda algo en la cafetera?

—Siempre.

El médico se llevó la taza a la cocina de Stride, vació los restos en el fregadero y volvió a llenarla. Después, desapareció a través de la puerta trasera en dirección a la mosquitera del porche. Stride oyó el murmullo amortiguado de voces y la risa relajada de su amigo. Steve regresó a la sala, se sentó de nuevo en el sofá y apoyó la taza de café en su regazo.

—Cat ya ha completado dos terceras partes del puzle —informó.

—Todos dicen que es una chica inteligente —dijo Stride.

—Deberíamos hacerle algunos test para determinar cuánto. Esta chica tiene algo especial. En fin, al grano, Roslak. Hay ciertos tipos que, cuando sonrían, te das cuenta de que intentan jugártela. Tenía el aspecto adecuado, vestía la ropa adecuada, decía las palabras adecuadas, pero ya sabes cómo es esto. Conoces a un tío y, al cabo

de cinco minutos, ya sabes si es o no de fiar. Y Roslak no era de fiar.

—¿Cómo descubriste lo que estaba haciendo?

—En la clínica. Uno de mis pacientes comentó que estaba seguro de que su esposa se acostaba con su psicólogo. Me preguntó si conocía al tío y si había oído algún rumor sobre él. Era Roslak.

—¿Y qué hiciste? —quiso saber Stride.

—En un principio, nada. Aunque aquel tipo no fuera de mi agrado, no iba a poner su carrera en riesgo por un rumor. Además, todos los maridos creen que sus esposas se tiran al psicólogo.

—¿Pero?

—Pero me mantuve alerta. Una de las chicas de la calle vino a hacerse un chequeo, y le planteé sutilmente algunas preguntas para ver si me contaba algo. Lo que hizo fue cerrarse en banda y no decir una palabra sobre Roslak. La siguiente chica con la que hablé reaccionó del mismo modo. No parecía importarles lo que hubiera hecho; querían protegerlo.

—¿Y cómo derribaste el muro de silencio?

—Visité a alguna de las chicas inmediatamente después de la terapia, y había evidencias claras de actividad sexual. Al final, dos de ellas lo reconocieron. Los detalles eran bastante escandalosos, pero se negaron a acudir a la policía. Así que hablé con un colega del Colegio de Médicos, y Roslak tuvo que aceptar su oferta: si no renunciaba a su licencia y se marchaba de Duluth, emprenderían acciones legales contra él.

—¿Roslak sabía que fuiste tú quien le delató? —preguntó Stride.

—Oh, sí, lo sabía. No se lo tomó demasiado bien. Una noche se pasó por mi casa y casi llegamos a las manos. Pensé en llamarte por si acaso, pero creí que podía manejarlo yo solo. Al final, se marchó sin oponer resistencia, lo mismo que hizo con su licencia. Me sorprendió que se rindiera con tanta facilidad, pero claro, más adelante averiguamos que también se acostaba con muchas de las pacientes que visitaba en su consulta privada; el tipo sabía que todo saldría a la luz.

—¿Y Cat?

—Negó haber mantenido relaciones con él.

—¿La creíste?

Steve frunció el ceño.

—No.

—Roslak se marchó a Minneapolis hace un año —señaló Stride—, y Cat asegura que no volvió a verlo. Cuatro meses después, lo asesinaron.

—¿Crees que hay alguna relación?

—Habría jurado que no, pero después de lo ocurrido esta noche ya no estoy tan seguro. Me pregunto si Cat le contó algo a Roslak que hizo que lo mataran. Creo que a Margot Huizenfelt debió de contarle lo mismo, y que por eso la raptaron.

Steve arqueó la ceja en un gesto de sorpresa al oír el nombre de la periodista.

—¿Cat conocía a Margot?

—Margot la entrevistó hace unos meses.

—¿Y qué demonios sabe Cat que sea tan importante como para matar por ello?

—Hablamos de una menor que pasa mucho tiempo en la calle, y eso supone una muy peligrosa exposición para cualquier hombre que entre en contacto con ella. Sobre todo si tiene esposa o un trabajo público. Margot presionó a Cat para averiguar si se había acostado con algún hombre adinerado.

Steve se mantuvo en silencio, pero su expresión lo delató.

—Diría que sabes algo —dijo Stride—. ¿Qué pasa?

—No estoy seguro de poder contarte nada —replicó Steve—. Secreto profesional. Stride esperó.

—Obviamente, no puedo darte nombres —prosiguió Steve.

—Claro.

—El caso es que he notado una extraña tendencia en la clínica.

—¿Extraña? ¿Qué quieres decir?

—Enfermedades de transmisión sexual —aclaró Steve—. Han aparecido en entornos donde no me lo esperaba, como en matrimonios muy acomodados. Me encuentro con algún caso de vez en cuando, pero en esta ocasión se trata de múltiples casos en un breve periodo de tiempo. Uno de los hombres admitió que había mantenido relaciones con una chica de la Universidad de Minnesota. No hace falta que te diga que no era su esposa, y que no se acostaba con él por amor: era una chica que se pagaba los estudios con el dinero que sacaba prostituyéndose.

—¿Crees que ha mantenido relaciones con otros de tus pacientes? —preguntó Stride.

—No, lo que creo es que hay más de una chica. Tengo la sensación de que se trata de algo organizado, de que podría haber una red de prostitución de lujo instalada en la ciudad.

Cinco minutos después de la marcha de Steve, llamaron a la puerta. Stride vio el abrigo de su amigo colgado en el respaldo de una de las sillas del comedor y dio por hecho que Steve había regresado para recogerlo.

Abrió la puerta dispuesto a hacerle una broma, pero entonces vio que no era Steve quien estaba en su porche. La sonrisa se borró de su rostro y se quedó en blanco. Se miraron en silencio como viejos amigos, como los viejos amantes que eran. Ahora que había llegado el momento, ahora que estaban de nuevo frente a frente, Stride no sabía qué hacer. Estrecharla entre sus brazos. Besarla. O intentar fingir que no seguía amándola.

Al final, fue ella quien habló primero.

—Hola, Jonny.

Serena había entrado en su vida en el aeropuerto de Duluth, después de que ella bajara del avión procedente de Las Vegas vestida como una modelo del Bellagio: pantalones de cuero azul celeste, gafas de montura dorada, una camiseta blanca ceñida y un largo impermeable negro que prácticamente rozaba el suelo. No se parecía a nadie que él hubiera conocido. Su primera esposa, Cindy, era pequeña y apasionada, una especie de duende con las emociones siempre a flor de piel. Serena era tan alta como Stride calzada con sus zapatos de tacón vertiginoso y su actitud, de indiferencia y recelo. Era tan voluptuosa como una bailarina, con un afilado ingenio, pero llevaba colgado un letrero que advertía a los extraños de que no se acercaran.

«No te acerques. Mantente alejado».

Él llevaba un cartel parecido con el nombre de Cindy escrito en él, lleno de dolor y de pérdida. El de Serena guardaba relación con una infancia devastada por los abusos. Ambos atesoraban heridas, para bien o para mal. Eran almas gemelas.

Durante los primeros días que pasaron juntos trabajaron en un caso antiguo entre Duluth y Las Vegas, y por el camino la atracción entre ellos desembocó en sexo. Se enamoraron. Por aquel entonces, él estaba casado: un segundo matrimonio, uno malo. Una profesora llamada Andrea y él habían fingido estar enamorados, pero al conocer a Serena, se dio cuenta de que su matrimonio era una farsa. Tras romper con su esposa, Stride se trasladó a Las Vegas con Serena, pero entre las colinas yermas y los casinos se sentía como un pez fuera del agua. Sólo había un lugar en el que pudiera vivir, y ése era Duluth, a la sombra del lago, bajo el oscuro manto de los crudos inviernos.

Regresó a casa, y Serena lo acompañó. Ninguno de los dos creía de verdad que lo suyo pudiera funcionar: no se podía coger a una chica criada en el desierto, como un saguaro, y esperar que floreciera en el frío norte. Ambos se equivocaban. Serena no tenía raíces en Minnesota, pero poco a poco, a medida que pasaban las estaciones, acabó por sentirse como en casa. Stride siempre había dado por hecho que aquél era su hogar, porque cada una de las calles de Duluth representaba la suma de todos sus recuerdos. Para Serena, en cambio, el hogar significaba dar carpetazo al pasado y empezar de nuevo.

Y eso fue lo que trataron de hacer en The Point. Los domingos por la mañana desayunaban en Amazing Grace. Hacían el amor a medianoche, sin aliento, a ciegas. Escuchaban romper las olas del lago Superior al otro lado de la gran duna. Estaban tan unidos como podían estarlo dos personas y, sin embargo, en ocasiones era como si vivieran en dos mundos distintos, parapetados tras los muros que habían levantado a su alrededor. Stride notaba como ella lo alejaba de sí cuando se sentía vulnerable, y él hacía lo mismo.

«No te acerques. Mantente alejado».

Uno de los muros de Stride llevaba el nombre de Michaela. Nunca le había

hablado a Serena de ella, ni siquiera la había mencionado. Michaela, cuyo recuerdo aún le perseguía. Michaela, la única mujer durante su vida de casado que le había hecho preguntarse, aunque fuera por un solo día, si podría amar a alguien que no fuera Cindy. Michaela, cuya muerte había hecho que sintiera el dolor de cada puñalada en su propio cuerpo.

Contempló a Serena, de pie en el umbral, y su primer pensamiento fue: «¿Por qué te oculté lo de Michaela?».

—Tienes muy buen aspecto —dijo Stride, y era cierto.

Había perdido peso, y tenía el vientre liso y duro. Sus brazos parecían fuertes. Llevaba un jersey de cuello alto negro que se le ceñía al cuerpo y acentuaba la curva de sus generosos pechos. Sus piernas se veían largas y elegantes enfundadas en unos vaqueros. Subida en sus tacones de aguja, quedaba a su misma altura.

—Tú también —dijo ella.

Stride la invitó a pasar. Resultaba extraño, porque Serena no necesitaba invitación. Había vivido allí durante años. Entraba por la puerta de atrás, se descalzaba los zapatos de tacón y dejaba las bolsas del supermercado sobre la encimera. Después de ducharse se reunía con él en la sala dejando tras de sí un rastro de vapor, mientras se cepillaba el pelo mojado. Estar allí los dos juntos era lo más natural del mundo, pero ambos se sentían incómodos.

—Me he enterado de lo de Kim Dehne —dijo Serena—. ¿Has hablado con Bob?

—Al final he dado con él.

—Formaban una pareja encantadora. Es horrible —comentó ella, y añadió—: La chica que encontraste en el auditorio... no era Cat Mateo, ¿verdad?

—Cat está a salvo —dijo Stride—. Está en el porche trasero.

—Recibí tu mensaje, y estabas en lo cierto: Margot la conocía. Encontré uno de sus artículos, y está claro que se trata de Catalina.

Serena se sacó una hoja de papel doblada del bolsillo de atrás y se la tendió a Stride.

Mientras él leía el artículo, Serena dio una vuelta por la sala. Sus ojos pasearon por las paredes y los muebles, y él supo que ella se había dado cuenta de que, desde su marcha, nada había cambiado. Maggie había llegado y se había ido sin dejar rastro. Serena se detuvo cerca de las escaleras de la buhardilla. Cada escalón de madera era más estrecho que el siguiente, y estaban coronados por dos puertas cerradas. Stride y ella habían hablado de acondicionar la buhardilla, pero sin decidir qué uso le darían, así que seguía siendo un revoltijo de telas de araña y clavos afilados que sobresalían de las vigas.

—Steve opina que tengo que limpiar el polvo —comentó Stride.

—Sí, podrías hacerlo, Jonny. Supongo que no pasas mucho tiempo en casa.

—Ya sabes cómo es.

—Lo sé.

Stride terminó de leer el artículo. Serena tenía razón: Margot había plasmado la

dolorosa vida de Cat en un excelente trabajo, convirtiéndola en un ser humano real y no en una presencia imprecisa que vaga por los portales. ¿Ves a esta chica? Pues podría ser tu hija.

También advirtió que Margot no hacía ninguna referencia al viaje en limusina hacia el complejo turístico de la orilla norte, donde Cat había ido para realizar un servicio a un hombre adinerado. Había leído publicaciones de Margot con anterioridad, y sabía que le encantaban esa clase de detalles morbosos, sobre todo si dejaban al descubierto el cruce de caminos entre los desesperados y los poderosos. ¿Una chica de dieciséis años con un abogado o un banquero rico? Sin duda quería investigar el asunto más a fondo, la única razón por la que Margot podía haber omitido deliberadamente una anécdota como aquella. Era periodista, y los periodistas olían un escándalo a la legua.

Stride levantó la vista. Serena le estaba mirando.

—Bueno, ¿me pones al corriente? —le pidió.

Quería mantener el encuentro en un terreno seguro. Hablar de trabajo. Hablar sobre el caso. No hablar de ellos. Stride le hizo un resumen de lo sucedido el fin de semana: la historia de Cat, las sospechas de Stride sobre Vincent Roslak y William Green, la pista que le había proporcionado Brandy y que lo había llevado hasta Margot, los sanguinarios asesinatos de aquella noche y las conjeturas de Steve acerca de las prostitutas que se relacionaban con clientes adinerados.

—¿Hay alguna pista en tu investigación que sugiera que Margot pudiera estar metiendo las narices en la prostitución de lujo? —preguntó él.

—No estoy segura, pero sin duda es posible. Según sus registros telefónicos y la información de su tarjeta de crédito, se reunió con numerosos ricachones del norte durante las semanas anteriores a su desaparición. Nadie mencionó nada acerca del asunto, pero tampoco habrían admitido su relación con chicas de compañía. Puedo conseguir una lista de nombres y fotografías de la gente con la que se reunió Margot. Tal vez Cat reconozca a alguien.

—Margot debió de tener la misma idea —reflexionó Stride—. Eso explicaría por qué trataba de contactar de nuevo con Cat.

—Y por qué alguien estaba tan impaciente por deshacerse de las dos —concluyó Serena—. Quiero averiguar con quién habló exactamente Margot en esa última semana. Sabemos que estuvo en Duluth buscando a Cat, pero nadie se ha puesto en contacto con la policía tras su desaparición. Sospecho que alguien no deseaba que atáramos cabos.

—Sé por dónde habría empezado yo si fuera Margot —señaló Stride—. Los tutores de Cat: William y Sophie Green.

—Sí, yo también.

Ambos se volvieron hacia la cocina al oír una voz juvenil que gritaba desde el porche.

—¡He terminado el puzle! —anunció Cat.

Entró en el gran espacio calzada con un par de calcetines. La excitación infantil que la embargaba la hacía parecer aún más joven.

—Era muy fácil y... —empezó a decir, pero se interrumpió en seco al ver a Serena al pie de las escaleras de la buhardilla—. ¡Oh!

—Hola, Cat —la saludó Serena.

Los ojos de Cat pasaron de uno a otro.

—¿Quién eres?

—Me llamo Serena.

Cat la estudió con curiosidad, como si fuera una modelo sobre una pasarela.

—Guau, eres... realmente preciosa.

Serena se rio. Stride había echado de menos su risa.

—Estaba a punto de decirte lo mismo.

Cat se ruborizó, aunque Stride percibió que se sentía halagada por el cumplido.

—Tú vivías aquí, ¿verdad? —dijo Cat—. El señor Stride me ha prestado una de tus camisas.

—El señor Stride —repitió Serena con mirada divertida—. Apuesto a que no le importa que le llames Stride a secas. Casi todo el mundo lo hace. Y sí, tienes razón: yo vivía en esta casa.

—¿Y ya no? —preguntó Cat.

—No, ya no.

—Serena trabaja en el departamento del *sheriff* en el condado de Itasca —intervino Stride con rapidez—. Investiga la desaparición de la periodista a la que conociste, Margot Huizenfelt.

—Ah, vale.

Cat torció la boca en una mueca de preocupación.

—¿Está muerta?

—Espero que no —contestó Serena.

—¿Sabes por qué me buscaba?

—No, pero Jonny y yo lo descubriremos.

El nombre escapó de sus labios con facilidad. Jonny. Siempre le había llamado así, como Cindy. A Cat no le pasó por alto la familiaridad de su tono ni el hecho de que se encontraran en extremos opuestos de la sala, como dos boxeadores nerviosos. Para ser una chica tan joven, había pocas cosas que se le escaparan.

—Varias personas han muerto por mi culpa —se lamentó Cat.

—No es culpa tuya —replicó Stride.

—Tiene razón, Cat —añadió Serena—. No te culpes.

—Fui yo quien se escapó. Si me hubiera quedado con los Green, nada de esto habría sucedido.

Serena se sentó en las escaleras de la buhardilla, se inclinó y apoyó los codos en las rodillas.

—No lo sabemos y, por lo que me ha contado Jonny, no tenías muchas más

opciones. Te estaban haciendo daño, ¿verdad? Puedes contárnoslo.

—Sí, el señor Green me pegaba a veces. Muchas veces, supongo. Probablemente me lo merecía.

—No, nadie se merece algo así.

—Podría haber hecho algo, podría haber dicho algo.

—Las cosas no siempre funcionan de ese modo —dijo Serena—. Está bien hacerlo cuando es posible, pero a veces no lo es. Sé de qué hablo.

Cat se encogió de hombros.

—Tú eres fuerte. Alguien como tú le habría dado una patada en los huevos.

Stride observó a Serena y vio cómo su expresión se tensaba y se suavizaba. Los recuerdos. El dolor. Se preguntó qué diría, si es que decía algo. Tiempo atrás, habría mantenido oculto su pasado, jamás lo habría compartido con una desconocida.

—Ojalá lo hubiera hecho —le dijo Serena a Cat en voz baja—, pero yo también me escapé.

Cat ladeó la cabeza, confusa.

—¿Qué quieres decir?

Serena no respondió, pero sostuvo la mirada de Cat desde el otro lado de la habitación, de chica a chica, de mujer a mujer. Al final, Cat lo entendió.

—¿Tú? —preguntó.

—Yo —confirmó Serena—. No fueron sólo malos tratos, hubo más. Cosas muy desagradables.

—¿Cuántos años tenías?

—Dieciséis, como tú.

Los ojos castaños de Cat se llenaron de lágrimas. Se metió un dedo en la boca y se mordió la uña.

—No suelo hablar del tema —continuó Serena—, aunque ahora puedo vivir con ello. Tú también lo harás.

Cat tragó saliva. El pelo le caía sobre el rostro. Incapaz de estarse quieta, se volvió sin decir palabra y atravesó corriendo la cocina. Serena hizo una mueca, como si hubiera soplado un castillo de naipes y lo hubiera hecho caer. Stride la oyó maldecirse a sí misma por lo bajo.

Siguió a Cat y la encontró en el sofá mohoso del porche trasero. Se sentó a su lado. La chica contemplaba el puzle del puente levadizo acabado, con todas las piezas encajadas. Seguía mordiéndose las uñas, y una lágrima trazó un surco brillante sobre su mejilla.

—¿Estás bien? —le preguntó Stride.

Cat se encogió de hombros.

—No tienes por qué enfrentarte a todo esto tú sola —continuó él—. Serena sabe qué se siente, puede ayudarte. Y yo también.

Cat permaneció en silencio. Tenía la mirada perdida, y Stride notó cómo lo apartaba de sí.

—Serena y yo tenemos que salir un rato —le dijo—. Le he pedido a un agente de policía que se quede contigo mientras no estamos. No nos marcharemos hasta que llegue.

Stride se puso en pie. Cat se volvió hacia él y le rodeó la cintura con los brazos. Él no se movió. Ella se aferró a él en silencio y, cuando por fin se soltó, se secó la cara y hundió la barbilla en el cuello. Stride alargó la mano y le acarició el pelo.

—Oye, Stride —murmuró Cat mientras él se volvía para marcharse.

Él la miró.

—¿Sí?

—Me gusta Serena.

Salieron en el Expedition de Stride, en silencio.

Al salir de la doble curva de The Point, cerca del canal, Stride distinguió un carguero en el puerto que se dirigía hacia el lago. El puente levadizo ya estaba cerrado. Cinco coches hacían cola; él se detuvo detrás y apagó el motor. La radio, en la que hasta entonces había estado sonando una canción de *bluegrass* de Patty Loveless, se sumió en el silencio.

Abrió la puerta del lado del conductor y el aire frío penetró en el vehículo. No llovía, pero las calles y las aceras estaban mojadas.

—No sé muy bien qué decirte —confesó.

—No tienes que decir nada, Jonny.

En el reducido espacio del todoterreno, Stride podía oler su perfume. No lo había cambiado. También llevaba los pendientes de esmeralda que él le había regalado.

—Valerie y Callie tuvieron un detalle muy bonito al regalarme ese puzle por Navidad —dijo—. ¿Sigues viviendo con ellas?

—Sí.

—Me alegro de que te hayas quedado cerca.

Serena miró por la ventana.

—En enero pasé una semana en Las Vegas. Quería saber si aún quedaba algo que tirara de mí.

—¿Y?

—Mi antiguo compañero, Cordy, dijo que querían que volviera al cuerpo de policía local. Lo único que tenía que hacer era aceptar.

—Y ¿qué le dijiste?

Serena no contestó. Se volvió y le miró. Había pasado mucho tiempo sin que Stride contemplara sus ojos verdes.

—Mientras estuve allí, me quedé en casa de Claire —añadió ella.

—Vale.

Stride recordaba a Claire. En el poco tiempo que había pasado con Serena en Las Vegas, se habían visto implicados en un caso relacionado con un asesino en serie y con una familia mañosa de la vieja guardia. Claire, cuyo padre regentaba uno de los mayores casinos de la ciudad, se convirtió en un objetivo, y su protección policial se le asignó a Serena. Con el tiempo, Claire se enamoró de ella; la relación había despertado confusos sentimientos sexuales en Serena, y Stride creyó que iba a perderla.

—Claire me pidió que aceptara el puesto de jefa de seguridad en su nuevo casino —explicó Serena, y esbozó una sonrisa irónica—. Y por supuesto, que viviera con ella. Tiene una mansión en Lake Las Vegas. Muy bonita.

—¿Y qué decidiste?

—Les dije a los dos que no —contestó Serena.

—¿Por qué?

Serena meneó la cabeza, pero no se explicó.

—Es tu turno, Jonny. Háblame de ti.

La superestructura del carguero brillaba como un grácil gigante bajo la plataforma del puente levadizo.

—Seguro que ya te has enterado de que mi relación con Maggie acabó en nada — dijo.

—Así es.

—Dijo que se había hartado de vivir con un fantasma, y no se refería a Cindy. Sabía que yo aún te amaba.

—Supongo que debería decir que lo siento.

—Es lo último que deberías decir. Soy yo quien lo siente.

Serena se apartó un mechón de pelo negro de los ojos.

—Hace un montón de meses que me dijiste que lo sentías, y yo te perdoné. Hace unos años estuve a punto de enamorarme de Claire, y tú me perdonaste. No somos perfectos. No espero que lo seamos. Por más enfadada que estuviera, nunca puse en duda que seguías enamorado de mí.

—¿Pero?

—Pero el tema ya no es ése.

—¿Y cuál es?

—No voy a enamorarme de un desconocido, Jonny.

—No estoy seguro de que eso sea justo.

Serena respiró hondo antes de proseguir, como si quisiera elegir las palabras precisas.

—Tal vez no, pero así es como me sentía el pasado otoño. Estabas a miles de kilómetros de distancia de mí, y yo no podía llegar a ti. Sé que fue culpa de los dos. Yo también me encerré en mí misma, pero eso se acabó. Se acabó huir de mi pasado. La culpa. Las disculpas. Ésta soy yo.

Alzó la voz, que le tembló un poco.

—Volví de Las Vegas por una razón. No porque quisiera un trabajo o un hogar, sino porque aún te amo. Pero eso no basta, no cuando no sé con seguridad si la próxima vez que las cosas se pongan feas vas a volver a rechazarme. Si aún me quieres, si de verdad me quieres, vas a tener que venir a buscarme, y más vale que estés preparado para dejarme entrar. Siempre. No más secretos.

Stride nunca había visto aquella faceta de Serena. Siempre había sido dura, pero en un sentido que implicaba levantar alambradas de espino alrededor de su alma. Aquello era distinto: ahora le tendía una mano para que él se reuniera con ella, y no sabía cómo dar el primer paso.

Alguien tocó la bocina detrás de ellos.

Alzó la vista y vio que el puente había bajado y que la cola de coches frente a él había desaparecido. Stride siguió conduciendo hacia Duluth.

Treinta kilómetros al sur de la ciudad, cerca de la salida del casino Black Bear, el tráfico se detuvo: una hilera de conos color naranja bloqueaba el carril derecho. Stride colocó una luz de emergencia sobre el techo del coche y giró hacia el arcén de grava. Condujo algo más de medio kilómetro y se detuvo cerca de una pavimentadora rodeada por un grupo de trabajadores que taladraban el asfalto con martillos neumáticos. Uno de ellos, grueso, orondo y con una coleta que asomaba por debajo del casco, era William Green.

Una leve llovizna caía sobre el parabrisas. Stride sacó su arma de la pistolera que llevaba bajo la chaqueta y la metió en la guantera.

—¿Qué haces? —preguntó Serena.

—Preferiría no dispararle.

—Bien pensado.

Salieron del vehículo. A unos dos metros, al otro lado de la hilera de conos, el tráfico se apresuraba. El ruido resultaba ensordecedor, y el suelo temblaba bajo sus pies.

Green los vio y Stride le hizo señas con el dedo para que se acercara. El primero, a su vez, le indicó a su compañero que detuviera el martillo neumático. Green se acercó hasta quedar a sólo unos centímetros de los coches que aceleraban. Cuando llegó junto a Stride, se sacó el casco y se secó la frente sudada.

—¿Qué quiere? —preguntó—. Estoy ocupado. Ayer por la noche el asfalto se rajó debido a la helada de la escarcha. Tenemos que repararlo.

—No tardaré —le dijo Stride.

Le presentó a Serena. Green la repasó rápidamente de arriba abajo, igual que el resto de trabajadores detrás de él. Stride pensó que, si no fuera poli, le habrían silbado.

—¿Dónde estaba ayer por la noche, señor Green?

—En casa.

—¿Y qué hacía?

—Ver el partido entre los Wolves y los Heat. Beber cerveza. ¿Por qué?

—¿Su mujer estaba con usted?

—No. Después de que usted se marchara, nos peleamos y se fue a casa de su hermana, en Cloquet.

—¿Habló usted con alguien? ¿Vio a alguien?

—Sólo a LeBron.

Un todoterreno pasó tan cerca que golpeó uno de los conos y lo lanzó volando por los aires, cerca de la cabeza de Green, pero el hombre no se apartó. Hizo un gesto hacia uno de los trabajadores para que lo recogiera y hundió las manos en los amplios bolsillos. Detrás de él, algunos coches frenaron mientras el cono rodaba por el asfalto.

—Debería multar a ese hijo de puta —le dijo a Stride—. Haga algo útil en lugar

de acosarme.

—Sólo acabo de empezar.

—¿Qué significa eso? —preguntó Green—. ¿De qué va todo esto?

—Significa que hemos hablado de usted con Cat.

—¿Sí? ¿Y?

—Ella dice que a usted le gustaba golpearla.

Green se secó la lluvia de la nariz y dejó una mancha de suciedad en su rostro.

—No sé qué les habrá contado, pero es mentira. Nunca le he puesto la mano encima.

Stride trató de calmarse, pero la vibración sorda y el chorro de aire provocados por los coches que aceleraban junto a ellos no hacían más que alimentar su adrenalina.

—¿Recuerda lo que le dije ayer, señor Green? Le hice una promesa.

—Sí, me acuerdo.

—Voy a estar vigilándole —le aseguró Stride.

—Apuesto a que sí.

Serena se interpuso físicamente entre ambos hombres.

—Tengo algunas preguntas que hacerle, señor Green. Sobre Margot Huizenfelt.

—¿Quién?

—Es una periodista. Ha desaparecido.

—Huizenfelt. Sí, ya, claro, lo vi por la tele. ¿Qué pasa con ella?

—El día antes de desaparecer, estuvo buscando a Cat. ¿Habló con usted?

Green se lo pensó antes de contestar. El polvo procedente de las rocas resquebrajadas soplaba en sus rostros.

—No me acuerdo.

Serena y Stride intercambiaron una mirada. Ella se pasó la mano por la cara para limpiarse el polvo. Los coches que circulaban junto a ellos parecían enormes y peligrosos.

—Tal vez sus vecinos la recuerden, señor Green —señaló—. Podríamos hablar con todos ellos, y aprovechar la ocasión para preguntarles por usted y por Cat. ¿Qué me dice de sus compañeros de trabajo? La mayoría son padres; me pregunto qué pensarían si supieran que le gustaba descargar su ira sobre una chica adolescente.

Green lanzó una mirada nerviosa por encima de su hombro.

—Mierda, de acuerdo —siseó—. No es para tanto. Esa periodista vino a casa un sábado por la tarde y me preguntó dónde podía encontrar a Cat. Yo no sabía dónde coño estaba y eso fue lo que le dije.

—Margot escribió un artículo sobre Cat hace algunos meses. ¿Habló entonces con usted?

—Lo intentó, pero le dije que se perdiera.

—¿A qué hora pasó por su casa ese sábado?

Green se encogió de hombros.

—No lo sé. Sobre las cuatro o las cinco, quizás. Sophie estaba a punto de volver y yo quería que esa zorra se largara antes de que ella llegara. Le dije que, si quería encontrar a Cat, debía intentarlo en los sitios habituales. El refugio. El cementerio de grafiti. Lake Place Park. Donde se reúnen los chicos que se han escapado de casa.

—¿Le explicó por qué quería encontrarla?

—No.

—Algo debió de decirle —insistió Serena.

—Quería averiguar cosas acerca de Cat y de sus padres. Qué sabía yo de Michaela y Marty. Chorradas así.

—¿Qué le contó usted?

—¡Que Marty era un hijo de puta! ¿Qué coño quería que le contara? Cada vez que se emborrachaba molía a palos a quien tuviera más cerca y, por lo general, era yo.

—Green se señaló una cicatriz blanca de cinco centímetros en lo alto de la frente—. En diciembre de ese último invierno me hizo ésta. Tengo otras.

—¿Algo más? —preguntó Serena—. ¿Se interesó Margot por alguien más?

—Sí, por Dory —respondió Green—. No buscaba sólo a Cat, también trataba de encontrar a Dory.

Brooke Hahne estaba sentada en la cafetería conocida como Amazing Grace, ubicada en un sótano. Era el local donde se reunían los universitarios, pero Brooke acudía allí varias veces a la semana. En ocasiones, mantenía los ojos bien abiertos en busca de algún chico que necesitara ayuda; otras veces, se escondía en un rincón y alargaba un *chai latte* mientras redactaba propuestas para recaudar fondos que financiaran The Praying Hands. Y ciertas noches, como aquélla, iba para escuchar a algún grupo.

La banda de Steve Garske se llamaba Doc of the Bay. Era un nombre ingenioso: médico de la bahía.

Steve no era un Brad Paisley a la guitarra, pero podía ejecutar un buen *riff* en canciones como «One More Last Chance». Tenía también una voz melodiosa que le permitía hacer buenas versiones de Vince Gill, uno de los cantantes preferidos de Brooke. Le gustaba la música *country* vibrante de la vieja escuela. Canciones carcelarias. Voces ásperas empapadas en *bourbon*. Mucho acero. Con toda probabilidad, era la única fan treintañera de George Jones.

Los dedos de Steve volaban como los de un experto sobre el escenario. A la luz de los focos, Brooke distinguió una película de sudor en su frente. Cuando terminó su solo, la abarrotada cafetería estalló en aplausos. Steve hizo una reverencia, sonrió tímidamente y se apartó el pelo rubio de la cara. Brooke le dedicó un brindis con el *latte* y él le guiñó un ojo.

Brooke estudió a la multitud que se apiñaba alrededor de las desvencijadas mesas de madera. La mayoría no llegaba a los veinticinco, excepto por un grupo de *exhippies* maduritos vestidos con jerséis de cáñamo. Ella disponía de una diminuta mesa circular para ella sola, pero había una docena de personas de pie a su alrededor. En cuanto terminó la música, un universitario se puso en cuclillas junto a ella. No debía de tener más de diecinueve años. Era guapo y desgarrado, con un corte de pelo desgreñado al estilo de los Monkees, y no parecía tener ni siquiera la edad suficiente para afeitarse. Los universitarios eran incapaces de juzgar la edad de una mujer.

—Eh, ¿estás sola? —le preguntó.

—Estoy esperando a alguien —contestó Brooke.

—Bueno, ¿y si espero contigo?

Brooke alzó los ojos al cielo. Las rubias altas, delgadas y esbeltas atraían a los chicos como mosquitos. Por lo general, se desinflaban con un simple comentario que hiciera mella en su ego. Pero otros, los engreídos, necesitaban una muestra de rechazo más firme.

—Tengo pareja —dijo Brooke.

—¿Ah, sí? ¿Quién es él?

Ella hizo un gesto en dirección al escenario, donde Steve Garske bebía agua de una botella mientras se preparaban para seguir tocando.

—El cantante.

El pelo del chico casi se metió en la bebida de Brooke.

—Tiene como un millón de años.

—¿Qué puedo decir? Soy una *groupie*.

—¿Qué tiene él que no tenga yo?

Brooke se acercó para hablarle al oído, y la cara del muchacho se torció en un gesto de incredulidad.

—¡Venga ya! —dijo.

Brooke levantó los índices y los separó poco a poco.

—¡Joder! —dijo el chico.

A continuación, se alejó para reunirse con tres de sus amigos.

Brooke sonrió para sí. Lo cierto era que no salía con nadie, pero un novio imaginario la mantenía a salvo de moscones. Pobre Steve. En todos los años que hacía que le conocía, no podía recordar que hubiera salido con nadie. Siempre decía que, con la consulta y el grupo, estaba demasiado ocupado para el sexo. Después de aquella noche, probablemente se preguntaría por qué las mujeres reclamaban con tanta insistencia su atención.

A Brooke le gustaba Steve. El hecho de que fuera tan asexual como ella hacía que se sintiera cómoda a su lado. Nunca le había hecho ningún comentario procaz, lo cual resultaba extraño. La mayoría de los hombres, casados o solteros, tardaban menos de cinco minutos en lanzar un comentario acerca de su físico. Los donantes del refugio eran los peores. Al resto de los hombres podía mandarlos a tomar viento, pero a los donantes tenía que seguirles el juego, a pesar de lo sucia que eso la hacía sentirse.

Brooke llevaba cinco años sin acostarse con un hombre. Su última relación, con un abogado de Minneapolis especialista en propiedad intelectual, había terminado tras pasar su primera noche juntos. No le culpaba. En la cama, se quedaba inmóvil y ni siquiera se esforzaba por simular excitación. El sexo era un trámite para ella. Desde entonces había rechazado cualquier cita, estaba harta de fingir interés. No era lesbiana, pero detestaba a los hombres. Ricos o pobres, jóvenes o mayores, guapos o feos, eran todos iguales. Abusadores. Manipuladores. Depredadores.

Su móvil vibró sobre la mesa. Lo cogió y leyó el mensaje entrante.

«Estoy fuera».

Brooke apuró las últimas gotas de su café y se puso en pie. Un enjambre de personas ocupó su mesa enseguida. Subió al escenario y avanzó con sus zapatos negros de tacón hacia Steve, que estaba repantigado en una silla de madera demasiado pequeña para su envergadura. Tenía las mejillas enrojecidas y se reía mientras charlaba con sus compañeros de grupo. Ella se agachó y casi tuvo que gritar.

—Tengo que marcharme. He quedado.

Steve se secó la frente con la manga.

—Si te piras, te perderás «House of Gold».

—Mi preferida.

—Lo sé.

—Hazme un vale para el próximo concierto —dijo Brooke.

De todas formas, no creía que fuera capaz de escucharla esa noche. Siempre la hacía llorar.

Cuando se volvía para marcharse, Steve le tiró de la manga de la blusa. Las mujeres de la primera fila se reían entre ellas y le lanzaban miraditas.

—Oye, ¿es cosa mía o las chicas me miran de un modo extraño?

Brooke sonrió.

—Es cosa tuya.

Bajó del escenario y se abrió paso a través de la masa de cuerpos que llenaba la cafetería. Cuando logró alcanzar la puerta, salió al aire frío y subió los escalones que conducían a la calle. Llevaba la chaqueta colgada del brazo, y se la puso. El viento del lago atravesaba sus pantalones de pitillo negros. Se llevó las manos a la nuca, se recogió el pelo con gesto experto y se lo sujetó en una coleta.

Al otro lado del parque, cerca del canal, distinguió el contorno borroso de los faros. Cruzó Buchanan Street hasta el aparcamiento abarrotado, donde el rótulo luminoso del restaurante Grandma's brillaba detrás de los coches. Su Kia estaba aparcado en la primera fila.

Entonces vio a alguien sentado en su guardabarros.

—Dory —dijo—. ¿Qué haces aquí?

Dory Mateo se incorporó. Estaba fumándose un cigarrillo. A la luz de las farolas, la extrema palidez de su piel dejaba entrever las venas que la recorrían.

—Brooke. Eh, ¿qué tal estás?

—Bien, ¿y tú?

—¿Qué aspecto tengo? —preguntó Dory.

—No demasiado bueno, cielo.

La boca de Dory se curvó en una leve sonrisa.

—Ya.

—¿Puedo hacer algo por ti?

—No, sólo necesito hablar.

Brooke abrió las puertas del coche y Dory aplastó la colilla en el suelo mojado. Dory desprendía un olor tan intenso a tabaco que Brooke tuvo que bajar las dos ventanillas para dejar entrar el aire del lago. Antes de que se apagara la luz del techo, pudo distinguir las ojeras hundidas de Dory y el temblor de sus dedos.

—Voy a llevarte al hospital —decidió Brooke.

—¡No! Nada de médicos.

—Dory, necesitas ayuda.

—Me da igual. No importa.

No era la primera vez que Brooke veía a Dory hundirse en el fondo de un agujero negro, pero nunca hasta entonces de aquel modo. Hacía años que eran amigas. Se habían conocido en su primer año como estudiantes de la Universidad de Minnesota, y pronto se volvieron inseparables. Habían vivido juntas en un estudio cutre y habían

compartido historias lacrimógenas sobre dinero, hombres, sexo y familia. Se habían prometido ayudarse mutuamente en aquel mundo vasto y difícil, pero las cosas no habían salido como esperaban. Dory sólo aguantó un año antes de dejar los estudios. Se había gastado miles de dólares en drogas. Al ver caer a Dory en aquella espiral destructiva, Brooke empezó preguntarse qué era lo que realmente se necesitaba para sobrevivir en este mundo.

—¿Qué tal Cat? —preguntó Brooke—. ¿Se encuentra bien?

—Está con la policía. Por ahora, está a salvo.

Dory se removió nerviosa; el borboteo de voces provenientes del restaurante que quedaba a su espalda la inquietaba. Un grupo de adolescentes se paseaba arriba y abajo por delante del Amazing Grace con sus monopatines, y Dory entornaba los ojos cada vez que las ruedas de sus tablas rechinaban sobre el suelo.

—Mira al otro lado de la calle —dijo—. Creo que hay un hombre en el callejón.

Brooke estudió las sombras.

—No veo a nadie. Dory, ¿qué ocurre?

—Margot Huizenfelt ha desaparecido, y creo que yo soy la siguiente.

—¿La siguiente? ¿De qué hablas? ¿Qué tiene que ver Margot contigo?

—Margot estaba buscando a Cat cuando alguien la raptó. La policía cree que existe una relación entre ambas cosas.

—¿Qué clase de relación? ¿De qué va todo esto?

—No lo sé, pero ya han muerto dos personas, y Cat consiguió salir viva por los pelos. Él va a venir también por mí, lo sé. Estoy recibiendo mi castigo.

—¿Castigo? Vamos, eso es una locura. ¿Por qué lo piensas?

Dory volvió a mirarla y, sumida en las sombras que se proyectaban dentro del coche, Brooke tuvo la extraña sensación de que podía ver a través de la piel de Dory.

—Las dos sabemos que hice una cosa terrible —dijo su amiga—. Es una especie de maldición; no puedo escapar de ella.

Brooke sintió un escalofrío. Los ojos enrojecidos de Dory parecían los de un demonio.

—¿De qué estás hablando?

—Tú sabes lo que hice. ¿Te acuerdas?

Brooke cerró los ojos, frustrada.

—Dory, eso sucedió hace diez años. Éramos unas crías. Todos cometemos errores. Si yo pudiera dar marcha atrás y empezar de nuevo, ¿no crees que también cambiaría mi vida?

—No es lo mismo.

—Sí que lo es. No puedes seguir torturándote. No sé qué está ocurriendo, pero no tiene nada que ver contigo. Olvídalo, por favor. Tienes que conseguir ayuda, cielo, antes de que sea demasiado tarde.

—Ya no puedo guardar el secreto durante más tiempo; lo noto como un peso en el pecho.

Dory se inclinó hacia delante y se agarró al salpicadero.

—Hay un hombre en el callejón. Lo estoy viendo.

—Son imaginaciones tuyas, Dory —le dijo Brooke—. Allí no hay nadie.

—No, nos está observando, lo sé. Viene por mí.

—Dory, escúchame. Estás pasando un mal momento, las dos lo sabemos. Si quieres reparar lo que hiciste, da un giro a tu vida y cúrate. No puedes cambiar el pasado, y tú y yo somos las únicas que sabemos lo que pasó. Déjalo así.

Dory negó con la cabeza.

—No, no somos las únicas. Hay alguien más.

—Dijiste que no se lo habías contado a nadie.

—Tenía que sacarme ese peso de encima. Creía que ya no era importante.

—Dory, no se lo habrás contado a Cat, ¿verdad? —preguntó Brooke.

—¿Cat? No, se moriría si lo supiera. No quiero que lo descubra nunca.

—Entonces ¿a quién?

Dory abrió la portezuela del coche. Tenía la mirada fija en el callejón, lista para echar a correr.

—A Margot —contestó Dory—. Le expliqué a Margot lo que había hecho. ¿No te das cuenta? No puede ser una coincidencia. Todo esto es culpa mía. Justo después de contárselo, Margot desapareció.

—Bonita oficina —dijo Serena después de que Stride encendiera la luz de su despacho.

Echó un vistazo a la media docena de cajas de mudanza desperdigadas por el suelo y añadió:

—Quizás un día de éstos consigas por fin vaciar las cajas.

—Algún día.

Alargó el brazo para coger una carpeta de su mesa e hizo una mueca de dolor.

—¿Te duele el hombro? —preguntó ella.

—Sí.

—La próxima vez, agáchate —sugirió ella con una sonrisa.

—Gracias.

Serena cogió la foto de Cindy que había encima del aparador. Era el único objeto personal del despacho. Estudió su cara y, al ver la coqueta confianza de su mirada, sonrió. La primera esposa de Stride era una mujer guapa, aunque no respondía al estándar de belleza: tenía el pelo liso y moreno, peinado con raya en medio, y una pequeña nariz afilada en forma de «V». Era su actitud lo que le confería su atractivo. Siempre provocadora. Siempre llena de vida.

Serena no la había conocido. Cindy había muerto algunos años antes de ella que llegara a Duluth. Creía que, si se hubieran conocido, le habría gustado Cindy, así que resultaba extraño que se sintiera tan celosa de ella. Siempre había imaginado que competía con ella para ganarse el corazón de Stride.

Serena se dio cuenta de que él la miraba, aunque no le dijo nada.

—Tengo que ir al baño —dijo ella.

—De acuerdo. Yo ya he cogido lo que necesitaba. Podemos volver a The Point.

—Gracias.

—¿Quieres quedarte un rato antes de volver a casa? Me apetecería tomar una copa.

—Tal vez sí.

Serena se adentró en el oscuro pasillo de la comisaría. Vio el cartel de los servicios, entró y se quedó de pie frente al espejo. La lluvia y el polvo de la autopista le habían ensuciado la cara. Abrió el grifo del agua caliente y se lavó, llevándose también los restos de maquillaje. Su rostro desnudo le devolvió la mirada. Se pasó una uña larga por las arrugas que le enmarcaban la boca.

Entonces la puerta se abrió. En el reflejo vio a Maggie Bei.

La pequeña policía china se detuvo, sorprendida e incómoda al encontrarse con Serena. Alargó la mano hacia la puerta para marcharse, pero luego se encogió de hombros y dejó que se cerrara a su espalda. Maggie se acercó al espejo, se colocó frente a la otra pila y se lavó las manos sin levantar la vista.

—Hola —saludó.

—Hola —contestó Serena.

Maggie cerró el grifo, se sacudió las manos y se las secó con una toalla de papel.

—Supuse que vendrías a la ciudad. ¿Estás trabajando con Stride?

—Sí.

—Bien.

Maggie torció la boca como si mascara chicle e hizo un gesto con el pulgar en dirección a la puerta del baño.

—¿Y qué, debería ir por la pistola?

—Si tuviera intención de matarte, lo haría con las manos —repuso Serena.

—Qué bonito. Muy bien.

—Si tienes algo que hacer aquí, por mí no te cortes.

—De hecho, se me han pasado las ganas. Qué raro.

—Sí, muy raro —dijo Serena.

Se quedaron una junto a la otra en silencio. Una de las dos tenía que marcharse, pero ninguna lo hizo. Maggie jugueteó con su flequillo. Serena se inclinó hacia el espejo y se alisó las cejas.

—Veo que has vuelto a teñirte el pelo de negro —comentó.

—Ajá.

—No te lo había dicho, pero aquel rojo me parecía horrible.

—Gracias.

—Así que lo tuyo con Jonny no llegó a ninguna parte. Una lástima.

—Supongo que lo de clavar agujas en el muñeco de Maggie funcionó.

—Supongo.

—¿Quieres abofetearme? —preguntó Maggie—. Puede que te hiciera sentir mejor.

—Si fuera así, ya lo habría hecho.

—Sí, claro. ¿Te importa si te digo algo?

—Di.

—Que te follen, Serena.

Serena se irguió.

—Hum, qué maduro.

—Mira, si quieres torturarme, allá tú. No me importa. Ya te dije que nunca fue mi intención, pero pasó y no puedo cambiarlo. Y sé que a él puedes perdonarlo, pero a mí no. No espero que volvamos a ser amigas.

—Perfecto.

—Ahora bien, Serena, no esperes que yo desaparezca. Soy su amiga, su compañera. Hace más tiempo que lo conozco que tú. No voy a marcharme a ninguna parte.

—Sí, Maggie, siempre sé dónde puedo encontrarte: justo al lado de Jonny.

—Si crees que voy a dejar que vuelva a pasar algo entre nosotros, es que estás loca.

—Le dijo la araña a la mosca.

—Lo digo en serio.

—Lo sé, y si piensas que te creo, es que tú estás loca.

Maggie asió el pomo de la puerta para abrirla.

—Esto no nos lleva a ninguna parte, y ¿sabes lo peor, Serena? Todavía me caes bien. Espero que algún día podamos superarlo.

Serena no respondió.

—Y una cosa más —continuó Maggie—. Si trabajas con Stride, hazme un favor. Cúbrele las espaldas.

—¿Qué significa eso?

—No me fío de Cat Mateo. Está obsesionada con los cuchillos, y creo que se está obsesionando con Stride. No me gusta.

—Jonny puede cuidar de sí mismo.

—¿Ah, sí? Según la información que tenemos, todo apunta a que Cat asesinó a Vincent Roslak. Joder, tal vez Margot ató cabos y Cat decidió matarla también a ella. ¿Se te había ocurrido?

—Vamos. Esa chica no es una asesina en serie.

—Olvidaba que tú tampoco eres objetiva —dijo Maggie—. Stride se siente culpable por Michaela. Tú te sientes culpable por tu infancia. Qué bonito trío codependiente que formáis.

—Nunca he mirado a nadie con gafas de cristales color rosa. Excepto a ti, quizás.

—Muy bien, me lo merezco; pero no bromeo. He recibido la llamada de un amigo mío de la policía de Minneapolis, Ken McCarty. Ha escarbado un poco en el caso de Roslak y ha descubierto algo sobre Cat en los archivos del psicólogo. Un vídeo. Dice que resulta escalofriante.

—Ken McCarty —repitió Serena—. ¿Es el último «amigo» con el que te has acostado?

—¿Cómo coño te has enterado? —preguntó Maggie—. ¿Te lo ha contado Stride?

—Guppo lo sabe. Es imposible ocultarle nada.

—Vale, me acuesto con Ken. ¿Y qué?

—Bueno, ahora entenderás por qué no me embarga la emoción cuando juras y perjuras que Jonny y tú sois sólo amigos. Parece que tienes la bonita costumbre de follarte a tus amigos.

Maggie cerró los puños.

—Lo único que digo es que deberías andarte con mucho cuidado con Cat.

—Entendido. ¿Es todo lo que querías decir?

—No, no lo es.

Maggie se metió la mano en el bolsillo y sacó un llavero. Pasó las llaves hasta encontrar la que buscaba, la sacó y la sostuvo frente a la cara de Serena.

—¿La ves? Es la llave de la casa de Stride; hace años que la tengo. La tuve cuando Cindy aún vivía, y la seguí teniendo durante todo el tiempo que vivisteis

juntos.

Maggie tiró la llave a la pila frente a la que estaba Serena y añadió:

—Ahora ya no la tengo.

Stride y Serena estaban sentados en el porche trasero de su casa, con los pies apoyados en una vieja nevera de plástico. Él sujetaba una botella de Miller Lite en la mano y Serena, que no tomaba alcohol, bebía una botella de agua mineral. Stride tenía la sensación de que habían retrocedido en el tiempo, de que todo volvía a ser como antes. Estaba oscuro y hacía frío, y el lago aullaba más allá de las dunas. El zumbido amortiguado de la televisión llegaba desde la sala. Cat se había quedado dormida en el sofá de cuero, y no había querido despertarla.

—¿Crees que Maggie podría estar en lo cierto? —preguntó Serena tras un largo silencio interrumpido sólo por el rugido de las olas.

—¿Acerca de Cat? No, no lo creo.

—Dice que Ken McCarty ha encontrado un vídeo en el que aparecen Cat y Roslak. No suena bien.

—Yo no me fiaría de nada relacionado con Roslak.

Meneó la cabeza para mantenerse despierto. Se le estaban cerrando los ojos.

—¿Qué me dices de los asesinatos? ¿Algún rastro del Charger robado? —quiso saber Serena.

—Ninguno.

—Puede que el asesino intuya que puede contener pruebas: sangre, ADN.

—O tal vez sepa que, si relacionamos el coche con la muerte de Kim, Cat queda descartada como sospechosa.

Oyó cómo Serena se erguía en la oscuridad.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir que ¿por qué matar a Kim Dehne con un cuchillo? Hay formas más limpias, rápidas y sencillas de acabar con la vida de alguien.

—Roslak murió del mismo modo. Ese tipo podría ser un psicópata. ¿Adónde quieres llegar?

—¿Qué habría pasado si Cat no hubiera conseguido escapar?

—Que también la habría apuñalado.

—Tal vez.

—¿No opinas lo mismo?

—Yo creo que no habríamos vuelto a verla —declaró Stride—. Si hubiéramos encontrado a Kim Dehne apuñalada y Cat no apareciera por ninguna parte, ¿qué estaríamos pensando ahora?

—Que Cat la había matado —concluyó Serena.

—Exacto. Y quizá también a Roslak y a Margot.

—Pero ¿por qué tratar de involucrar a Cat? ¿Por qué no limitarse a matarla?

Lleva semanas persiguiéndola. ¿Qué ha cambiado?

—Cat vino a verme —dijo Stride—. Y yo empecé a escucharla.

Serena tomó otro sorbo de agua y la botella de plástico crujió.

—Hay algo que no entiendo, Jonny. Bill Green ha dicho que Margot le preguntó por los padres de Cat. ¿Por qué? ¿Qué buscaba?

—No lo sé.

—¿Hubo algo fuera de lo normal en sus muertes?

—No, fue un asesinato con suicidio posterior de manual.

—Entonces ¿qué quería Margot?

—Quizá meterse en la mente de Cat.

Serena se quedó callada un momento.

—¿Sabes? Nunca me contaste la verdad sobre Michaela —dijo al final—. Sé que ella era importante para ti.

Serena le había abierto la puerta, y lo único que tenía que hacer Stride era cruzarla. Lo único que tenía que hacer era abrirse. Quería contárselo, quería hacer lo que ella había hecho por él y desnudar su corazón. Quería que Michaela volviera a entrar en su alma y compartirla con Serena, pero en lugar de eso se quedó petrificado en la silla. No dijo una palabra, que era lo peor que podía hacer.

Junto a él, Serena se levantó como una ráfaga de aire frío. Stride sabía que su silencio la había herido.

—Tengo que marcharme.

—Es demasiado tarde para volver a Grand Rapids. Puedes quedarte en una de las habitaciones libres.

—No me importa conducir. Buenas noches, Jonny.

—Serena, espera.

Se puso en pie, la cogió por los hombros e hizo que se volviera. Recordaba el tacto de su piel. Apenas podía ver el contorno de su rostro, pero lo había memorizado años atrás. Estaba cerca, pero al mismo tiempo muy lejos de él. Stride había vuelto a rechazarla.

—Hay cosas que no sabes —dijo—. Tengo secretos que jamás le he contado a nadie.

—Sé más de lo que tú crees. Te sientes culpable. Prometiste proteger a Michaela, y fracasaste. Probablemente ella se encariñó de ti. O tal vez estuviera enamorada. No pasa nada, pero desearía que me lo hubieras contado.

—No es sólo eso. Hay algo más.

—¿El qué?

Ella esperó y él pensó: «Cuéntaselo». Podía oír la voz de Cindy en su cabeza diciéndole lo mismo: «Cuéntaselo». Era el momento idóneo para liberarse, el momento idóneo para admitirlo. Y en lugar de hacerlo, no dijo nada en absoluto.

El momento había pasado.

Serena encontró a Cat en el porche delantero, sentada en una silla Adirondack. Tenía las piernas flexionadas, la barbilla apoyada en las rodillas, e iba descalza. Contemplaba la calle tranquila y las aguas oscuras del puerto mientras daba pequeños sorbos a una lata de Coca-Cola *Light*.

—No deberías estar aquí fuera —la reconvino Serena—. No es seguro.

—¿Te vas?

—Sí.

—¡Oh! Esperaba que te quedaras a dormir.

Serena se acomodó en una silla vacía. Grand Rapids estaba a más de una hora de camino, pero la chica parecía sentirse sola y necesitar compañía.

—¿No podías dormir?

—Me he despertado y me he puesto a pensar, así que he salido un rato.

—¿Y en qué pensabas?

—No lo sé. Todo es un completo desastre.

—Sí, a veces lo parece.

—¿A ti también?

—También.

Cat se mordió las uñas.

—Sé que no es asunto mío, pero ¿por qué no te quedas?

—Aún no estoy preparada.

—Pero quieres.

—Sí —admitió Serena—. Quiero.

—¿Por qué rompisteis Stride y tú? Hacéis muy buena pareja.

—Cosas que pasan, Cat.

—¿Cómo cuáles?

Serena miró a la chica, que la estudió con ojos serios y muy abiertos.

—Si te lo cuento, no creo que a él le gustara.

—Cuéntamelo igualmente.

—Stride se acostó con Maggie.

—¿Te engañó? ¿Stride?

Cat se afligió.

—Es complicado. En realidad no le culpo. Nos habíamos distanciado y Maggie estuvo a su lado cuando lo necesitaba. Digamos que yo tampoco soy un ángel. Es sólo que hay cosas que no me cuenta. No dice nada que pueda hacerle sentirse vulnerable, y me saca de quicio.

—Pero ¿Maggie? —dijo Cat con una mueca—. Es una zorra.

Serena se rio.

—En realidad no, pero ¡qué diablos! Es una zorra.

—Yo no le gusto.

—A Maggie no le gusta nadie que se acerque a Stride y no sea ella.

—Stride te quiere a ti, no a ella. Me he dado cuenta.

—Lo sé.

—Pero ¿no vas a recuperarlo?

—Es demasiado pronto para saber lo que va a pasar entre nosotros. Hemos estado separados durante meses.

—Oh.

Cat le dio otro sorbo a la Coca-Cola y se estremeció.

—Cuando todo esto se acabe, ¿qué va a ser de mí? —dijo mirando hacia los coches aparcados en The Point.

—Nos aseguraremos de que estés en buenas manos.

—¿Stride te lo ha contado? —preguntó Cat al tiempo que se ponía las manos sobre el vientre.

—¿Que estás embarazada? Sí.

—¿Crees que soy demasiado joven para tener un hijo?

—Eres tú quien debe decidirlo, no yo. ¿Tú crees que eres demasiado joven?

—Probablemente, pero ya es demasiado tarde, ¿no?

—No. Tienes opciones.

—Ninguna buena.

—Tienes razón. No he dicho que fueran buenas. En una situación como ésta, nada es sencillo.

—¿Tú serías capaz de renunciar a tu hijo? —quiso saber Cat.

Serena sintió que su rostro se crispaba.

—Lo siento —se disculpó Cat—. Es demasiado personal. No debería habértelo preguntado.

—No, no lo sientas.

Serena la cogió de la mano y se la apretó. La sorprendió la facilidad con que fluyeron las palabras:

—Yo también me quedé embarazada a los dieciséis años. Igual que tú.

—¿Estabas asustada?

—Aterrorizada.

Cat le devolvió el apretón y no le soltó la mano.

—¿Qué paso? Quiero decir, ¿cómo...?

—Mi madre se enganchó a la cocaína cuando yo era una adolescente —explicó Serena—. Perdimos la casa y mi padre nos abandonó. En esa época vivíamos en Phoenix. Acabamos mudándonos a un apartamento con su camello. Se llamaba Blue Dog y era un hijo de puta. Cuando mi madre no podía pagar las drogas, yo me convertía en la moneda de cambio.

Cat parpadeó para contener las lágrimas.

—Oh, no.

—Cuando me quedé embarazada, no supe qué hacer. Mi amiga Deidre me llevó a

una clínica.

Serena abrió la boca pero no encontró más palabras.

Se reprochó haber esperado tanto tiempo. Incluso recordaba el nombre del procedimiento: dilatación y evacuación. No era ni rápido ni indoloro. Era como un castigo para aquellos que no podían enfrentarse a la verdad. La habitación olía a antiséptico. Se oía el siseo de la bomba. Se le retorcían las entrañas cada vez que el doctor cortaba, desechaba y succionaba. Recordaba el sonido del tejido al caer en el recipiente de aluminio.

Y entonces, dos días después, sangre. Mucha sangre. Despertó en un charco de sangre que empapaba las sábanas. Los calambres eran tan intensos que parecía que un cuchillo ardiente le estuviera desgarrando la tripa. En el hospital, cuando recuperó la conciencia, le dijeron que había estado a punto de perder la vida. Después, Deidre y ella se marcharon a Las Vegas. Jamás regresó a casa.

—Me destrozaron por dentro —prosiguió—. No puedo tener hijos.

—Serena, lo siento muchísimo.

—No te preocupes. No suelo pensar en ello.

Le dedicó una sonrisa a Cat.

—Pero hay días en que veo la cara de una niña como tú y desearía que las cosas fueran de otro modo. Ahora comparto casa con una mujer a cuya hija secuestraron. Yo contribuí a encontrarla. Creo que la quiero tanto como su madre.

—Serías una buena madre —observó Cat.

—Gracias. Eres muy amable.

—¿Puedo pedirte algo? —dijo Cat—. Un favor.

—Claro.

—Esta semana tengo visita con el doctor Steve. Ya sabes, por el bebé. ¿Vendrías conmigo?

—Claro que iré contigo.

—Gracias.

Cat jugueteó con su pelo y añadió:

—No tienes que contestarme, pero me gustaría saber una cosa. Cuando estabas sola y no tenías dinero, ¿alguna vez...? Quiero decir, ¿pensaste en...?

Cat se interrumpió y esperó sin decir nada más.

—¿Si me prostituí? —preguntó Serena.

—Sí.

—Deidre lo hizo, y se ofreció a organizarme citas. A veces miro hacia atrás y me pregunto por qué dije que no. Tenía curros de mierda con los que no me alcanzaba para pagar apenas nada. Habría sido más fácil conseguir dinero de otra forma, pero creo que después de lo que me pasó con Blue Dog, me sentía incapaz.

—Ojalá yo no hubiera empezado nunca. Ahora no puedo soportar la idea de que un hombre me toque de ese modo. Creo que le mataría.

Serena contempló el rostro de Cat, de repente tan rígido como una máscara y

hinchido de violencia. Tenía la mandíbula tensa y los dedos de su mano derecha se curvaron como si sostuvieran un cuchillo. La chica se percató de que Serena la miraba, suavizó su expresión y pareció arrepentirse. Sabía que sus últimas palabras habían sido un error.

—Tu madre —dijo Cat, cambiando de tema—, ¿vive aún?

—¿La verdad? No lo sé.

—¿Y tu padre?

—No, él murió. Nunca tuvimos ocasión de reconciliarnos.

—Yo echo de menos a mis padres —dijo Cat.

—Estoy segura. Yo echo de menos lo que mis padres deberían haber sido para mí. Aún los necesito. Eso nunca desaparece.

—La gente cree que he perdonado a mi padre por lo que hizo, y no es del todo cierto. A veces todavía hablo con él, cuando me siento sola. Y sigo llevando el anillo que me regaló. Pero eso no significa que le haya perdonado. Si estuviera aquí ahora, le gritaría. Sólo sé que, a pesar de lo malo que era, me quería más que a nada en su vida.

Serena se preguntó si eso era cierto.

—¿Recuerdas esa noche?

—En sueños, a veces. Cuando despierto se desvanece, pero sé que he estado allí.

Cat dejó vagar la mirada, como si por un instante se hubiera marchado a un lugar muy lejano y luego hubiera regresado. Frunció el ceño en un gesto de desconcierto.

—Es como un eco. Eso es todo lo que recuerdo.

—¿Un eco?

Cat asintió.

—Oigo una voz. Una voz de hombre. Grita, pero no puedo entender qué dice.

—¿Un hombre? ¿Tu padre?

—No lo sé. Sólo sé que me da miedo. En el sueño, quiere matarme.

—Entrega especial —dijo Ken McCarty cuando Maggie abrió la puerta.

Llevaba una caja de *pizza* del Sammy's en las manos, y el aroma se extendió por el apartamento como un viejo conocido. Era casi medianoche, y Maggie estaba enfadada, cachonda y hambrienta. Lo agarró por el cuello de la camisa y lo arrastró adentro.

—¿Salchicha y *pepperoni*?

—Salchicha y *pepperoni*.

Ken depositó la caja de cartón sobre la mesa del comedor y extendió la mano.

—Serán veinte dólares por la *pizza*, señora. La propina no está incluida, y a los universitarios como yo nos hace mucha falta.

Maggie deslizó una uña por su cuello.

—Oh, no, no tengo efectivo. ¿Aceptáis cheques?

—Lo lamento, señora, nada de cheques.

—Estoy avergonzada... ¿Hay algo que pueda hacer?

Maggie le desabrochó el primer botón de la camisa, y luego el segundo.

—¿Tengo pinta de ser uno esos muchachos de la Universidad de Minnesota que intentan devolver sus créditos estudiantiles trabajando como gigolós? Son veinte pavos, señora.

Ella recorrió el rubio vello de su pecho con las uñas al tiempo que con la otra mano le acariciaba la entrepierna. Continuó desabrochándole la camisa mientras le besaba por todo el cuerpo hasta quedar de rodillas.

—¿Seguro? ¿No se te ocurre otra forma de que te pague?

En cuanto le bajó la cremallera, Ken no pudo seguir manteniendo la compostura.

—Vale, vale, tú ganas. Si sigues con eso, la *pizza* se va a enfriar.

—La *pizza* fría es manjar de dioses. Igual que los McNuggets. Además, no vamos a tardar.

No se equivocaba: treinta minutos después, estaban sentados a la pequeña mesa de la cocina, medio desnudos, con sendos botellines de cerveza abiertos frente a ellos. La *pizza* no se había enfriado. Maggie empezó a comerse las lonchitas de *pepperoni* antes de la masa, cortada en porciones cuadradas.

—Bueno, ¿qué me dices del vídeo de Roslak y Cat? —preguntó con la boca llena.

—Es repulsivo.

—¿Lo bastante como para creer que ella lo mató?

—No lo sé. Está tan chalada que diría que sí. En cualquier caso, no te va a gustar.

—¿Y eso?

—Tendrás que verlo.

Ken se metió una porción de *pizza* en la boca.

—¿Sabes qué me apetecería tomar de postre? Donuts.

—Estás enfermo.

—Echo de menos la Casa de los Donuts.

—Dios, Stride y tú y vuestra fijación con los donuts. A Steve le pasa lo mismo. ¿Es una cosa de tíos?

—Eh, piensa que, después de la hora de cierre de los bares, solíamos alimentarnos a base de donuts. Cuando echaron la persiana me quedé sin apenas razones para vivir. Por eso me mudé a Minneapolis: no había nada que me retuviera en un mundo sin donuts.

—¿Y yo qué?

Ken le frotó el muslo con el pie.

—Si en aquella época me hubieras recibido así, no me habría marchado.

—¿Te gusta vivir allí abajo? —preguntó ella.

Ken movió el pie hasta colocarlo cerca de la entrepierna de Maggie.

—¿Abajo de dónde?

—En Minneapolis, pervertido.

—No está mal. Pensaba que vivir en una ciudad más grande sería más emocionante, pero hay demasiada basura racial. Las minorías nos odian. Los pringados de los políticos de izquierdas se pasan la vida mirándonos por encima del hombro. Todo el mundo cree que sabe cómo hacer el trabajo mejor que nosotros, y eso me cabrea.

—Rollos políticos los hay en todas partes —señaló Maggie.

—Ya lo sé. Mi padre quiere que me mude a Florida. Tiene una caravana roñosa en Tallahassee. Lo más probable es que, después de un mes en el mismo pueblo, acabáramos matándonos. Además, odio Florida. Todas esas putas cucarachas y la jodida humedad... y los huracanes. Si me quedo en Minnesota, es por el clima.

Maggie se rio.

—Pues vuelve a Duluth. Podría hablar con Stride. Podríamos integrarte de nuevo en el equipo.

Maggie percibió la expresión de inquietud en el rostro de él y dio marcha atrás.

—Eh, no lo digo por mí. Es sólo que, si no te gusta, no tienes por qué quedarte en Minneapolis.

—Gracias, ya lo pillo —dijo Ken—. Nunca pensé que echaría tanto de menos vivir aquí. Supongo que, cuando te crías en un sitio, no puedes arrancártelo de los genes. En cualquier caso, es irrelevante. Mi hipoteca me tiene tan hundido en el fondo que necesitaría un tanque de oxígeno para ver la luz del día. No voy a mudarme a ninguna parte.

Maggie se preguntó si era cierto o si lo había dicho para no herir sus sentimientos. Le había presionado demasiado. Aunque ella no hubiera tenido motivos ocultos, era pronto para hablar de que él se mudara de nuevo a Duluth. Si iba a ser más feliz allí, quería que volviera, pero sin ataduras. El problema era que, diez minutos después de chupársela a un hombre y lavarle el pelo en la ducha, resultaba difícil no ponerse algo romántica.

Ella había dicho: «Vuelve a Duluth».

Él había entendido: «Ahora somos pareja».

Aunque, una vez más, tal vez él estuviera siendo sincero con ella. El mercado inmobiliario estaba en las últimas y Ken seguía siendo Ken, lo cual significaba que lo más probable era que se hubiera pulido hasta el último dólar de su crédito en tonterías. Maggie le había echado un sermón al respecto cuando se unió al cuerpo, pero Ken no había cambiado. En el fondo continuaba siendo un niño, imprevisible e impulsivo. También ella. O al menos, eso era lo que se decía a sí misma: con independencia de lo que marcara el calendario, no se estaba haciendo mayor.

—Así que Serena está en la ciudad, ¿eh? —preguntó Ken antes de engullir tres porciones de *pizza* a la vez—. Guppo dice que tiene buen aspecto.

—Serena siempre tiene buen aspecto —replicó Maggie en tono amargo.

Ken no tenía forma de saber que había metido el dedo en la llaga.

—¿Estáis tocándoos las narices la una a la otra? ¿Estás enfadada con ella porque abandonó a Stride?

Maggie se encogió de hombros.

—Da igual.

—¿Quieres hablar de ello?

—La última cosa de la que quiero hablar es de Serena Dial.

Él levantó las palmas en un gesto de rendición.

—Lo siento.

Y entonces, sin venir a cuento, añadió:

—¿Y qué? ¿Tenías pensado contarme en algún momento que Stride y tú os habíais enrollado?

Maggie dejó la cerveza en la mesa con un golpe.

—¡Mierda, mierda, mierda! ¿Guppo?

—El espía más orondo del mundo.

Ella retiró su silla con tanta fuerza que la derribó, se acercó a la ventana y golpeó la pared con la palma de la mano.

—Iba a contártelo.

—Ya, pero no lo has hecho.

—Imaginé que pensarías que eras una especie de premio de consolación.

—¿Lo soy?

—No. Esto no tiene nada que ver.

Ken se tragó la *pizza* y se le acercó por la espalda. No vestía nada más que unos calzoncillos. La camisa de Maggie estaba desabrochada. Él la rodeó con los brazos y tamborileó sobre sus pechos como si fueran instrumentos musicales.

—Lo siento de verdad —dijo Maggie.

—Relájate. Fóllame otra vez y te perdono.

Maggie se volvió y lo abofeteó con fuerza. Ken se tambaleó, sorprendido, al tiempo que se frotaba la mejilla. Su sonrisa se desvaneció y meneó la cabeza.

—Supongo que lo que he dicho no ha sido lo más inteligente.

—¿Qué soy para ti? ¿Un buen polvo?

—Eh, diría que ambos estamos bastante satisfechos con nuestro acuerdo.

Maggie cerró los ojos. De repente estaba furiosa. Con Ken, con Stride, con Guppo, con Serena, pero sobre todo consigo misma. Se enorgullecía de no dejar nunca que las emociones le nublaran el juicio, pero en aquel momento se sentía estúpida.

—Vamos a dejarlo, ¿vale?

—Por mí perfecto.

—Tal vez deberíamos hablar de trabajo.

—Tal vez.

—Enséñame la grabación —le pidió ella.

—A tus órdenes.

Ken introdujo el DVD sin etiquetar en el reproductor de Blu-Ray del equipo de Maggie.

—Me he pasado cuatro horas revisando los archivos de Roslak —dijo él—. Había cientos de vídeos; lo grababa todo, y no creo que fuera con fines terapéuticos. Sospecho que ese hijo de puta era un *voyeur*.

—¿Has encontrado a Cat?

—Sí, estaba entre el montón.

—¿Por qué no la interrogaron nunca?

Ken se encogió de hombros.

—¿Crees que el asesinato de un psicólogo sin licencia con fama de follarse a sus pacientes tiene alguna prioridad? Por las mismas fechas, mataron a un niño de diez años en un incidente relacionado con el *bullying* en una escuela y dos miembros de una banda le volaron la cabeza al propietario de una tienda para inmigrantes tras el mostrador. Adivina dónde se concentraron los esfuerzos. No fue precisamente en Vincent Roslak.

—Aun así, han transcurrido ocho meses —señaló Maggie.

—El investigador jefe del caso está desbordado. Incluso tuvimos que pelearnos con el juez para que nos permitiera acceder a los documentos de Roslak. Confidencialidad médico-paciente, ya sabes. Obtuvimos permiso para hacer capturas de pantalla y ordenar los vídeos por caras, e identificamos a un par de cientos de personas. A estas alturas hemos averiguado el nombre de casi todas, pero ni siquiera podemos revisar las cintas sin su consentimiento, lo cual significa seguirles el rastro una por una. Todo este asunto es una pesadilla.

—¿Qué hay de Cat?

—Gracias al consentimiento que nos ha enviado Stride por fax esta mañana, he podido sacar los vídeos. Roslak la visitó al menos cinco veces. He revisado todas las

cintas; la mayoría no sirve de nada, pero la última... guau. La había hipnotizado y la hizo retroceder hasta la noche en que murieron sus padres.

—Entonces tenía seis años —dijo Maggie—. ¿Es posible que sus recuerdos sean precisos?

—¿Quién sabe? El psicólogo era él, no yo.

—¿Dónde tuvo lugar la sesión? ¿En Duluth o en Minneapolis?

—No hay forma de saberlo —le explicó Ken—. Hay una sábana blanca de fondo. No he visto nada que permita identificar la ubicación.

—¿Está fechada?

—No.

—Bueno, ¿y qué dice ella?

—Échale un vistazo —dijo Ken, y pulsó el botón.

La imagen de Cat Mateo ocupó las cincuenta pulgadas de la pantalla. Ken estaba en lo cierto: podía haberse registrado en cualquier parte. La grabación la mostraba a ella, una sábana blanca y nada más. Cat estaba sentada en una banqueta de madera frente a la cámara. Tenía los ojos cerrados, las manos cruzadas sobre el regazo y las piernas juntas en un gesto recatado, como una niña en la iglesia. Se la veía serena.

Maggie oyó una voz en *off* tras la cámara. Destilaba dulzura y preocupación, y pertenecía a Vincent Roslak.

—¿Estás cómoda, Cat?

—Sí.

—¿Relajada?

—Sí.

—Resulta natural estar aquí, ¿a que sí?

—Sí.

—Bien. Confías en mí, ¿verdad?

—*Claro que confío en ti, Vincent.*

—Yo nunca te haría daño.

—No.

—Vamos a emprender un pequeño viaje, Cat.

—Vale.

Maggie hizo un gesto con la mano.

—Adelántalo hasta la parte que quieres que vea.

Ken avanzó varias escenas. Cuando detuvo la cinta, Maggie vio de nuevo a Cat, aunque parecía transformada. La serenidad había desaparecido de su rostro. Estaba sentada con los ojos abiertos y la mirada vacía, el rostro crispado por el horror. Se agarraba a los brazos de la silla al tiempo que se balanceaba de un lado a otro. Su voz era la voz asustada de una niña pequeña. Gemía en dirección al objetivo, como si la acometiera un dolor insoportable, y entonces saltó de la silla y se lanzó contra la

cámara.

Para para para para para para. No no no no no.

Maggie se apartó de la pantalla de un salto.

—¡Dios!

—La cosa se pone peor —la advirtió Ken.

La voz de Cat adquirió un tono gutural. Era grave y amenazante, como la de un hombre, y empezó a gritar a pleno pulmón.

¡Te mataré te mataré te mataré te mataré te mataré!

Maggie escuchó el intercambio entre Cat y Roslak. Las preguntas implacables de él arrastraban a la chica hacia el pasado. Maggie se imaginaba a Cat bajo el porche, aterida, asustada y desconcertada. A sólo unos centímetros de sus padres mientras ellos morían.

—Roslak estaba jugando con fuego —comentó—. Podría haberla empujado a superar el límite, y sabe Dios qué habría hecho ella entonces.

—Hay más —dijo Ken—. No es sólo esto. Escucha.

—¿El qué?

—Escucha.

—¿Qué está pasando, Cat?

—*Oh, no, no, no. Está muerto. Los dos están muertos. Dios mío.*

—¿Tu padre?

—*Él lo ha matado.*

—¿Qué? ¿Quién?

—*Sirenas.*

—Habla conmigo, Cat.

—*Yo te protegeré.*

—Todo va bien, Cat. ¿Cómo me llamo?

—*Sal de ahí; ya ha pasado todo.*

—Mi nombre, Cat. ¿Quién soy?

—*Stride. Me llamo Stride.*

Ken la miró.

—¿Lo ves?

Maggie detuvo la grabación y extrajo el disco del reproductor.

—No, no lo veo. ¿Qué diablos se supone que significa eso? ¿Que ella oyó a Stride?

—No cuesta deducirlo.

—¿Ah, no? Explícamelo.

—No creo que quieras oírlo.

—Mierda, Ken, sólo cuéntame lo que piensas.

—Según las palabras de Cat, parece que Stride llegó antes de que Marty muriera.

—¿Bromeas? De ninguna manera. Está mezclando los recuerdos. O actuando. Lo que me has enseñado no es real.

—Pues a mí me parece bastante real —comentó Ken.

—Entonces, ¿qué estás sugiriendo?

—No estoy sugiriendo nada. Es Cat quien lo ha hecho.

—Marty Gamble se suicidó. Fue un caso de asesinato y suicidio. Estoy más que segura de que Stride no lo mató.

—¿Seguro?

—¡Claro que estoy segura, coño! —le gritó Maggie—. ¿Te has vuelto loco? Estamos hablando de Stride.

—Eh, eh, ya te he oído, pero todo el mundo sabe que Stride estaba enamorado de Michaela. ¿Y si hubiera llegado allí y la hubiera encontrado muerta? ¿Y si Marty estaba borracho o inconsciente sobre la sangre de ella? ¿Qué habría hecho Stride?

—Ni pensarlo. O bien esa pequeña zorra se lo está inventando o bien está confundiendo sus recuerdos. Eso no fue lo que sucedió.

—Lo más probable es que tengas razón, pero no pinta bien.

—Me da igual cómo pinte.

—¿Estuvo allí? —preguntó Ken.

—¿Qué quieres decir?

—Si Stride estuvo en el escenario del crimen.

—¡Claro que estuvo allí! ¡Todos estábamos allí!

—¿Cuándo llegó?

Maggie se percató de que prácticamente estaba hiperventilando.

—¿Qué?

—¿Cuándo llegó Stride al escenario del crimen?

—Eso no significa nada.

—Maggie —murmuró Ken—. Vamos.

Ella se quedó mirando la pantalla oscura del televisor. Aquello no estaba bien; era un error. Las cosas no habían sucedido de aquel modo.

—Vale, sí, Stride fue el primero en acudir —admitió—. Michaela le llamó en cuanto vio el coche de Marty, y él llegó antes que el resto. Estaban sólo él y los dos cadáveres. Y Cat.

Stride se despertó a las tres de la madrugada en mitad del silencio de su casa. Alargó la mano hacia el otro lado de la cama esperando tocar la piel de Serena, pero estaba solo. No se había quedado. Echó un vistazo a su BlackBerry y vio parpadear la luz roja de los mensajes sobre la mesita de noche. Serena le había enviado un correo electrónico hacía sólo unos minutos.

«¿Te acostaste con Michaela?», leyó.

Stride no estaba preparado para contestar. Todavía no. Aun así, le reconfortó saber que ella también estaba despierta. A lo largo de aquel invierno, había habido noches en que se había quedado contemplando la oscuridad y había sabido que Serena estaba haciendo lo mismo en su cama de Grand Rapids. Aún podían sentirse el uno al otro.

Entonces ¿por qué la mantenía alejada? ¿Por qué era incapaz de enfrentarse a sus actos?

Oyó pasos sobre el suelo de la sala. Después, una silueta menuda y atractiva apareció en la puerta de su dormitorio.

—¿Cat?

—Lo siento —murmuró ella—. ¿Te he despertado?

—No dormía. ¿Te encuentras bien?

—He tenido una pesadilla.

—¿Quieres contármela?

Cat no dijo nada, pero avanzó sobre el suelo inclinado hacia él. En las sombras, él vio que sólo llevaba una camiseta y unas braguitas. Se quedó de pie junto a la cama, con los pulgares metidos por dentro de la pretina elástica. Olía al jabón de lavanda que usaba siempre Serena y que seguía en la ducha. Sus muslos desnudos rozaban el colchón.

—¿Tienes pesadillas muy a menudo? —preguntó Stride.

—Casi todas las noches, sí. Detesto irme a dormir. Trato de quedarme despierta hasta que no puedo mantener los ojos abiertos.

—Después de caerme del puente, a mí me sucedía lo mismo.

—¿Y se te ha pasado? —quiso saber ella.

—No del todo, pero ahora es más llevadero.

—Yo no creo que mis pesadillas se acaben nunca.

—¿Con qué sueñas?

—Casi siempre tengo el mismo sueño. La misma noche, ¿sabes? Cuando pasó todo.

—Lo sé.

—Vincent decía que lo revivía una y otra vez porque hay algo de esa noche que tengo bloqueado. Me presionaba para que averiguara qué era.

—¿Y lo averiguaste?

—No. ¿Tú crees que he bloqueado algo? ¿Que hay algo que no quiero recordar?

—Creo que cualquier persona que hubiera vivido una experiencia semejante se esforzaría por dejarla atrás —dijo Stride—. A mí también me atormentaba, Cat. Todavía lo hace.

Ella colocó una mano sobre la cama. Stride temió que fuera a abrir el edredón y tratara de tumbarse a su lado y él tuviera que detenerla. Era consciente del hecho de que, en la mente de ella, hacía mucho tiempo que la línea entre la inocencia y la sexualidad se había desdibujado.

—Te mentí —dijo Cat—. Lo siento.

—¿Sobre qué?

—Vincent.

—¿Te acostaste con él?

—Sí.

—¿Por qué me mentiste? No fue culpa tuya.

Cat tardó en responder.

—¿Por qué estás tan seguro de que no fue culpa mía? —dijo al fin—. Tal vez fui yo. Tal vez lo seduje.

—No fue así.

—Podría haberlo hecho; no soy una niña. Los hombres siempre creen que son ellos quienes seducen a las mujeres, pero suele ser al contrario.

—Aún no me has dicho por qué me mentiste.

—No lo sé. Supongo que... dejé que me lo hiciera. Quería que me poseyera. Le pedía que hiciera todo lo que deseara.

—Eso no significa que sea culpa tuya. Los psicólogos ejercen un poder emocional tremendo sobre sus pacientes. De ahí que mantener relaciones sexuales con alguien a quien tratan constituya un delito. Te manipuló, Cat, y estuvo mal.

—Yo le quería —murmuró ella.

—Parecía amor, porque él se interesó por ti.

—Nunca antes había querido a nadie. Yo creía que él también me amaba. Me lo dijo.

—Vincent te utilizó.

—Cuando me dijo que se marchaba de la ciudad y que no íbamos a poder seguir viéndonos, me quedé destrozada. Habría hecho cualquier cosa por recuperarlo. Cualquier cosa.

Stride esperó. No le gustaba lo que percibía en su voz.

—Estaba muy enfadada. Me sentía como si me hubiera abandonado.

—¿Qué hiciste?

—Quería matarlo —confesó ella.

—¿Lo hiciste? —murmuró él.

—No, pero murió por mi culpa.

—¿Por qué dices eso?

—La gente a la que quiero se muere —contestó Cat.

Stride no supo qué responder para consolarla. Al ver que él no contestaba, Cat continuó.

—He estado pensando mucho en algo que me ha dicho Serena.

—¿El qué?

—Que te acostaste con Maggie.

Stride se puso tenso.

—Sí, es verdad.

—Cuando me lo ha dicho, me he enfadado contigo. No podía creer que tú hicieras algo así.

—Yo también me enfadé conmigo.

—Le hiciste daño a Serena.

—Lo sé.

—Además, es Maggie. ¡Puaj!

—Eso no es justo, Cat. Maggie y yo somos amigos desde hace años.

—Lo sé. En fin, el caso es que he decidido que estaba siendo demasiado dura contigo. Eres humano, y todos cometemos errores. Sólo es sexo.

—No, tenías razón —replicó él—. No importa lo que estuviera sucediendo en mi vida. No debí dejar que ocurriera.

—La gente se obsesiona con el sexo. No lo entiendo; no significa nada.

—Sí que significa, Cat. Espero que algún día lo descubras.

Cat se bajó las braguitas un par de centímetros y dejó el hueso de las caderas a la vista.

—Yo me acostaría contigo si tú quisieras —murmuró.

Stride alargó el brazo hacia la mesilla de noche y encendió la lámpara. Le lanzó una de las almohadas, y ella la apretó contra su pecho para cubrirse. Tenía los ojos abiertos de par en par; sabía que había cometido un error. Podía percibir la ira de él, y Stride no hacía ningún esfuerzo por ocultarla.

—Escúchame, Cat. No quiero volver a oírte decir nada parecido. Jamás. ¿Te ha quedado claro? Jamás. Si vuelve a ocurrir, será la última noche que pases en esta casa.

—Lo siento, soy una imbécil. No sé por qué lo he dicho. Ahora me odiarás.

—No te odio, pero tengo que confiar en ti, y lo que acabas de hacer hace que me resulte muy difícil.

Cat dejó caer la almohada y corrió hacia la puerta, donde se detuvo de espaldas a él; sus hombros se estremecían por el llanto. Cuando se volvió, su hermosa cara estaba cubierta de lágrimas. Permaneció con la cabeza gacha, sin mirarlo.

—No volveré a hacerlo, te lo prometo.

—Está bien.

Cat tiró de la camiseta para cubrirse el vientre y cruzó los brazos por encima del pecho. Tenía las piernas apretadas y el pelo le caía por la cara.

—¿Puedo preguntarte algo?

—¿El qué?

—Tú no eres mi padre, ¿verdad?

Él la miró.

—Cat, ¿de qué estás hablando?

—No lo sé. Sólo me lo preguntaba.

—Sabes muy bien que no lo soy. Cuando conocí a tu madre, tú tenías cuatro años.

—Ya. Vale.

Él frunció el ceño.

—¿Por qué demonios me lo has preguntado?

—No lo sé. Es una tontería. Todo el mundo dice que debería haber tenido un padre mejor, y muchos días desearía haber tenido un padre como tú.

Cat se secó las lágrimas.

—Pero sí que te acostaste con mi madre, ¿verdad?

—*Catalina se ha dormido por fin —susurró Michaela—. Esa niña no quiere perderse ni un segundo de su vida.*

—*Es casi Navidad. ¿Qué niño puede dormir en esta época?*

—*Es verdad. Gracias por traerle un regalo; ha sido todo un detalle. Será una sorpresa muy agradable.*

Michaela cerró con cuidado la puerta del dormitorio de la niña.

—*¿Puedes quedarte a tomar una copa de vino?*

—*Claro.*

—*No es muy bueno —se disculpó ella.*

—*No te preocupes.*

Stride y Michaela regresaron a la salita, decorada con artículos navideños que había hecho la niña: figuras de Santa Claus de algodón, ángeles pintados con lápices de colores, un belén confeccionado con palos de polo. La estancia olía al abeto que titilaba en la esquina y al azúcar de las galletas recién hechas. En el radiocasete sonaban tonadas navideñas a un volumen apenas audible. Stride reconoció la canción: «It Came Upon a Midnight Clear». La habitación estaba tenuemente iluminada.

Ella sirvió dos copas de Chardonnay y brindaron con una sonrisa. Michaela estaba resplandeciente.

—*Se te ve feliz —comentó él.*

—*¿Ah, sí? Será que lo soy. Me siento segura, y tengo que agradecértelo a ti.*

—*No creo que Marty vuelva a molestaros —la tranquilizó Stride—. Todos mis agentes están advertidos al respecto y mantienen los ojos bien abiertos. Si se salta ni que sea un semáforo en rojo, me aseguraré de que le revoquen la condicional. Así que, con suerte, se portará bien.*

Michaela se encogió de hombros.

—Con Marty nada dura demasiado. Antes o después acaba emborrachándose, y las consecuencias nunca son buenas. Me limitaré a disfrutar la paz de la que gozo ahora. Resulta muy agradable.

Estaban de pie uno junto al otro frente a la ventana que daba al bosque, ella muy cerca de él. El vino subió a la cabeza de Stride como una ola. Se percató de que ella lo observaba y le devolvió la mirada. La cara de Michaela era dorada y perfecta. En mitad de las sombras, Stride distinguió algo en sus ojos. Amor. Necesidad. Deseo. Aquello lo conmocionó. Los labios de ella se abrieron en un gesto sensual que lo invitaba a besarla y sus brazos se deslizaron alrededor de su cintura. Se puso de puntillas y presionó sus labios contra la mejilla de él, y luego le besó también en los labios. Su perfume embriagó a Stride. La boca de Michaela era cálida y erótica. Le devolvió el beso, pero enseguida se dio cuenta de lo que estaba haciendo y la apartó.

—Michaela —dijo.

Ella bajó la vista hacia el suelo.

—No. No digas nada, por favor.

—Lo siento, no puedo...

—Claro que no. Estás casado, tienes una esposa maravillosa. Estoy avergonzada de mí misma. Lo que he hecho ha sido imperdonable.

—Si las cosas fueran distintas... —dijo él.

—No lo son. No me debes ninguna explicación; no la merezco.

Giró sobre sus talones y se dirigió a la cocina. Él la vio echar el vino al fregadero y luego aumentar la intensidad de las luces de la habitación. Fue entonces cuando supo que el momento no había surgido de forma espontánea: ella lo había planeado y deseado. Había intentado seducirlo, y si él hubiera accedido, ahora estarían haciendo el amor.

Sus miradas se cruzaron. Ella sabía lo que él estaba pensando y se cubrió el rostro, humillada. Él no podía contarle lo que sentía, no podía admitir lo cerca que había estado de desnudarla y tenderla bajo su cuerpo.

El móvil de Stride sonó como un aviso procedente del mundo real. Era Maggie. Contestó, escuchó y le dio una respuesta sucinta. Después de colgar, dijo:

—Tengo que marcharme.

—Claro —dijo Michaela.

—Ha habido un robo en Congdon Parkway. Una mujer ha recibido un disparo y ha muerto.

—¿En esta época sagrada? Es terrible. Ve.

—Tengo la sensación de que debería decir algo.

—No, no deberías. Sería más fácil si no dijeras nada.

Le hizo un gesto con la mano para que se marchara.

Él asintió y, cuando cruzó el umbral, sintió una punzada de soledad por ella. Había empezado a neviscar. Los copos atravesaban la luz del porche y brillaban

como estrellas. Dentro, la música sonaba un poco más alta, un solo de piano de «Silent Night». Oyó a Michaela cantar la letra con la voz rota.

Stride volvía a estar solo. Cat había regresado al otro dormitorio.

Cogió su BlackBerry y releyó el mensaje de Serena: «¿Te acostaste con Michaela?».

Se preguntó si ella aún estaría despierta, igual que él. Esta vez, tecleó una respuesta.

«No, no lo hice».

Estaba a punto de enviar el mensaje cuando añadió: «Es algo peor».

—Tortitas con salchichas —aventuró Steve Garske al tiempo que olisqueaba el aire—. ¿He acertado?

Maggie lo miró, irritada y frustrada.

—¿Qué?

—Tu desayuno.

—Ah, sí. Has acertado.

—Sabes que esas salchichas están hechas con neumáticos reciclados, ¿verdad?

—No importa, siguen estando buenísimas.

—Un día de éstos voy a curarte de tu adicción a la comida de McDonald's. ¿No has visto *Super Size Me*?

Maggie se abrió el abrigo y dejó a la vista su delgado cuerpo.

—¿Te parece que estoy gorda?

—No, pero con cuarenta años no puedes comer lo mismo que cuando tenías treinta.

—No tengo cuarenta.

—Un error de redondeo —dijo él guiñándole un ojo—. A todos los efectos, eres una mujer de mediana edad.

—No he venido aquí a hablar de mi edad ni de mis hábitos alimentarios. Y por cierto Steve, que te follen. ¿Podemos centrarnos en Cat y en este vídeo?

—Vale, pero yo no soy psicólogo —le recordó Steve—. ¿Por qué has venido a verme a mí?

Maggie paseó arriba y abajo por la consulta. Era temprano y la clínica de Lakeside aún no había abierto sus puertas, pero ella sabía que Steve era siempre el primero en llegar: le gustaba repasar los informes de sus pacientes antes de sus citas. Era tan fiable y predecible como un reloj suizo. Tenía las largas piernas apoyadas en el escritorio y, mientras ella caminaba entre la puerta y los estribos de la camilla para exámenes pélvicos, él la seguía con la mirada.

—Porque conoces a Stride —explicó ella—. Porque esa noche estabas allí. Y te acuerdas de cómo lo encontramos.

—Claro, fui yo quien lo llevó a casa. Estaba destrozado.

—No le he visto así en ningún otro escenario de un crimen.

Aún podía ver el rostro de Stride. Era uno de esos momentos en los que aborrecía tener una memoria capaz de conservar cada detalle de su pasado. Maggie había llegado a casa de Michaela, arma en mano, y lo había encontrado en el sofá, rodeando a Cat con los brazos mientras la niña enterraba la cabeza en su cuello. Él tenía los ojos abiertos, y Maggie vislumbró en ellos ira e impotencia. Stride no hizo ningún esfuerzo por aislarse de sus emociones, como hacían siempre los policías si querían sobrevivir. Todas y cada una de las cuarenta y una puñaladas de Michaela se habían hundido en el pecho de Stride.

Maggie lo dejó en el salón mientras inspeccionaba el dormitorio. Afuera se oían las sirenas y las salpicaduras de barro y nieve a medida que los coches patrulla iban llegando. Encontró a Marty apoyado en la pared, como si hubiera estado mirando lo que había hecho mientras se llevaba la pistola a la sien. El arma se había deslizado de su mano flácida, y la habitación seguía oliendo a pólvora tras el disparo. A sólo unos centímetros estaba Michaela, boca arriba, tendida sobre su propia sangre, como una niña que flotara beatíficamente en la superficie de un lago. Se había puesto un camisón blanco para acostarse, y ahora estaba tan rojo como un caramelo de Navidad.

Lo que había ocurrido no tenía ningún misterio. O eso creía.

—Michaela estaba enamorada de Stride —dijo Steve—. Estoy seguro de que eso hizo que todo fuera más duro para él.

—¿Te lo contó él?

—¿Stride? Él jamás habría dicho una palabra al respecto, pero lo percibí en Michaela. Sus sentimientos resultaban obvios.

—¿Crees que era recíproco?

Steve negó con la cabeza.

—Venga ya, Jonathan Stride nunca miraba a otra mujer que no fuera Cindy. Aun así, la dulzura de Michaela resultaba sumamente atractiva. Además era madre, y en esa época Stride y Cindy estaban intentando concebir sin ningún éxito. Estoy seguro de que Stride tenía sentimientos encontrados. Es probable que se sintiera tan vinculado a Cat como a Michaela.

—Y sigue sintiéndose del mismo modo. Eso es lo que me asusta.

—Bueno, yo no me fiaría mucho de nada que Cat le contara a Roslak bajo hipnosis. Todo el mundo sabe que es una técnica poco fiable.

Maggie sabía que era cierto, pero no le gustaba lo que veía en el rostro de Stride cuando hablaba de Cat. Culpa. Arrepentimiento. Ira.

—No has visto a la chica. Parecía estar reviviendo de verdad esa noche.

—Te lo diré otra vez, Maggie: no puedes fiarte de lo que Cat dijera en terapia. No hay duda de que ha bloqueado todo lo relacionado con esa noche; su cerebro no quiere recordarlo. Si un psicólogo empieza a abrir puertas que ella quiere mantener cerradas, es probable que invente cosas que mantengan a salvo sus recuerdos. ¿Oír cómo su padre se suicidaba después de asesinar a su madre? ¿Saber que se había quedado sola en el mundo? No es algo que una niña pueda procesar. Introducir a alguien en esa habitación, alguien en quien confía, tal vez sea la única forma que tiene de enfrentarse a ello.

Maggie se encogió de hombros.

—Te entiendo; quizá tengas razón.

Steve bajó los pies del escritorio con un golpe seco.

—¿Qué alternativa hay? ¿Que Stride matara a Marty? Los dos sabemos que es incapaz de hacer algo semejante.

—¿Incapaz? No estoy tan segura. Stride es mucho más de lo que la gente conoce.

Yo le he visto perder el control en más de una ocasión.

Steve le dirigió una mirada tan directa que la incomodó.

—¿Estamos hablando de hace diez años o de este invierno?

—Eso no tiene nada que ver.

—¿No? ¿Estarías diciendo lo mismo si no hubierais cruzado una línea que desearías poder volver a dibujar?

—Estoy tratando de ser objetiva —insistió Maggie—. En aquel momento, todos creímos que lo que había sucedido resultaba obvio. Marty tenía un largo historial de violencia hacia Michaela. Entró en la casa, la mató y se voló los sesos. Fin de la historia. A nadie le sorprendió.

—¿Y qué?

—Que su nivel de alcohol en sangre era de 0,24. Lo cual significa que estaba casi catatónico.

—Fue capaz de matar a su exmujer estando borracho. No cabe duda de que pudo haber apretado el gatillo contra sí mismo.

—Lo sé, pero estaba desplomado contra la pared, cubierto de sangre, tan borracho que ni siquiera habría podido levantarse. No habría resultado muy difícil cogerle la pistola, matarlo y hacer que pareciera un suicidio.

—¿No habría encontrado algo el equipo de forenses?

—No necesariamente. Si no buscas algo en concreto, lo más probable es que no lo encuentres. Nadie buscó pruebas de que aquello no fuera lo que parecía: un asesinato y un suicidio.

—Y eso es lo que fue —certificó Steve.

—Sí, es lo que yo he pensado siempre.

La voz de Maggie no revelaba ninguna emoción, y Steve supo que dudaba.

—¿Qué es lo que no me estás contando? —preguntó.

Maggie apoyó la barbilla en el puño.

—Nunca comenté nada, pero incluso en aquel momento, me hice algunas preguntas. Sinceramente, ésa es la razón de que te llamara para que te llevaras a Stride. Me preocupaba que pudiera... decir algo. Confesar algo.

—¿Por qué pensaste algo así?

—El día antes del asesinato de Michaela, fui a ver a Dory —explicó Maggie—. Stride me lo pidió; Michaela creía que Marty la había estado acosando.

—¿Y qué te contó ella?

—No mucho. Estaba bastante colocada, acababa de meterse casi todo lo que tenía. Se puso a llorar y no dejaba de despotricar sobre Marty, que si era un capullo, que si lo odiaba. Confirmó que Marty había ido a verla. Seguía obsesionado con Michaela.

—Está claro.

—Dory le advirtió que se mantuviera alejado de su hermana, porque ella tenía una aventura con Stride. Le dijo que, si se acercaba a Michaela, Stride lo mataría.

—¿Se lo contaste a Stride?

—Por supuesto. Él me aseguró que Dory mentía, que no tenían ninguna aventura.

—¿Y le creíste?

—¿En aquel momento? Sí. ¿Ahora? No lo sé. En fin, aunque no estuvieran liados, Stride formaba parte de un triángulo, le gustara o no. Cuando entró en esa habitación y encontró el cuerpo de Michaela, estaba claro que iba a sentirse responsable de lo ocurrido. La única cuestión es si Marty estaba vivo o muerto cuando él llegó.

Tañido de campanas.

En algún momento de la sesión entre Cat y Roslak, a Stride le pareció oír de fondo el tañido de las campanas de una iglesia; aquel sonido sacro desentonaba en mitad de tanta maldad. Asqueado, apagó el reproductor de DVD de su despacho. Maggie estaba sentada en la silla de las visitas, observando su rostro. Stride no había querido ver la grabación, no había querido ver a Cat a merced de aquel hombre. En lugar de eso, se había sentado en su silla y había escuchado con los ojos cerrados cómo Roslak despedazaba a la chica con cada pregunta.

—Vincent Roslak —murmuró—. He aquí un tío que se dio cuenta de lo que se le venía encima.

—Creo que Cat te mintió sobre su relación. Sospecho que eran amantes.

Stride asintió.

—Me lo contó ayer por la noche.

—¿Qué te dijo?

Stride se inclinó sobre su escritorio y entrelazó los dedos de las manos.

—Que estaba enamorada de él y que, cuando él se marchó de la ciudad, se quedó destrozada. Dijo que sintió ganas de matarlo. Y también que no lo hizo.

—Es la principal sospechosa, jefe. Me gustaría ir a Minneapolis y analizar el escenario del crimen, ver con mis propios ojos el apartamento de Roslak.

—¿Y qué conseguirás con eso? —preguntó Stride.

—Me gustaría determinar si esta sesión se grabó en Duluth o en Minneapolis. Cat dice que no volvió a ver a Roslak después de que él se marchara. Si ha mentido, nos enfrentamos a un problema gordo.

—Cat no mató a nadie. Lo que me preocupa es averiguar quién intenta matarla a ella. Y quién asesinó a dos personas más la otra noche. ¿Habéis encontrado ya el Charger robado?

—No.

—Bueno, pues encontradlo —le ordenó él con brusquedad—. En este momento ésa es tu prioridad, y no un asesinato del que se encarga la policía de Minneapolis.

Maggie le dedicó un saludo militar sarcástico.

—Sí, señor. ¿Quieres que agite mi varita mágica? ¿Qué quieres que haga exactamente, jefe? Hemos emitido órdenes de búsqueda por todo el estado.

—Lo siento; soy consciente. Ha habido dos asesinatos y no tenemos nada. Estoy frustrado.

—Yo también. Sólo que no estoy dispuesta a fingir que no existe ninguna relación entre Cat y el asesinato de Roslak porque una prostituta adolescente te diga que no es culpable.

Estaban cabreados y disparaban a matar; ambos lo sabían. Su relación se había roto.

—No digo que no haya ninguna relación —replicó Stride—. Es sólo que no creo que esa relación implique que Cat asesinara a Roslak. Creo que es mucho más probable que Cat le contara algo que provocó su asesinato. Quiero ver todos los vídeos que grabó de ella. Tal vez haya algo en ellos que nos dé una pista.

—Ken no ha visto nada que pudiera sernos de ayuda.

—No me importa lo que haya visto Ken. Ken ya no está en mi equipo. En este momento, su único papel en la investigación es que se acuesta contigo.

Maggie lo miró con expresión pétrea.

—Lo que tú digas. Conseguiré las cintas.

Stride se levantó y cogió su cazadora de cuero del colgador que había junto a la puerta.

—Serena me espera en Canal Park. Vamos a hablar con Curt Dickes sobre el asunto de la prostitución. Serena cree que eso era lo que estaba investigando Margot. Tal vez ésa sea la conexión con Cat.

Maggie no se movió.

—¿Algo más? —preguntó él.

Ella señaló hacia el televisor.

—Ya has oído lo que ha dicho Cat.

—¿Sobre qué?

—Ha dicho tu nombre.

—Ya, ¿y qué? Fui yo quien la encontró bajo el porche.

—Por cómo lo dice, parece otra cosa —señaló Maggie—. Como, por ejemplo, que Marty estaba vivo cuando tú llegaste.

Stride no podía creer lo que oía.

—¿Qué insinúas, Maggie?

—En aquella época, Dory me contó que Michaela y tú teníais una aventura.

—Lo recuerdo. Y también recuerdo que te dije que no era cierto.

Maggie no dijo nada.

Stride se sentó en el borde del escritorio. La relación entre Maggie y él había sufrido distintos altibajos a lo largo de los años que habían trabajado juntos. Discusiones, desacuerdos, bromas, lágrimas... Recordaba los primeros tiempos de Maggie: una joven policía china estirada obsesionada con el cumplimiento de las normas y el protocolo que había salido del capullo como una mariposa salvaje. La recordaba de pie en su porche, empapada, gritándole que su segundo matrimonio era

un error. Recordaba el asesinato de su marido y todos los secretos acerca de su vida sexual que desearía no haber conocido nunca. Recordaba el atisbo de duda que le embargó al pensar que tal vez Maggie lo había asesinado, en pago por todo lo que él la había obligado a hacer.

Por muy unidos que estuvieran, había secretos que no compartían. Ése era el problema. Se lo había ocultado en cada una de las noches en que le había hecho el amor, cuando en realidad sabía que estaban cometiendo una equivocación.

—¿Es necesario que te lo diga, Maggie? ¿De verdad tengo que pronunciar las palabras?

Ella alzó la vista para mirarle con los ojos enrojecidos y se levantó de un salto de la silla.

—No, no tienes que hacerlo. Lo siento.

Se volvió hacia la puerta, pero él la detuvo. A pesar de todo, necesitaba pronunciar las palabras. Necesitaba que ella las escuchara.

—Yo no maté a Marty Gamble —dijo—. No sé si hubiera sido capaz de dispararle. Tal vez. Pero eso no importa: cuando llegué allí, ya estaba muerto. Se había suicidado. Eso es lo que ocurrió.

—¿En serio? —se sorprendió Serena—. ¿De verdad te ha preguntado si tú mataste a Marty?

Estaban sentados en un banco del paseo entarimado de Canal Park, cerca de la hilera de hoteles turísticos. Las olas del lago rompían contra las rocas.

—Supongo que no lo creía de verdad, pero el hecho de que haya sacado el tema me da una idea de lo mal que están las cosas.

—No es una mujer que se tome bien el rechazo.

Stride sonrió.

—¿Y qué mujer lo hace?

Serena sonrió y le dio un codazo.

—Supongo que no puedo dar lecciones a nadie. Yo te pregunté si te habías acostado con Michaela.

—No lo hice, pero lo cierto es que estábamos muy unidos. Demasiado. Yo sabía que ella sentía algo por mí y debería haber mantenido las distancias, pero no pude. Para serte sincero, no quise.

—¿Se lo contaste a Cindy?

—No, pero estoy convencido de que lo sabía. Supongo que pensaba que, si la hubiera engañado, se lo habría explicado.

—A mí me explicaste lo de Maggie —murmuró Serena.

—Así es.

—¿Qué habría hecho Cindy?

—¿Si me hubiera acostado con Michaela? Me habría matado.

—Pues por lo que parece, fui demasiado generosa contigo —comentó Serena—. Quizá tendría que haberte disparado.

—Sabiendo que vas armada, lo negaría.

—Muy listo.

Stride contempló el lago y distinguió un barco que se acercaba desde el horizonte.

—Oye, sobre lo de anoche... —empezó a decir él—. Hay cosas que debería haberte contado y nunca lo hice. Siento haberte excluido otra vez; cometí un error.

—Cuéntamelo ahora.

Él notó cómo, a su lado, ella esperaba, y sabía qué estaba esperando. «Es algo peor».

—No guarda relación con Michaela —explicó—, sino con Cat.

Ella frunció el ceño, desconcertada.

—De acuerdo.

—Cuando apareció en mi casa hace dos días y supe lo que le había ocurrido a lo largo de los últimos diez años, sentí una punzada en el pecho.

—Tú no podrías haberlo evitado, Jonny —observó Serena.

—Sí que podría.

—Eres demasiado duro contigo mismo. Hiciste todo lo que estaba en tu mano para proteger a Michaela.

—No es eso.

—Entonces ¿qué es?

Stride observó el barco que surcaba el lago. Al vivir en The Point, reconocía la mayoría de las embarcaciones y conocía sus nombres. Incluso a aquella distancia, le pareció que el barco que se acercaba era el *Paul Genter*. Transportaba una carga muy pesada y el casco se hundía en el agua. Pensó en todo lo que moría y desaparecía. Cindy se había marchado, y la casa que habían compartido ya no existía.

—Pocos días después del asesinato de Michaela, Cindy me despertó en plena noche —le contó a Serena—. Ya sabes que llevábamos años intentando tener un hijo. Según las pruebas que nos practicaron a ambos, no deberíamos haber tenido ningún problema. Ella se había sometido a un tratamiento de fertilidad y, aun así, no lograba quedarse embarazada. En esencia, nos habíamos dado por vencidos.

Serena se llevó lentamente una mano a la boca. Era una mujer inteligente, y sabía cómo acabaría la historia.

—Cindy me dijo... dijo: «¿Y si las cosas ocurren por una razón? Puede que no estemos destinados a tener hijos propios. Puede que estemos destinados a salvar al hijo de otra persona». Me preguntó si estaría dispuesto a adoptar a Catalina. Que la convirtiéramos en parte de nuestra vida.

—¿Qué le dijiste tú?

—Que no.

—¿Por qué?

Él meneó la cabeza.

—No lo sé. Había muchas razones. Una cosa es querer un niño y disponer de nueve meses para hacerte a la idea de cómo va a cambiar tu vida, y otra muy distinta es que una niña de seis años te caiga en el regazo. No creí estar preparado.

—Eso no suena propio de ti.

—Cindy dijo lo mismo —confesó él—. Quiso saber la verdadera razón.

—¿Y cuál era?

—Que yo me sentía incapaz de enfrentarme a aquello. Creía que, cada vez que mirara el rostro de Cat, vería a Michaela y recordaría lo sucedido. Era todo demasiado reciente. Demasiado crudo.

—No es un pecado sentirse así.

—No estoy tan seguro. Visto en retrospectiva, fui muy egoísta.

—¿Qué dijo Cindy?

—Que lo entendía, pero no creo que fuera cierto. Nunca volvimos a hablar del tema. Yo pensé en ello durante meses y empecé a desear haber aceptado, pero para entonces ya era demasiado tarde. Cat ya estaba con los Green. Ese mismo otoño, a Cindy le diagnosticaron el cáncer. En ese momento, todo lo demás desapareció de mi pensamiento.

Se preguntó qué diría Serena. No quería excusas ni compasión; deseaba que alguien se lo reprochara igual que él se lo reprochaba a sí mismo. Había cometido un error, y aquel error le había costado su infancia a una niña.

—Si hubieras dicho que sí, habrías puesto vuestra vida patas arriba. No podías hacerlo si no estabas plenamente convencido.

—Eso no significa que no me arrepienta.

—Muy bien, te arrepientes. Pero no puedes cambiar el pasado. ¿Qué vas a hacer ahora?

Stride oyó la sirena del puente levadizo, que resonó por el parque como un clarín. El *Paul Center*, un gigante de trescientos metros de un rojo oxidado que se desplazaba desde el lago hacia la calma del puerto, embocaba el canal.

—Siento que se me ha concedido una segunda oportunidad para enmendar las cosas —explicó Stride.

Serena se inclinó hacia él y le dio un beso en la mejilla.

—Bueno, ya me conoces, Jonny. Soy muy partidaria de las segundas oportunidades.

Él se volvió hacia ella, deseando besarla. Besarla de verdad. Un prelude de todo lo que ocurriría a continuación entre ellos. Ella lo vio en sus ojos y también lo deseaba, pero ambos sabían que era demasiado pronto. Serena le puso un dedo en los labios para mantenerlo apartado. Tardarían un tiempo en dar el siguiente paso, pero llegaría.

—Me alegro de que me lo hayas contado —dijo ella.

—Yo también.

Stride empezó a levantarse del banco, pero Serena lo retuvo.

—Una cosa más —dijo.

—¿Qué?

—Tal vez sea importante y tal vez no. Hace diez años, cuando encontraste los cuerpos. ¿Había algo en el escenario del crimen que te pareciera fuera de lugar?

Stride estaba perplejo.

—¿Qué quieres decir?

—Michaela estaba muerta, Marty estaba muerto. Él la mató a ella y luego se suicidó. Tú eres policía, sabes cómo es el escenario de un crimen. ¿Hubo algo que te llamara la atención? El ángulo de la pistola, la posición de los cuerpos, cualquier cosa.

—No —contestó Stride—. Todo era como tenía que ser. ¿Por qué?

Serena se encogió de hombros.

—No lo sé, sólo es algo que se me ha ocurrido. Una niña sobrecogida por el pánico puede modificar los hechos bajo hipnosis, pero ¿y si Cat oyó realmente algo esa noche? ¿Y si había alguien más en la casa cuando sus padres murieron?

Stride y Serena oyeron a alguien maldecir en el tercer piso del hotel Lakeshore Inn. Dentro de la habitación, las piernas de Curt Dickes sobresalían del hueco que había debajo de la pila del lavabo. El escape de una tubería le había empapado el peto y flotaba a su alrededor como una siseante nube de bruma.

—¡Mierda! —gritó Dickes.

Sus brazos trabajaban sin descanso haciendo girar una llave. El chorro de agua perdió presión y por fin desapareció. El chico se deslizó por el suelo embaldosado y se sacudió el agua de las manos. Cuando vio a Stride y Serena inclinados sobre su cuerpo, se incorporó bruscamente y se golpeó la cabeza con la base de la encimera.

—¿Qué coño...? —dijo mientras se frotaba el cráneo—. ¿Quieren provocarme un ataque al corazón?

—He llamado —observó Stride.

—Sí, bueno, estoy ocupado, ¿no lo ve?

Dickes se puso en pie y lanzó un par de toallas blancas sobre el charco que se había formado en el suelo. Llevaba el pelo grasiento y revuelto; en aquel reducido espacio, su colonia resultaba asfixiante.

—¿Le han dicho al tipo de recepción que me buscaban?

—Sí.

—Joder, muchas gracias. Es justo lo que necesito: que la poli venga a verme al trabajo.

—Será peor si averiguan que conciertas citas con putas para sus clientes —comentó Stride.

—¿Cree que soy estúpido? Donde tengo la olla no meto la polla.

Dickes se estiró la camiseta mojada y observó a Serena con detenimiento.

—Caramba, Stride, va muy bien acompañado.

—Trabajo en el departamento del *sheriff* del condado de Itasca —dijo Serena.

—Sí, sí, ya sé quién es. La poli de Las Vegas. Las noticias vuelan, ¿sabe? Bueno, ¿qué quieren?

—Salgamos para hablar —sugirió Stride.

Abandonaron el cuarto de baño y Dickes se sentó en el extremo de una de las dos camas de matrimonio de la habitación. Estaban hechas con esmero, con las esquinas remetidas por debajo del colchón. El televisor estaba encendido y con el volumen alto. Stride cogió el mando a distancia y lo apagó.

—El sábado por la noche —dijo—. ¿Dónde estabas, Curt?

—¿Todo esto es por los dos asesinatos? Me he enterado. Brandy, ¿eh? Una putada. La muy zorra estaba loca, pero muchos de sus clientes repetían. Tenía talento, si te gusta el sexo duro. No es mi rollo, ¿saben?

—Te he preguntado dónde estabas.

—¿Qué cree, que he tenido algo que ver? Olvídelo. Mi Fusion nuevo y yo nos

lanzamos a la carretera. Pasé la mitad de la noche del sábado en el casino. Está a media hora de aquí, y las cámaras debieron de grabarme todo el tiempo. Pueden comprobarlo.

—¿Corre algún rumor en la calle sobre quién mató a Brandy?

Dickes negó con la cabeza.

—No, pero espero que lo pillen pronto. Algunas de las chicas están asustadas, ¿saben? Como si un asesino en serie fuera por ellas.

Stride se sentó a su lado.

—Cat dice que le concertaste una cita con un ricachón en un hotel de la orilla norte. Hace más o menos un año. Quiero saber quién era.

Dickes se sentó a su lado.

—Tengo muy mala memoria. Los clientes lo prefieren.

—Curt, ya no estamos hablando de chulear a las chicas —le dijo—. Estoy intentando evitar que pases los próximos veinticinco años en la cárcel. Si ese tipo ha tenido algo que ver con los asesinatos, tú también estás pringado.

Curt palideció.

—Mire, teniente, la verdad es que no puedo decirle nada. No sé quién era ese tío.

—¿No te dio un nombre?

—Nada. Nunca lo vi, ni a él ni al conductor.

—Entonces ¿cómo lo organizaste?

—En los trabajos de postín como ése, recibo un SMS con las peticiones. El tipo de chica, dónde la recogerán, qué clase de diversión esperan. Yo les envío una foto para que la aprueben. Si les parece bien, dejan un sobre con dinero en efectivo en mi apartado de correos. Yo llevo a la chica al punto de recogida, y fin de la historia.

—¿Y no sabes quién te envía el mensaje? —preguntó Stride.

—Es un número distinto cada vez. Supongo que utilizan tarjetas de prepago; así no dejan rastro.

—¿Qué me dices de las limusinas?

—Siempre sin distintivos. Cristales tintados, barro en las matrículas. No puedo decirle quién está detrás, porque no lo sé.

—¿Las chicas te dan algún detalle? Adónde han ido, a quién han visto, si han reconocido alguna cara.

—Por lo que yo sé, nunca van dos veces al mismo sitio. Hoteles, moteles, complejos turísticos. Quien sea que lleva el negocio es muy cuidadoso, y yo no hago preguntas. Y las chicas nunca vienen a contarme a quién se la han comido. No tengo ningún nombre.

—¿Cuántas veces te proponen un trato así? —preguntó Serena.

—No muy a menudo. Ojalá lo hicieran más, es un montón de pasta. Han sido sólo seis u ocho veces en un año. El tipo de Cat fue uno de los primeros.

—¿Cómo es que no me explicaste todo esto hace un par de días? —quiso saber Stride—. Me hablaste de las despedidas de soltero y de los suecos calvos, no de

limusinas y de dinero negro. Me lo ocultaste.

—Venga ya, ¿cree que van a llamarme si la gente se entera de que he hablado con usted? De hecho, supongo que ya estoy jodido. Mi teléfono no ha sonado en todo el fin de semana. Y joder, nunca creí que alguien pudiera acabar muerto.

—Si recibes otro mensaje, será mejor que me llames enseguida —le advirtió Stride.

—Sí, claro, lo que usted diga.

—He oído que hay una plaga de enfermedades de transmisión sexual entre los ricachones de Duluth. ¿Alguna de tus chicas necesita atención médica?

—¿Cree que me lo contarían? La mayoría insiste en usar condones, pero algunas lo hacen a pelo para ganarse unos pavos extra. A mí no me interesan los detalles.

—Necesito los nombres de las chicas que han realizado los servicios especiales —dijo Stride.

—Ya conoce a dos: Cat y Brandy. Los nombres de las otras dos son confidenciales. Universitarias que no quieren que se sepa.

—Nombres —repitió Stride.

Dickes soltó una maldición y le dio a Stride el nombre de las otras dos chicas.

—¿Hemos terminado?

Stride hizo un gesto hacia el móvil que llevaba Curt en el bolsillo.

—Tu teléfono. Dámelo.

—Joder, ¡no! ¿Está loco?

Stride miró a Serena.

—¿Acabas de oírle admitir que ha participado en la venta de servicios sexuales?

—Sí —confirmó Serena.

—Eh, venga, ¡usted ha dicho que no le importaba una mierda! —protestó Dickes.

—He cambiado de opinión. Ahora dame el teléfono.

Dickes se lo sacó del bolsillo y lo dejó caer sobre la cama.

—Vale, aquí lo tiene. Va a acabar conmigo. Ahora, márchese antes de que pierda mi trabajo.

Serena se sentó al otro lado de Dickes.

—Aún no; todavía no hemos terminado. Primero cuéntame lo que sepas sobre Margot Huizenfelt.

—¡Yo no tengo nada que ver con eso! ¡No sé qué le ha pasado!

—¿Alguna vez hablaste con ella? —preguntó Serena.

—Sí, una. Hace meses.

—¿Qué quería?

Dickes vaciló y se mordió el labio.

—No empieces a tener lapsus de memoria, Curt —le aconsejó Stride.

—Mire, hacía la misma mierda de preguntas que usted. Le interesaban los tipos ricos que buscan chicas de compañía.

—¿Y qué le dijiste?

—Le dije que se perdiera. Una puta mierda, eso es lo que le dije.

—¿Cuándo fue la última vez que la viste? —quiso saber Serena.

Dickes hizo una mueca. Había mojado el edredón.

—No me acuerdo.

—¿No entiendes lo que está pasando? —preguntó Serena—. Margot ha desaparecido; es probable que esté muerta. Si descubrimos que sabes algo y no nos lo has contado, ¿tienes idea de los problemas que van a caerte encima? En comparación, el asunto de la prostitución va a parecer el robo de una barrita de chocolate.

—Le he dicho que no sé qué le ha pasado.

—Tú sabes algo.

La mirada nerviosa de Dickes se deslizó hacia su móvil y a Stride no se le escapó.

—¿Con quién has hablado, Curt?

El chico estaba sudando. Se pasó la mano por el pelo pero volvió a despeinarse enseguida.

—¡Fue el todoterreno, colega! ¡Vi el todoterreno de Margot! Sólo quería asegurarme de que él sabía quién era. Eso es todo. Me dijo que no me preocupara.

—¿A quién te refieres? —preguntó Stride.

—¡Lenny! Vi a Margot conduciendo un todoterreno de Lowball Lenny por Miller Hill.

Stride miró a Serena, quien asintió.

—Margot compró un Explorer nuevo un par de días antes de desaparecer. Hablé con la mujer que se lo vendió.

—Bueno, pues será mejor que volvamos a hablar con ella —decidió Stride.

—¡Les he dicho que no es nada! —insistió Dickes—. Lenny me advirtió que no me fuera de la lengua. Margot compró un todoterreno, eso es todo. ¡No me preguntó nada sobre las putas!

—Entonces, doy por hecho que Lenny es uno de tus clientes habituales —concluyó Stride.

—Oh, mierda. Mierda, ahora sí que estoy jodido.

—Céntrate, Curt —le dijo Serena con aspereza—. ¿Cuándo viste a Margot en el todoterreno?

—Hace un mes, quizás. No lo sé. Era sábado, creo. Había un concierto importante en el auditorio. Mucho movimiento.

—¿Jason Aldean? —preguntó Stride.

—Sí, eso.

—¿Dónde la viste? ¿A qué hora?

Dickes se frotó la cara en un gesto de frustración. El sudor se había mezclado con su colonia, y la combinación resultaba letal.

—No sé, a última hora de la tarde. ¿Las seis, las siete? Yo salía del Duluth Grill. La vi en el aparcamiento y me largué, pero me fijé en la pegatina del concesionario. Así que llamé a Lenny.

—¿Margot estaba sola? —quiso saber Serena.

Dickes negó con la cabeza.

—No, iba con una mujer.

—¿Quién?

—¿Cree que conozco a todas las putas mujeres de la ciudad? ¡No lo sé! Era baja.

Harapienta. Teñida de rubio.

Stride creía saber de quién se trataba. Dirigió una mirada a Serena.

—Dory Mateo —dijo.

Dory introdujo su cuerpo desnudo en la bañera hasta que el agua hirviendo le alcanzó la barbilla. Le ardía la piel. Se agarró a los lados de la bañera de porcelana y resistió el calor mientras el sudor le corría por la cara. El vapor le inundó la nariz y la garganta. Mantuvo apagadas las luces del diminuto baño del Seaway, en el que no había ventanas que dieran al exterior. Le gustaba bañarse en la oscuridad. Cada vez que lo hacía, se imaginaba en cualquier otra parte: un hotel de lujo, un crucero, una casa propia. No en el baño de una pensión de mala muerte.

Siguió el borde de la bañera con los dedos hasta encontrar una pastilla de jabón. Extendió el brazo y se pasó la resbaladiza pastilla por la piel de los brazos, las piernas, los pechos, el vientre y el pubis. No sintió ninguna excitación al tocarse. Hacía tiempo que el deseo había muerto.

El agua se fue enfriando lentamente. Dory se estremeció. Deseó que Michaela estuviera allí para poder hablar con ella, para poder explicarse. En la oscuridad, imaginó que oía el sonido de la respiración de su hermana. Su delicada risa. El roce de su ropa.

—Te he traicionado, *bonita* —murmuró Dory a la habitación a oscuras.

Su hermana le respondió: «¿Tú? Serías incapaz de hacerlo».

Dory permaneció en silencio. No podía convertirlo en palabras, ni siquiera ante un fantasma. Los secretos eran tóxicos. Se lo había confesado a Margot, y ahora Margot había desaparecido, como si la verdad fuera un virus mortal que aniquilara a todos los que tocaba. Se preguntó si era obra de Marty. Después de muerto, seguía destrozando vidas, controlando a los que odiaba, generando el caos.

—Quise contártelo entonces, *bonita*, pero me sentí avergonzada. Y luego fue demasiado tarde. Ya te habías ido.

«Cuéntamelo ahora y te perdonaré».

—No, no lo harás.

«En este lugar sólo existe el perdón».

Dory se levantó; el agua se deslizó por su cuerpo y cayó en la bañera como gotas de lluvia. Encontró la toalla que había dejado sobre el lavamanos y se secó. Puso los pies en el frío suelo, rozó la cadena que colgaba del techo con la mejilla y tiró para encender la luz, parpadeando por la crudeza de la bombilla desnuda. Estaba sola, Michaela no la acompañaba. Bajó la vista y descubrió un milpiés que se arrastraba cerca de sus dedos. Lo apartó con el pie y el insecto se escurrió por la rejilla mugrienta del desagüe.

Dory se puso las mismas bragas que se había quitado antes de bañarse, unos vaqueros y un jersey que raspaba su piel desnuda. El cuero de las botas estaba frío. Tenía las puntas del pelo mojadas. Cuando terminó de vestirse, se sentó en el borde de la bañera.

Había pensado que contárselo a Margot aliviaría su conciencia. El día que se

citaron para cenar en el Duluth Grill, había desembuchado su secreto; se lo había explicado todo. Lo que había hecho, por qué, la vergüenza, el sentimiento de culpa. Margot no se había mostrado sorprendida, como si aquello tuviera todo el sentido del mundo. Como si fuera la llave de un cerrojo.

Para Dory, la confesión no había cambiado nada. Sólo podía pensar en hallar el modo de limpiar su conciencia.

Salió al pasillo. Estaba vacío, excepto por un viejo inconsciente y apestoso despatarrado ante una puerta abierta. Al cabo de un tiempo, ni siquiera reparabas en ello; te tapabas la nariz y pasabas por encima. No había nadie más, sólo aquel hombre y ella. En aquel lugar, las mañanas eran tranquilas. Todos los inquilinos estaban durmiendo la mona.

Dory avanzó por el corredor. Su habitación era la última, cerca de la ventana, donde la luz gris se filtraba desde el exterior. A su alrededor, todas las puertas estaban cerradas. Alargó la mano para asir el pomo de la puerta de su habitación, pero se detuvo antes de tocarlo. Ni siquiera sabía por qué lo había hecho.

Oyó a su hermana susurrar una advertencia en su cabeza: «No entres».

Dory dio un paso atrás con cuidado y contuvo la respiración. Su habitación estaba tan silenciosa como una iglesia. Observó el callejón a través de la ventana del pasillo que había junto a ella. Los papeles revoloteaban por la calle, impelidos por el viento del lago. Ése era el problema: el silencio. Cuando salió para ir a bañarse, había dejado la ventana de su habitación abierta para airearla. Ahora no oía el correr de la brisa. La ventana estaba cerrada.

Había alguien dentro, esperándola.

Retrocedió y se alejó de la puerta. Esquivó al borracho del pasillo y volvió a pasar junto al baño, deslizándose en medio del vapor caliente. Siguió retrocediendo y, cuando alcanzó las escaleras, se dio por fin la vuelta y echó a correr.

Una vez en el vestíbulo, se cubrió el pecho con los brazos y se apresuró hacia Superior Street. No esperó a ver si alguien cruzaba las puertas tras ella. Ignoró el saludo del mendigo ciego sentado en una tumbona de playa. Sorteó el tráfico y corrió hacia el banco que había al otro lado de la calle; cuando quedó fuera de la vista del edificio que dejaba a su espalda, salió lanzada a toda velocidad. Cortó por el aparcamiento lleno de baches y zigzagueó entre los coches. Atravesó Michigan Street y se encontró en los campos baldíos bajo la autopista. Por encima de su cabeza, los neumáticos de los vehículos zumbaban como avispas.

Siguió corriendo y no miró atrás hasta perderse entre las vías del ferrocarril cercanas al puerto, donde por fin se sintió a salvo. No sabía adónde ir, pero sí qué tenía que hacer.

Tenía que contarle la verdad a Cat. Y luego, desaparecer para siempre.

Tercera parte

SIN VUELTA ATRÁS

Leonard Keck, plantado frente a la nitidez de alta definición de la pantalla de plasma de ochenta pulgadas colgada de la pared de su despacho, blandió el hierro siete Nike VR Pro con una violenta sacudida y golpeó una bola de golf imaginaria a través de los entorpecedores vientos laterales en dirección al hoyo diecisiete de Peeble Beach. La bola naranja salió disparada hacia el cielo azul de California y se desvió a la izquierda hacia el final de su vuelo, antes de caer con una leve salpicadura entre las olas del océano Pacífico. Desde los altavoces Bose incrustados en la pared se elevó un murmullo de decepción procedente de la multitud animada por ordenador.

—¡Hija de puta! —gritó Lenny antes de hacer un gesto hacia Stride y Serena, que permanecían en el umbral—. Eh, pasad, chicos. Tranquilos, podéis dejaros de ceremonias. Dios, Peeble es un campo maldito. No importa el día que tenga, siempre caigo al agua en el hoyo diecisiete.

Lenny hizo tintinear los cubitos de hielo de su copa y tomó un trago. Luego se secó los labios con la mano.

—Supongo que sois demasiado jóvenes para recordar el Open del 82, ¿verdad? ¿El golpe de Watson desde la zona de matojos con el que batió a Nicklaus? El mejor de la historia.

—Lo recuerdo —dijo Stride.

Serena sonrió.

—El golf no es lo mío.

—Oh, el golf no es un juego, cariño —la corrigió Lenny—. El golf es una viuda negra de veintidós años con las tetas grandes: sabes que antes o después te devorará, pero no puedes alejarte de ella. Bueno, venga, sentaos, sentaos.

Serena y Stride se acomodaron en sendas butacas de felpa frente al escritorio. Lenny se entretuvo practicando unos cuantos *swings* y luego empezó a caminar por el despacho sujetando el hierro sobre los hombros. Parecía incapaz de quedarse quieto. Llevaba un chándal marrón chocolate y zapatos de golf con tacos que dejaban marcas de puntos sobre la moqueta. Lenny se sacó el guante de golf y la visera sin dejar de caminar. No vestía ni se comportaba como un hombre adinerado, lo que le indicó a Serena que tenía el dinero suficiente como para no preocuparse por él. El único artículo de lujo que llamó su atención fue el reloj de oro que rodeaba su muñeca.

Lenny era un hombre de estatura mediana, corpulento, con una modesta tripa. Demasiados filetes y demasiada cerveza, supuso Serena. Tenía el pelo canoso y revuelto, una frente despejada y un rostro bronceado punteado de manchas. Su despacho, ubicado en la parte trasera de su concesionario en Miller Hill, era un escaparate de su influencia y contactos. Había fotos enmarcadas en las que aparecía en compañía de algunos de los políticos más prominentes del estado y, en el centro, una instantánea tomada en la Casa Blanca con el presidente Bush. Sobre la cajonera se disponía una hilera de premios de las cámaras de comercio de la ciudad y el

estado, galardones por ventas de Ford y trofeos de metacrilato que conmemoraban el cierre de multimillonarios proyectos inmobiliarios en toda la región. De una de las paredes colgaba un retrato al óleo de su esposa, una mujer de expresión severa, menuda y delgada, engalanada con un vestido largo de color lavanda, zapatos de tacón vertiginoso, un llamativo anillo con diamantes y esmeraldas trenzados a conjunto con los pendientes, y una media melena corta y rubia que habría resistido un placaje de Jared Allen. Su ceño fruncido anunciaba: «Soy una de las esposas del club de campo, no te atrevas a olvidarlo».

Finalmente, Lenny tomó asiento, se sacó los zapatos de golf con una sacudida y apoyó los pies enfundados en calcetines sobre la mesa. A continuación, pulsó un botón escondido debajo de su escritorio y las gruesas cortinas de la pared sur se descorrieron para descubrir una hilera de ventanas que daba a la sala de exposición, donde los clientes se paseaban entre todoterrenos e híbridos. Lenny estudió lo que sucedía en la planta inferior.

—Vidrio polarizado —explicó—. Me gusta controlar a mis vendedores. Nunca saben cuándo los estoy observando, y así nunca bajan la guardia. En este momento, puedo asegurarnos que hay dos clientes a punto de comprar: esa pareja de veintipocos y el tipo negro; el resto son mirones. Al cabo de un tiempo, lo sabes en cuanto cruzan la puerta.

El vendedor cogió de su escritorio una pelota de béisbol firmada y la lanzó varias veces al aire como si fuera un malabarista.

—Herbie me la firmó en las series del 91, y desde entonces la conservo en mi escritorio. También tengo un palco en el nuevo estadio, así que, si alguna vez queréis entradas, decídmelo. Señorita Dial, me gusta el Mustang que conduce. Si quiere uno nuevo, puedo ofrecerle unas condiciones imposibles de rechazar.

—Me interesa más un Explorer —repuso Serena.

—¿Ah, sí? Muy bien, perfecto, se lo llevaré a casa a precio de coste.

—En concreto, me interesa el que le vendió a Margot Huizenfelt.

—Ah.

Lenny frunció el ceño y los labios como Mick Jagger.

—¿Huizenfelt? ¿No es la mujer que desapareció el mes pasado?

—La misma.

—De acuerdo, ningún problema. Un XLT color canela metalizado, con todas las comodidades. Un vehículo fantástico. Recuerdo mejor el todoterreno que a la compradora. Es lo que suele ocurrir. Es una verdadera lástima que esté en el depósito de vehículos incautados.

—La verdadera lástima es que su dueña haya desaparecido y posiblemente esté muerta —replicó Serena.

—Bueno, sí, por supuesto.

—Margot compró el Explorer dos días antes de desaparecer. ¿Habló con ella cuando visitó su concesionario?

—Hablo con todo el que compra uno de mis vehículos, señorita Dial. Trató con Phyllis Bowen, pero di personalmente las gracias a la señora Huizenfelt por confiar en mi establecimiento. Ésa es mi norma, lo ha sido desde que abrí. Es posible que pase más de una década sin ver a mis clientes, pero antes o después volverán a mí. Y mientras tanto, me habrán enviado a sus familiares y amigos. Así es como funcionan las cosas en un negocio de cara al público.

—¿Margot? —repitió Serena.

—¿Qué pasa con ella? ¿Qué quiere saber?

—¿De qué hablaron?

—De que había comprado un todoterreno estupendo.

—¿Algo más?

—No mucho. Yo soy político, señora Dial, y la señora Huizenfelt es periodista. Por lo que a mí respecta, cualquier cosa que le cuente a un periodista puede aparecer publicada, así que me ando con cuidado. Según recuerdo, la señora Huizenfelt dedicó mucho rato a admirar algunos de los objetos que tengo en mi despacho, e hizo algunos comentarios sobre el dinero que he ganado en mi vida. Intuí que no sentía demasiado apego por la gente con dinero, y no me importa. Yo empecé de la nada y ahora soy una de las personas más ricas del estado. He llegado hasta aquí gracias al trabajo duro y a mi olfato, y cualquier otro ciudadano de este país puede hacer lo mismo. Entre tanto, no me dedico a quejarme de las pensiones que les pagamos a los funcionarios como ustedes. Se ganan cada céntimo, y Jesús les ama por lo que hacen.

Stride se inclinó hacia delante y apoyó los codos sobre la mesa de Lenny.

—Creemos que Margot tenía otros temas en mente cuando habló contigo —observó.

—¿Y cuáles podrían ser, Jon?

—Prostitución.

Lenny levantó los ojos al cielo.

—¿Aún sigues con esa investigación inútil? Creía que K-2 habría hablado contigo al respecto. Mira, soy el primero en admitir que tengo una filosofía bastante liberal en cuanto a lo que una mujer decida hacer con su cuerpo: si quiere ganar dinero con lo que Dios le ha dado, allá ella. Lo que ocurra después entre sus clientes y sus esposas es asunto suyo. No veo en qué sentido puede afectarme eso. O a ti.

—Solicitar los servicios de una prostituta sigue siendo un delito —señaló Stride.

—Y el asesinato también —añadió Serena.

Lenny bajó los pies de la mesa, abandonó su expresión de comercial y adoptó la de político. Cuando quería, resultaba intimidatorio.

—¿Insinuáis que tengo algo que ver con la desaparición de esa señora? ¿Que ella me tachó de putero y que yo me deshice de ella? Eso es una gilipollez. Si relacionáis mi nombre con todo este asunto, os arrepentiréis.

Stride miró a Serena.

—Creo que Jesús ya no nos ama.

—Supongo que no —convino ella.

—Mira, Jon, a lo largo de los años, hemos chocado más de una vez —continuó Lenny—. Eso no significa que no me gustes. Me gustas. Tú y yo tenemos mucho en común: los dos hemos pasado nuestra vida en Duluth. Los dos perdimos a la mujer que amábamos. Los dos hemos ido a cazar con K-2, y sabemos que el comisario de esta gran ciudad sería incapaz de apuntar bien con una escopeta aunque le fuera la vida en ello. Cuando te echo una bronca, no es un tema personal; es política. Y en este caso, os digo a los dos que estáis cometiendo un error, y no quiero que os explote en las narices.

—No estamos aquí para acusarle de nada, señor Keck —repuso Serena—. Sólo investigamos una sucesión de acontecimientos que nos genera cierta inquietud.

—¿Y eso?

—Deje que se lo explique. Hace unos meses, Margot escribió un artículo sobre una prostituta menor de edad. Por lo que sabemos, la chica se había acostado al menos con un hombre pudiente, alguien que no querría que el mundo descubriera que había contratado los servicios sexuales de una adolescente. Tal vez no sea el único. De hecho, corre el rumor de que hay una red de prostitución que opera con los profesionales adinerados de la zona. ¿Ha oído usted algo al respecto?

—Ni una palabra —contestó Lenny.

Su cara parecía una máscara.

—Hace más o menos un mes, Margot vino hasta aquí para comprar un todoterreno nuevo. No fue al concesionario más cercano a su casa, acudió a usted. Dos días después, empezó a buscar a Cat, la misma chica a la que había entrevistado meses atrás. De hecho, el sábado por la noche Margot estuvo con la tía de Cat. El chico que las vio, Curt Dickes, lo llamó entonces a usted. Justo al día siguiente, Margot desapareció y alguien empezó a perseguir a Cat. Y hace sólo unos días, alguien siguió a la chica después de que ella abandonara la fiesta que usted organizó. ¿Entiende ahora por qué tenemos tantas preguntas?

—Por supuesto —convino Lenny—. A mí también me resulta sospechoso. Lo único que puedo decirle es que Margot me compró un todoterreno. Eso es todo. Y en lo referente a esa desgraciada chica, no la conozco, y puedo asegurarle que nunca me he acostado con ella.

—Estaba en su fiesta —insistió Stride.

—Cuando yo me marché, la única mujer que había allí era mi vendedora, Phyllis, y no tiene precisamente aspecto de puta. Si la tal Cat o cualquier otra chica llegó más tarde, no es asunto mío. Y te sugiero enérgicamente que tampoco sea asunto tuyo, Jon. Considéralo un consejo amistoso, ¿de acuerdo? Cuando hace falta, sé jugar sucio; la política es un juego sucio. Antes de enfrentarte a mí, piensa en quién está viviendo bajo tu techo.

—Estás bien informado —observó Stride.

—Será mejor que me hagas caso, Jon.

—Entonces ¿no fuiste tú quien organizó lo de las chicas? ¿No sabes quiénes eran?

—No y no.

—Curt Dickes dice que lo organizó para ti.

—Bueno, si Curt y alguno de mis chicos repartieron algunos billetes para animar la fiesta, no me pusieron al corriente. En cualquier caso, estoy convencido de que no fue a cambio de sexo. Mis chicos tienen mucha labia; no necesitan pagar para conseguirlo.

—¿Qué hay de Curt? ¿Qué relación tienes con él?

—Hace años que conozco a ese chico, a él y a su familia. Buena gente. Curt ha tenido mala suerte y siempre que puedo ayudo a chicos como él. No he olvidado que yo crecí sin nada. Le pago a Curt para que reparta folletos por Canal Park, y él me manda clientes. Ahí termina nuestra relación.

—Va por la ciudad conduciendo un Fusion nuevecito que tú le regalaste —señaló Stride—. ¿Es la compensación habitual por repartir folletos?

—Le presté ese coche hace unos días, ¿y qué? Su cuatro latas está en mi tienda. Mira, a Curt le gusta alardear, y a mí me conviene que la gente presuma de mis coches. No deberías tomártelo en serio.

—¿Por qué le llamó a usted cuando vio a Margot al volante de uno de sus todoterrenos? —preguntó Serena—. Dice que ella estuvo preguntando sobre la relación entre los hombres ricos y la prostitución en la ciudad. Resulta interesante que sintiera la necesidad de advertirle acerca de ello.

—La mente de Curt alberga algunas ideas extrañas, pero yo ya soy mayorcito, señora Dial. Puedo cuidar de mí mismo. Ya se lo he dicho: Margot y yo hablamos sobre su vehículo nuevo. No sé qué le pasó después, pero yo no tengo nada que ver. Ahora, si quiere hablar de cambiar ese descapotable suyo, me encantará pasar el resto de la tarde con usted. Si no, el circuito de Peeble Beach me está esperando. Debo intentar mantener la maldita bola alejada del agua.

Stride y Serena se levantaron.

—Gracias por su tiempo —le dijo Serena.

—Para una mujer como usted, cielo, siempre tengo tiempo. Y Jon, siempre es un placer. Hablaba en serio: me gustas, y lamentaría que te metieras en problemas. K-2 es de la misma opinión. ¿Has captado el mensaje?

—Alto y claro —respondió Stride.

—Bien. Muy bien. Llámame cuando suban las temperaturas. Jugaremos unos hoyos.

—¿Juegas al golf? —preguntó Serena mientras espolvoreaba chocolate sobre la espuma del capuchino.

Stride sonrió.

—Una vez encontré un cadáver en un campo de golf. ¿Eso cuenta?

—Creo que no.

—Cindy sí que jugaba. Me compró un juego de palos, pero sólo los utilicé dos veces. Creo que siguen en el desván.

—¿Se le daba bien?

—¿A Cindy? Oh, sí. Estaba en el equipo de golf de la universidad. Solía jugar con K-2 y Steve muy a menudo. Creo que nunca la ganaron.

Encontraron una mesa en la zona de restaurantes del centro comercial de Miller Hill. El abarrotado espacio olía a palomitas dulces y comida china. Por los altavoces sonaban temas de los ochenta. Stride consultó el reloj: eran casi las tres. Dio un sorbo a su taza de café negro y contempló a un grupo de niños chillones que se perseguían entre las mesas.

—Y ¿qué le pasó a la mujer de Lenny? —quiso saber Serena—. Tiene ese enorme cuadro en la pared y ha dicho que los dos habíais perdido a la mujer que amabais.

—Es verdad —confirmó Steve—. Rebekah murió.

—¿La conocías?

—No, conocí a Lenny cuando la mataron. En aquel entonces, acababa de entrar en política. Tengo que reconocer que, cuando Cindy murió un par de años más tarde, me mostró su más sincero apoyo. Yo creía que después de eso las cosas serían distintas, pero para Lenny, la política es la política. Poco después, volvió a dedicarse a ponerme palos en las ruedas.

—¿Qué le pasó a su mujer?

—Entraron a robar en su casa y la mataron. Ford les había pagado un viaje a los cayos, pero Rebekah sufrió una intoxicación alimentaria y regresó antes a casa. Se topó de bruces con el ladrón, un inmigrante asiático llamado Fong Dao que le disparó en la cabeza.

—Qué horror.

—Sí. Se pueden decir muchas cosas de Lenny, pero la verdad es que se quedó destrozado. Se habían casado siendo muy jóvenes, mucho antes de que él amasara su fortuna. La mayoría de sus amigos decían que quien tenía olfato para los negocios era en realidad ella. También fue Rebekah la que le animó a meterse en política. La asesinaron durante la primera campaña de Lenny para las municipales. Al principio anunció su retirada, pero luego cambió de opinión y ganó por goleada.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace diez años, justo antes de Navidad.

—¿El mismo invierno en que murió Michaela?

—Sí. Marty mató a Michaela unas seis semanas después.

Serena frunció el ceño.

—¿Crees que podríamos establecer una conexión entre ambos hechos?

—No veo cómo. Cuando sucedió lo de Michaela, Fong ya estaba detenido. Había cumplido condena por media docena de robos en St. Paul y, tras un par de delitos similares cometidos en la ciudad, lo teníamos controlado. Encontramos el dinero y las joyas del robo en su apartamento, además de la pistola que utilizó para matar a Rebekah.

—¿Tuvo algún cómplice?

—Fong era un solitario, aunque tenía una novia. Si hubiera creído que podía conseguir un trato delatando a un cómplice, lo habría hecho sin vacilar.

—¿Y Lenny no volvió a casarse? —preguntó Serena.

—No, pero está claro que no hizo voto de castidad.

—¿Crees que miente acerca del asunto de la prostitución?

—Sí —confirmó Stride—. ¿Tú no?

Serena asintió.

—Sí. Si hay una red de prostitución de lujo operando en la ciudad, él está implicado. Tampoco creo que el hecho de que Margot empezara a buscar a Cat justo después de su charla con Lenny sea una coincidencia. Averiguó algo y quería que Cat la ayudara a demostrarlo. La cuestión es: ¿un escándalo relacionado con la prostitución sería suficiente para acabar con la carrera política de Lenny? Puede resultar embarazoso, pero hay políticos que han sobrevivido a cosas peores.

—No si la prostituta fuera una menor —señaló Stride.

—Y ¿merece la pena matar por ello?

—Aquí, Lenny tiene más poder que el alcalde. ¿Crees que renunciaría a eso por un polvo de una noche con una prostituta adolescente? Creo que haría cualquier cosa por salvar el cuello, y no le resultaría difícil encontrar a alguien que hiciera el trabajo sucio por él.

Serena hizo un gesto con la cabeza en dirección a una mujer que se abría paso hacia ellos a través de la muchedumbre que llenaba el centro comercial.

—Bueno, veamos qué nos cuentan sus empleados acerca de Lenny. Ésa es Phyllis Bowen, la mujer que le vendió el coche a Margot.

Stride y Serena se pusieron de pie para estrecharle la mano cuando llegó a su lado. La vendedora del concesionario de Lowball Lenny miró con recelo a su alrededor, como si temiera que alguien la reconociera en compañía de dos agentes de policía. Stride le ofreció un café, pero ella negó con la cabeza. En lugar de eso, colocó una bolsa de papel con el almuerzo sobre la mesa, aunque no la abrió. Se sentó frente a ellos y se revolvió incómoda en la silla.

—Le agradezco que haya accedido a reunirse con nosotros, Phyllis —le dijo Serena.

Bowen se encogió de hombros. Habría preferido no estar allí.

—Espero que no tardemos mucho. He salido con retraso.

—Sólo tenemos algunas preguntas más.

—Ya les he contado lo que sé. Le vendí un Explorer a Margot, fin de la historia. Había exprimido su último todoterreno hasta dejarlo seco: llevaba más de trescientos mil kilómetros.

—¿Le dijo por qué había acudido a ustedes? Es decir, ¿por qué no ir a un concesionario más cercano a su casa? Hay un concesionario Ford a cinco minutos de donde vive, en Grand Rapids.

—Nadie puede competir con nuestros precios. Vienen compradores de todas partes. Todo el mundo conoce a Lenny.

—Así es —convino Stride—. Háblenos de él.

Bowen toqueteó la bolsa de papel y la hizo crujir.

—Lenny dice que el concesionario es como una familia. Y las familias no cotillean acerca de sus miembros.

—Respeto su lealtad, pero estamos investigando una desaparición y al menos dos asesinatos.

—No sé nada al respecto.

—Tal vez no, pero usted podría ayudarnos. ¿Cómo es trabajar en el concesionario de Lenny?

Bowen frunció los labios.

—Es un club de hombres. ¿Y qué?

—Usted no es un hombre.

—Soy la excepción que confirma la regla. Los otros vendedores no quieren que haya pibones rubios en el concesionario, porque los clientes se dirigirían directamente a ellos. Supongo que soy lo bastante anodina como para que nadie se percate de mi presencia.

A Phyllis Bowen no le faltaba atractivo, pero Stride sabía que los hombres no volverían la cabeza a su paso. Tenía treinta y pocos años y era alta y delgada, con el pelo castaño cortado en una melena corta.

—Supongo que ahora entenderán por qué me tocó a mí levantarme cuando apareció una mujer como Margot —añadió Bowen.

—¿Levantarse? —preguntó Serena.

Bowen sonrió.

—Cada vez que entra un cliente, uno de los vendedores se levanta. El caso es que nadie quiso hacerlo por ella. Pero ya saben: quien ríe el último... Al final, cerré la venta.

—Debe de ser muy buena en su trabajo —comentó Stride—. El pasado fin de semana estuvo en la fiesta a bordo del *Frederick* en honor a los mejores vendedores, ¿verdad?

—Así es. Los vendedores más jóvenes no entienden que los compradores de coches no buscan que les adulen. Buscan una persona sólida, firme, segura, en la que

puedan confiar. Ésa soy yo.

—¿Cómo fue la fiesta? —quiso saber Stride.

Bowen alzó los ojos al cielo.

—Insoportable, pero no era opcional. Bebida. Chistes verdes. Más bebida. Me alegré de poder marcharme a casa con mi marido y mis hijos.

—¿A qué hora se fue? —preguntó Stride.

—A las once y cuarto. Cené un bistec en el Radisson, me quedé en el barco hasta que recogí mi trofeo y luego me marché.

—¿Oyó algún comentario? ¿Sabía si iban a ir chicas a la fiesta?

Bowen abrió la bolsa del almuerzo y sacó un *brick* de zumo. Clavó una pajita y aspiró el zumo de manzana. Un par de hoyuelos se dibujaron en sus mejillas. Cuando dejó el *brick* sobre la mesa, parte del líquido se derramó sobre la misma.

—Miren, esos tíos son mis compañeros; tengo que trabajar con ellos. No soy de las que acuden a un abogado en cuanto las cosas se ponen difíciles. No quiero que ni ellos ni Lenny piensen que soy una aguafiestas, ¿me entienden?

—Intentaremos mantener su nombre al margen —aseguró Serena.

—Vale, de acuerdo. Sí, claro que había chicas; siempre las hay. Todo el mundo sabe lo que puede esperar de la fiesta de los ganadores; por eso todos los años me retiro discretamente antes de que empiece la acción.

—¿Lenny lo sabe? ¿Es él quien lo organiza?

Bowen apretó los labios.

—No tengo ni idea; le vi marcharse pronto, ¿vale? Por lo que yo sé, los chicos lo organizaron por su cuenta.

—Resulta difícil creer que pase algo en la fiesta de Lenny sin que él lo sepa —observó Stride.

Bowen no dijo nada, pero arqueó levemente las cejas. Serena se inclinó y apoyó los codos en la mesa.

—Phyllis, ¿Margot le hizo alguna pregunta al respecto? ¿Le dijo que Lenny se acostaba con prostitutas?

Bowen jugueteó con la pajita del zumo y estiró el cuello para observar a la gente que paseaba por el centro comercial, pero siguió sin decir nada.

—Margot desapareció justo después de comprar ese todoterreno —explicó Serena.

—¿Creen que quiero arriesgarme a desaparecer yo también? —les espetó Bowen.

—¿Tiene miedo? ¿Lenny la ha amenazado?

La vendedora resopló, asqueada.

—Digamos sólo que Lenny me hizo las mismas preguntas que ustedes. Quería saber qué me había dicho Margot, y le expliqué lo mismo que a ustedes: que compré un Explorer nuevo y que hablamos de consumo por kilómetros, airbags y la posibilidad de acoplar un remolque. Eso es todo. ¿Por qué iba a contarme nada? Margot sabía que después podría hablar con Lenny.

—¿Y lo hizo?

—Si compras un coche, hablas con Lenny. Así es como funciona. Margot mencionó que tenía muchas ganas de conocerlo.

—Así que, cuando entró en la tienda, Margot ya sabía que podría hablar con Lenny —insistió Serena.

—Oh, sí, fue una de las primeras cosas que dijo. Quiso asegurarse de que aquel día Lenny estaba en el concesionario.

Serena y Stride intercambiaron una mirada.

—¿Qué dijo Lenny cuando la desaparición de Margot saltó a las noticias? —continuó Serena—. Ustedes debieron de comentarlo.

Bowen vaciló.

—Hizo una broma.

—¿Qué clase de broma?

—Dijo: «¿Quién iba a secuestrar a una mujer como Margot y abandonar ese magnífico todoterreno?».

—¿Eso es todo?

—Eso es todo.

Serena negó con la cabeza.

—Tengo la sensación de que no nos lo está contando todo, Phyllis.

Bowen parecía frustrada.

—Es un chisme, nada importante.

—¿Qué es? —insistió Serena.

—Margot hizo un comentario de pasada, eso es todo. No tiene importancia, ni siquiera se lo mencioné a Lenny.

—¿Qué dijo?

—Mientras cerrábamos el trato dijo algo acerca de que había visto a Lenny en un restaurante con una chica que parecía recién salida del colegio mayor. Hizo un comentario burlón, algo así como: «Supongo que puede permitirse lo mejor».

—¿Y usted le contestó?

Bowen frunció el ceño.

—Fue una estupidez. Ojalá no hubiera abierto la boca.

—¿Qué le dijo?

—Me reí y dije: «Sí, cuanto más jóvenes, mejor».

Maggie aparcó su *Avalanche* frente al hotel *Seaway*.

Bajó del vehículo y vio a un hombre mayor que respondía al nombre de Tugtug sentado en una tumbona de playa apoyada contra la pared del edificio. Sujetaba una lata de café entre las piernas y una piel de oveja le cubría los hombros. Tugtug llevaba unas gafas de sol que ocultaban por completo su ceguera y un pañuelo de camuflaje. Su pelo ralo y desaliñado y su barba eran blancos como la nieve. Se pasaba media vida en el *Seaway* y la otra media frente a la fachada del ayuntamiento, pidiendo limosna.

—Buenas tardes, sargento —la saludó en tono alegre—. ¿Cómo está esta tarde la agente más pequeña del mundo?

—No sé, Tugtug, dices que eres ciego, pero entonces ¿cómo puedes saber siempre que soy yo?

Tugtug señaló su vehículo, aparcado junto a la acera.

—Conozco el sonido de ese motor. Usted es una especie de piloto de la NASCAR pasado de vueltas. Un día de éstos, podría plantearse pisar el freno antes de llegar a su destino; he oído que el resto de conductores lo agradecería.

—Ja, ja. ¿Y qué, cómo estás? Hace tiempo que no te veía.

—Hace más que yo no la veo a usted —replicó Tugtug.

—Vaya, muy ingenioso. ¿No tienes frío? Ya es casi de noche.

—Sí, el encargado me ha dicho que puedo pasar la noche en una de las habitaciones vacías.

—¿Cómo va el negocio de la lata de café?

—No muy bien, ya que lo pregunta.

—¿Qué tal si te doy uno de mis cupones?

—Sería de agradecer.

Maggie metió la mano en el bolsillo de la chaqueta. Nunca daba dinero a los mendigos, pues sabía que lo malgastaban en drogas y alcohol. En lugar de eso, había abierto una cuenta en un restaurante de la ciudad e imprimía cupones para disfrutar de comidas gratis que repartía entre los vagabundos de la ciudad. Cada mes, el restaurante le pasaba la factura. Era un asunto privado: no se lo había contado a Stride. Dejó un cupón en la lata de café y Tugtug le dedicó una sonrisa de dientes negros.

Nadie sabía de dónde había salido su apodo. Él mismo aseguraba no recordarlo.

—¿Qué la trae a nuestro pequeño centro turístico, sargento? Últimamente no he detectado el olor de ningún cadáver, sólo los vómitos, meados y maría habituales, y el sudor, claro.

—De hecho, busco a Dory Mateo —explicó Maggie—. ¿La conoces?

—Sí, pero no la encontrará aquí.

Maggie lo miró con expresión de sorpresa, pero Tugtug era más fiable que un

GPS.

—¿No?

—No, esta mañana la he oído pasar zumbando por mi lado. Resollaba. Ha salido disparada hacia el banco y luego ha seguido corriendo. Y no ha vuelto.

—¿Estás seguro de que era Dory?

Tugtug ladeó la cabeza, como si la pregunta fuera un insulto.

—¿Te ha dicho algo? —preguntó Maggie.

—Ni una palabra, y eso que Dory suele dejar siempre un par de monedas en la lata de café. Pero hoy no.

—¿Alguien te ha preguntado por ella?

—Sólo usted.

—¿Algún desconocido ha estado rondando por aquí?

—Bueno, los visitantes no suelen presentarse con nombre y apellidos. Aunque un tipo se ha marchado con muchas prisas. Unos cinco minutos después que Dory. Le he saludado, pero él no me ha devuelto el saludo.

—¿Recuerdas algo de él?

—Olía un poco a isla.

—¿Qué?

Tugtug posó un dedo en su nariz.

—He notado una vaharada a coco.

Maggie se rio.

—Bueno, también olerás algo en mí, pero es champú Hawái Tropical. ¿Algo más específico?

—Lo siento; presto más atención a los que me echan algo en la lata.

—Vale, gracias, Tugtug. Nos vemos.

—Ojalá pudiera decir lo mismo, sargento —replicó él.

—Mierda, la he vuelto a cagar.

Maggie entró en el vestíbulo del Seaway y subió al trote las escaleras hasta el primer piso. Si Tugtug afirmaba que Dory no estaba allí es que no lo estaba, pero quería comprobarlo de todos modos. El pasillo estaba vacío, aunque oyó ruido tras las puertas. Un televisor a todo volumen. Parejas que discutían. Sexo. Aquel lugar siempre le había parecido una encrucijada de existencias desesperadas, y no la sorprendía en absoluto que Dory hubiera acabado allí.

Recordó haberla visto poco antes de que asesinaran a Michaela. Por aquel entonces, Dory no debía de tener más de veinte años y vivía en un apartamento situado encima del garaje de la casa de unos amigos de los padres de Brooke. Había conseguido dinero para comprar drogas y había esnifado hasta quedar casi catatónica, mientras la sangre le brotaba de las narinas.

Incluso en aquel estado, Dory sabía que algo malo iba a pasar. «Le dije a Marty que se mantuviera alejado de ella. Le dije que Michaela se acostaba con Stride, y él respondió que los mataría a los dos». Un día después, Michaela y Marty estaban

muertos. Como si un terrible presagio se hubiera cumplido.

Maggie se acercó a la puerta de la habitación de Dory y, al ver que estaba entreabierta, se detuvo y escuchó. Sólo oyó el silencio, pero actuó con cautela. Todos los polis de Duluth lo hacían con las puertas del Seaway. Más de veinte años atrás, un grupo de agentes había seguido a un sospechoso hasta una habitación del primer piso del hotel y se había visto sorprendido por una lluvia de disparos cuando intentaba detenerlo. Uno resultó herido en el pecho, y otro murió de un tiro en la cabeza.

Empujó la puerta con el talón de la bota. La habitación era muy pequeña y estaba vacía. No había ningún lugar donde esconderse. Dory no se había llevado nada: su ropa estaba esparcida sobre la cama y el cajón inferior de la desvencijada cómoda, abierto. La ventana que daba a la calle permanecía cerrada y la estancia olía a humo.

Maggie se quedó de pie en el centro de la habitación con las manos apoyadas en las caderas. Tenía un mal presentimiento. ¿Por qué había huido Dory?

Se acercó a la ventana y vio ceniza sobre el alféizar. Dirigió la vista hacia el cajón de la cómoda, cerca del suelo. Estaba abierto apenas quince centímetros, lo suficiente para entrever un montón de lencería barata hecha un revoltillo. Debajo de unas bragas blancas, un destello de palosanto destacaba sobre la superficie plastificada del fondo. Se agachó y apartó con un dedo la ropa interior, y lo que vio entonces fue el mango curvo de palosanto de un cuchillo.

Tenía manchas oscuras, y la hoja de acero estaba cubierta de salpicaduras granate de sangre seca. Lo reconoció: era un cuchillo de cocina Victorinox, y formaba parte de un costoso juego.

Era el cuchillo que había matado a Kim Dehne.

La noche cayó como una piedra bajo el manto de nubes.

El aire frío había resucitado el invierno y la nieve de abril caía en ráfagas desde la oscuridad del cielo. El hombre podía oír el silbido amortiguado de los copos fuera del garaje abierto. Bajo el cobijo del techo, apenas distinguía los pinos que crecían alrededor de la vieja casa, y el camino rural estaba vacío.

Podía moverse con seguridad.

Se montó en el Charger, encendió el potente motor y salió marcha atrás. Los neumáticos chirriaban sobre el camino bacheado. Martin Road se hallaba en el extremo más septentrional de la ciudad. Se vio rodeado por un bosque inhóspito, mientras la nieve caía con intensidad. Sabía que no tardaría en cubrir las huellas de sus neumáticos y dejar un lecho virgen entre los árboles.

Giró a la derecha. Las ruedas traseras levantaron una nube blanca, como un tornado. Seis kilómetros más adelante no se había cruzado con una sola alma. Cuando al final vio unos faros redujo la velocidad, pero resultaron no ser más que un par de ojos brillantes tras una cortina de nieve. Llegó a Rice Lake Road y giró al sur, hacia la ciudad. El tráfico se hizo más denso, pero para cualquiera que no fuera un policía, un Dodge Charger negro sólo era otro de esos elegantes deportivos. Se acercó al corredor urbano embargado por una sensación de seguridad. A su alrededor los coches resbalaban en los cruces, y él se aseguraba de dejarles espacio suficiente. No podía permitirse sufrir un accidente.

Agarraba con fuerza el volante. Sus manos estaban enfundadas en unos guantes quirúrgicos y encima llevaba otros de piel. Un gorro de lana cubría su pelo por completo. Era consciente de todo lo que podía desprenderse de su cuerpo. Saliva. Una escama de piel muerta. Mucosa nasal. Las posibilidades de que la policía de Duluth recogiera pruebas del vehículo para un análisis de ADN eran escasas. Aquello era el mundo real, no *CSI*. Pero de todos modos, actuaba con precaución.

Las empinadas calles del centro eran como las de San Francisco, y no como tenían que ser las del Medio Oeste invernal. Se deslizó colina abajo sorteando los semáforos en ámbar, con un ojo avizor por si veía un coche patrulla. Aquél era el sitio donde los polis se reunían, donde había más posibilidades de que le vieran. Todos los agentes de la ciudad estaban buscando un Dodge Charger oscuro. Si la matrícula no coincidía, lo seguirían igualmente. Podían incluso ordenarle que se detuviera y descubrir las manchas de sangre en la tapicería de cuero. No podía permitir que ocurriera.

Contuvo la respiración, pero la tormenta le proporcionaba refugio. Atravesó el centro y cruzó la interestatal hacia Canal Park. Como un fantasma en la nieve, enfiló una calle secundaria en dirección al puente levadizo y se dirigió a The Point.

Se hallaba a cinco kilómetros de la casa de Stride.

—Tenemos que encontrar a Dory —le dijo Stride a Cat.

La chica estaba sentada con las piernas cruzadas sobre una de las camas individuales de la habitación que daba a la calle y se aferraba a la cadena dorada que colgaba alrededor de su cuello.

—No sé dónde está. No entiendo qué está pasando. ¿Habéis encontrado el cuchillo con el que mataron a Kim en el cuarto de Dory?

—Así es.

—No sé cómo llegó allí.

—¿Abriste el cajón inferior de la cómoda? —preguntó Stride—. ¿Miraste dentro?

—No me acuerdo; creo que no. Y no dejé ahí el cuchillo. De verdad, no lo hice.

—¿Qué me dices de Dory? —le preguntó Serena desde la otra cama—. ¿Es posible que ella tuviera el cuchillo?

—No. ¿Por qué iba Dory a hacerle daño a Kim? —repuso Cat—. Ella no haría algo así.

Stride se puso en pie. Cat temía mirarlo a la cara, descubrir una expresión sombría de sospecha y preocupación. Notaba la brecha que se había abierto entre ellos. Era como el resto de la gente: ya no confiaba en ella.

—Tal vez tengas razón —convino él—, pero tenemos que hablar con ella cuanto antes. Dory está enferma, ya lo sabes. Las drogas pueden cambiar a la gente de un modo terrible.

—Ella siempre me ha dicho que es una mala persona —dijo Cat—, pero no de esta manera. Ella no haría algo así —repitió.

Serena se levantó de la cama, se arrodilló frente a Cat y le acarició el pelo. Era una mujer fuerte; algo en ella atraía a Cat del mismo modo en que lo haría una madre. Una conexión. Una necesidad.

—Cat, escúchame. Sé que es tu tía y que la quieres, pero tienes que pensar bien en esto. ¿Es posible que tenga algún problema grave? ¿Que sea violenta?

«Oh, Dory, dime que no es cierto».

—No... creo que no.

—No pareces muy convencida —señaló Serena en voz baja.

—Lo estoy. Estoy segura: Dory no lo hizo, y yo tampoco.

Stride se sentó en la cama, a su lado.

—No creemos que tú lo hicieras, Cat.

Ella apartó la vista de ambos.

—Sé que te he mentado; te he ocultado cosas, y lo siento. Pero ahora no miento. Alguien está detrás de todo esto.

Stride sacó una foto de su bolsillo y la sostuvo frente a ella.

—¿Conoces a este hombre?

Ella lo miró. Era uno de esos hombres maduros que la miraban con lascivia, como tantos otros. Eran todos iguales, pero algo en éste le resultaba familiar.

—Creo que lo he visto en la televisión. ¿Quién es?

—Se llama Leonard Keck —dijo Stride.

—Ah, Lowball Lenny. El tío de los coches. Sí, he visto sus anuncios. «Si buscas un buen trato, ¡encuentra a Lowball!». Es ése, ¿verdad?

—Sí. ¿Lo conoces?

—¿En persona? No.

—¿Estás segura?

Cat volvió a mirar la foto.

—Bastante.

—¿No te has acostado nunca con él? ¿No ha sido tu... cliente?

Cat abrió los ojos desorbitadamente.

—¡No!

—Una vez me contaste que no les miras a la cara. ¿Es posible que no lo recuerdes?

—Bueno, intento olvidar las caras, pero a él lo habría reconocido; no lo habría olvidado. Nunca me he acostado con él.

Stride se puso de nuevo en pie y Cat pensó que parecía decepcionado.

—¿Crees que ha sido él? —preguntó—. ¿Es quien trata de hacerme daño?

—No lo sé —contestó Stride—. Creía que tal vez tú supieras algo que pudiera resultar una amenaza para él.

—Creo que nunca he estado con él, de verdad —insistió Cat—. Lamento que no sea lo que querías oír.

Serena también se levantó.

—No lo laments, Cat. Es mejor que no lo hayas conocido.

Cat asintió.

—Vale.

—Si necesitas algo, estaremos aquí fuera —indicó Stride—. Intenta dormir un poco.

Cat alargó el brazo y cogió la mano de Serena.

—Mañana por la mañana, ¿me acompañarás a ver al doctor Steve?

Serena sonrió.

—Te lo prometo.

La dejaron en la habitación y cerraron la puerta. Cat no estaba cansada, pero apagó la luz. Prefería la oscuridad; en ella podía esconderse. Al otro lado de la ventana, la nieve bailaba con el viento. Salió de la cama y contempló el mundo exterior. El césped se había reñido de blanco.

Abrió la ventana y asomó la cabeza y los hombros al frío de la noche. Llevaba una sudadera rosa, pantalones de pijama y los pies enfundados en zapatillas. Los copos de nieve se posaban en su pelo, se derretían sobre sus mejillas. Un par de casas

todavía tenían las luces navideñas encendidas, haciendo que pareciera que la Navidad hubiera regresado al barrio. A poca distancia, se oyó el ladrido de un perro; un ladrido pequeño, con un leve aullido, como un terrier que fingiera ser un gran danés, un sonido que la hizo sonreír.

Cat miró hacia el suelo y su sonrisa se desvaneció.

Había huellas sobre la nieve, bajo la ventana.

—Te llevo ventaja —le dijo Brooke a Maggie al tiempo que sostenía una copa de vino blanco casi vacía—. Es mi segunda copa. Ya estoy un poco alegre.

Maggie se sentó con ella en el reservado.

—Te cojo enseguida.

Estaban en el Black Woods, en el extremo norte de London Road. Era el local preferido de Brooke. Los ojos de Maggie se vieron atraídos hacia una mesa vacía para dos junto a la ventana. Sabía que era donde Kim Dehne había pasado la tarde del sábado con Cat. Su última tarde.

—¿Un mal día? —preguntó Brooke al ver su ceño fruncido.

—Tengo un don increíble para joderme la vida.

Brooke se colocó el pelo por detrás de las orejas.

—¿No lo tenemos todos?

La camarera le trajo a Maggie una copa del mismo vino que Brooke, un Pinot Grigio, y Maggie se bebió la mitad de un trago.

—He empezado el día acusando a mi jefe de asesinato.

Brooke se atragantó con un bocado de atún a la pimienta.

—¿Qué?

—Vi la grabación de una de las sesiones de Cat con Roslak —explicó Maggie—. Él intentaba retrotraerla a la noche en que murieron sus padres. Las palabras de Cat me hicieron pensar que, cuando Marty mató a Michaela, había alguien más; que no tuvo por qué ser Marty quien apretara el gatillo contra sí mismo.

—Eso es una locura.

—Sí, bueno, dejé que mi boca se adelantara a mi cerebro y le pregunté a Stride si había sido él. Una estupidez. Lo que me pasa es que estoy cabreada con él. Serena ha vuelto a la ciudad, y eso no ayuda.

—Menuda sorpresa —repuso Brooke—. Seguro que te lo esperabas.

—Lo sé, no debería fastidiarme, pero lo hace. Además, estoy dejando que todo esto afecte a mi nueva relación.

—Sí, he oído que sales con un poli —comentó Brooke.

Maggie dejó la copa sobre la mesa con un golpe, y Brooke palideció.

—Lo siento, ¿se supone que era un secreto? Porque lo sabe todo el mundo.

—¡Maldito Guppo! —renegó Maggie—. ¿Te acuerdas de Ken McCarty?

—Claro.

—Estamos juntos.

El rostro de Brooke reflejó su desaprobación.

—No es mi intención meterme donde no me llaman, pero tu historial con los hombres no es muy brillante.

—No, tienes razón.

Maggie se terminó el vino justo cuando la camarera le traía una segunda copa.

—Oye, necesito tu ayuda. Hemos oído rumores acerca de una red de prostitución de lujo que podría estar operando en la ciudad. Tipos con pasta, algo parecido a la red que se desmanteló en Minneapolis hace unos años. Ya sabes, abogados y ejecutivos dispuestos a pagar por chicas de bandera.

—En el refugio no suele haber chicas de bandera —señaló Brooke.

—Pensaba en universitarias que necesiten el dinero —le explicó Maggie—. Puede que alguna de ellas haya pasado por el refugio para hacerse un análisis de enfermedades de transmisión sexual.

—Claro, pero la mayoría no da su nombre.

Maggie frunció el ceño.

—¿Qué me dices de Lowball Lenny? ¿Algún rumor de que pague por compañía de lujo?

—¿Lenny? —Brooke parecía genuinamente sorprendida—. ¿Dónde has oído su nombre?

—Dio una fiesta en el *Frederick*. Cat estuvo allí junto con otras chicas. Chicas de compañía.

—Sí, me enteré de lo de la fiesta. Las chicas estuvieron hablando de ello la semana pasada, pero no oí el nombre de Lenny. No creo que se arriesgara a que lo pillaran involucrado en un asunto tan escandaloso.

—Tiran más dos tetas que dos carretas —observó Maggie.

—¿A qué vienen estas preguntas? —quiso saber Brooke—. ¿Qué ocurre?

—Es probable que Margot Huizenfelt estuviera indagando acerca de la supuesta red de prostitución cuando desapareció.

—¿Y crees que se acercó demasiado?

—Quizás. Aunque ahora nos ha surgido un problema nuevo.

—¿Cuál?

—Dory Mateo —contestó Maggie.

Brooke dejó la copa en la mesa y frunció el ceño en un gesto de preocupación.

—¿Dory? ¿Qué ha pasado?

—Encontré el cuchillo que usaron como arma en uno de los asesinatos de la semana pasada. Estaba en su habitación.

Brooke se cubrió la boca con los dedos, largos y finos.

—Oh, Dios mío, no.

—Dory también fue una de las últimas personas que vio a Margot con vida.

—Dory no es una asesina —dijo Brooke.

—Entonces ¿por qué ha huido? Se marchó del Seaway con mucha prisa y nadie la ha visto desde entonces.

—Yo... vi a Dory anoche. Estaba asustada; creía que alguien iba por ella.

Maggie frunció el ceño.

—¿Por qué coño no me llamaste?

—Dory estaba hecha un manojito de nervios. No la creí; lo que decía no tenía

ningún sentido.

—¿Qué dijo?

—Sabía que Margot había desaparecido y creía que ella sería la siguiente.

—¿La siguiente? ¿Por qué?

Brooke vaciló.

—No... no puedo decírtelo. Dory es mi amiga.

Maggie le rodeó la muñeca con los dedos. La piel de Brooke estaba caliente y su pulso se aceleró.

—Brooke, si crees que así proteges a Dory, estás muy equivocada. Sólo lo estás empeorando.

—Te digo que estaba paranoica, iba colocada. Pensaba que la desaparición de Margot se debía a algo que ella le había contado. Le dije que no era cierto, que no había ninguna relación entre ambas cosas. No es posible, no después de tanto tiempo.

—¿Qué le contó Dory a Margot? —preguntó Maggie.

—No debería decir nada, no es asunto mío. Tendrás que preguntárselo a ella.

—Maldita sea, Brooke, te lo estoy preguntando a ti. ¿Qué le contó Dory a Margot?

Brooke bajó a la vista a la mesa, roja como un tomate.

—Sucedió hace años, no tiene nada que ver con lo que está ocurriendo ahora. Dory se aborrecía por ello.

—Explícamelo.

—Fue justo antes de que mataran a su hermana —empezó a contar Brooke—. Dory necesitaba dinero para comprar drogas; estaba desesperada. Él sabía que haría cualquier cosa para conseguir la pasta, así que... le pagó para que se acostara con él. Ella nunca se lo perdonó a sí misma.

—¿Quién? ¿Quién le pagó?

—Marty —contestó Brooke—. Fue Marty. Dory se acostó con Marty.

Las huellas se alejaban de la ventana. Cat las siguió con la vista y distinguió a Dory en mitad del césped. Sostenía un cigarrillo en una mano y, con la otra, se sujetaba el vientre. El humo del cigarrillo se mezclaba con el vaho que exhalaba por la boca.

Cat se escurrió por la ventana del dormitorio y se dejó caer en el suelo. La nieve estaba resbaladiza bajo las suelas de goma de sus zapatillas. Se deslizó como un esquiador por el césped hasta donde estaba su tía y se lanzó hacia ella con los brazos abiertos.

—¡Dory! ¡Me alegro tanto de que estés bien!

Dory le devolvió un débil abrazo. Cat se percató de que la cara de su tía estaba tan pálida como la nieve; las lágrimas dejaban un rastro helado en sus mejillas. Tenía los ojos enrojecidos y le temblaba todo el cuerpo.

—Oh, Dios mío, ¿qué pasa? —preguntó Cat.

A Dory le costaba pronunciar las palabras.

—Tenía que hablar contigo —farfulló.

—Te estás helando; entra en casa.

—¡No! Me marcho para siempre de la ciudad; será mejor para ti.

—¿Estás de broma? No digas esas cosas, Dory.

Dory puso las manos sobre las mejillas de Cat; sus dedos estaban fríos y mojados. Una sonrisa triste y rota se dibujó en el rostro de su tía.

—Quería verte antes de partir.

—Entra conmigo, por favor. Deja que te ayude.

—No, no puedo.

El corazón de Cat se vio embargado por la preocupación.

—Dory, no has hecho nada malo, ¿verdad? Dime que no. Han encontrado un cuchillo en tu habitación, cubierto de sangre.

—¿Un cuchillo? ¿En mi habitación?

—Es el cuchillo con el que mataron a la mujer con la que yo estaba. ¿Tú... le hiciste daño?

—¡No! Cat, ¿cómo has podido pensar algo así?

Dory tendió los brazos para abrazarla, pero Cat retrocedió. La imagen del cuchillo ocupaba sus pensamientos. Y la sangre, sangre por todas partes. La sangre dibujando una araña sobre el suelo. Resultaba tan vivida que el estómago le dio un vuelco y sintió náuseas.

—Tienes que creerme, ¡no fui yo! —insistió Dory—. Jamás te pondría en peligro, lo sabes. Siempre he querido protegerte. Salvarte. Eso es lo que habría querido Michaela.

—Pero Dory, el cuchillo...

—¡Alguien lo puso ahí! Había alguien esperándome en la habitación, por eso he huido.

Cat deseaba creerla. Les había jurado a Stride y Serena que Dory era inocente, pero habría dicho lo mismo aunque no fuera cierto. Dory era su única familia, y uno no traicionaba a la familia. Si te pedían la vida, se la dabas.

—Si no has hecho nada, cuéntale a Stride lo que ha pasado —le pidió Cat—. Si te marchas, pensará que eres culpable.

—No me importa lo que piense, ni él ni nadie. Sólo quiero marcharme tan lejos como pueda de este lugar. A un sitio cálido, donde no exista el pasado.

—¿Y yo? —preguntó Cat—. ¿Vas a dejarme sola? ¿Qué voy a hacer sin ti?

Dory le tendió una mano.

—Ven conmigo.

—¿Qué?

—Ven conmigo. Escúchame, Catalina: podemos huir las dos juntas. Estaremos a salvo, nadie nos encontrará nunca. ¿No te lo imaginas? Tú y yo partiendo de cero. Será como si nada hubiera sucedido. Podremos olvidar a todas las personas que nos

han hecho daño. ¡Olvidarlas! ¡Como si nunca hubieran existido!

Huir. Escapar para siempre.

Cat deseaba decir que sí. Un nuevo comienzo, una nueva vida: sonaba al paraíso. Quería marcharse en aquel mismo momento, sin pensarlo dos veces. Podrían vivir en un sitio donde William Green no importara. Donde Vincent no importara. Donde las cosas que había hecho no importaran.

Pero Cat sabía que aquel sitio no existía.

También sabía que ya tenía una nueva vida. Crecía en su interior.

—Dory, no puedo marcharme; tengo que quedarme aquí. Estoy embarazada, voy a tener un hijo.

Su tía abrió la boca; en parte por la sorpresa, en parte por miedo. Cat no se engañaba con Dory: no era una mujer fuerte. Ante algo así, era poco más que una mariposa en mitad de un huracán.

—Yo podría ayudarte —dijo Dory sin asomo de convicción.

—Lo sé —mintió Cat—, pero ésta es mi decisión, no la tuya. Tengo que hacerlo sola.

Cat vio el alivio reflejado en la cara de su tía.

—Si eso es lo que quieres...

—Lo es, pero me gustaría que te quedaras. Quiero tenerte cerca.

Dory negó con la cabeza.

—No, estarás mejor sin mí. Sobre todo ahora. Sólo he venido a decirte una cosa.

—¿El qué?

Dory abrió y cerró los puños. Daba la sensación de estar intentando arrancarse las palabras del pecho.

—Es sobre tu padre —empezó—. Era un mierda, nada más que un mierda. Sé que no te gusta que hable así, pero es verdad, lo siento.

El rostro de Cat se ensombreció.

—No sigas, Dory.

—¡No! Tienes que escucharme, tengo que contártelo. Marty me acusaba de haber puesto a Michaela en su contra, decía que era como un veneno. Se alegró de que las drogas me arruinaran la vida. Después de caer en la miseria y de que todo se fuera a la mierda, venía a verme para reírse y decirme que era una inútil.

Cat se mantuvo en silencio.

—Ese invierno, ese último invierno, Marty vino a verme una noche. Yo estaba al borde del precipicio, Cat, sin dinero, sin comida. Estaba hecha un ovillo como una criatura, y sólo podía pensar en cómo iba a conseguir más drogas. Era lo único que me importaba. Él se plantó frente a mí y empezó a insultarme. Me dijo que era la persona más patética del planeta, y no se equivocaba. Dijo que me daría dinero. ¡Quinientos dólares! Yo necesitaba ese dinero, *bonita*, tienes que entenderlo. Lo necesitaba. Lo único... lo único que tenía que hacer era...

Dory se apretó las sienes con las manos, como si pudiera arrancarse el recuerdo

de la memoria.

—Me hizo... Tuve que dejar que... tuve que dejar que...

—Te prostituiste con mi padre.

—¡Lo siento mucho! Dios, Catalina, he cargado con ese peso en la conciencia durante todos estos años, como un cuchillo clavado en el pecho. Y perder a Michaela, después de lo que le hizo... Siempre he creído... Siempre he imaginado que se lo contó mientras la mataba. Que le contó lo que yo había hecho y que eso fue lo último que oyó, la última cosa que ocupó su corazón antes de morir.

«No no no no... Dios mío... Dios mío...».

«Por favor... Me muero... Me muero».

—No es cierto —contestó Cat—. No te mencionó.

—¿Lo recuerdas? —preguntó Dory.

—Algunas cosas. Hace días que no me lo quito de la cabeza. Ojalá pudiera olvidarlo.

—¿Podrás perdonarme algún día, Catalina?

Cat abrió la boca, pero no tuvo tiempo de pronunciar una sola palabra. La fría noche se partió como las piezas de un caleidoscopio que giraba enloquecido dentro de su cabeza. Fue consciente de que había un coche en la calle, de que una ventanilla se abría. Era un coche negro, un coche que traía la muerte. Dory dio dos pasos hacia ella, abriendo los brazos para abrazarla del modo en que un ángel extendería sus alas. No vio el coche que había detrás de ella, no vio el peligro mortal que se cernía sobre ella, no vio el cañón de la pistola que aparecía por la ventanilla. Cat gritó para advertirla, pero era demasiado tarde.

Vio la súplica desesperada reflejada en el rostro de Dory —«perdóname»— y, al instante siguiente, la luz se desvaneció de sus ojos.

Su frente explotó y bañó a Cat en sangre y sesos. Cat oyó el borboteo de un grito en su propia garganta, simultáneo al disparo del arma. Dory se desplomó sobre Cat y las hizo caer a ambas sobre el frío suelo.

Para cubrirla. Para protegerla.

Los disparos sonaron una y otra y otra y otra y otra vez. La nieve y la tierra estallaban a su alrededor. Gritó hasta quedar sin aliento. Cuando por fin el sonido de las balas se detuvo, el motor rugió y el coche se perdió en la noche. Cat fue incapaz de ponerse en pie. Se agarró a Dory, que permanecía inmóvil entre sus brazos. La sacudió con fuerza y la llamó en vano por su nombre: Dory estaba tendida sobre su cuerpo como un peso muerto. Los restos de la vida de su tía le salpicaban la cara. Antes de que aquel aire gélido empezara a enfriarla, Cat sintió la sangre de Dory todavía caliente sobre la piel.

—¡Cat!

Stride se puso en pie de un salto. Los disparos y los gritos se sucedieron con rapidez. De repente, se interrumpieron. No duró más de cinco segundos. Cruzó la casa entera corriendo y abrió la puerta del dormitorio de Cat, pero la habitación estaba vacía y la ventana, abierta. Una ráfaga de nieve y viento levantó las cortinas.

—¡Está fuera! —le gritó a Serena.

A su espalda, Serena abrió la puerta principal y salió al porche. Stride la oyó gritar:

—¡Hay un cuerpo en el jardín! ¡Hay mucha sangre! ¡Pide una ambulancia, rápido!

Stride agarró el teléfono que llevaba colgado del cinturón y llamó a emergencias mientras seguía a Serena por la nieve. Al principio sólo vio un cuerpo tendido boca abajo sobre la hierba, inerte. Cat. Entonces distinguió un movimiento y oyó la voz de la chica, que repetía un nombre una y otra vez.

Dory.

Serena se agachó y agarró a Dory del hombro, pero la cabeza de la mujer cayó como la de una muñeca de trapo. Stride vio el orificio de salida que había destrozado la mayor parte de su cráneo y ayudó a Cat a liberarse del peso del cuerpo de su tía. La chica gemía y lloraba, incapaz de sostenerse en pie. Su cara y su ropa estaban cubiertas de sangre, hueso y sesos, y a primera vista Stride no supo decir si los disparos también la habían alcanzado.

—Cat, ¿estás herida?

La chica no contestó. Él la tumbó en la nieve y le examinó con cuidado la cabeza, las extremidades y el torso; no encontró orificios de bala en su ropa ni heridas en su cuerpo.

—Creo que no han alcanzado a Cat, pero está en estado de *shock* —explicó—. ¿Y Dory? ¿Está muerta?

Serena comprobó su pulso y asintió.

—La herida ha sido fatal.

Serena empuñó la pistola, se agachó y se lanzó como una flecha hacia la carretera que atravesaba The Point. La zona estaba extrañamente tranquila y desierta, cubierta por un manto de nieve. Si los vecinos habían oído los disparos, se resguardaban tras las paredes de sus casas.

Stride estrechó la mano de Cat entre las suyas, y ella abrió los ojos. Su cuerpo se estremecía de miedo. Él la sujetó con suavidad por los hombros para que no se incorporara.

—Tranquila, no te levantes.

—Dory —dijo ella—. Dory está herida.

—Lo sé.

—¿Está bien?

—Quédate tumbada, Cat.

Cat se incorporó de todas formas y vio el cuerpo de su tía a dos metros, muerta sobre la nieve. Soltó un gemido y hundió la cara en el pecho de Stride, que le rodeó el cuerpo con el brazo y la dejó sollozar.

Serena, de pie en mitad de la calle, se metió el arma en el cinturón.

—Hay huellas de neumáticos en la nieve —gritó—. Según parece, el tirador ha disparado desde un coche. Se ha ido, a menos que podamos levantar el puente en los próximos segundos.

—No quiero bloquear el camino de la ambulancia —dijo Stride—. Quiero que le echen un vistazo a Cat. Si tenemos suerte, le pillaremos cuando llegue a la ciudad.

Aunque en realidad Stride no creía que la suerte estuviera de su parte. Aguzó el oído, pero no oyó las sirenas en la distancia. La tormenta había ralentizado la respuesta del servicio de urgencias en Duluth y andaban escasos de efectivos. Consultó el reloj y calculó que habían pasado apenas tres o cuatro minutos desde el tiroteo. Lo más probable era que el asesino hubiera escapado a gran velocidad a través del puente, y una vez llegara a las calles de Canal Park, podía ir a cualquier parte.

Serena se reunió con ellos en el jardín.

—Hace frío. Deberías llevarla dentro; yo me quedaré aquí.

Stride ayudó a Cat a ponerse en pie. Tenía las rodillas trémulas y él la rodeó por la cintura con el brazo.

—Deberíamos entrar —dijo él.

—No, espera.

—Quiero que te tumbes, Cat.

—Tengo que despedirme.

—Ya habrá tiempo para eso.

—No, tengo que hacerlo ahora. Por favor.

La ayudó a avanzar por el suelo pisoteado donde Dory yacía boca abajo, con la cara vuelta hacia un lado y el pelo apelmazado por la sangre. La nieve empezaba a cubrir su cuerpo de blanco. Cat se arrodilló junto a ella. Los ojos sin vida de Dory estaban abiertos y, antes de que Stride pudiera detenerla, Cat alargó la mano y se los cerró. Luego se persignó, un gesto que cogió por sorpresa al teniente.

Cat apartó los copos del abrigo de Dory y la besó en el hombro. Luego acercó sus labios al oído de su tía y susurró algo. Stride logró distinguir sus palabras.

«Te perdono».

Maggie aceleró hacia el sur por la interestatal 35. Sus limpiaparabrisas estaban bloqueados por el hielo, así que se veía obligada a forzar la vista entre las vetas mojadas y las nubes de nieve que cruzaban los haces de luz de sus faros. No había

nadie más en la carretera. Incluso bajo los gigantescos neumáticos de su Avalanche, el piso se había vuelto resbaladizo. Cuando tomó la salida de Lake Avenue y pisó el freno, notó como el coche se deslizaba sobre el asfalto.

Subió en dirección al cruce, se saltó el semáforo en rojo y enfiló hacia The Point. Comprobó los retrovisores y se percató de que era la primera agente en llegar a la zona. Su todoterreno salió disparado del cruce de Railroad Street y, al mirar hacia la izquierda, vio aparecer y desvanecerse el destello de unas luces traseras a poco más de medio kilómetro hacia el sur. Tal vez fuera un fantasma en la tormenta. Un segundo después, los edificios de Canal Park le bloquearon la vista y el coche, si es que era un coche, se desvaneció.

Maggie pasó rugiendo junto a hoteles y tiendas. A aquella hora de la noche, las aceras de la zona turística del centro estaban desiertas y la mayoría de plazas de aparcamiento de la calle, vacías. Giró a la derecha en el edificio Dewitt-Seitz, derrapando con las ruedas traseras, y luego a la izquierda en Lake Avenue. La alta mole gris del puente se erguía frente a ella.

«Luces traseras», volvió a pensar.

No podía apartar aquel fantasma de su mente. Había visto un coche que se alejaba a gran velocidad.

Maggie se detuvo en mitad de la calle, momentáneamente paralizada por la indecisión. Ojalá no se hubiera tomado tan deprisa aquellas dos copas de vino; sus reflejos se habían enlentecido. Su instinto era lo único en lo que podía confiar ahora, y le decía a gritos que estaba cometiendo un error.

«Da media vuelta».

Giró ciento ochenta grados y se lanzó de nuevo hacia Railroad Street, levantando una nube de nieve a su paso. Viró hacia la izquierda, pero la calle que se abría ante ella estaba oscura y vacía. Era demasiado tarde: el coche había desaparecido. Avanzó un kilómetro y medio, dejando atrás el auditorio y Bayfront Park, y siguió la calle hacia la zona industrial, cerca de la línea de ferrocarril; las pirámides de taconita y madera parecían montañas nevadas. Maggie estaba sola en la tormenta, no había nadie más con ella.

El coche había desaparecido.

Maggie soltó una maldición, dio media vuelta y desanduvo el camino. Tomó la autovía hacia el centro en Bayfront Park y se detuvo en lo alto del paso elevado. Unos cuantos coches desafiaban la tormenta en ambas direcciones; en el centro, algunos vehículos solitarios sorteaban los cruces.

Quienquiera que hubiera visto, era tan difícil de encontrar como una aguja en un pajar.

La radio cobró vida.

—Eh, Maggie, ¿eres tú la que va en esa barcaza amarilla que hay en el paso elevado de Fifth Avenue?

Era Guppo.

—Soy yo —confirmó ella—. ¿Dónde demonios estás?

—Voy hacia el norte.

Maggie observó el tráfico de la autovía y vio los faros de un coche patrulla que se acercaba desde el sur.

—He visto un coche procedente de The Point que podría ser el del tirador, pero lo he perdido —informó Maggie.

—Tal vez no. Yo he visto lo que parecía un Charger negro en dirección contraria. Ha tomado la 53 en dirección al Hill.

A Maggie se le disparó la adrenalina. Salió lanzada con el Avalanche y aceleró para incorporarse a la interestatal en dirección sur. La carretera se empinaba hacia Miller Hill, donde dibujaba una «T» en el cruce con Central Entrance, la principal vía que atravesaba las llanuras del norte de la ciudad. Si seguía en la autovía, podían acorralarlo cerrándolo por tres lados.

—Le seguiré por la 53 —le comunicó a Guppo—. Tú haz lo mismo por Mesaba y dirígete a Central Entrance por el este. Haz que un par de coches se acerquen al aeropuerto para cercarlo desde el oeste.

—Hecho.

Maggie abandonó la interestatal y adelantó a un Corolla que circulaba lentamente por el carril derecho. La 53 subía hacia el norte en una serie de curvas cerradas, e incluso el potente motor de su Avalanche tenía que esforzarse para no perder la tracción al asfalto cubierto de nieve. Avanzaba a una velocidad desquiciantemente lenta. Pasó los semáforos de la Enger Tower y el Lake Superior College; cuando la carretera dejó de subir, pudo acelerar. A través de la nieve, vio unos faros delante de ella y se acercó al vehículo con rapidez.

Si la vio, si pensó que la policía lo perseguía, no huyó. Cuando se acercó al coche, Maggie vio que se trataba de un Dodge Avenger azul y no de un Charger negro.

—Guppo, ¿estás seguro de que era un Charger negro? —preguntó por radio—. Voy detrás de un Avenger azul.

—Seguro —respondió él—. No es él.

Maggie adelantó al Avenger y continuó hasta el cruce de Central Entrance. Observó el tráfico en ambos sentidos, pero no divisó el deportivo. Desde el noroeste, dos coches patrulla se acercaban hacia ella. Guppo aún no había llegado.

—Guppo, dime que tienes algo. Aquí arriba no hay nada.

—Aquí tampoco, lo siento.

—Sigue acercándote; yo iré hacia ti. Que el resto de los coches patrullen por las calles laterales al este y el oeste de la 53, por si ha girado antes de llegar al Hill.

—Recibido.

Maggie torció a la derecha y zigzagueó entre los coches que avanzaban con lentitud por la resbaladiza calle. Medio kilómetro hacia el este divisó el coche patrulla de Guppo, que se acercaba desde la dirección opuesta. Frustrada, golpeó el

volante.

Lo habían perdido.

Hizo una señal con las luces a Guppo.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó él por radio.

—Inspecciona la explanada. Puede que haya cambiado de coche. Yo empezaré a buscarlo por las calles en dirección norte.

Maggie vio por el retrovisor como el coche de Guppo se desvanecía en la nieve. Estaban dando palos de ciego. Cuando llegó al semáforo de Arlington Road, giró a la derecha. Arlington era una de las pocas calles que cruzaban la autovía 53 en sentido contrario, así que el conductor del Charger podía haberla tomado como atajo hasta Central Entrance. Cuanto más avanzaba, más vacía estaba la calle, flanqueada por numerosos árboles. En dos ocasiones divisó unos faros traseros y los siguió hasta confirmar que no eran los del coche que trataba de localizar.

La radio volvió a la vida.

—Acabamos de recibir una llamada a emergencias desde un teléfono móvil. Un deportivo oscuro ha pasado zumbando y se ha saltado el semáforo en rojo de Arlington con Arrowhead. Podría ser nuestro hombre.

—¿En qué dirección?

—Por Arlington hacia el norte, a Rice Lake.

—Yo estoy en Arlington —informó Maggie a Guppo—. Aproxímate y comprueba si tenemos alguna patrulla en Rice Lake que pueda bajar desde el norte.

—Estoy cinco minutos por detrás de ti, de camino.

Maggie pisó el acelerador. El terreno al norte de Arrowhead era en su mayor parte rural. Al Charger le sería difícil huir sin ser visto por una de las pocas carreteras que cruzaban aquellas tierras pero, por desgracia, la posibilidad de bloquearle el paso desde otras direcciones también se complicaba. Maggie también sabía que, en una batalla de potencia entre el Charger y el Avalanche, ganaría el Charger. Su mejor opción era encontrarlo, seguirlo y no espantarlo.

Condujo el Avalanche a toda velocidad, deslizándose como un hidroplano sobre un río de nieve húmeda. La carretera, llana y recta, se adentraba en la nada. Pasó por dos desvíos que llevaban al aeropuerto del oeste, pero decidió mantener su rumbo hacia el norte. Estaba segura de que, si el destino del tirador hubiera sido el aeropuerto, habría elegido una ruta más rápida. Tras coronar una leve cuesta, Maggie divisó dos faros rojos en el extremo de su campo de visión.

Era él. Tenía que serlo.

—Creo que lo tengo —informó por radio a Guppo.

—¿Dónde estás?

—Acabo de pasar Norton Road; está a unos ochocientos metros por delante de mí.

Iba a ciento treinta por hora: si él miraba por el retrovisor, la vería acercarse. Maggie levantó el pie del acelerador y fue reduciendo poco a poco la distancia que

los separaba. Cuando se acercaban a la señal de *STOP* de Martin Road, vio encenderse las luces blancas de los frenos. Ella apagó sus faros para que el conductor del Charger creyera que había abandonado la carretera. El Charger se detuvo. Maggie se deslizó poco a poco en mitad de la tormenta, esperando resultar invisible.

De repente, delante de ella se oyó el rugido virulento de un motor. El chirrido de los neumáticos del Charger atravesó la tormenta, y el coche giró hacia la derecha y salió disparado.

—¡Mierda, me ha visto!

Maggie volvió a encender las luces y pisó el acelerador. Cuando alcanzó el cruce, giró el volante con tanta fuerza que las ruedas se levantaron del suelo y volvieron a caer con un golpe sobre el asfalto. Los faros del coche al que perseguía apenas se veían; estaba a punto de perderlo. El chasis del Avalanche vibraba a su alrededor como el de un cohete, pero el Charger seguía ampliando el hueco que los separaba. Un kilómetro y medio más adelante, los faros traseros se desvanecieron en la oscuridad.

—Le he perdido, le he perdido, ¡oh, mierda!

Maggie distinguió una sombra oscura a través de la niebla que se abría más allá de la luz de sus faros. Tal vez fuera un ciervo, o un niño. De forma instintiva, pisó el freno y el Avalanche giró sobre la sábana de nieve como una bailarina. Dibujó uno, dos, tres círculos, hasta que los neumáticos derechos patinaron sobre el arcén y cayeron en la zanja lateral. El vehículo volcó y dio varias vueltas de campana, sacudiendo el cuerpo de Maggie con cada impacto. Las ventanas se rompieron y los cristales se le clavaron en la piel, mientras la nieve y la tierra invadían el habitáculo. Sintió que el mundo entero daba vueltas y, cuando dejó de hacerlo, todo se volvió negro.

Estaba cabeza abajo.

Cuando abrió los ojos, Maggie vio una cara tan redonda como la de Charlie Brown mirándola a través de la ventanilla rota. Era el sargento Max Guppo, agachado junto al Avalanche volcado. Abrió la puerta del conductor, que chirrió mientras él se peleaba con el metal torcido.

—Creía que estabas muerta —dijo.

—Si eres un ángel, al cielo le queda mucho trabajo por hacer —murmuró ella a modo de respuesta.

Antes de que él pudiera decir nada, Maggie se desabrochó el cinturón de seguridad y cayó sobre el techo del Avalanche.

—¡Au!

—Será mejor que no te muevas —le aconsejó Guppo—. Podrías estar herida.

—Oh, estoy bien. Esto es como un tanque. Ayúdame a salir.

Guppo pasó sus fornidos antebrazos por debajo de los hombros de Maggie y la arrastró fuera del vehículo. Al ponerse en pie, las piernas le temblaron, pero se apoyó en el hombro de Guppo y esperó a que se le pasara el mareo. Guppo se puso en pie a su lado con un hondo suspiro. No le resultaba fácil ponerse en cuclillas, y menos aún levantarse después. Maggie oyó un sonido inconfundible a su espalda, y un hedor nauseabundo invadió de repente el frío aire nocturno.

—Joder, Guppo, no me fastidies, ¿qué ha sido eso?

—Lo siento. Patatas fritas con chile y queso. ¿Seguro que estás bien?

—Deja de tratarme como si fuera una niña.

—Estás sangrando —constató él al tiempo que le señalaba la cara.

—Pues consígueme una puta tirita. Vamos, tenemos que encontrar a ese tío.

—Deberías ir a un hospital. Stride me matará si se entera de que no he pedido una ambulancia.

Maggie agarró a Guppo por la camisa y lo acercó a ella.

—Ahora, Guppo, escúchame con mucha atención. ¡Que le den al teniente Jonathan Stride!

—Creo que tienes una conmoción.

—No. Vamos.

—Vale, pero ¿adónde? Ha desaparecido.

—Ha tomado esta carretera por una razón. Tal vez se esconda cerca de aquí. Vamos a inspeccionar las casas una por una, y que vengan tantas patrullas como sea posible. Despertamos a la gente y se acabó, me importa una mierda lo tarde que sea, ¿vale?

—Estás de mal humor.

—Sí, estoy de muy mal humor. Mi coche está destrozado y yo me siento como si me hubieran utilizado de saco de boxeo.

Maggie se dio la vuelta demasiado rápido y volvió a marearse; Guppo la sostuvo antes de que se cayera. Ella se desasíó y trepó por el terraplén hasta el coche patrulla aparcado en el arcén. Al mirar hacia abajo, vio las ruedas de su Avalanche y la carrocería retorcida. El tipo de la aseguradora no iba a alegrarse demasiado. Una vez más.

Se limpió el corte de la cara y enfilaron hacia el este. Era una carretera solitaria, con pocas casas. Ninguno de los propietarios se alegró de verlos, pero fueron tachando una a una las casas de su lista y pasaron de largo sólo aquellas en cuyo camino de entrada no había huellas de neumáticos. Se les unieron tres coches patrulla más, y entre todos peinaron la zona más allá de Gnesen Road hasta Vermillion Road. Había dejado de nevar, pero la oscuridad bajo las nubes los obligaba a avanzar lentamente para encontrar las propiedades que bordeaban la carretera. A las dos de la madrugada, Maggie decidió que era el momento de abandonar la búsqueda e ir al hospital.

El tirador había ganado, y no le gustaba.

—¿Hemos acabado? —preguntó Guppo.

—Un par más —señaló ella—. Por cierto, no te he dado las gracias por cotillearle lo mío con Ken a todo el puto mundo.

—Sólo se lo dije a Serena. Me manda galletas con canela.

—¿Me has vendido por unas galletas?

—Es que están muy buenas.

Maggie sabía que no tenía sentido enfadarse. Guppo era Guppo.

Avanzaron por la carretera. En el punto en que Martin Road torcía hacia el sureste, entre los árboles, Maggie divisó un estrecho camino de tierra apenas visible. La nieve estaba cubierta de roderas. Enfocaron la linterna hacia el bosque y vieron un viejo rancho apartado de la carretera. La casa estaba a oscuras.

—¿Qué te parece, crees que esas huellas son recientes? —preguntó Maggie.

—Sí.

—Un poco tarde para salir de paseo, ¿no?

—Sí.

—Vamos —dijo Maggie—. Lo comprobaremos.

Guppo aparcó al otro lado de la carretera. Maggie abrió la puerta del acompañante. En el interior cálido del coche no había notado ninguna molestia, pero al salir, sus músculos se tensaron de dolor y los espasmos del cuello la hicieron torcer el gesto. Guppo la observaba con preocupación, pero la sargento hizo una señal con el brazo para restarle importancia.

—Llama a los otros coches —ordenó—. Quiero refuerzos aquí.

Guppo llamó a los tres coches patrulla por radio. Maggie se arrodilló para examinar las huellas de neumático con la linterna.

—Sin duda son recientes. La nieve apenas las ha cubierto. Diría que no tienen más de media hora.

—Hay dos juegos distintos —observó Guppo, doblándose levemente sobre su inmensa cintura.

Maggie apagó la linterna. Se aproximaron a la casa bordeando el camino de entrada, cerca de los gruesos troncos de los árboles que los rodeaban. Al final del camino vieron un garaje independiente con espacio para dos coches. La puerta estaba cerrada, y las roderas iban y venían. A veinte metros del garaje, una casa de un solo piso pintada de rojo se erguía en un claro entre los árboles. Apoyado contra una de las paredes había un montón de leña cubierto de nieve. El camino que iba del garaje a la puerta delantera estaba limpio de huellas.

—Parece deshabitada —comentó Guppo.

Maggie avanzó por la nieve virgen hacia la puerta. Iluminó el interior con la linterna y echó un vistazo a través de los ventanales que daban al bosque. El salón estaba amueblado con un sofá antiguo estampado de rosas desvaídas, una mecedora, una silla Shaker de respaldo recto y un televisor de tubo de los ochenta. La casa pertenecía sin duda a una persona mayor.

—¿No te suena este sitio? —preguntó Maggie. Escarbó en su memoria y no tardó en encontrar lo que buscaba.

—Ésta es la vivienda de los Linnerooth. Wally y Ruth. ¿Los recuerdas?

—Ah, sí, los del *lefse*.

Los Linnerooth pasaban el invierno en su casa de Arizona. Todos los años, por Navidad, horneaban un pan noruego llamado *lefse* y enviaban una caja grande a la policía de Duluth como regalo por su servicio a la ciudad. En agradecimiento, los polis solían detenerse en casa del matrimonio durante los meses más cálidos para ayudarles con las tareas del hogar y jugar al Scrabble.

—Diría que siguen en Arizona —señaló Guppo.

—Así es. Entonces ¿quién está usando el garaje?

Maggie desenfundó su pistola y Guppo hizo lo mismo. Retrocedieron hasta el garaje y, en el extremo más alejado del camino, se les unieron otros dos agentes. El grupo se dividió para poder vigilar la puerta del garaje desde ambos lados.

La sargento señaló el pomo metálico e hizo un gesto a uno de los policías más jóvenes para que se preparara. Maggie alzó tres dedos y marcó una cuenta atrás. Cuando hubo terminado, el poli abrió la puerta de par en par. Los agentes apuntaron sus pistolas hacia el interior, pero el garaje estaba oscuro y silencioso.

Había un único vehículo aparcado en la plaza de garaje de la izquierda.

Era un Charger negro, salpicado de nieve y barro todavía húmedos.

Maggie se acercó al coche por el lado del conductor. Le palpitaban las sienes, como si alguien la estuviera golpeando con un martillo. Le flaquearon las piernas y tuvo que apoyarse en el metal frío del chasis para mantener el equilibrio. Guppo avanzó por el otro lado y ambos iluminaron el interior del Charger con sus linternas, a la vez. Estaba vacío.

Sin embargo, al examinar la tapicería de cuero del asiento delantero, Maggie vio

manchas oscuras y secas. Sangre. La sangre de Kim Dehne. Aquella noche, cuando escapó, la había llevado sobre la ropa.

—¿Crees que sigue aquí? —preguntó Guppo.

—No, ha dejado el Charger y se ha fugado en otro coche. Muy inteligente.

—Ha tenido que marcharse muy rápido; quizás haya dejado alguna prueba.

—Quizás —convino Maggie, aunque no esperaba que aquel hombre les facilitara las cosas.

Aquél era su refugio, y sabía que cada vez que se marchaba podía ser la última, que quizá no pudiera regresar.

—Enciende la luz —le pidió a Guppo—. Ten cuidado, podría haber huellas.

Guppo encontró un interruptor cerca de la puerta trasera del garaje y lo pulsó empleando un lápiz. La intensa luz obligó a Maggie a entornar los ojos y, de repente, la asaltó una oleada de dolor. Los nervios del cuello le provocaban punzadas con el más leve movimiento y los tirones del cinturón de seguridad le habían dejado las costillas doloridas. Notaba el estómago revuelto y sintió náuseas.

—No tienes buen aspecto —comentó Guppo.

—¿De verdad? Porque me encuentro de maravilla.

—Voy a llamar ahora mismo a la ambulancia.

—Una gran idea.

Maggie inspeccionó el garaje. Estaba impecablemente ordenado, el garaje de un manitas, con estanterías metálicas alineadas en las paredes y todo tipo de artículos almacenados con pulcritud. Guantes. Alpiste. Gasolina. Aceite. Anticongelante. Cajas en cuyas etiquetas se leía «4 de julio» y «Halloween». Vio una máquina cortacésped, un arcón congelador blanco y el quitanieves oxidado de una *pick-up*. Cerca de la puerta lateral distinguió un tablero lleno de sierras, brocas y herramientas cuidadosamente dispuestas. Wally Linnerooth era un noruego chapado a la antigua, que tenía un sitio para cada cosa y guardaba cada cosa en su sitio.

Excepto por la comida. La comida no estaba en su sitio.

—Oh, mierda —exclamó Maggie.

Guppo la miró.

—¿Qué pasa?

Maggie señaló la estantería metálica que había junto al congelador. El estante superior, a la altura del brazo, estaba repleto de recipientes de plástico y cajas de comida preparada.

—Oh, mierda —repitió Guppo como un eco.

Ambos fueron directos hacia el arcón congelador, de un metro y medio de hondo por uno de alto. Maggie colocó la punta del dedo enguantado bajo una esquina de la tapa y la levantó. Una nube de vaho helado se elevó del interior.

La escarcha cubría un cuerpo completamente vestido que habían embutido en el reducido espacio como una vaca descuartizada.

Estaba boca arriba, con la piel blanca como el marfil y los ojos cerrados. De una

herida cercana a la sien descendían algunos hilillos de sangre que se habían congelado sobre sus mejillas. Tenía una bolsa de plástico pegada alrededor del cuello con la que probablemente la habían asfixiado después de golpearla. Era rolliza y vestía una camisa de franela y unos vaqueros. Llevaba el pelo corto, con aspecto varonil.

Era Margot Huizenfelt.

El equipo médico había sacado el cuerpo de Margot del arcón. El cadáver seguía congelado, con las extremidades flexionadas en una postura que resultaba antinatural y obscena. El proceso de descongelación era lento, pero bajo el calor de los focos que iluminaban el escenario del crimen, el hielo fundido había empezado a empapar su piel y su ropa como si fuera sudor.

Stride y Serena contemplaron la actividad a través de la puerta abierta del garaje. Stride comprendía la hondura de la sensación de pérdida e ira que embargaba la expresión de Serena. Cuanto más tiempo permanecía desaparecida una persona, más posibilidades había de no encontrarla viva. Y a pesar de ello, cuando te enfrentabas al cadáver la sensación de derrota se hacía inevitable.

—Resultará casi imposible establecer la hora de la muerte —señaló Stride.

Los ojos de Serena estaban clavados en Margot.

—La ropa coincide con la que vestía ese domingo, la última vez que fue vista en Grand Rapids. Después de que la raptaran, no debió de permanecer mucho más tiempo con vida.

—Dan y su equipo tienen todavía un gran trabajo por delante, pero según lo que han analizado hasta ahora, parece que el escenario está limpio. No vamos a conseguir mucho aquí.

—¿La casa? —preguntó ella.

—Sospecho que ni siquiera entró en ella. No hay basura ni comida. La llave de paso del agua está cerrada. Ha sido cuidadoso.

Serena frunció el ceño.

—¿Por qué traer el cuerpo aquí?

Stride pateó la tierra con el tacón.

—El terreno aún está congelado, igual que los lagos. No podía enterrarla ni lanzarla al agua.

Serena dio la espalda a las intensas luces del garaje y se alejó por la nieve del jardín delantero en compañía de Stride. Las luces rojas y azules de los vehículos de emergencias brillaban en la carretera, y los técnicos forenses de laboratorio iban y venían de su furgoneta blanca. Aunque había dejado de nevar, soplaba un viento helado. A nadie le gustaban los cadáveres en invierno.

—Ese domingo, Margot estuvo en Duluth buscando a Cat —dijo Serena, repasando lo que sabían sobre sus movimientos de aquel último fin de semana—. Habló con Bill Green y con Dory. Quizá con alguien más, aunque aún no lo sabemos. Alrededor de medianoche se encontraba en el cementerio de grafiti, donde seguía intentando encontrar a Cat.

—No lo consiguió —acuñó Stride.

—¿Sabemos dónde estuvo Cat esa noche? —preguntó Serena.

—Sí, estuvo en Miller Hill y tropezó con una conocida del instituto Denfeld que

le dejó pasar la noche en casa de sus padres. Maggie lo confirmó.

—Así que, en algún momento, Margot se dio por vencida y regresó a su casa en Grand Rapids. A primera hora del domingo, desayunó en un bar de la ciudad. La camarera dijo que se pasó el rato garabateando notas en una libreta y que comentó que estaba buscando a alguien que la ayudara a destapar una gran historia. No dio detalles de quién o qué era. Margot se marchó y un día después encontramos su Ford Explorer recién salido del concesionario de Lowball Lenny aparcado junto al río Swan. En su casa no había libretas, notas ni ordenadores. Nada. La única pista que encontré fue la llamada que había recibido esa mañana desde un teléfono público situado en un área de descanso de Floodwood.

—¿El asesino concertó una cita con ella?

—Ésa ha sido mi teoría durante todo este tiempo. Tenía que encontrarse con alguien junto al río; por desgracia, ese alguien no dejó huellas en la cabina ni en las monedas.

—Así pues, el asesino se encuentra con Margot —continuó Stride—, la mata, se deshace de cualquier prueba que aclare qué estaba investigando y viene a dejar el cuerpo. Ya ha robado el Charger, así que damos por supuesto que ése es el coche que empleó para trasladar el cadáver. Y luego empieza a hacer exactamente lo que estaba haciendo Margot.

—Buscar a Cat —concluyó Serena—. ¿Por qué?

—Tal vez Margot la mencionara durante su encuentro, o puede que su nombre apareciera en las notas.

—O tal vez una de las personas con las que habló Margot el sábado puso al asesino sobre aviso —sugirió Serena—. Recuerda que no estamos seguros de que trabaje solo. Ésta es una zona apartada. ¿Cómo llegó hasta ella? Por aquí no pasan autobuses. Había dos coches en el garaje, y es imposible que trajera los dos a la vez.

—Estamos hablando con los vecinos para averiguar si alguien vio ir o venir al Charger. No suele pasar mucha gente, y los vecinos acostumbran a fijarse en los desconocidos.

Serena estudió el modesto rancho, ahora profusamente iluminado mientras el equipo del escenario del crimen lo analizaba.

—¿Por qué eligió esta casa?

Stride se encogió de hombros.

—La mitad de la gente de Duluth sabe que la casa de los Linnerooth está vacía durante todo el invierno. Wally es miembro del Rotary desde hace décadas, y Ruth trabaja como voluntaria en St. Luke desde que tengo uso de razón.

Serena negó con la cabeza.

—No tenemos nada, nada excepto los cuerpos. Ese tipo va siempre dos pasos por delante de nosotros.

Stride no podía estar más de acuerdo. Se sentía como si alguien estuviera jugando con ellos, distrayéndolos, dejándoles pistas falsas que los llevaran a cualquier parte

menos a la que querían llegar. Aquel hombre se había metido en sus mentes. Kim Dehne muere acuchillada, igual que Vincent Roslak. El arma se esfuma y luego aparece en la habitación de Dory. Las pruebas alejan a la policía de la verdadera pista, y mientras tanto el asesino regresa tranquilamente en busca de Cat.

¿Por qué?

Stride distinguió la figura de Max Guppo, que se acercaba por el jardín helado como una versión sobredimensionada del alcalde de Munchkinlandia. El mismo pelo emparrado, el mismo bigote, la misma cintura descomunal. Conocía a Guppo desde su incorporación al cuerpo de policía de Duluth, y no creía haber topado nunca con un alma tan bondadosa. Stride también sabía que Serena manejaba a aquel hombre a su antojo y que, siempre que percibía el olor de galletas de canela en la comisaría, los secretos de la policía de Duluth estaban cruzando la frontera del estado en dirección a Grand Rapids.

—¿Cómo estás, Max? —lo saludó Serena—. Has perdido peso, ¿verdad?

Stride alzó los ojos al cielo.

—Qué cínica eres.

El rostro de Guppo, rojo ya por el frío, se iluminó al oír el cumplido. Era un hombre felizmente casado y con cinco hijos, pero también un adicto a la sonrisa de Serena.

—De hecho, he adelgazado cuatro kilos y medio.

—¡Me alegro por ti! ¿Cómo están los niños?

—Muy bien. La mayor, Gina, juega en el equipo de voleibol de la Universidad de Iowa.

—Debéis de estar muy orgullosos.

Stride se decidió a interrumpir el ritual de cortejo.

—Eh, Max, ¿te importaría contarme para qué has venido?

Guppo se tiró del uniforme, ceñido a pesar de la pérdida de peso.

—Oh, claro. La chica, ya sabes, Cat. Ha salido del hospital. Uno de los agentes iba a llevarla de vuelta a tu casa, pero ella se ha negado y ha insistido en venir aquí. Está en el asiento trasero de tu todoterreno.

—¿Cómo se encuentra?

—Bastante conmocionada.

—Iré a hablar con ella —dijo Stride.

Serena se despidió de Guppo con un saludo mientras el enorme policía regresaba al escenario del crimen. Stride se subió la cremallera de la cazadora de cuero y echó un vistazo a la carretera a través de los árboles. Su Expedition estaba aparcado en el arcén, detrás del coche patrulla de Guppo.

—¿Quieres que te acompañe? —preguntó Serena.

—No, lo haré yo. Por cierto, a mí no me das tanta coba, ¿sabes? ¿Cómo lo ha conseguido Guppo?

—Bueno, él es mucho más adorable que tú.

—Eso es cierto.

Se dirigió a la carretera por el camino que los agentes habían abierto con sus pisadas. Cuando soplaban el viento, la nieve caía de las ramas de los árboles y le bajaba por la espalda en hilillos helados. Stride llegó a Martin Road, abrió la puerta trasera de su coche y se escurrió dentro. Cat estaba sentada en el extremo opuesto, envuelta en una manta mexicana de color ocre que Cindy le había regalado a Stride casi veinte años atrás. La piel de la chica estaba rosada y limpia, y se había lavado el pelo. No quedaba ni rastro de la muerte de su tía pegado a su cuerpo.

Su mirada era distante y triste.

—¿Habéis encontrado a Margot? —preguntó.

Stride asintió.

Cat se quedó sentada en silencio y se mordió una uña, mientras contemplaba las luces y las siluetas de los agentes que iban y venían como soldados en la noche. Las balizas y los coches patrulla aparcados cortaban la carretera en ambos sentidos.

—¿Tienes miedo de morir, Stride? —dijo ella al fin.

—No estoy ansioso por hacerlo —repuso él.

—Vi morir a Dory frente a mí. Estaba viva, y de repente había muerto.

—Lo sé.

—No puedo dejar de pensar en ello; no hago más que ver su cara.

Stride no sabía qué decir. Había estado muchas veces en su lugar y había visto cómo la vida se convertía en muerte. No tenía forma de consolarla.

—¿Cómo crees que será? —preguntó Cat—. Estar muerto, quiero decir. ¿Habrá algo después?

—Ojalá lo supiera, Cat.

—Mi madre me hablaba del cielo; decía que, si era buena y rezaba, iría allí. Hacía que sonara bonito. ¿Crees que mi madre está en el cielo?

—Si hay un cielo, estoy seguro de que Michaela está en él —le aseguró Stride.

—Pero tú no crees que exista.

—Espero que sí, pero dejo que sea Dios quien se ocupe de ese tipo de cosas. Yo me ocupo de las de este mundo.

—Aunque exista, sé que yo no iré al cielo —dijo Cat.

—¿Por qué dices eso?

—Porque sólo soy una puta.

Él alargó el brazo y la cogió por la barbilla.

—Lo que eras ha quedado atrás. Eres joven y vas a tener un hijo, y tienes toda la vida por delante.

Cat se sorbió la nariz y se secó la cara con la mano.

—No importa. De todos modos, no creo que exista; es sólo una mentira que cuenta la gente. Creo que la muerte no es más que una nada fría.

Stride se deslizó sobre el asiento y rodeó a Cat con los brazos. La chica tenía los ojos abiertos, pero se le habían secado las lágrimas.

—Mi madre está muerta. Mi padre está muerto. Y ahora Dory también está muerta. No tengo a nadie.

La falta de emoción de sus palabras le rompió el corazón. Se había convertido en algo habitual en ella. Stride respiró hondo y pensó en Cindy. Seguía recordando vívidamente su voz, despertándolo en plena noche. Tan solemne, tan segura de que daría con la respuesta que deseaba escuchar. «Puede que estemos destinados a salvar al hijo de otra persona».

—Yo no te dejaré sola, Cat. Te lo prometo.

Cat no respondió. Ignoraba qué suponía para él pronunciar aquellas palabras y, en cualquier caso, no podía permitirse el lujo de creerlas. Las promesas no significaban ya nada para ella.

—Procura descansar un poco —dijo él—. Pasaremos aquí unas cuantas horas más. Serena te llevará a tu cita con Steve por la mañana. Tu hijo es lo más importante ahora, ¿de acuerdo?

Ella asintió con la cabeza gacha y él notó que se relajaba. Cuando se apartó de ella, Cat no quiso soltarle la mano.

—¿Crees que es posible ser una buena persona y hacer algo muy malo? —preguntó.

—Eso espero. Yo he hecho algunas cosas bastante malas.

—Yo también. Estaba muy enfadada con Dory, pero entonces pensé: ¿quién soy yo para juzgarla? Siempre me protegió. No importa lo que hiciera en el pasado. Supongo que con quien debería enfadarme es con mi padre.

Stride frunció el ceño.

—¿Tu padre? ¿Por qué?

—Dory me contó una cosa: él le pagó una gran suma de dinero para que se acostara con él y ella me lo ocultó todos estos años porque se sentía muy culpable. Si hubiera sido yo, seguramente habría hecho lo mismo. Si alguien me hubiera ofrecido quinientos dólares, ¿crees que me habría negado? Lo dudo.

—¿Cuándo sucedió eso?

—Justo antes de que mis padres murieran.

Cat vio la expresión de gravedad que adoptaba el rostro de Stride y preguntó:

—¿Qué? ¿Qué ocurre?

—Nada —contestó él.

—¿Crees que el hecho de que Dory se acostara con mi padre significa algo?

—Creo que significaba algo para Dory. Le resultaba difícil vivir con esa carga. Aparte de eso, no. Acabas de decir que la has perdonado por lo que hizo; es lo único que importa. Ya puedes dejarlo atrás.

—Vale.

—Descansa un poco —repitió él.

La acomodó sobre el asiento y, antes incluso de que pudiera arroparla con la manta, Cat ya se había dormido. Su cara parecía la de un ángel. Stride sonrió

mientras la miraba, aunque no tenía ningunas ganas de sonreír. De repente estaba muy preocupado.

Que Dory se hubiera acostado con Marty no era relevante; ni siquiera le sorprendía. Era exactamente la clase de acción cruel y manipuladora típica del exmarido del Michaela, cosas que hacía por el mero placer de humillar a otra persona. Lo que le preocupaba era que él conocía a Marty Gamble por dentro y por fuera. Lo sabía todo de él. Podía dar cuenta de prácticamente cada minuto de su vida: dónde trabajaba, dónde comía, dónde bebía, la ropa que vestía, el dinero que entraba y salía de su cuenta bancaria. Lo sabía todo.

Era absolutamente imposible que Marty Gamble dispusiera de quinientos dólares para pagar a Dory a cambio de sexo.

Steve Garske le dio un golpecito en el hombro a Serena.

—Despierta, dormilona.

Serena parpadeó. Un momento antes estaba leyendo un ejemplar de la revista *People* en la sala de espera de la clínica, mientras Cat entraba en la consulta con Steve. Miró el reloj y se dio cuenta de que había pasado casi una hora, estaba tumbada en el sofá con la cabeza sobre un cojín y su pelo parecía un nido de pájaros.

—¿Seguimos en el mes de abril? —preguntó.

—Así era la última vez que lo comprobé —contestó Steve—. Aunque, con este tiempo, nadie lo diría. Ahí fuera estamos a ocho grados bajo cero. Y luego hablan de calentamiento global.

—Y yo que me mudé de Las Vegas a este paraíso... —dijo Serena en tono soñoliento.

Se cubrió la boca con la mano mientras bostezaba y preguntó:

—¿Qué tal se encuentra Cat?

Steve aún llevaba su bata de médico y un estetoscopio colgado del cuello.

—Físicamente, bien. Mentalmente, bueno, ésa es otra historia. Está muy alterada.

—Ha tenido una mala noche —dijo Serena.

—Eso he oído.

Serena se incorporó en el sofá y estiró los brazos por encima de la cabeza. Se fijó en el tono caribeño de la piel de Steve.

—Bonito bronceado —comentó.

—Yo no me bronceo, me quemo. De todos modos, ya estoy perdiendo el color. No tardaré en convertirme en un fantasma pálido como el resto de la gente de este sitio.

Y añadió:

—Me alegro de verte, Serena. Te he echado de menos en el Amazing Grace este invierno. Siempre incluyo una canción de Terri Clark sólo para ti.

—Ya, lo siento, llevaba un tiempo sin venir a la ciudad.

—Pero ¿has vuelto?

—Ahora estoy aquí —dijo ella.

Una sonrisa taimada se dibujó en la cara del médico.

—Bueno, ¿y qué me cuentas?

—Te refieres a cosas del tipo ¿comes suficiente fibra? ¿Sigues alquilando películas en Netflix? O del tipo ¿cómo están las cosas entre Jonny y tú? Eres un cotilla incorregible, doctor Garske.

—Lo soy —admitió Steve—, pero ya que has sacado el tema, dime. ¿Volvéis a estar juntos?

—Hemos hablado y estamos trabajando juntos. Ya veremos cómo va. No te negaré que me resulta agradable estar con él.

—¿Ya te has acostado con él?

—¡Por Dios, Steve!

—Oye, si no se lo puedes contar a tu médico, ¿a quién se lo vas a contar?

—Tú no eres mi médico.

—Vale, soy su médico. La pregunta es meramente profesional; el sexo es un gran ejercicio cardiovascular.

—No sé si recuerdas que la falta de sexo no era su problema —replicó Serena con amargura—. La cuestión era con quién lo practicaba.

—*Touché*. Lo siento. Si no fuera por el juramento que me obliga a no hacerle ningún daño, le habría pateado el culo cuando me lo contó. Hablando de tu rival, he oído que anoche Maggie sufrió un accidente de tráfico. ¿Se encuentra bien?

—Sí. La única forma de matarla sería clavándole una estaca en el corazón.

Serena volvió a bostezar y tomó conciencia de lo que acababa de decir.

—Lo siento, ha sido un comentario con muy mala leche, ¿verdad?

—Diría que sí.

—Bueno, Maggie se encuentra bien.

—Es un alivio —dijo Steve—. La quiero, pero sé que lo suyo con Stride no tenía ningún futuro. Me alegro mucho de que estéis intentando arreglar las cosas.

—Nunca te rindes, ¿eh?

Steve se revolvió el pelo.

—No. El doctor Amor, ése soy yo.

—Muy bueno. Pero no dejes tu trabajo diurno, doc. ¿Puedo llevarme a Cat?

—Claro, pasa a la consulta.

Serena se levantó.

—Dime algo, Steve. Cuando Jonny y Cindy estuvieron intentando tener un hijo, ¿él se implicó de verdad? ¿O era sólo deseo de Cindy?

—Lo siento, cielo, no puedo decirte nada al respecto. Ambos eran mis pacientes.

—Lo sé. No importa.

—¿Y tú? ¿Stride y tú habéis hablado alguna vez del tema?

—Yo no puedo concebir.

—Lo sé, pero ése no es el único medio.

Serena se encogió de hombros.

—En realidad, nunca hemos hablado de ello. Resultaba mucho más sencillo no hablar de un montón de temas; ése era en parte nuestro problema.

—Te entiendo, pero las cosas pueden cambiar. Stride no siempre ha sido tan introvertido, ¿sabes? Hubo una época en que más bien se mostraba como un tipo arrogante, como un vaquero. La muerte de Cindy acabó con su sensación de invencibilidad.

Era como estar oyendo un disco rayado. La misma nota que sonaba una y otra vez en sus oídos.

—Sí, lo sé, Cindy fue el amor de su vida. Yo sólo puedo aspirar a conseguir la

medalla de plata.

—No quería decir eso —replicó Steve.

—No importa. Es así.

—De hecho, eso no es más que un montón de mierda autocompasiva, Serena Dial.

Ella se rio.

—Sí, puede que tengas razón.

—Mira, conozco a Stride desde niño. Lo conocía cuando se casó con Cindy, lo conocía cuando se embarcó en aquel desastroso segundo matrimonio con Andrea y lo he conocido contigo. ¿Era feliz con Cindy? Por completo. Es fácil de la ostia ser feliz cuando eres joven. Pero volver a ser feliz, volver a enamorarse después de pasar por todo lo que él pasó... Para eso te ha de tocar el gordo. Y es lo que yo veía en vosotros.

Serena le dio una palmadita en la mejilla.

—Eres un zalamero.

—Sí, lo soy.

—Necesitas una chica, Steve.

—¿Qué te hace pensar que no tengo una amiga en Nassau?

—¿La tienes?

—No, voy sólo por la piña colada y la música. Estoy casado con mi trabajo. Y con mi guitarra.

—Te prometo que iré al próximo concierto —le aseguró Serena—. Tengo que recoger a Cat.

Le apretó el hombro a Steve y se dirigió a la consulta. Llamó antes de entrar, pero Cat no respondió. Cuando Serena abrió la puerta, la chica estaba sentada en el borde de la camilla y balanceaba los pies enfundados en calcetines. Llevaba una bata abierta por la espalda que dejaba al descubierto la curva desnuda de su columna vertebral. Seguía en la misma posición en que Steve la había dejado al salir de la habitación.

—¿Cat? ¿Estás bien?

La chica no contestó. Serena entró y cerró la puerta a su espalda.

—Steve dice que todo va bien. Es una buena noticia.

Cat se encogió de hombros.

—Supongo.

—¿Estás pensando en Dory? Lo lamento, ha debido de ser horrible.

—No es sólo eso —repuso Cat.

—¿Qué, entonces?

Cat señaló la silla que había junto a la pared, con su ropa doblada encima. Un sobre de papel grande y repleto descansaba sobre su sudadera.

—El doctor Steve me ha dado un montón de folletos y libros. Qué comer, qué no comer. Vitaminas. Ejercicios. Lo que está ocurriendo dentro de mi cuerpo. Me ha explicado qué debo esperar mes a mes.

—Has de asimilar muchas cosas —dijo Serena.

—No me veo capaz. ¿Yo con un hijo? Si creo que puedo hacerlo sola es que estoy loca. Quizá sería mejor... ya sabes, acabar con esto.

—Te sientes agobiada, es natural.

—Pero todo sería mucho más sencillo si no siguiera adelante, ¿verdad?

—¿A qué se debe el cambio de opinión, Cat? Estabas emocionada.

—Lo sé, pero he estado pensando que no sería justo para un niño tener una madre como yo.

Cat clavó la mirada en sus pies.

—Y estoy asustada. Perder a Dory ha hecho que me dé cuenta de que voy a enfrentarme a esto sola.

—No, no es así. Tendrás ayuda.

—Gracias. Stride y tú os habéis portado estupendamente, pero antes o después esto se acabará. Es agradable oírle decir a Stride que no voy a estar sola, pero ¿qué puede hacer él? ¿Encontrarme un hogar de acogida para un par de años? ¿Venir a verme de vez en cuando? No es que no se lo agradezca, pero me parece una mierda ser madre en esas condiciones.

—¿Stride te ha dicho que no ibas a estar sola? —preguntó Serena.

Cat asintió.

—Él no dice esa clase de cosas a la ligera.

—Bueno, tampoco puedo quedarme para siempre en su casa.

Serena no dijo nada y se preguntó si Stride había pensado seriamente en lo que le esperaba a Cat. Y a él. También se preguntó en qué lugar encajaba ella en aquella ecuación. Si es que de verdad encajaba en alguno.

—Ya nos preocuparemos de eso más adelante, ¿de acuerdo? —le dijo a Cat—. ¿Por qué no te vistes? Podemos tomar un desayuno rápido en alguna parte. ¿Cuál es tu desayuno preferido?

—Los perritos calientes —contestó Cat.

—¿De verdad?

—Sí. Hace un par de años, Dory me llevó a la feria estatal y allí pude comerme un perrito como a las siete de la mañana. Uno grande con chile y cebolla. Fue genial.

—Bueno, Coney Island está abierto. Veamos si podemos conseguirte un perrito para desayunar.

Cat sonrió.

—¡Guay!

Bajó de un salto de la camilla, se quitó la bata y se quedó de pie, desnuda excepto por los calcetines blancos. No parecía importarle la desnudez, se sentía cómoda de un modo infantil, sin sombra de cinismo. No se comportaba como una chica de la calle que había mostrado su cuerpo desnudo ante demasiados hombres. Era una joven hermosa que no tenía ni idea de lo hermosa que era. Serena también había sido así una vez, pero hacía tanto tiempo que había olvidado la sensación.

Cat se puso unas braguitas blancas, unos pantalones de chándal grises, y se ajustó el cordón a la cintura. A continuación, metió la mano en una de sus botas y sacó una cadena de oro, se la pasó por la cabeza y se la colocó alrededor del cuello. La cadena de oro cayó sobre su torso. En el extremo, entre los pechos, Serena vio un bonito anillo adornado con piedras preciosas.

—¿Qué es eso? —preguntó.

Cat sostuvo el anillo sobre su palma.

—Oh, esto. Mi padre me lo regaló. Es lo único que conservo de él, así que siempre lo llevo.

—¿Puedo verlo?

—Claro.

Cat se sacó la cadena y, tras una leve vacilación, la dejó sobre la mano de Serena; el anillo quedó colocado sobre un nido de oro. Serena lo cogió con dos dedos y lo sostuvo frente a sus ojos; las gemas absorbían la luz de la habitación como un imán. En realidad se trataba de dos anillos enlazados, uno con diamantes engastados y el otro con esmeraldas.

—¿Tu padre te regaló esto? —murmuró Serena.

—Sí.

—¿Cuándo?

—Un par de noches antes de morir. Mi madre no lo sabía. Algunas noches mi padre se colaba en mi habitación, ya tarde, porque era el único momento en que podía verme. Se suponía que debía mantenerse alejado de nosotras. Me decía que, si alguien lo descubría, volverían a enviarlo muy lejos, y yo no quería. Así que lo convertimos en nuestro secreto. La última vez, me regaló el anillo. Me dijo que no podía enseñárselo a nadie, pero que así siempre tendría algo que me recordara cuánto me quería. Supongo que debería haberlo tirado después de lo que hizo, pero no pude.

Serena contempló el anillo. La luz que desprendían las piedras preciosas, sus destellos, resultaban hipnóticos. El anillo se burlaba, se reía de ella, como si le dijera: «¿Lo ves? He estado aquí todo el tiempo». No creía haber tenido un momento de claridad semejante en toda su vida, un momento en el que algo confuso y borroso se volviera tan simple. También sabía, sin ningún género de dudas, que el anillo que sostenía en la mano estaba maldito. Era maléfico. Sin alguna clase de exorcismo, destruiría más vidas.

—Es bonito, ¿verdad? —continuó Cat, ajena a la extraña danza que se desarrollaba entre Serena y el anillo—. Ya sé que es una baratija, pero me encanta. Me sentiría perdida sin él.

Los dedos de Serena se cerraron en un puño alrededor del anillo, asfixiándolo.

—No es una baratija —le dijo a Cat—, y lo he visto antes.

Lowball Lenny les abrió a Stride y Serena la puerta de su mansión en Congdon Parkway.

Era una casa descomunal de estilo Tudor con casi un siglo de antigüedad, construida en la época de la corrupción en Duluth, con muros de ladrillo y gabletes puntiagudos surcados por vigas de madera. El tejado estaba revestido de tejas rojas. Las clapas de nieve y hielo que cubrían el camino embaldosado de entrada entorpecían la marcha. La niebla envolvía la gélida mañana y hacía que la casa pareciera flotar sobre las nubes.

Stride recordaba a la perfección el hogar de Lenny. Incluso pasados diez años, habría podido dibujar de memoria un plano de las habitaciones, las escaleras y el enrevesado laberinto de pasillos. A raíz de la muerte de Rebekah Keck, había pasado docenas de horas en aquella mansión.

—Hola chicos —les saludó Lenny—. ¿Ya estáis otra vez aquí?

—¿Podemos entrar? —preguntó Stride.

—Sí, claro.

Lenny les hizo un gesto para que pasaran entre las columnas corintias del porche y a través de las puertas de cristal que se abrían al vestíbulo. El interior estaba oscuro y cargado de polvo, como una casa del terror gótica. El papel estampado de las paredes no se había renovado en décadas, y había pedazos bufados y otros despegados. El mobiliario, en su mayor parte macizas antigüedades de madera de cerezo, se mezclaba con piezas de colección, todas ellas de gusto ecléctico y caro. Un reloj de pie Kieninger.

Porcelana de Limoges. Una bayoneta de la guerra civil colgada en la pared. Resultaba triste imaginarse a un viejo vendedor de coches viviendo solo en mitad de aquel esplendor denso y decadente.

Stride vio un solo aparato electrónico moderno, cerca de la puerta. La casa disponía de un sistema de alarma controlado mediante un panel en el que debía introducirse un código de seguridad. Se preguntó si Lenny lo había cambiado después de que entraran a robar en su casa. Conservaba los números grabados en la memoria, de la época de la investigación por asesinato. A veces, los detalles más extraños se negaban a abandonarlo.

1789.

Aquél era el código. La mayoría de la gente utilizaba la fecha de un cumpleaños o un aniversario, pero Lenny no. Les había explicado que los cuatro números estaban elegidos al azar, y ése había sido el único misterio en un caso que no parecía tener ninguno.

¿De dónde había sacado Fong Dao el código de seguridad?

—¿Os apetece tomar algo? —les ofreció Lenny al tiempo que los guiaba hasta un estudio decorado con paneles de madera.

En la chimenea ardía un fuego que chisporroteaba y rugía como un oso airado. En la habitación hacía calor, y la frente de Lenny brillaba con gotas de sudor.

—No, gracias —contestó Stride.

—¿Seguro? Un zumo, una galleta, lo que os apetezca... Un mimosa, si queréis.

Stride negó con la cabeza y Lenny tomó asiento en una enorme butaca de cuero junto al fuego, donde había estado leyendo la sección de deportes del *News-Tribune*. Dejó el periódico en una mesa de centro redonda y les hizo un gesto para que se acomodaran en un suntuoso sofá; la tapicería, desgastada, dejaba asomar algunos pedazos de relleno. Todo en aquella casa era caro, pero muchos de los objetos estaban deteriorados.

Lenny, al igual que el día en que fueron a visitarlo a su oficina, vestía un chándal azul marino, no marrón chocolate esta vez, y calzaba unas zapatillas de deporte fluorescentes en lugar de zapatos de golf.

—Y bien, ¿qué hay de nuevo? —preguntó con una sonrisa indolente.

Serena se metió la mano en el bolsillo y sacó de él una bolsa de pruebas.

—¿Reconoce este anillo?

—Está usted demasiado lejos para estos viejos ojos, cielo —repuso Lenny.

Serena cruzó la habitación y sostuvo el anillo cerca del rostro de Lenny. Incluso dentro de la bolsa, la luz de la chimenea y la lámpara Tiffany de la mesita hacían brillar las gemas. Lenny alargó la mano para cogerla, pero al ver el anillo la retiró. La sonrisa se borró de repente de su cara.

—¿De dónde lo ha sacado? —quiso saber.

—¿Lo reconoce?

—Se parece a un anillo que le regalé a mi esposa hace muchos años.

—¿Una joya por encargo?

—Sí, la propia Rebekah lo diseñó. Era una pieza única.

—Es el anillo que lleva su mujer en el cuadro que cuelga en su despacho, ¿verdad? —preguntó Serena.

—Así es. Se lo preguntaré otra vez: ¿de dónde lo ha sacado?

Stride se inclinó hacia delante con los codos apoyados en las rodillas.

—Durante los últimos diez años, una chica llamada Cat Mateo lo ha llevado colgado del cuello. Su padre se lo regaló.

—¿Su padre es ese inmigrante asiático que mató a Rebekah, Fong Dao?

—No.

—Entonces ¿cómo se hizo con él?

—Es una buena pregunta —observó Stride.

Lenny cogió una taza de porcelana con flores llena de café humeante, dio un sorbo y se lamió los labios.

—Mantenme informado. Por supuesto, tendré mucho interés en saber qué averiguáis.

Serena volvió a meterse la bolsa en el bolsillo.

—Se lo está tomando con mucha calma, señor Keck. Creíamos que el hallazgo lo alteraría.

—El hecho de encontrar el anillo de Rebekah no cambia lo que sucedió —replicó él—. Mi esposa está muerta. Disculpe mi falta de interés en revivir aquel desagradable periodo de mi vida, señorita Dial. Lo he dejado atrás.

—No, me temo que no —repuso Serena—. Ya no.

—¿Qué quiere decir?

—Margot Huizenfelt estuvo en su despacho dos días antes de desaparecer —empezó a decir Serena—, y salió en busca de esa chica, Cat, de inmediato. Nos ha costado mucho establecer una conexión entre ambos hechos, y creemos que por fin la hemos encontrado. Margot se fijó en el cuadro de su esposa cuando estuvo en su oficina y recordó haber visto ese singular anillo colgado del cuello de una joven prostituta a la que había entrevistado unos meses atrás. Huelga decir que una periodista como Margot habría oído el rastro de una historia. Y creemos que fue esa historia lo que provocó su muerte.

—No sé qué decirle —repuso Lenny—. Es la primera noticia que tengo.

—¿Margot le comentó algo sobre el cuadro durante su encuentro? —quiso saber Serena—. ¿Le preguntó algo acerca del anillo o acerca de lo que le había sucedido a Rebekah?

—No. Como ya le he dicho, hablamos de su coche nuevo, eso es todo.

Stride vio la preocupación reflejada en el rostro de Lenny. El sudor que le perlaba la frente se convirtió en gotas que le corrían por las mejillas y el cuello. Cuanto más trataba de ocultar su conmoción tras una máscara de tranquilidad, más obvio resultaba que aquel hombre estaba aterrorizado por haber vuelto a ver el anillo.

—Nos estás ocultando algo, Lenny —le dijo—. ¿Qué ocurre?

Lenny dejó su taza de porcelana sobre la mesa y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Ya te lo he dicho, Jon, no tengo ni la más remota idea de lo que ocurre. Si supiera algo, lo compartiría con vosotros, pero no es así.

—¿Habías vuelto a ver el anillo después de que lo robaran?

—Está claro que no, si lo tenía esa chica.

—¿Alguien te comentó que había visto un anillo como el de Rebekah?

—¡No! ¿No crees que te habría llamado si me hubiera enterado de algo así?

—De hecho, no estoy seguro. Puede que hubieras tratado de recuperarlo por tu cuenta. Puede que hubieras buscado a la chica que lo tenía. ¿Es eso lo que sucedió?

—No he hecho nada semejante. Nadie me había dicho una palabra sobre el anillo.

—Cat ha mantenido relaciones con algunos hombres adinerados —le recordó Serena—, lo cual incluye a algunos amigos suyos. Gente que ha estado en su oficina o que conocía a su esposa.

—Además, Cat estuvo en la fiesta a bordo del *Charles Frederick* —añadió Stride—, junto con una docena de vendedores que te conocen desde hace años.

—¡Nadie ha mencionado nunca el anillo! —repitió Lenny—. Nadie. Mira, todo el

que compra un coche a Lowball Lenny pasa por mi oficina, ¿vale? El cuadro de Rebekah está allí colgado, a la vista de cualquiera. Tal vez a uno de mis clientes su mujer no se la chupa lo suficiente y le gusta buscar diversión por ahí de vez en cuando. ¿Ves adónde quiero ir a parar? Mientras está comprando un Focus en mi concesionario, ve el cuadro y piensa: «Eh, yo he visto antes ese anillo, colgado del cuello de una putita a la que pagué cincuenta pavos por una mamada el mes pasado». Y al minuto siguiente, está intentando encontrarla.

—¿Cuánto podría valer el anillo? —preguntó Serena.

—Setenta y cinco mil dólares, por lo bajo. Probablemente mucho más. La gente cometería muchas inmoralidades por esa cantidad.

Stride intercambió una mirada significativa con Serena. No confiaba en Lenny, pero el vendedor de coches tenía razón: cualquiera que hubiera puesto el pie en su despacho era sospechoso. Y cualquiera que se hubiera acostado con Cat podría haber visto el anillo.

Examinó el oscuro estudio de aquella mansión centenaria. La primera vez que Stride visitó aquel lugar, Lenny estaba sentado en la misma butaca, bebiendo y llorando, su cara transformada en una máscara de dolor. Rebekah seguía tendida en el suelo del dormitorio del piso superior, donde él la había encontrado. A su regreso de los cayos, Lenny había descubierto el cuerpo sin vida de su esposa. Con una bala en la cabeza.

—Hay otro motivo que debemos tener en cuenta —indicó Stride.

—¿Cuál? —preguntó Lenny.

—Es posible que alguien esté encubriendo un asesinato. El de Rebekah.

—Ya atrapasteis al responsable —señaló Lenny.

—Eso creíamos, pero por lo visto hubo alguien más implicado. De algún modo, el anillo acabó en manos de un hombre llamado Marty Gamble después del robo. También disponía de dinero en efectivo. Está claro que tenía alguna relación con Fong Dao que en aquel momento ignorábamos.

—Pues preguntádselo.

—Marty está muerto, y Fong también. El caso es que en casa de Marty no encontramos nada que lo relacionara con Fong ni con el robo. Nada; ni dinero en efectivo ni joyas. Alguien se llevó sus cosas, así que la trama implica a un tercero.

—Mirad, chicos, ojalá pudiera ayudaros, pero no puedo.

Stride dejó que el silencio se alargara. Lo único que se oía era el chisporroteo del fuego. Lenny no dejaba de sudar.

—Después de registrar el apartamento de Fong, realizamos un inventario del dinero y las joyas que encontramos —continuó Stride—. Nos dijiste que lo habíamos recuperado todo.

—Sí, ¿y? Estoy seguro de que os dije que aún faltaba el anillo.

Stride negó con la cabeza.

—No. En tal caso, hubiéramos seguido buscándolo.

—¿Qué quieres de mí, Jon? Mi esposa estaba muerta y mi mundo acababa de romperse en pedazos. Estaba inmerso en una puta campaña electoral. Tenía otras cosas en la cabeza.

—¿Qué me dices del dinero? ¿Es posible que robaran una suma más alta de la que encontramos?

Lenny se encogió de hombros.

—No sé cuánto efectivo hay en mi casa. Tengo mucho dinero; quizás había más de lo que creía.

—¿Conocía a Marty Gamble? —preguntó Serena.

—El nombre no me suena de nada. Quién sabe, tal vez me comprara un coche.

Stride se sacó una foto del bolsillo.

—¿Y su cara?

Le tendió la foto a Lenny, quien la estudió y negó con la cabeza.

—Un hijo de puta con muy mala pinta, pero no le conozco.

—¿Te acordarías de él si hubiera sido tu cliente?

—¿Sabes a cuántos miles de clientes veo cada año? Dame una tregua.

—Marty era un obrero de la construcción —le informó Stride—. En aquella época, ¿tenías algún proyecto inmobiliario en marcha?

—Seguro que sí. Edificios de oficinas, de pisos, cualquier cosa. Si formaba parte de uno de los equipos que trabajaban en uno de mis edificios, tendréis que hablar con los contratistas. Mira, es posible que ese tipo me conociera a mí; mi rostro es muy popular en la ciudad. Salgo en los anuncios de la tele, ¿lo entiendes? Los periódicos hablan de mí. El caso es que yo no le conocía a él.

Stride no creía que Lenny mintiera acerca de Marty, pero tampoco les estaba contando todo lo que sabía acerca del robo. Un hombre de negocios avisado como él no se olvidaba de un anillo de setenta y cinco mil dólares. Imposible. Durante todo aquel tiempo sabía que no lo habían recuperado, y había ocultado a conciencia el hecho de que seguía sin aparecer.

¿Por qué?

—Sólo por curiosidad —dijo Stride—, ¿has cambiado el código de seguridad? ¿Sigue siendo el 1789?

—Lo he cambiado, por supuesto.

Lenny se dio unos golpecitos en la sien.

—Lo guardo justo aquí. No lo sabe nadie más que yo.

Stride asintió.

—Eso es lo que dijiste también entonces, pero es obvio que Fong lo tenía.

—Ya te conté que probablemente Rebekah la cagó y se lo reveló a alguien, lo anotó o algo por el estilo. Era muy olvidadiza. La alarma saltaba cada dos por tres. Entraba en casa y no recordaba el código, y entonces tenía que llamarme para preguntármelo. ¿No dijisteis que sabíais cómo lo había conseguido Fong?

—Fong era auxiliar de enfermería en el St. Luke's —confirmó Stride—.

Trabajaba allí cuando Rebekah se sometió a una operación de cirugía estética. Dimos por supuesto que había averiguado el código mientras ella estaba ingresada.

—Muy bien, ¿entonces?

—Que no pudimos demostrarlo. No pudimos demostrar que Fong había estado en la habitación de Rebekah. Por suerte, teníamos suficientes pruebas para que el jurado no concediera importancia a ese detalle.

—Pues tuvo que averiguarlo de alguna forma. ¿No es eso lo importante?

—No, ya no podemos dar nada por supuesto —replicó Stride—. Tenemos que volver a repasarlo todo: Fong, Marty, Margot. Todo. Creo que en este caso pasamos algo por alto, y alguien está dispuesto a matar para evitar que lo revisemos.

—Estás viva —dijo Serena.

Maggie estaba sentada en una de las sillas del despacho de Stride. Bajo el flequillo negro, llevaba un vendaje blanco que le cubría la frente. Cuando volvió la cabeza, el dolor le dibujó una mueca en la cara.

—Sí, lo lamento. Quizá la próxima vez tengas más suerte.

—Promesas, promesas.

Stride se sentó tras el escritorio.

—Me alegro tanto de que la pandilla se haya vuelto a reunir... —comentó en tono irónico, mientras ambas mujeres se sonreían con fingida dulzura—. En serio, Mags, ¿qué haces aquí? ¿No deberías estar en casa recuperándote?

—Dios, qué pesados sois Guppo y tú. Me encuentro perfectamente. Déjame en paz.

—Lo que tú digas.

Stride se apoyó en el respaldo de la silla y pasó la mirada de una a otra, estudiándolas como si fueran dos tigres de garras afiladas encerrados en jaulas contiguas. Abrió la boca para decir algo, pero supuso que cualquier cosa que dijera empeoraría la situación y lo dejó correr.

—Bueno, ¿qué es lo que sabemos? —preguntó—. En un principio, creíamos que Margot estaba interesada en un escándalo relacionado con una red de prostitución de lujo. Tal vez ésa fuera la razón por la que fue a ver a Lenny, pero ahora creemos que estableció la conexión entre Cat y Lenny a través del anillo de su esposa. ¿Os parece razonable? ¿O es una conclusión precipitada?

—Demasiadas coincidencias para que no signifiquen algo —observó Serena.

—Estoy de acuerdo con la amiga supermodelo —convino Maggie, provocando una mirada fulminante de Serena—. Margot sabía que Cat llevaba un anillo colgado del cuello; de hecho, lo mencionó específicamente en el artículo que escribió sobre ella hace algunos meses. Diría que es un anillo difícil de olvidar.

—Eso también explica por qué ese sábado le preguntó a Bill Green sobre los padres de Cat —añadió Serena—. Intentaba averiguar cómo se había hecho Marty con el anillo.

—Y ¿cómo acabó Margot muerta? —preguntó Stride.

—Alguien descubrió lo que estaba haciendo —dedujo Maggie—. Alguien que no quería que fuera por ahí haciendo preguntas sobre el asalto y el robo.

—¿Lenny?

Serena se encogió de hombros.

—Está asustado por algo, lo lleva escrito en la cara. Me gustaría saber por qué. Si Margot vio el anillo y debió de mencionárselo, aunque fuera en un simple comentario de pasada para observar su reacción. Lenny también sabía que, el sábado, Margot había estado hablando con Dory Mateo; Curt Dickes le hizo una llamada para

contárselo.

Maggie estiró los brazos con cuidado, igual que una profesora de yoga, y acercó peligrosamente los codos a la cabeza de Serena.

—¿Por qué dispararía eso las alarmas? Nunca habíamos relacionado a Fong y el robo con Marty, Michaela, Dory o nadie más. Tenían que resultarle desconocidos.

—Así es, a menos que Lenny sepa más del robo de lo que nos ha dicho —concluyó Serena.

Stride negó con la cabeza.

—Podemos pasarnos todo el día especulando, pero eso no hará que descubramos qué sucedió. Hemos estado investigando el presente, pero creo que tenemos que retroceder al pasado. Hace diez años, las pistas del robo nos condujeron a una sola persona.

—Fong Dao —señaló Maggie.

—Así es. Creíamos que lo había hecho solo, pero no cabe duda de que nos equivocamos.

—¿Cómo murió Fong? —quiso saber Serena.

—Hace tres años se vio envuelto en una pelea, en la cárcel —explicó Stride—. Le abrieron la cabeza a golpes. Obviamente no puede contarnos nada, pero ahora sabemos qué estamos buscando. Tenemos que averiguar cuál es la conexión entre Fong y Marty Cambie, o alguien cercano a Marty.

—Tenía una novia —dijo Maggie—. Hace veinte años Fong salía con una chica negra. Se llama Djemilah Jordan.

—¿Sigue viviendo en Duluth? —preguntó Stride.

—No, lo he comprobado. Hace un par de años la condenaron en Shakopee por un fraude con cheques. Después de que la soltaran, se quedó en las Cities.

Maggie agitó un trozo de papel en el aire.

—Tengo su dirección y sé dónde trabaja. Me acercaré con el coche y hablaré con ella.

—Vale.

—Pensaba ir también a echar un vistazo al sitio donde apuñalaron a Vincent Roslak. Roslak se acostaba con Cat, así que es probable que él viera el anillo. Quizás ese gusano descubrió la conexión antes que nadie, metió las narices y acabó muerto.

Stride frunció el ceño.

—Me parece bien. Sólo te pido que regreses esta misma noche. Nadie va a marcharse de aquí antes de que hayamos encontrado el nexo entre Marty Gamble y Fong Dao.

—Hecho. Nos vemos luego.

Maggie se levantó de la silla, se despidió de Serena con un gesto de cabeza que ella le devolvió sin mediar palabra y salió cojeando del despacho.

Una vez solos, Stride dijo:

—¿Crees que trabajar juntas va a suponeros un problema?

—Por mi parte, ninguno —contestó Serena—. ¿Y por la tuya?

—Maggie es mi compañera y tengo que trabajar con ella. Eso es todo.

—Ídem.

Stride no era tan estúpido como para seguir presionando a Serena.

—Le he pedido a Guppo que localice el expediente de Fong Dao —dijo—. Recibos de sus tarjetas de crédito, registros telefónicos, historial laboral, registro de arrestos, todo. Antes de llamar a más puertas, me gustaría saber qué es lo que hemos pasado por alto.

—Iré a buscar café —decidió Serena.

Se levantó y, antes de salir de la oficina, cambió de idea y se inclinó sobre el escritorio de Stride.

—Supongo que sabes, Jonny, que lo que hemos descubierto acerca del anillo cambia muchas cosas. No sólo el tema del robo. ¿Has pensado en ello?

Stride asintió.

—Michaela y Marty.

—El hecho de que acabaran muertos justo después del robo en casa de Lenny es demasiada coincidencia.

Stride volvió a ver los cuerpos en su mente. Marty, con la herida chamuscada en la sien y la pistola cerca de la mano. Michaela, flotando en un charco de sangre.

—Si había alguien más en la casa esa noche, sabía lo que se hacía —observó—. No dejó ninguna prueba.

—Tal vez no dejara una prueba física, pero tenemos un testigo —le recordó Serena—. Cat.

—Cat no recuerda nada —señaló él.

—O no quiere recordarlo. La cuestión es: ¿seremos capaces de liberar lo que se esconde en su cabeza?

—Roslak lo intentó, y no sacó nada en claro.

—Tal vez Cat debería visitar de nuevo el escenario del crimen —sugirió ella.

A continuación, dio media vuelta y casi se dio de bruces con Kyle Kinnick, de pie en el umbral escuchándolos con las manos apoyadas en sus escuálidas caderas. Serena descollaba al lado del comisario, bajo y de orejas de soplillo, vestido con un traje marrón holgado. El hombre le dedicó una sonrisa manchada de café.

—Serena Dial —proclamó K-2 con su voz trémula—. Qué alegría volver a verte por aquí.

—Yo también me alegro de verlo, señor.

—Oh, tú no tienes que llamarme señor, sólo él —replicó, e hizo un gesto con la cabeza en dirección a Stride—. ¿Te importaría dejarnos un par de minutos a solas, por favor?

—Por supuesto —dijo Serena antes de dirigirle un rápido guiño a Stride y desaparecer.

K-2 cerró la puerta a su espalda. En lugar de tomar asiento, el comisario empezó a

caminar por el despacho, dando golpecitos con la punta de sus zapatos marrones a las cajas de cartón sin desembalar hasta llegar a la ventana. Al final, se apoyó en el alféizar y Stride giró en su silla para mirarlo.

—Me gusta Serena —comentó K-2—. Es más de lo que te mereces.

—No te lo discutiré.

El comisario se rascó la nariz.

—Guapa y lista, como Cindy. No lo fastidies, ¿vale?

Stride no dijo nada y se limitó a esperar.

—Hoy han vuelto a tocarme las pelotas —continuó el comisario—. Es como un *déjà vu*, Jon. ¿A ti también te lo parece?

—Sí, así es.

—Diría que te ordené que solicitaras mi permiso antes de empezar a molestar a Lenny Keck. Pues adivina quién acaba de llamarme para sugerirme con notable contundencia que me plantee darte la patada.

—Haz lo que tengas que hacer, jefe —le dijo Stride.

K-2 hurgó en su oreja y estudió el resultado.

—Joder, Jon, no voy a despedirte, pero a ninguno de los dos nos conviene que el ayuntamiento nos dé la brasa. Pueden amargarnos la existencia, ya lo sabes. Si el ayuntamiento se pone en mi contra, mi reelección como comisario no será precisamente un camino de rosas.

—Soy consciente.

—Estás removiendo una época muy difícil para Lenny; creía que tú más que nadie serías sensible al respecto. ¿Tu amiga y tú tenéis de verdad que meteros en su casa como guardias de asalto y acribillarlo a preguntas acerca de la noche en que perdió a su esposa? Por el amor de Dios, Jon, ese hombre no es sospechoso de nada, ¿no? Él fue la víctima.

—Ya no estoy tan seguro —repuso Stride.

K-2 silbó entre dientes.

—Te digo que, a pesar de lo que opines sobre sus negocios o su carrera política, Lenny es un buen hombre. Lo conozco desde hace años.

—Lo sé.

—Bien, te estoy pidiendo un favor. Dale un respiro.

—No puedo hacerlo —replicó Stride.

—¿Quieres que lo convierta en una orden?

—No me va a suponer ninguna diferencia. Voy a seguir esta pista hasta donde me lleve.

—Mira, a Lenny le gustas, pero eso no va a impedir que te destroe si se siente amenazado —le recordó el comisario—. Estamos hablando de uno de los hombres más ricos y poderosos del estado. Uno no se enfrenta a un hombre como él, y menos cuando no tienes a qué agarrarte. Necesitas algo más que tu instinto. Necesitas pruebas.

Stride negó con la cabeza.

—No se trata sólo de mi instinto. Lenny sabía que no habíamos recuperado todos los objetos robados, sabía que el anillo de su esposa seguía sin aparecer, y apuesto a que no es lo único. Es muy probable que sustrajeran también mucho más dinero en efectivo de la casa. No nos lo contó, lo mantuvo en secreto. Nos dejó pensar que todo empezaba y terminaba con Fong Dao.

—¿Estás seguro de eso?

—Bastante. Varias personas han muerto por culpa de algo que él oculta.

—Si esto te explota en la cara, no podré ayudarte.

—¿Quieres mi dimisión? —preguntó Stride—. Porque si no, voy a seguir investigando.

—Lo que quiero es tu sentido común. Si todavía lo conservas.

Stride sonrió y se levantó de la silla. Se apoyó en la pared junto a K-2 y pensó en sus primeros años en el cuerpo, cuando se conocieron. Recordaba al comisario en el club Northland, con el ceño fruncido mientras fingía estar enfadado al pagarle a Cindy una apuesta de golf. Recordaba su sonrisa avergonzada cada vez que Cindy le besaba bajo el muérdago en la fiesta de Navidad del departamento. Recordaba el brazo del comisario alrededor de sus hombros en el entierro de Cindy.

—Hace mucho que nos conocemos, jefe —dijo Stride—. Me he ganado tu confianza.

—Sí, así es, y yo me he ganado la tuya, Jon. No lo olvides.

—Lo sé. Has dado la cara por mí más veces de las que puedo recordar. En ocasiones, cuando no lo merecía.

K-2 se rio.

—Y ahora quieres que vuelva a hacerlo, ¿eso es lo que quieres decir?

—Eso es lo que quiero decir.

El jefe se frotó la barbilla bien rasurada y negó con la cabeza.

—¿Qué es exactamente lo que quieres que haga, aparte de suicidarme políticamente?

—Necesito que presiones a Lenny, que le hagas entender que tiene que contármelo todo. Es tu amigo; te escuchará.

—Creo que sobrestimas mi capacidad de persuasión —comentó K-2.

—No, no lo hago. Mira, jefe, de una forma u otra Lenny tiene que darse cuenta de que todo va a salir a la luz. Todo. No me importan las consecuencias. Voy a llegar al fondo del asunto, y será mejor que no se interponga en la investigación de esos asesinatos. Sepa lo que sepa, será mejor que me lo diga ahora, porque la cosa no va a hacer más que empeorar.

K-2 se apartó de la pared y se alisó las solapas de la americana.

—Eres lo que no hay, Jon, ¿lo sabes?

—¿Hablarás con él?

—Oh, mierda, lo haré, aunque no creo que sirva de nada. Primero lo

emborracharé, pero hablaré con él. Y sospecho que después tú y yo tendremos que empezar a buscar trabajo.

Maggie cubrió el trayecto de dos horas y media hasta Minneapolis en menos de dos con su Corvette naranja infierno alquilado. Mientras conducía el deportivo, empezó a preguntarse si por fin había llegado el momento de renunciar a su Avalanche y comprar algo fabricado para correr. El rugido del motor y la vibración bajo el asiento cuando alcanzó los ciento cuarenta y cinco kilómetros por hora la excitaban. O tal vez fueran los analgésicos. O quizá Ken. No estaba segura.

Abandonó la interestatal 35 cerca del Metrodome y se dirigió al norte, hacia la zona de Seven Corners. Aquél era su antiguo territorio, donde cursaba criminología como estudiante china de intercambio en la Universidad de Minnesota. Mientras conducía, todo lo que veía en la calle le recordaba a esa época. Los universitarios que caminaban por las aceras tenían exactamente el mismo aspecto que ella, excepto por los teléfonos móviles y los iPads. Los ciclistas de Minneapolis seguían desafiando sin miedo a los coches. Vio un grafiti propalestino en el muro de ladrillos de un edificio de apartamentos: una época distinta, pero las mismas consignas políticas. Pasó frente a una cafetería abierta las veinticuatro horas en la que había pasado cientos de horas devorando enormes hamburguesas con la nariz hundida en sus libros.

Por aquel entonces, nunca salía de fiesta. Nunca bebía ni practicaba sexo. Sólo estudiaba. Si pudiera volver atrás en el tiempo, se habría divertido más.

Encontró aparcamiento frente a un restaurante chino cerca de la calle Diecinueve con Riverside. El oficial de la condicional de Djemilah Jordan le había dicho que la exnovia de Fong Dao trabajaba ahora como camarera en el Lucky Pearl, y parecía que, tras una temporada en la prisión, la chica se había reformado. Maggie salió del coche y metió unas monedas en el parquímetro. Las grises torres de hormigón del Riverside Plaza sobresalían por encima de los tejados bajos de la calle comercial. Distinguió el agradable olor a carne frita a través de las ventanas del restaurante, y le gustó. Se dio cuenta de que tenía hambre.

En el interior, la mayoría de las mesas estaban vacías, excepto por un par de estudiantes que charlaban delante de un té frío. Era demasiado tarde para comer y demasiado pronto para la cena. Una mujer negra de unos treinta años, con el pelo adornado con cuentas y un aro en la nariz, alzó la vista de un libro de contabilidad.

—¿Mesa para uno? —preguntó, al tiempo que abría sus gruesos labios en una sonrisa.

Era alta y delgada, y llevaba una camiseta del Lucky Pearl y pantalones de pitillo de pana naranja.

—Sí. Al fondo, por favor.

—Perfecto.

La mujer la llevó a una mesa situada en una zona oscura y desierta del restaurante, cerca de la puerta de la cocina. Maggie notó el vapor caliente y oyó voces asiáticas que charlaban tras las puertas batientes. Había máscaras doradas colgadas de

las paredes y pósteres de la plaza de Tiananmen en marcos baratos.

Maggie rechazó la carta con un gesto.

—Tráeme unas alitas de pollo con salsa y pimienta. ¿Tenéis pastel de gambas y col?

—Por supuesto; está muy bueno.

—Eso es lo que quiero.

—Es usted una clienta fácil —comentó la mujer con una sonrisa.

—Suelen decírmelo. ¿Eres Djemilah Jordan?

La sonrisa de la mujer se desvaneció.

—¿Policía?

Maggie se abrió la solapa de la cazadora de cuero para mostrarle la placa.

—Duluth.

—¿Duluth? Hace años que no voy por allí.

—Lo sé. Tengo algunas preguntas que se remontan a hace bastantes años.

—Ahora me porto bien. Voy a la universidad.

—Eso he oído. Me alegro por ti. El oficial de la condicional me ha asegurado que serías un modelo de cooperación.

—¿En qué?

—Primero, las alitas —dijo Maggie—. Me muero de hambre.

Djemilah desapareció tras las puertas de la cocina y regresó cinco minutos después con un humeante plato de alitas crujientes con sal y pimienta cubiertas con granos de pimienta y jalapeños troceados. Maggie partió una y le dio un mordisco a la carne que cubría el delgado hueso.

—Están buenísimas —observó—. Siéntate, Djemilah. Vamos a hablar.

La mujer echó un vistazo a la parte de delante del restaurante. No había clientes. Retiró una silla y se sentó de modo que pudiera ver la puerta.

—¿Qué quiere?

—Háblame de Fong Dao —le pidió Maggie.

Djemilah frunció el ceño.

—Está muerto.

—Lo sé; por eso hablo contigo. Tú eras su novia, ¿verdad?

La mujer se metió la mano en el bolsillo para coger su billetera, extrajo una fotografía arrugada y la dejó sobre la mesa con un golpe. En la imagen se veía a un niño de diez u once años con el pelo corto y expresión seria.

—Éste es mi hijo. Tal vez le apetezca acompañarme a mi apartamento y explicarle cómo mataron los polis a su padre.

—Condenaron a Fong a cadena perpetua —replicó Maggie—. Lo lamento por tu hijo y por ti, pero cuando le disparas a una mujer en la cabeza, tu vida ha terminado. Fue Fong quien se hizo eso a sí mismo. Si tenía un hijo, debería haberlo pensado dos veces.

—Fong no mató a esa mujer —afirmó Djemilah.

—No voy a discutirlo contigo, sólo necesito información.

—¿Ah, sí? ¿Por qué se molestan después de tantos años?

—En aquella época, creímos que Fong había actuado solo, pero ahora pensamos que tuvo un cómplice. Probablemente más de uno. Tenemos que averiguar quiénes eran.

—Se equivoca.

Maggie suspiró. Tenía una fotografía en el bolsillo del abrigo y se la mostró a Djemilah. Era un primer plano del anillo de diamantes y esmeraldas que Cat había llevado durante años colgado del cuello.

—¿Habías visto antes este anillo?

—Bonito —comentó Djemilah—. No, no lo había visto nunca.

—Pertenece a la mujer que fue asesinada en el robo. Hace diez años, estaba en posesión de un hombre llamado Marty Gamble. ¿Te dice algo el nombre? ¿Lo conocíais Fong o tú?

—No.

Maggie sacó otra foto del bolsillo.

—Éste es Marty Gamble. ¿Te suena de algo?

Djemilah negó con la cabeza.

—No.

—Mírala bien.

La mujer cogió la fotografía y la estudió.

—No lo había visto nunca. Si tenía el anillo, entonces debió de ser él quien mató a esa mujer y no Fong, ¿no? Ya se lo he dicho.

—Este hombre trabajaba en la construcción en la zona de Duluth. ¿Se empleó alguna vez Fong en el sector para sacarse un dinero extra?

—¿La construcción? Ni hablar, Fong no estaba hecho para esa clase de mierda. Era un hombre pequeño, más pequeño que yo.

—¿Con quién salía? —preguntó Maggie.

—No tenía muchos amigos. Era una persona tranquila; eso me gustaba, ¿sabe? Él y yo pasábamos solos la mayor parte del tiempo.

—¿Dónde quedabais?

—Casi siempre en mi casa. Yo vivía con mi tía.

—¿Ibais de bares? ¿Alguna vez fuisteis al Curly's?

—¿Bromea? Es la mejor manera de que te peguen un botellazo en la cabeza. No era mi estilo, y tampoco el de Fong.

Maggie cogió otra alita de pollo, pero descubrió que había perdido el apetito. Además, le dolía el cuello y notaba una molestia incipiente detrás de los ojos.

—Djemilah, no intento colgarte ningún muerto. Por lo que dices, parece que Fong y tú estabais muy unidos; estoy segura de que él quería protegerte. El caso es que Fong no hizo ese trabajito solo.

Djemilah se inclinó por encima de la mesa y las cuentas de su pelo tintinearón.

—Él no lo hizo.

—Encontramos joyas y dinero en efectivo procedente del robo en su casa. Además de la pistola.

—La poli la puso allí.

Maggie negó con la cabeza.

—Vamos, ¿en serio? ¿Ésa es tu versión?

—Bueno, alguien la puso allí. A Fong le tendieron una trampa; él no lo hizo.

—Fong cumplió un año de condena por media docena de robos idénticos en las Cities antes de trasladarse a Duluth.

—No con una pistola —replicó la mujer—. Nunca había usado una pistola. Ni siquiera tenía una; yo lo habría sabido.

—Seis meses antes del tiroteo en casa de Keck, hubo dos robos sin resolver en Duluth. Encontramos artículos de esos delitos en el apartamento de Fong, con sus huellas.

Djemilah se mordió el labio inferior.

—Vale, mire, ese verano me enteré de que estaba embarazada, ¿lo entiende? Apenas llegábamos a fin de mes siendo sólo dos, así que Fong hizo esos dos trabajos, como usted ha dicho. Yo no lo sabía. Él sólo quería conseguir dinero para que las cosas fueran más sencillas para nosotros, y cuando me enteré, me puse como una loca. Le dije que si volvía a hacer algo semejante, le daría una patada en el culo y lo echaría a la calle. Ni siquiera a usted le gustaría enfrentarse conmigo cuando estoy enfadada, y ese día estaba furiosa. Me prometió que no volvería a hacerlo nunca, y no lo hizo.

—Entonces, según tus palabras, él fue el autor de los dos primeros robos, pero no del tercero.

—Así es.

Maggie negó con la cabeza.

—Yo tengo la impresión de que no te puso al corriente acerca de sus planes para robar en casa de los Keck. No quería que volvieras a cabrearte con él.

—Eh, ¡me volví loca cuando lo detuvieron! Pensé que era culpable, pero él me juró una y otra vez que no lo había hecho, y yo le creí. Alguien le tendió una trampa.

—Incluso aunque lo diéramos por cierto, ¿quién podría haberle hecho algo así? ¿Te dio algún nombre?

Djemilah se encogió de hombros.

—Pudo ser cualquiera. Fong trabajaba en el hospital, ¿sabe? La gente conocía su pasado: médicos, enfermeras, personal... Culparlo era lo más sencillo. Alguien sufre un robo y todo el mundo mira al expresidiario.

—Hay una razón para ello —observó Maggie—. La mayoría reincide antes o después.

—Pues Fong no. Había terminado con eso. Y sin duda, nunca habría usado una pistola. Deje que le diga algo: si creyera que él hizo lo que ustedes dicen que hizo,

escupiría sobre su tumba. No mentiría por él. Después de que le encerraran mi vida se convirtió en un infierno, y justo ahora empiezo a salir de él. Pero ustedes están equivocados.

Maggie sostuvo en alto la fotografía de Marty Gamble.

—Vuelve a mirarla, Djemilah. Este hombre estuvo implicado en el robo que acabó con la vida de Rebekah Keck. Si Fong es culpable, tenía algún tipo de relación con él. Si es inocente, este hombre sabía lo suficiente para colgarle el robo. De algún modo, sus vidas se cruzaron. ¿Se te ocurre cómo?

La puerta de entrada del restaurante se cerró con un golpe y dos estudiantes universitarios asiáticos entraron y saludaron con la mano. Djemilah se puso en pie.

—Tengo que atenderles —dijo—, y la respuesta es no. No conozco a ese hombre, y Fong tampoco lo conocía.

El sol casi se había puesto.

Stride, Serena y Cat estaban frente a la vieja casa de Michaela en la remota colina de Antenna Farm. En los años transcurridos, los abetos habían crecido y la casa parecía aún más pequeña. La pintura era la misma, amarilla y desconchada. Las vigas del porche estaban combadas y descoloridas; les hacía falta una mano de pintura. Las hierbas del terreno estaban descuidadas, y había montones de nieve que se aferraban al terreno como islas blancas.

—Parece abandonada —comentó Cat.

—Los dueños la perdieron el año pasado tras una ejecución hipotecaria —explicó Stride—. Ahora es propiedad del banco. Lo más probable es que vendan la parcela y derrumben la casa.

—Oh.

Cat se entristeció ante aquella perspectiva.

El Expedition de Stride estaba aparcado en el camino de baches de la entrada, a unos veinte metros de la casa. Cat dio un paso atrás con expresión de pánico. Serena alargó el brazo y la cogió de la mano.

—¿Habías regresado alguna vez desde que pasó todo? —le preguntó.

—No, ni una sola vez.

—No tenemos por qué hacerlo si no te sientes preparada —le dijo.

—No, no te preocupes. Quiero hacerlo. Has dicho que tal vez me ayude.

Cat echó a andar hacia la casa y sus botas agrietaron un charco cubierto por una fina capa de hielo, como si fuera el cristal de una ventana rota. Stride y Serena la siguieron, dejando que la chica avanzara sola. Llevar a Cat allí para ver si eso despertaba algún viejo recuerdo había sido idea de Serena, pero ahora Stride se preguntaba si estaban cometiendo un error.

La chica se detuvo y le miró.

—¿Hacía frío?

—¿Esa noche?

—Sí.

—Un frío de mil demonios. Cuando te encontré, estabas helada.

Ella asintió.

—Recuerdo que tenía frío.

Cat subió al porche. Las maderas sueltas se combaron bajo sus pies. Stride se dio cuenta de que la intensidad de sus propios recuerdos lo sobrecogía. Al agarrarse a la barandilla, recordó su sensación al tacto diez años atrás, cuando había estado allí en compañía de Michaela. Recordó la nube de vaho que se dibujaba frente a su cara cada vez que respiraba. Sintió el tacto de su mano.

Serena le observó con atención, como si supiera lo que él estaba pensando.

—¿Te acuerdas de cómo te metiste debajo del porche? —preguntó Serena a Cat.

—Mamá vino a mi cuarto y me despertó, abrió la ventana de la parte trasera y me dejó sobre la nieve. Me dijo que me escondiera bajo el porche y que no saliera de allí hasta que ella viniera a buscarme. Me hizo repetirlo una y otra vez: no debía salir, oyera lo que oyese.

—¿Por qué tenías que esconderte?

Cat contempló el camino de entrada, donde estaba aparcado el coche.

—Había luces. Un coche. Alguien gritaba.

—¿Quién?

La chica se mordió una uña.

—Mi padre.

—¿Estás segura de que era él?

—Sí. Había bebido. Yo quería acercarme a él y pedirle que no se enfadara, pero... me escondí bajo el porche, como me había dicho mi madre.

—¿Estaba solo?

Cat abrió y cerró la boca, y sus ojos vagaron a su alrededor.

—No... no lo sé.

La dejaron en mitad del frío; Cat apoyó la mejilla en el cristal helado de la ventana delantera y miró al interior. Stride se puso a su lado. Resultaba difícil ver algo entre el laberinto de hielo que cubría los cristales. Serena se quedó detrás de ellos, en el porche.

—¿Quieres entrar? —preguntó él.

—¿Puedo?

—Claro.

El banco le había dado una llave y Stride abrió la cerradura. El interior de la casa estaba hecho un desastre, mucho más de lo que se esperaba. Alguien se había llevado los muebles, excepto una silla de tres patas volcada, y la moqueta estaba rajada. En algún momento del invierno, la caldera se había averiado y las tuberías se habían congelado y estallado, filtrando agua por las paredes y el suelo. Los vándalos y las alimañas se habían adueñado del lugar.

—Lo siento; no es seguro estar aquí —se disculpó—. No sabía que estaba en tan mal estado.

—Por favor, sólo un minuto —le pidió Cat, que avanzó hasta el centro de la estancia vacía.

Stride vio hielo, basura y excrementos de rata. Las manchas de humedad dibujaban cintas en el techo.

—Deberíamos marcharnos —insistió.

—Por favor.

Stride no quería seguir allí; le resultaba demasiado doloroso. Podía ver el lugar que había ocupado el árbol de Navidad la noche en que Michaela intentó seducirlo torpemente. Parecía irreal; hacía mucho tiempo que todo había quedado atrás.

—Su ventana estaba abierta —dijo Cat.

—¿Qué?

—En la habitación de mi madre. Siempre dejaba la ventana abierta, incluso cuando hacía frío.

Stride recordaba el escenario del crimen y la ventana abierta. Se acordó de haber pensado que a Michaela le gustaba el aire nocturno, igual que a él.

—Sí, lo estaba.

—La ventana da al porche.

El labio inferior le tembló.

—Yo los oí.

—Lo sé.

—Lo oí todo, ¿verdad?

—Sí, creo que sí.

—Yo no... no me acuerdo.

—No pasa nada, Cat, tranquila.

—¿Me encontraste bajo el porche?

—Sí.

—Ojalá pudiera recordarlo.

Stride no dijo nada, pero pensó que era mejor que no lo recordara. Aquella noche él estaba frenético, con el corazón roto, mudo por la rabia. Había recorrido la casa entera en un segundo y su pánico había aumentado al no encontrarla, así que había salido y había iluminado el porche con la linterna, sin verla. Después, se había metido en el reducido espacio y la había encontrado hecha un ovillo en una esquina. Tenía las rodillas apretadas contra la barbilla, los ojos cerrados y la cara empapada de lágrimas. Estaba paralizada por el miedo. Él la había sacado de allí y la había abrazado con fuerza, en silencio. Cat apenas podía respirar.

Y ahora allí estaba otra vez, frente a él. Aquella adolescente era la misma niña con la que había compartido aquel terrible momento. Parecía que hubiera transcurrido una vida entera.

—Me salvaste la vida —dijo Cat.

—Sólo te encontré.

—No, creo que si no hubieras llegado cuando llegaste, estaría muerta.

—¿Por qué piensas eso?

Ella frunció el ceño.

—No lo sé, pero creo que es así.

—Deberíamos irnos, Cat —dijo él en voz baja.

—Sólo un minuto, ¿vale? Tengo que ver su habitación. Tengo que ver dónde ocurrió.

—Quizá sería mejor que no lo hicieras.

—No, tengo que hacerlo. Este sitio no seguirá en pie mucho tiempo más. Si no lo hago ahora, no lo haré nunca.

—Si eso es lo que quieres...

Stride se adelantó para unirse a ella, pero Cat levantó la mano.

—Deja que lo haga sola.

—No creo que sea buena idea.

—Por favor. Sólo un minuto.

Stride vaciló.

—Un minuto.

Estaba a punto de marcharse cuando ella le llamó.

—Stride.

—¿Sí?

—¿De verdad sospechas que había alguien más esa noche? ¿Es posible?

Él asintió.

—¿Posible? Sí, por supuesto.

—¿No debería recordarlo?

—Tal vez sí lo recuerdes. Dijiste que soñabas con esa noche; ¿ves a alguien más en tu sueño?

La expresión de Cat reflejaba su desconcierto.

—En mis sueños, siempre pienso en ti.

Se volvió hacia el pasillo que llevaba a las habitaciones. Las tablas de madera se hundieron como si el suelo fuera a desplomarse. Stride pensó en seguirla, pero en lugar de hacerlo cruzó la puerta principal hacia el porche. Serena estaba junto a la barandilla, empequeñecida por el bosque que rodeaba la gran parcela. Se reunió con ella. Estaba justo en el mismo lugar donde tantas veces había estado Michaela. Igual de cercana. Igual de atractiva.

Se quedaron de pie uno al lado del otro, en silencio. El sol se había puesto, sólo quedaban sombras. Diciembre en el mes de abril.

—Estaba un poco enamorado de Michaela —confesó.

Serena le dedicó una sonrisa triste.

—Por supuesto. Tú eres así.

Le pasó una mano por la cintura. Estaban cara a cara, a dos centímetros de distancia. Los ojos de ella eran como dos esmeraldas brillantes. Se inclinó hacia él y él se inclinó hacia ella, y se besaron, y sus labios fríos se volvieron suaves y cálidos. Él le pasó los dedos por el cuello. Ella alzó las manos hacia su espalda y le abrazó con fuerza. Como si el hielo de muchos meses hubiera empezado a derretirse. Como si hubiera llegado la primavera.

Sus labios se separaron, pero no sus mejillas. Él sentía el aliento de ella en la cara y la caricia de su pelo. No se movieron ni hablaron; se limitaron a abrazarse y a recordar qué se sentía, como dejarse invadir por las notas de una canción que una vez habías sabido de memoria.

Ni siquiera la oyeron regresar.

Cuando por fin se separaron, Cat estaba de pie en el umbral mirándolos con ojos desorbitados. Su rostro, pálido y desfigurado por el terror, era el de una niña de seis

años perdida.

—Cat, ¿qué ha pasado? —le preguntó Stride.

Ella abrió la boca. Respiraba agitadamente, presa del pánico, mientras negaba una y otra vez con la cabeza.

—¿Dónde está la niña? —dijo.

Stride no lo entendió.

—¿Qué?

Cat abrió y cerró la mandíbula, pero no pronunció palabra. Sus labios formaron una «O» de miedo. Como un conejo asustado, dio un salto y lanzó los brazos alrededor de Stride con tanta fuerza que estuvo a punto de hacerlo caer.

—Eso es lo que dijo —gritó—. Eso es lo que dijo el hombre cuando entró para matar a mi padre. «¿Dónde está la niña?».

Maggie esperó pacientemente a que el semáforo de Hiawatha con la Veintiséis cambiara a verde, mientras tamborileaba con los dedos sobre el volante del Corvette al ritmo de Def Leppard. A su lado, el paso de un tren ligero cortaba el tráfico en dirección sur, hacia el aeropuerto. El chirrido de las ruedas le resultaba tan plácido como el tañido de una campana. Cuando se levantó la barrera, Maggie giró a la derecha, y avanzó medio bloque hasta la casa donde ocho meses atrás habían apuñalado a Vincent Roslak.

Se trataba de un edificio de hormigón de dos plantas subdividido en apartamentos. Cinco antenas de satélite sobresalían en una hilera del tejado, y los cables bajaban por la fachada y se metían por las ventanas. Las paredes estaban surcadas de pequeñas grietas y la parcela, vallada. La puerta de entrada colgaba de un lado, abierta. Maggie entró y pulsó el interfono del apartamento del encargado.

—¿Bennett Walton? —dijo cuando él abrió la puerta—. Soy la sargento Maggie Bei. He llamado para ver el piso de Roslak.

—Sí, sí, pase.

Bennett Walton rondaba la treintena, tenía el cabello pelirrojo y ralo y llevaba gafas de montura negra gruesa. Vestía un jersey de manga larga y pantalones cortos de deporte. Era alto y tenía la constitución de un jugador de baloncesto, con hombros cuadrados y rodillas protuberantes. Calzaba unas Converse sin calcetines, y Maggie vio cómo el dedo gordo del pie asomaba por la punta de una de ellas.

Walton la guió por el pasillo pintado de un blanco raído hasta unas escaleras y subieron al segundo piso.

—¿No lo han vuelto a alquilar?

Walton se encogió de hombros.

—No, nadie quiere vivir en un lugar donde se ha cometido un crimen, ¿sabe? La gente se acojona.

—¿Es usted el propietario del edificio?

—No, es mi madre. Yo estoy aquí para evitar que los inquilinos la llamen día y noche.

El joven asió el pomo suelto de una puerta a su izquierda y la dejó pasar. El apartamento de Roslak era un estudio estrecho que abarcaba toda la longitud de la casa. A su derecha había una pequeña cocina, y a través de la ventana que daba a la calle vio el Corvette alquilado aparcado junto a la acera. El apartamento no estaba amueblado y lo habían vuelto a pintar, además de haber cambiado la moqueta.

—¿Tuvieron que arrancarla entera? —preguntó Maggie.

—Oh, sí. También hubo que pintar el techo del piso de abajo, porque la sangre se había filtrado. Un asunto desagradable.

Maggie se dirigió hacia la parte delantera del apartamento.

—¿Quién encontró el cuerpo?

—Yo. La gente empezó a quejarse del olor; era julio y hacía mucho calor. Al ver que no contestaban, abrí con la llave maestra y casi me cago en los pantalones.

—¿Cómo estaba colocado el cuerpo cuando lo encontré?

—Tendido boca arriba, junto al sofá —explicó Walton, señalando al suelo—. Tenía los ojos abiertos y había sangre por todas partes. ¡Puaj!

—¿Vio el cuchillo con el que lo mataron?

—No.

—¿Alguna idea de lo que estaba haciendo cuando lo mataron?

—Bueno, tenía los pantalones por los tobillos y la polla colgando. ¿Le sugiere algo?

Maggie asintió.

—Lo pillo.

—Qué manera de morir, ¿eh? —comentó Walton. Hizo una mueca y bajó la mano hacia sus testículos, como si alguien amenazara con cortárselos—. Estás metido en faena y, de repente, aquello se convierte en *Instinto básico*.

—¿Conocía bien a Vincent Roslak? —preguntó Maggie.

—No, apenas le conocía. Pagaba el alquiler cuando correspondía, y eso era lo único que me importaba.

—¿Circulaba mucha gente por su piso?

—Oh, sí, todo el tiempo. Al principio pensé que debía de ser camello, o gigoló. Era un tipo atractivo, y solían visitarle muchas mujeres. Entonces alguien me explicó que era una especie de loquero.

—¿Había alguien que se pasara por aquí de forma habitual? ¿Una novia quizás?

Walton negó con la cabeza.

—No.

—¿Qué me dice de una adolescente latina? Menuda, pelo oscuro, muy atractiva.

—Como le he dicho, dejé de prestarle atención. A mí me van los videojuegos. *Call of Duty*. Si estoy en casa, no me dedico a mirar por la ventana.

—Según la policía, vivió en este apartamento durante un par de años —comentó ella—. ¿Vio u oyó usted algo extraño durante ese tiempo? ¿Gritos, discusiones, peleas?

—En este sitio siempre hay discusiones, pero las paredes son más gruesas de lo que parece. De un apartamento a otro no se oye casi nada, a menos que la gente deje la ventana abierta. Además, hacía tanto calor que la mayoría de la gente había instalado aparatos de aire acondicionado de ventana, y son muy ruidosos.

—No veo que aquí haya ninguno.

—En invierno, la gente los guarda —le explicó él—, aunque en este piso no lo ha habido nunca. Con el calor, el cuerpo prácticamente fermentó.

—Ya.

Maggie se metió la mano en el bolsillo y sacó una foto de Margot Huizenfelt.

—¿Alguna vez vio a esta mujer por aquí?

—Diría que no.

—De acuerdo, gracias por su ayuda, señor Walton. ¿Le importa si me quedo un momento?

—Como quiera.

Walton la dejó sola, pero no cerró la puerta del apartamento. Maggie se quedó de pie en el sitio donde habían hallado el cuerpo. Distinguió el olor a pintura reciente y notó la nueva moqueta mullida bajo los tacones. El apartamento era un espacio estéril, pero trató de imaginar a Roslak manteniendo relaciones sexuales sobre el sofá, contra la pared, con los pantalones y los calzoncillos por los tobillos, con el cuerpo de una chica bajo el suyo.

En mitad de polvo, ella cambia de opinión. O tal vez nunca diera su consentimiento. Lo ataca, lo apuñala, lo derriba y sigue apuñalándolo. El hombre está demasiado sorprendido incluso para gritar. Sus pulmones se encharcan y no puede pedir ayuda. Al final, cae muerto.

La policía no llegó a encontrar el cuchillo; ella se lo llevó. ¿La amenazaba Roslak con el cuchillo cuando todo empezó?

¿O acaso ella había tenido el cuchillo todo el tiempo?

Quizá lo tuviera a mano. Dentro de su bota, como Cat.

Maggie decidió que la visita al apartamento de Roslak le había revelado algo: la muerte de aquel hombre no parecía implicar a un asesino empeñado en mantener oculto un secreto que duraba ya diez años. Roslak conocía bien a su asesino, muy bien. Eran íntimos. Se trataba de un encuentro sexual con un final inesperado, abrupto y violento. Sin ningún nexo que lo uniera al anillo robado que colgaba del cuello de Cat.

Maggie abrió una ventana que daba a la calle. Una ráfaga de aire frío se coló en el interior, y las ramas desnudas del árbol del jardín contiguo se agitaron. El viento le trajo el lejano sonido del tren ligero de Hiawatha. Aquel día abrasador de julio, sin aire acondicionado, Roslak habría abierto la ventana. Quien pasara por la calle habría oído los gemidos que emergían del apartamento. O el eco del asesinato.

Maggie se sentó en la moqueta con las manos alrededor de las rodillas, sin moverse. Casi había oscurecido y, en la creciente penumbra, se convenció de que había pasado por alto algo importante. Aunque no hubiera muebles ni nada que la ayudara a visualizar el crimen, el apartamento le hablaba en una lengua desconocida que no lograba descifrar.

¿Qué se le había pasado?

Oyó pasos procedentes del exterior y dio por hecho que era Bennett Walton. Sin embargo, cuando alzó la vista se topó con la cara y el cuerpo fornido de Ken McCarty, que le sonreía desde la puerta. Le costó devolverle la sonrisa.

—¿Qué tal? —saludó él—. He recibido tu mensaje.

—Hola.

Ken se acercó a ella, se sentó a su lado y se percató de que estaba de un humor

sombrío.

—¿Estás bien? Guppo me ha contado que diste unas cuantas vueltas de campana con el Avalanche.

—Estoy bien.

Él le dio un leve codazo en las costillas.

—No tienes buen aspecto.

—Estoy bien —repitió ella con un atisbo de irritación.

—Vale, sólo preguntaba. Bonito coche el de ahí fuera.

—Es de alquiler.

—Ya. Cuando yo alquilo un coche, no me dan precisamente un Corvette. ¿Te quedarás a pasar la noche? ¿Quieres venir a la cueva del amor?

—No, Stride quiere que vuelva al norte.

—Qué lástima. ¿Has descubierto algo aquí?

—Nada que relacione el asesinato de Roslak con Duluth. Nada que relacione a Marty Gamble con Fong Dao. He hablado con la novia de Fong y está convencida que le tendieron una trampa. De que no estaba implicado en el robo en casa de los Keck.

Ken se rio.

—Ya, claro. Ni él ni el resto de los hombres inocentes con condenas múltiples por robo.

—Lo sé. Es una estupidez, ¿verdad? Pues será una locura, pero me parece que la creo.

—¿Maggie Bei dudando de sí misma? Eso es una novedad.

Ella se encogió de hombros.

—En aquel momento estaba demasiado segura de mí misma, fui demasiado arrogante. Debería haber indagado más a fondo.

—Después de la batalla, todos somos generales. El caso es que llegamos a una conclusión, pedimos una orden y lo detuvimos. Todos los casos deberían ser así de sencillos.

—Tal vez fuera demasiado sencillo —observó Maggie—. Djemilah dice que el personal del St. Luke's conocía el historial delictivo de Fong. Cualquiera podría habernos guiado hasta él. En cuanto encontramos el alijo en su casa, decidí cerrar el caso. Lo había resuelto.

—No sólo tú. Stride también estaba convencido. Y K-2.

—Ya, pero fui yo quien lo cerró. Afirmé que teníamos a nuestro hombre. Busqué un cómplice y no lo encontré, así que ahí quedó todo. Si no fuera porque de ese modo jodí el caso. Piénsalo: ¿cómo habría podido encontrar un cómplice si Fong ni siquiera estaba implicado en el crimen?

—Vamos, no te fustigues por lo que te haya contado esa chica. Si juzgáramos a la gente por las historias que cuentan sus parejas, las cárceles estarían vacías.

—En eso tienes razón.

—Claro que la tengo.

Ken consultó el móvil y leyó un mensaje que le acababa de llegar.

—Bueno, el deber me llama. Tengo que irme, pero me alegro de que me hayas contado que venías. Qué lástima que no puedas quedarte.

—Sí.

Maggie se inclinó hacia él y le dio un profundo beso.

—¿Vendrás este fin de semana?

—Estoy a punto de irme contigo ahora.

—Márchate —le dijo ella.

Ken se puso en pie y la dejó sola en el apartamento de Roslak, oscuro como boca de lobo. Maggie permaneció en la negrura pensando en Fong Dao y en su condena por asesinato. Ella misma había encabezado el registro del apartamento y había descubierto la caja, la había abierto y había hallado las joyas, el dinero y la pistola. Todo dispuesto para que ella lo encontrara. Caso abierto y cerrado.

Demasiado sencillo.

No importaba lo que dijera Ken ni lo que se dijera a sí misma: era incapaz de sacudirse aquel mal presentimiento. Algo no encajaba. Ninguna de las piezas encajaba.

Empezaba a pensar que diez años atrás había cometido un error que acabó costándole la vida a un hombre.

Stride consultó el reloj.

—Llega tarde.

Estaban a kilómetros de distancia del centro de la ciudad. El blanco edificio de la iglesia católica, coronado por una cúpula de cobre y una cruz en lo alto del campanario, databa de 1896. Se hallaba en un camino solitario del término municipal de Gnesen, en una zona boscosa entre los lagos septentrionales. En el terreno que la rodeaba había un puñado de tumbas empequeñecidas bajo la frondosidad de los abetos.

Serena paseó la vista por el camposanto desierto.

—¿Por qué nos habrá pedido que nos reunamos aquí?

—No quiere que nadie nos vea juntos —dedujo Stride.

Estaba oscuro, pero cerca de la iglesia había una farola cuya luz proyectaba sombras sobre el cementerio. Se sentaron en un banco frente a una gruta de piedra. Las rocas estaban cubiertas de nieve. Dentro de la cueva, la figura de Cristo tenía las manos unidas en gesto de oración. Los cuervos, escondidos entre los árboles, graznaban en señal de advertencia. Serena se sentó junto a Stride, y él le rodeó los hombros con el brazo para que no se enfriara.

—A veces, Cindy y K-2 venían a esta iglesia para escuchar misa —comentó Stride.

—¿Y tú no les acompañabas?

—¿Yo? No. Ya sabes que no soy religioso del modo en que lo era ella.

Stride escuchó la tranquila soledad.

—Aunque siempre he pensado que, si tengo que pasar la eternidad en alguna parte, éste no es un mal sitio.

—Sólo es un pedazo de tierra helada, Jonny.

Stride no respondió. Sabía que, después de la adolescencia que había vivido, Serena no creía en Dios. Tras la muerte de Cindy, él se había sentido del mismo modo, amargado y convencido de que estaba solo en el mundo. Ahora, se daba por satisfecho con no saber si de verdad existía un guía celestial. Había momentos en los que el universo parecía azaroso y cruel; otros, sin embargo, parecían obra del destino y le hacían pensar que no creer era una actitud arrogante.

Como encontrar a Cat en el armario de su dormitorio.

Como besar a Serena en el porche de Michaela.

Se levantó del banco.

—Vamos, estás helada. Esperaremos dentro.

Ella sonrió.

—¿Yo en una iglesia? Dios podría abatirme en el umbral.

—Entonces, pasaré delante para que me golpee a mí.

Serena se puso en pie y le cogió de la mano; tenía los dedos fríos. Caminaron

hacia las puertas de la iglesia, que se abrían a la nave interior. Tres modestas vidrieras proyectaban una luz de colores en el suelo, procedente de la farola del cementerio. En aquel espacio se alineaban varias filas de bancos vacíos; los candelabros de los muros brillaban como si fueran velas.

A medio camino del altar, Stride se deslizó sobre un banco. Serena se sentó a su lado, cogió un libro de himnos y pasó las páginas; las cubiertas estaban gastadas y rotas. Lo cerró con cuidado y lo devolvió a su sitio.

—Cat estaba muy alterada —comentó Serena—. Lamento haberla llevado a su antiguo hogar. Ha sido una mala idea.

—Quizá necesite recordar esa noche —observó él—. Forma parte del proceso de curación.

Pensó en el trayecto de regreso a casa. Cat apenas había pronunciado palabra. No había habido más recuerdos ni revelaciones; se había dedicado a mirar por la ventana y había ignorado los esfuerzos de Stride y Serena por sacarla de su estado. Cuando la dejaron al cuidado de una agente para poder acudir a su cita, se había tendido frente a la chimenea con aspecto de hallarse muy lejos de allí.

—¿Crees que algo de todo esto es real? —preguntó Serena—. ¿Podemos confiar en lo que nos ha contado?

—Por ahora, vamos a suponer que sí. Ella cree que esa noche había alguien más en la casa. Si es así, quienquiera que sea probablemente disparó a Marty.

—¿Y a Michaela?

—No, Marty la mató —repuso Stride—. Estaba cubierto de su sangre. No habría hecho falta mucho para animarle a apuñalarla; alguien se limitó a llevarlo al límite.

—Pero ¿por qué?

—Porque la muerte de Michaela hacía que toda la historia resultara plausible. Si Marty hubiera muerto asesinado, habríamos empezado a escarbar en su vida para encontrar respuestas. Pero ¿apuñalar a Michaela y luego pegarse un tiro? Eso tenía sentido. Todos sabíamos que podía llegar a ocurrir.

Stride meneó la cabeza. Le habían engañado; les habían engañado a todos. Les habían proporcionado una historia que encajaba con sus expectativas, y se la habían tragado. Marty era el chivo expiatorio perfecto, igual que Fong Dao. Un allanamiento de morada, un asesinato y un suicidio. Dos crímenes resueltos, sin haber descubierto nada en realidad.

—Alguien se libró de su responsabilidad por ese robo —comentó Serena.

—Hasta que apareció el anillo —apuntó Stride—. Te pasas diez años creyendo que estás a salvo y, de repente, Margot Huizenfelt relaciona a Marty con el asesinato de Rebekah Keck. Quienquiera que sea debe de haberse esforzado mucho para que el vínculo no saliera a la luz.

—Cuando has llegado tan lejos, ya no hay marcha atrás —observó Serena—. Todos los implicados en el robo eran culpables de asesinato. Si les atrapaban, su vida habría terminado. Si mataban a quien fuera necesario, la conservarían. La cuestión es:

¿de quién se trata? ¿Trabajaban Marty y Fong con un cómplice? ¿Es a él a quien buscamos?

—Eso si Fong estaba realmente implicado —repuso Stride—. Maggie dice que ya no está tan segura. En esa época buscamos a un cómplice de las actividades de Fong y no lo encontramos, así que supusimos que lo había hecho solo. Un único sospechoso. Fin de la historia.

—No te culpes, Jonny.

—No soporto que me engañen —dijo él—. No sé si Fong era culpable o no, pero en cualquier caso Marty no hizo esto solo. ¿Cómo consiguió el código de la alarma? ¿Cómo sabía que Lenny y Rebekah estaban de viaje? Necesitaba mucha información para llevarlo a cabo. Necesitaba que alguien cercano a Lenny le ayudara.

—O al propio Lenny —observó Serena.

—Sí. O al propio Lenny.

Serena pronunció en voz alta lo que él estaba pensando.

—Tenemos que afrontar una posibilidad muy desagradable, Jonny: que no se trate de un robo. Tal vez fuera sólo una cortina de humo para que la investigación se apartara de lo que había sucedido en realidad.

—Un asesinato.

—Así es. Todo el mundo dio por hecho que Rebekah se había encontrado con el ladrón y que éste la mató, pero quizá se tratara de que su asesinato pareciera un accidente. Rebekah llega a casa y Marty la está esperando. Le dispara y saquea la casa. Unas semanas más tarde, el botín se recupera en casa de Fong Dao y a él lo encierran de por vida. Mientras tanto, Marty se suicida después de asesinar a Michaela en un acto que no parece guardar ninguna relación con la muerte de Rebekah. No quedan cabos sueltos.

—Crees que Lenny orquestó la muerte de Rebekah —dijo Stride—. Hizo que Marty lo ejecutara y luego lo mató.

—Creo que es posible. ¿Tú no?

Stride no contestó. En ese momento, oyeron una voz potente en la entrada de la iglesia.

—Os equivocáis.

Leonard Keck, vestido con un chándal violeta, estaba de pie junto a una de las vidrieras, con las manos apoyadas en las caderas. Llevaba el pelo despeinado y la expresión de su rostro bronceado y moteado de rojo era de enfado. Detrás de él, el comisario Kyle Kinnick permanecía en el umbral de la iglesia, por cuyas puertas abiertas se colaba el aire frío.

Lenny avanzó por el pasillo con sus zapatillas de tenis.

—Os equivocáis —repitió—. No conozco a ese tal Marty Gamble y no tengo nada que ver con lo que le ocurrió a Rebekah. Yo la amaba, y ésa es la verdad. No me importa lo que penséis de mí. Tal vez sea un hijo de puta, pero yo no lo hice. Yo no maté a mi esposa.

Cuarta parte

EL CEMENTERIO DE GRAFITI

—Bueno, ¿cuáles son las reglas, comisario?

Estaban junto a la entrada de la iglesia. K-2 llevaba un fedora negro y una pesada gabardina marrón encima del traje. Tenía los zapatos empapados de nieve. Las puntas de las orejas, rosadas a causa del frío, sobresalían de ambos lados del sombrero. Al otro extremo del pasillo, Leonard Keck estaba sentado en el primer banco con un vaso de café en la mano.

—Le he dicho que no utilizaremos nada de lo que diga en su contra —explicó K-2—. De ahí el encuentro en privado.

—Eso me ata de manos.

—Alégrate de que no haya venido con su abogado, Jon.

Stride se pasó las manos por el pelo.

—¿Y si confiesa un asesinato?

—No lo hará.

—Si se niega a contestar, no hay trato.

—Lo sabe. Traerlo aquí me ha costado una botella de *whisky* de cien dólares, así que me debes una.

—Dudo que haya sido tan sencillo.

K-2 se encogió de hombros y se rascó la oreja.

—Sí, he tenido que amenazar con llamar al ayuntamiento, al fiscal general y al presidente del Partido Republicano. Sabe que cuando todo esto salga a la luz es posible que pierda su asiento en el ayuntamiento, pero en política siempre hay segundos actos. Sobre todo en Duluth. Además, es rico; todavía puede comprar todas las influencias que quiera.

—¿Sabes qué va a contarnos?

—En su mayor parte.

—¿Es muy malo?

—Bastante, pero más que nada es estúpido. La estupidez echa por tierra más investigaciones que cualquier otra cosa. Tú lo sabes.

Stride asintió. La gente mentía a la policía del mismo modo que mentía a su médico. Se avergonzaban, se sentían culpables; se negaban a admitir haber cometido una tontería. Había desperdiciado semanas de trabajo y había visto cómo algunos delincuentes se iban de rositas a causa de mentiras que no tenían nada que ver con los verdaderos crímenes.

Hizo un gesto en dirección a Serena y ambos se reunieron con Lenny al fondo de la iglesia. El vendedor de coches estaba sentado con las piernas separadas y las rodillas flexionadas. El vapor se elevaba de su taza de café mientras él contemplaba el altar con el ceño fruncido.

—Resulta extraño estar en un sitio así —comentó—. Hablando de pecados.

—¿Prefieres ir a otra parte? —le ofreció Stride.

—No, acabemos con esto. Si los católicos están en lo cierto acerca del purgatorio, estoy jodido.

Stride distinguió el efecto del *whisky* en la voz de Lenny.

—Has dicho que tú no orquestaste el asesinato de Rebekah —empezó a decir Stride—. Convénceme.

Lenny hizo una mueca y tomó un sorbo de café.

—¿Qué es lo que queréis? No puedo demostrarlo, lo único que puedo deciros es que no tenía un solo motivo para matar a Rebekah. Éramos ricos. Éramos felices. Ella estuvo a mi lado cuando yo no tenía dinero y siguió allí cuando lo tuve. No había ninguna amante esperando entre bambalinas para ocupar su sitio. Nunca he vuelto a casarme, porque para mí no existía nadie más que Rebekah.

Miró a Stride y luego a Serena.

—Vosotros dos sois afortunados; os conocisteis después de que Stride perdiera a su esposa. Yo nunca he tenido esa experiencia, y creedme, ha habido más de una mujer que lo ha intentado.

—Háblenos de esa última salida —le pidió Serena—. ¿Quién sabía que se marchaban a los cayos?

Lenny se encogió de hombros.

—¿Quién no lo sabía? En el concesionario, todos estaban al corriente. La mayoría de los políticos, también, y estoy seguro de que Rebekah se lo contó a docenas de personas. No había nada que ocultar. Joder, si hasta se lo conté a K-2 para que pudiera planificar alguna ronda extra y vigilar la casa mientras estábamos fuera. ¿Habría hecho algo así si estuviera planeando fingir un robo? Seamos serios.

—¿Qué paso exactamente durante el viaje?

—No pasó nada —repuso Lenny—. Fue el típico viaje de trabajo. Discursos aburridos, fiestas, alcohol y gambas. Nos lo estábamos pasando de fábula hasta que Rebekah empezó a expulsar langosta en mal estado por arriba y por abajo, y decidió regresar antes a casa. Yo me ofrecí a acompañarla, pero insistió en que me quedara hasta que terminara la convención. Llamé a una limusina para que la llevara a Miami y allí cogió un avión de regreso a Minneapolis. Cuando aterrizó, se encontraba ya lo suficientemente bien como para conducir hasta Duluth; llegó a casa alrededor de medianoche. Fue entonces cuando le dispararon.

—¿Quién sabía que volvía antes de lo previsto?

—Nadie aparte de mí y algunos de los asistentes al congreso, a menos que ella hablara con alguna de sus amigas. Tenéis los registros telefónicos; decídmelo vosotros. Mientras conducía hacia casa, me llamó para decirme que se encontraba mejor. Fue la última vez que hablé con ella.

—¿Cuándo regresaste tú? —preguntó Stride.

—Un día después. Alquilé una limusina para que me trajera desde el aeropuerto de Minneapolis.

—¿No estabas preocupado por no haber podido ponerte en contacto con

Rebekah?

Lenny se encogió de hombros.

—Estaba ocupado con el congreso. Probé un par de veces y me saltó el buzón de voz. Nada del otro mundo. Imaginé que estaría atareada con uno de sus actos sociales o de caridad. O que había ido de compras.

—¿Se le ocurre alguna razón por la que alguien pudiera querer matarla? —preguntó Serena.

—¿A Rebekah? Ninguna. ¿Era una mujer difícil? Por supuesto. ¿Podía tener muy mala leche si te metías con ella? Sin duda. Joder, era un ama de casa judía rica, ¿qué podía esperarse? Pero nadie tenía razón alguna para matarla. Os lo digo, algún bastardo creyó que no estábamos, se colaron en la casa para robar y Rebekah apareció en el momento equivocado. Eso es lo que pasó. Si yo hubiera vuelto a casa con ella, también estaría muerto.

—Muy bien —dijo Stride—. Hablemos del anillo.

Lenny echó un vistazo hacia la puerta de la iglesia, donde K-2 permanecía de pie con los brazos cruzados sobre su escuálido torso. El vendedor de coches se tiró de la cintura del chándal.

—¿Qué pasa con el anillo?

—Sabías que no había aparecido. ¿Por qué no nos lo contaste?

—Ya te lo dije; creía que lo había hecho.

—Mientes. Nunca reclamaste a la aseguradora.

—Debió de pasármelo. Joder, mi esposa había muerto. ¿Crees que me preocupaba el dinero del seguro?

Stride se subió la cremallera de la cazadora de cuero.

—Hemos terminado, Lenny. Mi siguiente visita será al *News-Tribune*. Seguro que cualquier periodista estará encantado de escribir la historia.

—¡Lenny! —gritó K-2 desde la entrada de la iglesia—. Ya te he dicho de qué iba esto. Si tienes algo que decir, será mejor que lo digas.

Lenny cerró una mano en un puño y se lo rodeó con la otra.

—¡Vale! Sí, vale, no os conté lo del anillo. Sólo quería que todo aquello pasara.

—¿Hubo alguna otra joya que no se recuperara? —preguntó Stride.

—Sí, unos pendientes grandes y un par de pulseras y collares. Piezas caras, aunque no podría describirlas. Sabía que le había regalado joyas a mi esposa que no estaban entre los artículos que recuperasteis.

—¿Qué hay del dinero en efectivo? —prosiguió Stride—. Encontramos unos cinco mil dólares en el apartamento de Fong y tú dijiste que eso era todo lo que tenías. ¿Era mentira?

—Había más —admitió Lenny—. Mucho más.

—¿Cuánto?

—Más de cincuenta mil dólares —confesó.

Stride soltó un suspiro de repulsión.

—Increíble.

—¿Por qué tenía tanto dinero en casa? —intervino Serena.

—Digamos que, en mi negocio, hay transacciones que es mejor hacer en efectivo, ¿vale?

—Sobornos —dedujo Serena.

—Incentivos. Bonos. El hecho es que si os hubiera dicho cuánto dinero me habían robado en realidad, habríais empezado a hacerme preguntas que yo no quería contestar. Mi carrera política habría terminado antes de empezar, y el fisco también habría comenzado a meter las narices.

Stride meneó la cabeza.

—Así que no dijiste nada. Sabías que tenía que haber un cómplice implicado en la muerte de tu esposa y lo dejaste escapar.

—¡Rebekah estaba muerta y nada iba a devolvérmela! —exclamó Lenny—. Ella habría querido que hiciera exactamente lo que hice. Habría dicho que echarlo todo por la borda para meter a un par de tipos entre rejas era una locura.

K-2 avanzó por el pasillo de la iglesia hacia ellos.

—Esto no va a salir de aquí, Lenny, pero no creas que voy a olvidarlo. Si no tienes todos tus asuntos en regla, será mejor que lo soluciones de inmediato. ¿Ha quedado claro?

—Como el agua —contestó Lenny—. ¿Hemos terminado? ¿Puedo marcharme ya?

Empezó a levantarse, pero Serena le puso una mano en el hombro.

—No tan rápido, señor Keck.

—¿Qué? ¿Qué más quieren? Se lo he contado todo.

—Seguimos teniendo un problema.

Lenny miró a K-2 con gesto lastimero.

—Esto es una locura. Vamos, Kyle, sácame de aquí.

El comisario estudió el rostro de su amigo.

—¿Por qué no escuchas lo que tiene que decirte la señorita?

Lenny hizo una mueca y entrelazó las manos sobre el regazo.

—Muy bien. ¿Cuál es el problema?

—Si Fong estuvo implicado en el robo, el reparto no es correcto —observó Serena.

—¿Perdón?

—Encontramos cinco mil dólares —explicó Serena—. Si robaron cincuenta mil, Fong debería haber tenido mucho más dinero en esa caja. Sobre todo si él tenía la pistola y fue quien realizó el trabajo. ¿Dónde está el resto?

—¿Qué es lo que quiere saber? Quizá guardara una parte en otro sitio. Tenía una novia, ¿no? Es probable que se lo diera a ella. O puede que sólo fuera cabeza de turco y alguien le tendiera una trampa.

—Si Fong fue un cabeza de turco, si en realidad era inocente, nos enfrentamos a

un problema aún más grave —señaló Stride.

Lenny se retorció y volvió a mirar a K-2 para que lo rescatara, pero la expresión del comisario era pétrea.

—¿Qué quieres decir? No te sigo.

—¿Por qué tenderle una trampa a alguien si la policía va a seguir buscando a los cómplices? —preguntó Stride.

—No sé de qué hablas —repuso Lenny.

—Si era una trampa, entonces alguien plantificó cinco mil dólares en casa de Fong para que nosotros los encontráramos —dijo Stride al tiempo que se inclinaba sobre el rostro de Lenny—. ¿Por qué molestarse? Tenían que saber que buscaríamos el resto del dinero, y también las joyas. ¿Qué ganaban tendiéndole una trampa a Fong si tú ibas a decirnos que sólo habíamos recuperado una pequeña parte de lo sustraído?

—A menos que supieran que no diría usted una palabra —concluyó Serena.

Lenny se mordió el labio mientras su rostro se ponía como la grana.

—¿Qué dices, Lenny? —preguntó K-2—. ¿Has olvidado contarme algo durante nuestra charla?

—Se acabó —decidió Lenny—. Me voy.

—Si te vas no hay trato —le recordó K-2—. Mañana mismo pondré en marcha una investigación acerca de todas tus transacciones comerciales a lo largo de los últimos diez años.

—¿Es ése el problema? —quiso saber Serena—. ¿Quien organizó el robo conocía sus programas de «incentivos»? ¿Amenazó con sacarlo todo a la luz si no mantenía la boca cerrada?

—No tenía nada que ver con el dinero —le espetó Lenny.

—Entonces ¿de qué se trataba?

Lenny se llevó las manos a la cabeza y se mesó el pelo ya despeinado.

—No puedo creerlo.

—Será mejor que nos lo cuentes —le aconsejó K-2—. Se va a descubrir todo; no puedes evitarlo.

—¡Estaba en mitad de mi primera campaña electoral! ¡Acababan de asesinar a mi esposa! ¿Creéis que quería que saliera esa clase de mierda en los periódicos? ¿Creéis que quería que todo el mundo se enterara? Habría sido una humillación, mi ruina.

Esperaron. El silencio resultaba exasperante. Lenny parecía un niño que se sintiera culpable.

—De acuerdo, esto es lo que pasó. Rebekah no estaba interesada en el sexo de la misma forma que yo, ¿lo entendéis? Así que, cuando me hice rico, decidí que me merecía conseguir algo de lo que me faltaba.

—Prostitutas —dijo Stride.

—Más bien chicas de compañía. De lujo, caras. Cuando Rebekah se ausentaba, a veces organizaba fiestecitas para divertirme un poco, ¿vale? Eran universitarias jóvenes y guapas, y hacían todo lo que yo quería. ¿Qué hombre podría negarse?

—Pero alguien lo averiguó —dedujo Serena.

—Sí, alguien me tendió una trampa. Tenían fotos de un motel en el que había estado. Fotos muy explícitas, vergonzosas. Fetichistas. Cuando regresé de los cayos y hallé el cuerpo de Rebekah, las fotos estaban allí. Como si no tuviera suficiente con encontrar a mi esposa muerta sobre el suelo, descubrí que además iba a convertirme en un hazmerreír. Me dijeron que, si os contaba qué habían robado, enviarían las fotos a la prensa. Yo no supe de qué iba aquello hasta que registrasteis la casa de Fong, y entonces supuse... que era una tapadera.

—Lenny, ¿dejaste que le colgaran el muerto a un hombre inocente? —pregunto K-2—. ¿Te quedaste tan tranquilo mientras lo metíamos en la cárcel?

—¡Y una mierda, inocente! Vamos, Kyle, era un expresidiario, un ladrón de poca monta. Encontrasteis objetos de otros robos en su casa, ¿no?

—Fue condenado por asesinato, señor Keck —le recordó Serena—. Un asesinato que sin lugar a dudas no cometió. ¿No le incomodaba la idea de que los verdaderos asesinos de su esposa siguieran libres? ¿Que no pagaran por lo que habían hecho?

—No tenía otra opción —se justificó Lenny—. ¿No lo entiende? Tenía que pensar en mi reputación.

Stride negó con la cabeza.

—Háblanos de las chicas —le pidió—. Has dicho que eran universitarias.

—Sí, muy guapas y muy listas. Eso formaba parte de su atractivo. No eran chicas de la calle.

—¿Alguna vez las llevaste a tu casa?

Lenny asintió.

—A veces.

—Así que podrían haberte visto introducir el código de la alarma.

—Su... supongo que sí.

—Necesitamos nombres —le dijo Stride.

—¿Crees que conozco sus verdaderos nombres? No me los decían, y yo no preguntaba.

—¿Cómo las encontrabas? —quiso saber Stride—. ¿Quién lo organizaba?

—Había... había una chica. Estudiante de administración de empresas. Di una charla en su clase y, cuando terminó, se acercó a hablar conmigo. Fuimos a tomar un café y... no sé, le tiré los trastos. Ella me dijo que, si era lo que yo quería, de acuerdo, pero que no era gratis. Puso un precio y yo acepté. Así empezó todo. Al ver que quería más, me presentó a otras chicas deseosas de hacer lo mismo.

—¿Quién era la chica? —preguntó Serena.

—Es imposible que forme parte de una trama como ésta. Ella no.

Stride se agachó frente a él.

—¿Quién?

Brooke Hahne contempló el cuchillo en el asiento del acompañante.

Lo había cogido del cajón de la cocina de su apartamento. Era de acero inoxidable, afilado. Lo agarró, lo sostuvo sobre la palma de la mano y estudió la hoja, que brillaba bajo la débil luz del Kia. El mango estaba frío. Tensó la muñeca y vio cómo la arteria radial sobresalía de la piel. Tocó el vaso sanguíneo hinchado con el filo de la hoja. Podría abrirlo con un simple movimiento vertical. La sangre se derramaría a borbotones, cálida y de un rojo vivo, como una ponsetia.

No tardaría mucho en morir. Muy poco, de hecho. Sería rápido e indoloro.

Había conducido durante dos horas a través de la oscuridad, sin rumbo fijo. Ahora permanecía sentada en el frío interior del coche y se preguntaba cómo había llegado hasta aquel punto. Cómo podía el pasado haber escapado a su control. Debería haber terminado con aquello diez años atrás, pero se había engañado pensando que una simple penitencia bastaría para arreglar las cosas. Todos los días que había pasado en el refugio salvando almas perdidas eran una expiación por sus pecados.

Mentira.

En realidad, era una cobarde a la que le daba miedo pasar el resto de su vida en la cárcel. Asustada y egoísta, se había negado a enfrentarse a sus actos. Ahora, más personas habían muerto por su culpa, una tras otra, como una pesadilla que ella era incapaz de detener.

Personas a las que no conocía. Y personas a las que quería.

—Oh, Dory —murmuró—. ¿Qué he hecho?

Una fotografía de ellas dos colgaba del espejo retrovisor, donde la había pegado. Estaban sentadas en el círculo de piedras conocido como los Cribs, junto al paseo entarimado, en biquini, mejilla con mejilla, rodeándose la cintura con el brazo y con una sonrisa tonta en la cara. Unos segundos después, recordó, se habían lanzado al agua fría del lago cogidas de la mano. En aquella época eran compañeras de habitación en su primer año de universidad, dos muchachas emocionadas ante todo lo que tenían por delante. Si hubieran sabido...

A Dory la esperaban las drogas. Miseria, adicción, vergüenza.

A Brooke, Leonard Keck. Así era como había empezado todo.

En aquel momento, no le había parecido gran cosa. Ella necesitaba dinero y Leonard Keck disponía de él; lo único que tenía que hacer era desconectar el cuerpo de la mente. No era la única que lo hacía. Otras chicas hablaban de ello en murmullos, tras las puertas cerradas. Una fiesta, un vestido bonito. Como una cita, pero el final feliz incluía dinero. Doscientos, trescientos, a veces quinientos dólares. Una fortuna.

Lenny se había acercado a ella después de una clase como un ricachón tonto, y ella había pensado: «Ésta es mi oportunidad. ¿Por qué no? Puedes follar conmigo, pero tendrás que pagar». Una simple transacción, como vender un coche. Ambos

obtenían lo que querían. Ella podía sonreír y fingir mientras él hacía lo que quería con ella, y el fin justificaba los medios. Nada de créditos universitarios, nada de acumular deudas.

Era su cuerpo, su elección. Todo el mundo decía que era un delito sin víctimas.
Se suponía que nadie tenía que sufrir ningún daño.
Se suponía que nadie tenía que acabar asesinado.

La toqueteaba por todas partes con sus manos viejas y torpes. Sus dedos se enredaron con su blusa de seda; le desabrochó los botones, se la abrió y le bajó las copas del sujetador para desnudar sus pechos. Los cubrió con la boca, le chupó los pezones rosados y apretó los pequeños montículos hasta dejarle marcas.

—Joder, mírate —jadeó mientras se deleitaba con la carne desnuda de ella con los ojos bien abiertos.

Cada vez que estaban juntos ocurría lo mismo. Como si ella fuera una pieza de museo. Como si él no pudiera creer que le perteneciera.

Lenny aún llevaba el esmoquin de la gala en beneficio de la universidad. Los corchetes de su camisa blanca rozaban la piel de ella mientras el cuerpo de Lenny la aplastaba. Podía notarla dura dentro de sus pantalones, deseando que la liberaran. Ya le había levantado la falda por encima de las caderas, le había bajado las bragas hasta los tobillos y le había separado las rodillas como si fueran las alas de una mariposa. Ella contempló el arco de su espalda mientras él se sumergía en su cuerpo. Lenny hundió la lengua entre sus piernas y la lamió como haría un perro con un cuenco de agua.

Ella se retorció, le sujetó la cara y lo besó. Le pasó los dedos por el pelo, le agarró el mástil que escondían sus pantalones y se lo empezó a frotar rítmicamente.

—Vamos dentro. Esta noche quiero estar desnuda en tu cama.

—Oh, sí.

Lenny abrió la puerta trasera del coche empujándola de una patada y se tambaleó en la fría noche de diciembre. Brooke se sacó las bragas y las guardó en el bolso, se desabrochó el sujetador y dejó la blusa abierta, de modo que se viera su suave piel. Luego le siguió. Él estaba tan borracho que apenas se mantenía en pie. Las llaves se le cayeron en el camino de entrada y se puso a gatas sobre la nieve para buscarlas. Sin dejar de resollar, se apoyó sobre los talones y la miró.

—Eres preciosa —dijo—. Joder, quiero estar dentro de ti.

—¿Sí? Pues ven aquí, cariño.

Lo ayudó a levantarse. Las rodillas del pantalón de esmoquin estaban mojadas y sucias. La rodeó por la cintura para recuperar el equilibrio mientras avanzaban a trompicones por el camino hacia la puerta de entrada. Ella mantuvo los ojos bien abiertos para vigilar el tráfico y a los vecinos, pero no había nadie que pudiera reconocerla. Tampoco farolas. Eran invisibles.

A lo largo del último año había estado allí muchas veces, pero en esta ocasión era distinto. Esta vez estaba asustada.

Él trató de meter la llave en la cerradura pero no lo consiguió. Ella le cogió las llaves de la mano.

—Déjame a mí.

—Date prisa. Te deseo tanto... Hoy lo hacemos sin condón, ¿vale? Los odio.

—Claro, a pelo, si es lo que quieres.

—¿Sigues tomando la píldora?

—Claro —dijo ella, y sonrió.

Lenny le deslizó la blusa por el hombro.

—No tengo que preocuparme de las enfermedades venéreas, ¿verdad? No puedo permitirme pillar un jodido herpes o algo parecido.

—No te preocupes, estoy limpia, cielo.

—¿Seguro? ¿Has ido al médico hace poco?

—Claro que sí. No te preocupes por eso.

Brooke hizo girar la llave en la cerradura y Lenny se dejó caer dentro en cuanto la abrió. La casa olía a moho y riqueza. Las luces estaban apagadas. En la pared, el panel blanco de la alarma parpadeaba, y ella distinguió la cuenta atrás en la pantalla. Disponían de veinticinco segundos para desactivar el sistema de seguridad antes de que se disparara. Él estaba demasiado borracho para hacerlo.

—¿Cuál es el código, Lenny?

—¿Qué?

—El código de la alarma, cariño.

—Oh, mierda. Es... Coño, ¿cuál es? Uno... uno siete... uno...

Brooke pulsó las teclas con las yemas de los dedos. Sus uñas rojas brillaron bajo los leds. La pantalla se iluminó: «Error».

—No es ése, Lenny. Vuelve a intentarlo. No querrás que venga la policía, ¿verdad?

—Uno... siete... Es el uno siete ocho nueve. Sí, ése es.

Ella lo intentó de nuevo y en el panel apareció un mensaje: «Código correcto».

En la cara de Brooke se dibujó una sonrisa de triunfo y alivio.

—¿Estás preparado, cielo? Vamos arriba.

Cogió a Lenny de la mano y lo arrastró a través de las sombras del vestíbulo. Él la manoseó de una forma desagradable mientras subían las escaleras, pero a ella no le importó. No pensaba en lo que él iba a hacerle. Esa noche no.

Pensaba: «Es la última vez».

Pensaba: «1789».

Brooke se preguntaba si Lenny lo sabía. En algún rincón de su cabeza, debía saber que había sido ella quien le había tendido la trampa. Gracias a ella, su esposa estaba

muerta, pero Dios, oh, Dios, había sido un accidente. Se suponía que no había nadie en la casa.

Si Lenny sospechaba algo, nunca había dicho una palabra al respecto.

Ahora, siempre que coincidían, fingían no compartir nada más allá de una relación profesional. La mayoría de los días, Brooke era capaz de olvidar lo que había hecho, pero cuando veía su cara en las reuniones del ayuntamiento le resultaba imposible. Aquellos momentos eran insoportables. Se sentaba en primera fila antes de su turno de palabra y allí estaba él, sobre la tarima, ante el micrófono. En cada ocasión se juraba que no lo miraría. Se lo repetía una y otra vez: «No mires, no mires, no mires».

Pero antes o después siempre lo hacía. Él también solía clavar los ojos en ella, y sus miradas se cruzaban. Brooke veía su sonrisita de suficiencia y sabía qué le estaba pasando por la cabeza. La estaba desvistiendo mentalmente, recordando todas las veces que había estado dentro de ella. Se le estaba poniendo dura bajo la mesa del ayuntamiento, mientras pensaba en su boca chupándosela.

Lenny tenía que saber la verdad, pero si era así, la había borrado de su mente. Nunca había tratado de vengarse o castigarla. Incluso ahora, si ella se hubiera dejado follar otra vez, él habría accedido. Si ella le hubiera susurrado un precio, él lo habría pagado. Eso era lo que le provocaba náuseas: para él, ella seguía siendo una puta.

El cuchillo.

Brooke presionó la punta de la hoja contra su muñeca, con la fuerza suficiente como para dibujarle una mueca de dolor en el rostro. Suponía que el sufrimiento no duraría demasiado. Sólo un pinchazo, como el de una aguja, si era lo bastante rápida. Una vez empezara a fluir la sangre, se marearía y, al final, se desmayaría antes de que la respiración se le entrecortara y el corazón dejara de latirle.

Miró la foto con Dory. Dos chicas dulces e ingenuas.

—Lo siento mucho —dijo—. Nunca quise que sucediera nada de esto.

El cuchillo le resbaló en la mano a causa del sudor. Estaba aterrorizada. Nada estaba ocurriendo como lo había planeado. Su mente luchaba consigo misma y se negaba a rendirse. Seguía siendo una cobarde, incapaz de terminar con aquello. Cuando volvió a intentarlo, el cuchillo se le escapó de los dedos y cayó al suelo del coche. No lo recogió.

A su lado, en el asiento del acompañante, su móvil despertó con un mensaje. Sabía que era él. Pensó en ignorarlo, pero él siempre la había controlado. No podía resistirse.

«¿Dónde estás? Tengo que verte».

Nunca terminaría. Estaba exactamente en el mismo sitio que hacía diez años: bajo su yugo. Nada había cambiado.

«No», le contestó. Y antes de que él pudiera responder, añadió: «Se acabó. Ya no puedo más».

Su teléfono volvió a sonar. «¿DÓNDE ESTÁS?».

Sintió su ira, y aun entonces la atemorizó. No sabía muy bien dónde estaba. Tenía la sensación de que el coche había avanzado solo. Cuando miró el terreno que la rodeaba, cayó en la cuenta de que se hallaba en un parque desierto junto a las aguas del puerto. Las ventanillas estaban cubiertas de vaho y escarcha. El coche temblaba con el envite del viento.

«Estoy en The Point».

«Quédate ahí», le dijo él.

Quédate ahí. No te muevas. Él iría a buscarla. Brooke escribió un mensaje con sus pensamientos: «Demasiado tarde».

Apagó el móvil antes de que él pudiera responder. No quería saber nada de él. Aquello era el final. Si se quedaba, si no hacía lo que había planeado, sería él quien la encontrara y la hiciera desaparecer, y nadie descubriría nunca qué había ocurrido. Era un pensamiento terrible.

Él no iba a permitir que ella siguiera con vida, por eso iba a ir a buscarla. Ella se había convertido en su único vínculo con la verdad, en la última testigo.

No podía dejar que él volviera a ganar, no después de todos esos años, no después de cómo la había torturado. No podía dejar que escapara. Tenía que hacer lo que debería haber hecho diez años atrás. La única forma de hacer las paces con el pasado, la única forma de que él pagara, era confesarlo todo.

—No encuentro a Brooke —le dijo Maggie a Stride—. No está en su apartamento ni en el refugio.

—Sigue buscándola.

—¿Estás seguro de esto, jefe? ¿Brooke?

—Estoy seguro. Lenny la ha delatado.

—Pero ¿Brooke y Marty? No me la imagino relacionada con un matón como él.

—No sabemos cómo encaja ella en este puzle, Mags. Tal vez el nexo de unión con Marty sea otra de las chicas que se acostaban con Lenny por aquel entonces. Será mejor que encontremos a Brooke y veamos qué tiene que decirnos.

Stride notó el incómodo silencio a través de la línea telefónica.

—Tengo su número de móvil. Veré si puedo localizarla.

—Perfecto. Hazlo.

Cuando colgó el teléfono, Serena lo estaba mirando.

—¿Otra de las chicas? —preguntó—. ¿De verdad lo crees?

—No —contestó Stride en tono grave—. Brooke estuvo implicada y todavía lo está. Margot debió de hablar con ella cuando trataba de encontrar a Cat ese sábado, y dijo algo que la aterrorizó. Por eso asesinaron a Margot.

—No imagino a Brooke como una asesina a sangre fría —observó Serena—. No es posible que lo esté haciendo sola. Por aquel entonces, alguien debía trabajar con ella y con Marty. Y ese alguien trata de borrar sus huellas.

Stride señaló la casa que se erguía al otro lado de la calle donde habían aparcado. La puerta del garaje estaba abierta y la luz del techo, encendida. Las amplias espaldas de un hombre se inclinaban sobre el capó abierto de un Coupe de Ville.

—Si alguien puede decirnos quién estaba unido a Marty, ése es Bill Green.

Stride y Serena salieron del Expedition. Era última hora de la tarde y la temperatura se había desplomado bajo cero. Un viento gélido y violento como una bofetada levantaba tierra y hojas caídas del suelo. Su rugido parecía el de un mar agitado, y los árboles se inclinaban con cada ráfaga. Stride se estremeció involuntariamente cuando el viento le golpeó la cara, y el pelo de Serena se arremolinó alrededor de su cabeza.

Cruzaron la calle vacía hacia el garaje abierto. Dentro se oía el silbido del viento, y un calefactor con unas ruidosas aspas hacía correr aire caliente por el suelo de cemento. Colgada del capó del Cadillac había una linterna halógena que proyectaba una luz intensa. En el radiocasete de Bill Green se oía la misma emisora que la última vez que Stride se había enfrentado a él. La canción era «Wanted Dead or Alive», de Bon Jovi.

—¡Eh! —gritó Stride por encima de la música.

Green se apartó del coche. Llevaba un peto, una camisa de franela y botas de trabajo desabrochadas. Tenía las manos y la cara manchadas de negro y sostenía una

llave inglesa entre los dedos. El pelo largo, sin recoger, le colgaba suelto hasta los hombros. El hombre los vio y apagó la radio; el único sonido que se oía era el del viento.

—¿Otra vez ustedes? —preguntó Green—. ¿Qué coño quieren ahora? ¡Déjenme en paz!

Stride se sacó una foto del anillo de Rebekah Keck del bolsillo y la sostuvo frente a la cara del hombre.

—¿Reconoce este anillo?

Green entornó los ojos.

—Sí, claro, parece el anillo de compromiso de Sophie. Le regalé la tiara y las joyas de la corona por nuestro aniversario.

—No estoy de humor para bromas —señaló Stride.

—Muy bien, vale. Parece el anillo de bisutería que Cat lleva colgado del cuello.

—¿La ha visto con él?

—Ha estado diez años viviendo en mi casa —le espetó Green—. Claro que lo he visto. ¿Y qué? Marty se lo regaló. ¿Cuánto puede valer, cincuenta pavos?

—Más bien unos setenta y cinco mil —repuso Serena.

Era imposible que Green fingiera su reacción. Su cara se retorció y dejó caer la llave al suelo con un sonoro golpe.

—¡Y una mierda!

—Es verdad —confirmó Stride.

—No me tome el pelo, joder. ¿Me está diciendo que esa chica se ha estado paseando todo este tiempo con semejante fortuna colgada del cuello? ¿De dónde coño iba a sacar Marty algo así?

—Lo robó —aclaró Serena.

Green se encogió de hombros.

—Ya, claro, no pensaba que le hubiera tocado la lotería. Pero ¿a quién se lo robó, a Donald Trump?

—Díganoslo usted.

—No tengo ni la más remota idea.

—No me creo que Marty organizara un robo tan grande y con tanto riesgo, y no le dijera nada —señaló Stride—. Francamente, opino que fue un golpe que planearon ustedes dos juntos.

—¿Yo? —Green negó con la cabeza—. Olvídelo. No sé de dónde sacó Marty el anillo, pero yo no tengo nada que ver.

—Una gran parte del dinero robado jamás se recuperó —prosiguió Stride—. No había nada en el apartamento de Marty cuando lo registramos. Tenía un cómplice.

—Sí, bueno, si había algo que encontrar, lo hizo otra persona. Coño, si yo hubiera formado parte del negocio, ¿creen que seguiría deslomándome en la carretera? ¿Creen que dejaría que una niña se paseara con una joya así colgada del cuello? Por favor.

—¿Marty nunca alardeó del asunto con usted? —preguntó Stride.

—No, y tampoco me cuadra. Marty era todo músculo; no usaba la cabeza. Lo que le gustaba era emborracharse y pegar a la gente, no entrar a robar en las casas. Me cuesta creer que pudiera organizar algo así.

—Creemos que alguien le ayudó —dijo Serena.

—Yo no fui.

—¿Quién, entonces? —preguntó Stride.

—Que me aspen si lo sé.

—Probablemente usted le conocía mejor que nadie.

—Eso no es decir mucho —replicó Green—. Estar unido a Marty por lo general significaba que te partiera la cara.

—¿Qué me dice de sus amigos? —preguntó Serena—. ¿Chicas?

—Marty no tenía muchos amigos, y sólo había una chica, ya lo sabe. Marty estaba obsesionado con Michaela.

—¿Y después del divorcio?

—Joder, entonces fue aún peor. No tenía intención de dejar que Michaela se deshiciera de él como quien tira la basura. Las cosas podían ir de dos maneras: o le daba una paliza hasta que ella le dejara volver, o la mataba en cuanto ella empezara a follarse a otro. Que es justo lo que hizo.

—¿Cómo se las apañaba mientras tanto? —preguntó Stride—. ¿Iba de putas para liberar tensiones?

—Quién sabe. Probablemente. ¿Qué hay de malo? Un tío practica sexo en un portal, ¿y a quién le importa? Las únicas personas a las que les molesta son los polis y los políticos, y la mayoría de ellos también lo hace.

—¿Marty conocía a alguna universitaria?

Green alzó los ojos al cielo.

—Venga ya, ésa no es la clase de plan que se encuentra en el Curly's. Esas chicas no te la chupan por cincuenta dólares, ¿saben?

Stride frunció el ceño.

—¿Conoce a Brooke Hahne?

—¿La que lleva el refugio del centro? Sí, claro. Sophie habló de Cat con ella.

—¿La conocía también hace diez años?

—¿Diez años? Debía de ser una cría. —Green abrió mucho los ojos—. Ostia, ¿está diciendo que Brooke...?

—Limítese a contestar la pregunta. ¿Conocía a Brooke Hahne hace diez años?

—No.

—¿La mencionó Marty alguna vez? ¿O lo vio usted con alguna chica parecida a ella?

—Joder, no. Una chica con clase como Brooke no saldría con alguien como Marty. Estaría con un tío rico, esperando a que le fallara el corazón.

Stride pensó: «Eso es lo que hacía», se acostaba con Lowball Lenny, pero eso no

explicaba cómo había acabado el anillo de Rebekah Keck en manos de Marty Gamble. En algún lugar, seguía habiendo algo que no veían.

—¿Recuerda un robo ocurrido poco antes de Navidad, hace diez años? —preguntó a Green—. La víctima era Leonard Keck. Su esposa murió asesinada.

—¿El tipo de los coches? Sí, lo recuerdo vagamente. Fue un notición. —Green silbó—. ¿Está diciendo que lo hizo Marty? Imposible; no se lo compro. Algo así le quedaba muy grande.

—¿Tenía una pistola? —preguntó Serena.

—Por supuesto. Más de una.

—¿Mencionó algo que pudiera relacionarlo con el robo? ¿O sobre Lowball Lenny y el asesinato?

—No recuerdo que dijera ni una palabra, pero eso no significa nada. Marty y yo no nos hablábamos mucho por entonces. Yo no quería tener nada que ver con ese hijo de puta.

—¿Por qué no? —quiso saber Serena.

Green se señaló la cicatriz de cinco centímetros que tenía en la frente.

—¡Porque casi me mata, el muy cabrón! Nos emborrachamos como cubas y nos enzarzamos en una pelea cerca del Curly's. Fue un par de semanas antes de Navidad. Tarde, como a la una de la madrugada. No dejaba de hablar de Michaela y yo le dije que tenía que olvidarse de ella y dejarla en paz. El caso es que perdió la cabeza y la tomó conmigo. Daba un miedo de la ostia. Me apretó el cañón de una pistola contra la cara y me golpeó en la frente con la culata. ¡Sangré como un cerdo! La poli me mandó al hospital y a él lo dejaron libre, como siempre. El médico me dio veinte puntos. Después de eso, no crucé más de dos palabras con Marty. Seguíamos sin hablarnos cuando se voló los sesos.

Stride asintió. Habían llegado a un callejón sin salida; Bill Green no podía decirles nada más. La única opción que les quedaba era encontrar a Brooke Hahne y sacarle la verdad. Ella tenía todas las respuestas, si es que no se había largado ya de la ciudad. Si es que aún seguía con vida.

Serena y él salieron del garaje y se sumieron en la oscuridad. El viento que aullaba desde el cielo los alcanzó de inmediato; sus feroces ráfagas estuvieron a punto de derribarlos. El viento de Duluth sabía pelear; era un borracho malvado, como Marty.

Stride se detuvo en el camino de entrada. Oía un rugido en la cabeza, pero no era el viento. Tenía frío, pero era un frío vacío incrustado en el pecho, como un cementerio a medianoche.

Un borracho malvado.

Se volvió hacia el garaje, subió hasta él y se encaró con Bill Green.

—¿Qué es lo que acaba de decir?

Brooke llamó a la puerta de la casa de Stride.

No iba abrigada para el frío, y el viento invernal arrasaba The Point. Cruzó sus delgados brazos sobre el pecho, retrocedió hasta los escalones del porche y contempló la extensión de Minnesota Avenue. No divisó ningunos faros en la larga calle que llevaba a la ciudad.

¿Dónde estaba Stride?

Brooke había aparcado su Kia en una de las callejuelas cerca del lago, esperando que él no lo viera. Tenía la cara y la ropa salpicadas de la arena que llegaba desde las dunas. Al otro lado de la casa, oyó el lago azotado por el viento que rugía como un tigre.

La puerta de la casa de Stride se abrió lentamente y vio a una agente de uniforme con el brazo pegado al costado. Era más baja que Brooke e igual de delgada, y la miraba con suspicacia. Brooke corrió hacia la puerta mientras se apartaba el pelo rubio de la cara.

—¿Está el teniente Stride? Tengo que hablar con él enseguida.

—¿Quién es usted?

—Soy Brooke Hahne; dirijo el refugio del centro. ¿Puedo pasar?

—No puede entrar nadie.

—Por favor, llámele. ¿Puede hacerlo? O llame a Maggie... la sargento Bei, es amiga mía. Es urgente.

—¿De qué se trata?

Brooke vaciló.

—Tengo que hablar con uno de los dos.

Por encima del hombro de la policía, Brooke vio entrar a Cat en el salón desde una de las habitaciones interiores. La chica también la vio y corrió hacia la puerta.

—¡Brooke! ¿Qué haces aquí?

—Hola, Cat.

—¿Qué ocurre?

—Tengo que ver a Stride.

Brooke tragó saliva y añadió:

—Yo... sé quién te está haciendo esto.

—¿Sí?

Cat tiró de la manga de la agente.

—Déjela entrar, por favor.

—Stride ha dicho que no podía entrar nadie —protestó la agente.

—Conozco a Brooke. No puede dejarla ahí fuera con el frío que hace.

La agente miró a Brooke de arriba abajo. Vestida con blusa y falda, resultaba obvio que no iba armada. Había dejado el cuchillo y el móvil en el coche. Una nueva ráfaga de viento la alcanzó y la hizo estremecer. La agente se apartó a regañadientes y

dejó que Brooke entrara en la casa.

—Gracias —dijo Brooke.

—Voy a llamar a la sargento Bei —anunció la agente.

—Hágalo, por favor.

—Quédese donde pueda verla, y no use el teléfono.

—Claro.

Los ojos castaños de Cat reflejaban una expresión seria y de preocupación. Estaba tan guapa como siempre, con su tez dorada y el pelo suelto, pero ya no parecía una niña. Se había hecho mayor; la muerte la había hecho mayor. Cat le lanzó instintivamente los brazos al cuello y la abrazó con fuerza, y Brooke se sintió culpable. No sabía si sería capaz de explicarle lo que había ido a contar.

«He sido yo.

»Yo soy la razón por la que alguien intenta matarte.

»Yo soy quien le dijo que Margot te estaba buscando.

»Yo soy quien le dijo cómo encontrarte».

No podía creer lo que había hecho para protegerse. No se reconocía, era otra persona, una mujer joven y estúpida que había existido diez años atrás. Desde entonces, había intentado dedicar su vida a ayudar a chicas como Cat. Y, sin embargo, el pasado había regresado a la vida con gran estruendo, como el viento sobre el lago.

—Lo siento mucho —le susurró a Cat al oído.

Brooke estudió su rostro y la chica vislumbró el sentimiento de culpa que la embargaba. No podía esconder por más tiempo la verdad, y Brooke estaba cansada de ocultarla. Cat sabía que Brooke era la responsable de todo lo ocurrido, pero en su mirada no había ninguna acusación, sólo una tristeza honda y hermosa.

—Siéntate conmigo —le pidió Cat.

Brooke oyó cómo la agente llamaba a Maggie y la voz de ésta al contestar. Quince minutos; Maggie estaría allí en quince minutos. Sintió miedo y alivio a partes iguales, se acercaba el principio del fin. Pronto, todo habría terminado. La detendrían y su vida habría terminado. Pero ya no importaba: se sentía liberada.

Cat la tomó de la mano. Resultaba extraño que fuera la chica quien consolara a la mujer. Cat vestía un jersey de lana grueso, tejanos y botas de vaquero. Llevó a Brooke al comedor y se sentaron a la mesa. Las separaban tan sólo unos pocos centímetros. Cat se inclinó y apoyó las manos en las rodillas de Brooke.

—Cuéntame qué está pasando.

Brooke notó que las lágrimas le rodaban por las mejillas.

—No sé por dónde empezar.

—Tú sólo habla.

«Tú sólo habla». Si las cosas fueran tan sencillas... Pensó en sus padres. Habían muerto tiempo atrás, y no se verían obligados a pasar por la vergüenza de conocer la verdad. Se preguntó qué habría resultado peor para ellos: saber que su hija había estado implicada en delitos que habían desembocado en un asesinato, o saber que

todo había empezado cuando su hija decidió prostituirse con hombres adinerados. Lenny había sido el primero, pero no el único. Para ser una chica criada en una familia religiosa, le resultaba extraño no haber tenido ningún escrúpulo que le impidiera vender su cuerpo. No era asunto de nadie. Nadie lo sabía.

Hasta que apareció él.

Hasta que él averiguó lo que hacía.

—No tenía otra opción —murmuró.

—¿Sobre qué? —preguntó Cat.

—Él lo habría divulgado. Me habrían expulsado de la universidad y mis padres... mis padres habrían descubierto lo que hacía. Ahora parece una tontería, pero entonces hubiera significado el fin del mundo. Lo único que tenía que hacer era conseguir el código. El código de la alarma. Eso era todo. Me juró que nadie resultaría herido y yo me dije: ¿a quién va a importarle que roben en la casa de un ricachón?

—¿Lenny?

—Sí. Se suponía que iba a ser fácil y seguro, pero todo salió mal. Cuando vi las noticias esa noche, no me lo podía creer. Su esposa estaba muerta; asesinada. Le habían disparado un tiro en la cabeza. Por mi culpa. No tenía que ser más que un estúpido robo, unos cuantos miles de dólares, y en lugar de eso me había convertido en una asesina. Había arruinado para siempre mi vida. Aunque no hubiera estado presente, sabía que también me condenarían.

Brooke oyó cómo se abría la puerta de la casa y el silbido airado del viento. Maggie había acudido allí por ella. Detestaba tener que enfrentarse a su amiga, pero ahora que había empezado a hablar, la facilidad con la que fluían las palabras resultaba increíble. Había esperado mucho para arrancarse aquel peso del alma. Recordaba cuando, dos años atrás, había visitado a las reclusas del penal de Shakopee y pensado que era sólo cuestión de tiempo: tarde o temprano, a ella la encerrarían también detrás de aquellos muros. Siempre había sabido que no podía esconderse eternamente.

—Me entró el pánico —continuó—, pero él me dijo que todo estaba controlado. Conocía a alguien a quien podía colgarle el muerto. Yo estaba segura de que Lenny le hablaría de mí a la policía, pero él me dijo que esa parte estaba solucionada. Tenía fotos comprometidas de Lenny con otra de las chicas de la universidad. Como era de esperar, Lenny no abrió la boca. Entonces, unas semanas más tarde, arrestaron a un tipo asiático. Habían encontrado los objetos robados en su apartamento. Parecía que todo había terminado y empecé a pensar que nadie lo descubriría nunca.

Cat ladeó la cabeza.

—Pero la cosa no acabó ahí, ¿verdad?

Brooke cogió las manos de Cat, pero las soltó al notar que la chica se estremecía.

—No. Lo siento.

—¿Por qué mis padres?

—Tienes que creerme, Cat: no sabía qué había planeado. Dijo que no podía

hacerlo él mismo porque necesitaba una coartada, así que le encargó a tu padre que entrara en la casa. Nunca me contó que tenía pensado matarle, pero una vez desaparecido Marty, no quedaba nada que pudiera relacionarnos con el robo. Jamás imaginé que le pasaría algo a tu madre.

—¿Ella no lo sabía? —preguntó Cat en voz baja.

—No sabía nada. Fue una víctima, como tú.

Cat se levantó y su silla rechinó sobre el suelo. Brooke extendió los brazos hacia ella, pero Cat le dio la espalda. La chica se quedó de pie frente a las ventanas del comedor, mirando entre los listones de la persiana. Así era como debía ser: ni Cat ni nadie podía perdonarla.

Brooke abrió la boca para explicarse, pero el siseo del viento en la sala era tan intenso que pensó que ahogaría su voz. El aire frío sopló dentro de la casa y le puso la piel de gallina. El suelo crujió bajo sus pies. La casa entera vibró bajo el envite, como si estuvieran girando en el ojo de un tornado.

Algo iba mal.

Brooke se lanzó hacia la sala, pero la agente se había esfumado. La habitación estaba vacía, y la puerta que daba al porche golpeaba el marco de madera como un martillo: bang, bang, bang.

Brooke contempló el umbral y la oscuridad la dejó paralizada.

—Tenemos que salir de aquí enseguida —dijo mientras se volvía hacia Cat.

Buscó algo que pudiera usar como arma, pero era demasiado tarde. Cuando miró de nuevo hacia la puerta lo vio allí, de pie en el porche, impidiéndoles la huida. Su sonrisa relajada había desaparecido, sustituida por una frialdad mortal. Entró en la casa empuñando una pistola.

—¿Dónde está la niña? —preguntó.

Stride golpeó el monitor de ordenador montado en el salpicadero con la palma de la mano.

—¿Te he dicho alguna vez cuánto odio la tecnología?

Serena giró el teclado y el monitor hacia ella.

—Deja que lo haga yo antes de que revientes la pantalla con el puño. ¿Qué buscas?

Stride se pasó las manos por el pelo. No quería creer lo que sospechaba.

—Bill Green asegura que Marty le golpeó en un callejón cerca del Curly's —dijo—. Un par de semanas antes de Navidad, hace diez años. Quiero ver si existe un informe del incidente.

—¿Cerca del Curly's? Eso no acota mucho el campo, que digamos.

—Limitate a los informes sobre ataques con arma de fuego —dijo Stride—. Y comprueba si el nombre de alguna de las víctimas era Green.

—¿Y Marty? —preguntó Serena.

—No, a él no lo encontrarás.

Serena estaba desconcertada.

—¿Por qué no? ¿Estás seguro?

—Estoy del todo seguro.

Serena no se lo discutió, pero introdujo ambos nombres en la búsqueda y dijo:

—El sistema no conserva ningún registro de esa época con esos nombres. Puede que la policía no redactara ningún informe.

—Green ha dicho que acudieron al lugar. Tendría que aparecer.

Serena apartó los dedos del teclado.

—¿Quieres decirme qué es lo que estoy buscando en realidad, Jonny?

Stride notó cómo el Expedition se estremecía. El viento soplaba con una fuerza salvaje, y la broza caía por el parabrisas.

—Green explicó que la policía dejó marchar a Marty —indicó.

—¿Y? Por lo que nos ha contado, parecía una simple pelea de bar. Serían los polis quienes decidieran si había que detenerlo.

—No si había una pistola por medio; no podían pasarlo por alto. Además, eso no importa: se trataba de Marty Gamble.

—¿Y eso qué significa?

—Marty estaba en libertad condicional. Después de estar a punto de matar a Michaela por fin lo habían encerrado, pero volvía a estar en la calle. Yo estaba seguro de que iba a molestarla en cuando tuviera oportunidad, así que iba por él. Era mi prioridad, y todos mis agentes lo sabían. Conocían su nombre, su cara. Habría bastado que lo pillaran meando en la vía pública para revocarle la condicional. Si le hubiéramos arrestado por asalto, ¡con arma de fuego!, lo habríamos trincado durante lo que le quedaba de condena y probablemente un par de años más. El poli que me lo

hubiera traído se habría convertido en un héroe; le habría colgado una medalla en el pecho.

—Pero nadie lo hizo —dedujo Serena.

—Nadie lo hizo. Marty nunca entró en el sistema.

—Así pues, Green miente. O bien no declaró que era Marty quien le había golpeado.

Stride no dijo nada.

Entonces Serena lo miró con rostro sombrío. Acababa de caer en la cuenta. Stride había llegado a otra conclusión.

—O tú tenías un mal poli.

Él señaló hacia la pantalla y ella revisó en silencio los informes de diez años atrás. Todavía era posible que Green hubiera inventado aquella pelea. Todavía era posible que no hubiera mencionado el nombre de Marty por miedo a las represalias de su primo. Pero Stride no lo creía. Era mucho peor; era uno de los suyos. Un miembro del cuerpo de policía habría sabido que era posible presionar a Marty para que hiciera cualquier cosa que lo mantuviera alejado de la cárcel. Un miembro del cuerpo de policía habría sabido del historial delictivo de robos de Fong Dao. Un miembro del cuerpo de policía habría sabido cómo simular un suicidio sin despertar sospechas.

—Dieciséis de diciembre —dijo Serena—. Una llamada a emergencias para denunciar un asalto. La hora y la localización concuerdan.

—¿Cómo se resolvió?

—Eso es lo extraño. Se denunció como un asalto, pero en el informe se convirtió en un incidente de alteración del orden público con heridas accidentales. No hay información acerca del asaltante ni identificación de la víctima, y sin duda no se menciona ninguna pistola. Según el seguimiento, la víctima declinó someterse a ningún tratamiento médico y desapareció. Eso es todo. Incidente cerrado. —Y añadió—: Tal vez no sea el informe que buscamos.

—¿Quién acudió? —preguntó Stride, mientras pensaba: «Ésa es la llamada. Marty atacó a Bill Green y alguien enterró el incidente».

—¿Te acuerdas de los códigos de tus agentes de hace diez años?

—No, pero la tabla debería estar en el sistema.

Serena comprobó el código del agente, cerró los ojos y contuvo la respiración.

—¿Quién? —preguntó Stride en voz baja.

—Fue Ken McCarty —dijo ella.

—Estoy llegando a tu casa —informó Maggie a Stride mientras aceleraba el Corvette por las calles de The Point—. Brooke me espera allí.

—Mags —dijo él.

Por su tono de voz, ella supo que algo iba muy mal.

Le escuchó mientras hablaba.

Escuchó lo que él le decía.

No reaccionó. Cuando Stride terminó de informarle, se limitó a responder:

—Entendido —y colgó el teléfono, sin darle tiempo a nada más.

Ken McCarty.

Su amante. Su amigo. El novato al que ella había reclutado. Ken estaba hundido en la mierda. Peor que eso.

La noticia no la había alterado lo más mínimo. Sus emociones estaban adormiladas. La habían seducido y engañado, sin más. Que Ken apareciera en su despacho, que la invitara a cenar y la engatusara para llevársela a la cama... Nada de aquello había sido fruto del azar. Maggie era su fuente de información. Ken estaba en la ciudad para perseguir a Cat y utilizaba a su antigua jefa para mantenerse al corriente de lo que sabía la policía.

Había dejado que un mal policía, un ladrón y un asesino la engañara con sus mentiras. Se había acostado con el hombre al que perseguía.

Seguía sin sentir nada: ni ira ni vergüenza. Estaba muerta por dentro. Sólo le quedaba una cosa por hacer.

Encontrarlo.

Maggie lo llamó al móvil, pero le saltó el buzón de voz. Ken había apagado el teléfono para evitar que rastrearan su señal y dieran con él, lo cual significaba que había salido de la ciudad para seguirla hacia el norte. Había pasado semanas viajando entre Minneapolis y Duluth, escondiéndose en un garaje frío y conduciendo un Charger negro robado.

Persiguiendo. Matando.

Ken la esperaba.

Aparcó al sur de la casa de Stride, cerca de la bahía. El viento atravesó su chaqueta de pana, pero no notó el frío. Estaba casi en trance. Al otro lado de la calle, en uno de los callejones que terminaban en las dunas del lago, distinguió un Kia blanco. El coche de Brooke. Corrió hacia él y lo comprobó, pero estaba vacío.

Vio una foto de Brooke y Dory colgada del retrovisor, y un cuchillo de cocina a los pies del asiento.

—Joder, Brooke —murmuró.

No resultaba difícil imaginar cómo había empezado. Antes de que Ken ingresara en la policía de Duluth, había trabajado como vigilante del campus de la Universidad de Minnesota. Conocía a estudiantes y administradores, y también el terreno. Si alguien hubiera querido que la policía hablara con una de las alumnas sobre una red de prostitución en el campus, Ken habría recibido la llamada. Habría sido discreto al respecto y habría mantenido la información alejada de los titulares y los registros policiales. La habría hecho desaparecer.

Se preguntó si Ken se había limitado a chantajear a Brooke o si también se había acostado con ella. O ambas cosas. Ken tenía un don para la manipulación. Una chica

como Brooke se habría asustado mucho si un poli la hubiera interrogado acerca de sus trucos para pagarse la matrícula. Habría hecho lo que él le pidiera. Habría quedado a su merced.

No le costaba deducir por qué Ken lo había arriesgado todo por una buena mano. En aquel entonces, Maggie ya lo conocía: Ken estaba enamorado del dinero, pero no lo tenía. Corrían rumores de que sus gastos se habían descontrolado, de que acumulaba deudas, incluso de que había recurrido a prestamistas, pero cuando Maggie le preguntó al respecto, él le juró que lo tenía todo bajo control. Después los rumores cesaron, y Maggie creyó que Ken había resuelto por fin sus asuntos. Nunca se planteó que la garantía pudiera incluir a Brooke, Lowball Lenny y un expresidiario llamado Marty Gamble.

Ken debía de haber pensado que era el plan perfecto, y todo habría funcionado si Rebekah Keck no hubiera regresado a casa antes de tiempo, si a Marty no le hubiera entrado el pánico y le hubiera disparado. Maggie se dijo que Ken no era violento, que si el robo en casa de Lenny no se hubiera torcido nunca le habría hecho daño a nadie.

El problema era que no lo creía. Ken había elegido a Marty por una razón: podía eliminarlo sin que nadie se planteara ninguna pregunta al respecto. Desde el principio, Marty y Michaela estaban destinados a morir.

Maggie permaneció en la acera más cercana al lago, pegada a los árboles que se bamboleaban a su alrededor mientras se aproximaba a la casa de Stride. La nieve cubría el jardín y el bordillo, y se levantaba en espirales plateadas bajo la luz de las farolas. Buscó el coche de Ken sin encontrarlo; de todos modos, cogió la pistola.

Agazapada entre los árboles, distinguió un cuerpo cerca de la esquina de la casa. Unas marcas en la nieve señalaban el recorrido: lo habían arrastrado hasta dejarlo en un lugar invisible desde la calle. Se acercó corriendo y vio que se trataba de la agente asignada a la protección de Cat. La joven yacía sobre la nieve, inconsciente, con el pelo castaño apelmazado y ensangrentado. La habían golpeado en la cabeza. Maggie comprobó el pulso y descubrió con alivio que aún respiraba.

Cogió el teléfono y llamó a una ambulancia. Mientras lo hacía, la agente empezó a despertar sobre el suelo mojado. Parpadeó con rapidez, soltó un gemido de dolor y trató de ponerse en pie. Cuando vio que alguien se inclinaba sobre ella, intentó atacar de forma instintiva, pero Maggie la agarró de las muñecas.

—No te muevas —le dijo—. Soy yo. Los refuerzos están en camino.

La policía volvió a tumbarse sobre la nieve con los ojos abiertos, intentando centrar la vista.

—Alguien me golpeó por la espalda —murmuró.

—Lo sé. Tengo que inspeccionar la casa. Vuelvo enseguida.

La puerta de entrada estaba cerrada. Se agachó, subió los escalones del porche con la pistola en alto e hizo girar el pomo: no estaba cerrada con llave. La empujó y se escurrió en el interior. La sala estaba vacía y había una lámpara volcada; observó signos de lucha. Sorteó la puerta y comprobó el dormitorio de Cat, el primero a su

izquierda. Desde allí, recorrió con rapidez al resto de habitaciones.

La casa estaba fría y desierta. No había más cuerpos, no había nadie.

En la distancia, por encima del bramido del viento y el rugido del lago, oyó la sirena de la ambulancia; se acercaba a The Point. Maggie marcó el número de Stride mientras regresaba corriendo a la parte delantera de la casa.

—Soy yo —dijo.

—Estamos camino del centro. ¿La tienes?

—No, han desaparecido. Tiene a Brooke, y también a Cat.

Ken McCarty aguardó con los faros apagados. El sudor le caía por la frente desde el pelo rapado, y sus ojos iban y venían del retrovisor, al acecho de cualquier coche. Era tarde, estaban solos. Sostenía la pistola en la mano izquierda, apuntando a Brooke por encima del volante. Cat se retorció en el asiento de atrás, con la boca, las muñecas y los tobillos atados con cinta americana.

Se encontraban detrás de la barandilla del puente levadizo. Él no dejaba de hablar, un rasgo que Brooke recordaba: a Ken le encantaba hablar. Hablaba de sus padres, su perro, su coche, sus novias, su equipo de música, su apartamento, su ropa, sus gafas de sol y su pene. Hablaba mientras la amenazaba. Hablaba mientras se la follaba.

Y ahora, cuando estaba a punto de dispararle, seguía hablando.

—¿Qué casualidad, ¿eh? —dijo mientras movía la rodilla arriba y abajo con nerviosismo—. Ese hijo de puta de Marty Gamble decide birlar algo y elige precisamente el anillo, la única cosa que podría estallarnos en las narices. Dios, si hubiera tenido algo más de tiempo para encontrar a la niña esa noche...

—¿Habrías matado a Cat? —murmuró Brooke—. ¿A una niña? No puedo creer que te atrevieras a hacer algo semejante.

—Cabos sueltos, Brookie. ¿Ves lo que pasa cuando dejas cabos sueltos? No es agradable.

—Tenías pensado matar a Marty desde el principio, ¿verdad?

Ken estiró el cuello para mirar hacia el puente. La pasarela colgaba sobre sus cabezas. Brooke se preguntó si ahí arriba notaban cómo se bamboleaba mientras el viento azotaba el canal. Frente a ellos, vio las luces de un barco. No faltaba mucho; se le estaba acabando el tiempo.

—Eh, todo el mundo sabía que antes o después perdería la cabeza —adujo él—. Yo sólo le ayudé un poco. Me lo llevé a celebrar la detención de Fong y lo emborraché tanto que apenas podía mantenerse en pie. Fue entonces cuando empecé a hablarle de Stride y Michaela, y de que Stride estaba alardeando de su aventura con ella. Marty habría creído cualquier cosa que le contara. Antes de que me diera cuenta, me estaba pidiendo a gritos que lo llevara a casa de Michaela. Lo acompañé y oí cómo le gritaba. Cuando entré, él estaba sentado contra la pared y ella sangraba por un millón de heridas.

En el asiento de atrás, Cat pataleaba con saña; el coche entero temblaba a causa de su rabia. Flexionó las piernas y descargó un golpe que alcanzó a Ken en la cabeza y lo dejó algo mareado. Brooke alargó las manos para coger la pistola, pero fue demasiado lenta. Furioso, Ken se volvió, agarró a Brooke por la garganta para mantenerla a distancia y apuntó a la cara de Cat.

—¡Eh, déjalo ya, zorra! ¿Tienes idea de cuántos jodidos problemas me has causado? ¡Una putita adolescente! Créeme nena, antes de que desaparezcas, tú y yo vamos a pasar un buen rato. Me lo he ganado.

Ken volvió a acomodarse en su asiento. Respiraba agitadamente, estaba perdiendo el control. La pistola se balanceó en su mano mientras golpeaba el volante y gritaba en dirección al puente.

—Vamos, joder, ¡vamos!

Brooke distinguió unas luces más allá del canal. Deseó que fuera un coche de policía, pero se trataba de una ambulancia, y sabía adónde se dirigía. Se preguntó si la agente que custodiaba la casa de Stride estaría muerta, si Ken la había matado, si ella debía sumar otra víctima más a su conciencia. ¿Cuántas llevaba ya? Había perdido la cuenta.

—Durante mucho tiempo, me pregunté si ibas a matarme —dijo.

—Lo pensé.

—¿Por qué no lo hiciste?

Ken sonrió.

—Eh, siempre me has gustado, Brookie. Y, sinceramente, tenías un polvazo.

Alargó la mano dentro del coche y le agarró un pecho como si fuera una pelota de goma. Ella hizo una mueca, pero no le mostró su repulsión. Llevaban muchos años acostándose. Ella nunca sabía cuándo iba a presentarse ni qué le haría. Cada vez, ella se preguntaba si sería la última, si él se la follaría y luego la estrangularía y la haría desaparecer. Su mera visión la aterrorizaba, y el contacto de sus manos la hacía desear arrojarle por una ventana. Aun así, no podía contarle nada a nadie.

—Si desaparecías, habrían empezado a hurgar en tu pasado —explicó él—. Además, imaginé que tenías tanto que perder como yo, ¿verdad? Una chica que se folla a un ricachón para pagarse la matrícula sabe qué significa el sacrificio, y tú no ibas a tirarlo todo por la borda. No me equivocaba, ¿a que no? Cuando apareció Margot y empezó a hacer preguntas acerca de Cat y del anillo, me llamaste. Sabía que no ibas a dejar que esta bonita cara se pudriera en la cárcel. Eres una buena chica, Brookie.

«¿Buena chica?».

Había abierto la caja de Pandora. No tenía alma.

—¿Y ahora qué?

Él se encogió de hombros.

—Depende de ti. Diría que ya no puedo confiar en ti; estabas a punto de venderme.

—Ha muerto mucha gente —murmuró ella.

—¿Y crees que yo quería que las cosas ocurrieran de este modo? A veces uno tiene que hacer lo que corresponde.

—La policía lo descubrirá. Seguramente ya lo ha hecho.

—Eso es culpa tuya. Deberías haber mantenido la calma; ahora saben dónde buscar.

—No te librarás.

—¿Crees que no sé cómo desaparecer? ¿Que no lo tengo todo planeado? Nunca

me encontrarán. Puedes venir conmigo o puedes acabar en un agujero en cualquier parte.

Ken señaló el asiento trasero con el pulgar.

—A su lado.

—¿Me dejarías ir contigo?

Él no contestó. Volvió a fijar la vista en el puente y levantó el puño. El puente empezó a bajar, no sólo sobre el canal, sino sobre diez años de la vida de Brooke. El motor se puso en marcha con un ronroneo. Pronto estarían fuera de la ciudad, circulando por carreteras rurales. Lo más probable era que Ken ya hubiera planeado la ruta. Una cabaña les esperaba del lado de Wisconsin, cerca de un bonito lago. Aislada. Tranquila. Brooke no se hacía ilusiones; sabía que, a pesar de sus palabras, no la dejaría vivir más allá de la primera noche. Se las follaría a las dos y luego las mataría.

Aun así, quería que él pensara que le creía. Que estaban juntos en aquello.

—Hora de marcharse —dijo Ken.

Dejó que la ambulancia pasara por su lado en sentido opuesto y luego cruzó el puente con fingida normalidad. La pistola volvía a apuntar al pecho de Brooke. Ken condujo por las calles vacías de Canal Park. El viento levantaba la nieve como si fuera polvo y hacía rodar la maleza a su paso; la zona entre el restaurante Grandma's y las viejas fábricas de ladrillos parecía un pueblo fantasma.

—¿Te acuerdas de la primera vez? —preguntó Brooke.

Él la miró.

—Tú y yo —añadió ella.

Él sonrió.

La primera vez. Ken le había dejado un mensaje en el contestador para que se reuniera con él en un aparcamiento del campus, cerca de las pistas de atletismo. Un policía en un deportivo sin distintivos. De noche. Ella tenía el corazón en un puño; se preguntaba qué querría, aunque en realidad no tenía ningún misterio. Él lo sabía. Aquel joven policía, que no debía de ser mucho mayor que ella, conocía todos sus secretos. La había seguido y fotografiado; tenía todo lo necesario para sacar a la luz su verdadera vida. Ella había lloriqueado como una niña y entonces, con aquella sonrisa taimada, él le había dicho: «Aunque las cosas podrían ser de otro modo».

Se había bajado la bragueta para que lo entendiera. A Brooke no le importaba. Le regaló su cuerpo durante meses y pensó en ello tan sólo como una póliza de seguros, hasta que él se presentó una noche nevosa de diciembre con un plan distinto. «Tienes que hacer algo por mí».

Una semana más tarde, ella le dio el código de la alarma de casa de Lenny. 1789.

Ken se detuvo en el semáforo y esperó para girar a la izquierda por Railroad Street, una calle que discurría hacia el sur junto a los pasos elevados de la interestatal 35. Brooke conocía el camino: los llevaría por Bayfront Park hasta la zona industrial, donde los barcos cargaban y descargaban, y los vagones cargados de minerales

traqueteaban por las vías. Desde allí, el puente Blatnik se arqueaba sobre la bahía hasta Superior, en Wisconsin, una zona del estado surcada por una maraña de estrechos caminos y espesos bosques.

«Puedes acabar en un agujero en cualquier parte».

—¿Estás tenso? —le preguntó con una leve sonrisa en los labios.

Ken volvió la cabeza.

—¿Eh?

—Bueno, ya sabes —dijo ella tocándole el muslo.

—Joder, sí.

—Tienes razón, no quiero pudrirme en la cárcel —continuó ella—. Quiero marcharme contigo.

—Demuéstrame cuánto.

Él se bajó la cremallera, como en los viejos tiempos. El semáforo cambió a verde y aceleró. Ella se deslizó sobre el asiento y se inclinó sobre él. Ken blandió la pistola en señal de amenaza.

—No hagas ninguna estupidez.

Ella se la sacó del pantalón y la recorrió con las uñas hasta notarla erecta. Ken contuvo el aliento. A Brooke se le daba bien aquello. El motor del coche rugió sobre el asfalto; iban cada vez más rápido.

Más rápido.

Se la metió en la boca y notó el sabor salado del sudor. Sin dejar de mover la cabeza arriba y abajo, le masajeó la piel arrugada del escroto y los testículos, duros en el interior. Él soltó un gemido de placer y la empujó con una mano, hasta que Brooke sintió náuseas. La otra mano, la que sostenía el arma, seguía sobre el volante. Brooke notaba como el coche daba bandazos; Ken era incapaz de mantener el rumbo.

Más rápido.

Brooke sabía que no se le presentaría otra oportunidad. Cerró los dedos como si fueran las garras de un águila, le hincó las uñas con fuerza en los testículos y levantó de repente la cabeza para clavarla en la barbilla de él. Ken soltó un grito gutural. Entonces Brooke lanzó la mano izquierda contra su cráneo y lo aplastó contra la ventanilla fría y dura del coche; le soltó los testículos, sujetos con la mano derecha, y dio un volantazo, haciendo que el coche derrapara y se saliera de la calzada a sesenta y cinco kilómetros por hora. El vehículo avanzó sobre la tierra y el campo helado que había junto a la autovía hasta chocar contra una farola que se partió con un chasquido metálico y cayó sobre el capó como un cadáver.

Brooke salió despedida hacia delante, se golpeó contra el salpicadero y rebotó. El airbag se abrió en la cara de Ken con un olor químico a chamusquina, y el coche se detuvo. Desorientada, Brooke se encontró boca abajo cerca de los pies de él. Algo duro y pesado —la pistola— le rozó el cráneo y desapareció bajo el asiento como si se deslizara sobre el hielo.

Todavía conmocionada, Brooke se incorporó y tiró de la maneta de la puerta del

acompañante, salió tambaleándose y cayó entre la nieve y la hierba. Vio a Ken desplomado sobre el asiento del conductor, aunque ya se estaba recuperando y gruñía. Sin tiempo que perder, abrió la puerta trasera y arrastró a Cat fuera del coche. La chica estaba dolorida por el impacto, pero no parecía herida. Brooke rasgó apresuradamente la cinta que le rodeaba los tobillos para liberarle las piernas y ayudó a Cat a ponerse de pie.

—Deprisa —susurró.

Mientras echaban a correr, Brooke vio los ojos abiertos de Ken dentro del coche, sedientos de sangre.

Cat y ella corrieron en paralelo a las vías de tren cubiertas de nieve, a escasa distancia de los pasos elevados que cruzaban la interestatal 35. El rugido de los motores zumbaba por encima de sus cabezas. Al otro lado de la autovía, las calles del centro de Duluth se hallaban a menos de cien metros.

Alguien daría con ellas. Alguien las rescataría.

Brooke tiró de Cat por encima de las vías en dirección a la ciudad. Bajo sus pies, la gravilla estaba resbaladiza. El suelo se inclinaba en una pendiente que terminaba en los cimientos de la autovía, y caminaron con pasos cortos sobre la tierra congelada, deslizándose hasta detenerse junto al enorme muro del paso elevado hacia el norte. Los arbustos que las rodeaban estaban tapizados de copos de nieve. Brooke y Cat se agarraron al muro y avanzaron centímetro a centímetro sobre una franja de cemento de no más de treinta centímetros de ancho hasta llegar a un estrecho riachuelo que discurría entre los dos pasos elevados. El agua estaba cubierta por una capa de hielo. Las luces de la autovía proyectaban largas sombras. Distinguieron un tren detenido en la estación; las luces de la ciudad brillaban muy cerca. Cuando cruzaran la cinta de agua, habrían alcanzado la libertad.

Brooke y Cat dieron un paso hacia el riachuelo. El hielo cedió con un crujido y sus pies aterrizaron sobre diez centímetros de agua turbia y helada. Antes de que pudieran dar otro paso, un potente chasquido resonó por encima del rugido de los coches. El muro de la orilla opuesta del arroyo explotó con una nube de polvo.

Otro chasquido. Y otro.

Ken les estaba disparando. La siguiente bala les pasó tan cerca que Brooke sintió una punzada; aturdida, se llevó la mano a la oreja y los dedos le quedaron empapados de sangre. Cat tiró de ella hasta ocultarla bajo un arco de cemento que formaba un tejado sobre el riachuelo congelado. Se hallaban debajo de la autovía, como pigmeos en una tierra de gigantes, con kilómetros de balasto que se extendían a menos de un metro y medio por encima de sus cabezas.

Brooke y Cat salieron del agua, subieron por una escalerilla apoyada contra el muro y se adentraron en la tierra de nadie oculta bajo los pilares de la autovía.

—Vamos —la apremió Cat—. Nos esconderemos en el cementerio de grafiti.

—Disparos —dijo Stride.

Se dirigían hacia el norte de la ciudad por Michigan Street. Cuando Stride oyó el inconfundible sonido de los disparos en rápida sucesión, frenó bruscamente y detuvo el coche junto al arcén, no lejos de la estación. Después, los disparos se interrumpieron de repente.

—¿Dónde? —preguntó Serena.

—Cerca de las vías.

Stride torció por un callejón y los neumáticos saltaron sobre el laberinto de vías, hasta llegar a un camino de grava paralelo a la interestatal 35 en el que había una fila de viejos vagones de pasajeros y locomotoras Wisconsin Central. Las farolas iluminaban la autovía por encima de sus cabezas, pero el área que rodeaba los raíles estaba sumida en la oscuridad. Encendió las largas y los haces de luz proyectaron un brillo blanco sobre los vagones. La gravilla crujía bajo los neumáticos.

Stride se detuvo y dejó los faros encendidos. Cuando abrió la puerta, el viento se la arrancó de las manos. Serena bajó por el otro lado y ambos desenfundaron las pistolas.

Stride siguió el muro del paso elevado que cruzaba la autovía y le hizo un gesto a Serena para que se mantuviera en el lado opuesto del callejón, a la sombra de los trenes. Avanzaron en dirección sur mientras el viento se abatía sobre ellos y ahogaba el ruido de sus pasos. Los coches pasaban lanzados por la interestatal 35 unos metros por encima de sus cabezas. Stride vio cómo Serena escrutaba el espacio entre los vagones.

Estaban solos.

Entonces lo oyó, lejano y amortiguado, como si procediera de un muro interior. Un grito rasgó el silencio. Stride estaba seguro de haber reconocido la voz.

La voz de Cat.

Serena cruzó corriendo la calle para reunirse con él. Treinta metros más allá, el muro paralelo a la interestatal terminaba en un campo cubierto de maleza que descendía en pendiente por debajo del balasto. Al otro lado de la autovía se hallaba el puerto.

—¿Sabes dónde están? —susurró Serena.

—Diría que en el cementerio de grafiti.

Stride abrió el camino hacia el final del muro de la autovía y se asomó por la esquina. Era consciente de que los faros de su coche lo iluminaban desde atrás y proyectaban su sombra como si fuera un gigante. La zona hundida entre los lechos de la autovía estaba a oscuras. Oyó el goteo del agua. Las ramas de un árbol torcido, agitadas por el viento, le rozaron la cara.

Stride bajó a pasos cortos por la pendiente; Serena le siguió. Llegaron a un riachuelo sucio que discurría como una cinta entre los altos muros, bajo los carriles

que se dirigían al norte. El agua del arroyo estaba congelada y del hielo sobresalían rocas y escombros oxidados. Vio una escalerilla apoyada contra el muro este. En los puntos en que la luz de la autovía se derramaba sobre el laberinto de cemento, los grafiti florecían en una mezcla de colores salvaje y psicodélica. Estaban por todas partes, cubriendo todas las superficies.

Stride aguzó el oído y no oyó nada, pero en algún lugar por encima del muro, un rayo de luz cortó la oscuridad. Una linterna. Ahuecó la mano junto a la oreja de Serena y susurró:

—Sigue el arroyo.

Stride cruzó al otro lado e hizo una mueca de dolor cuando el hielo se quebró y el agua helada le empapó los zapatos. Serena se quedó detrás, siguiendo el muro al borde del riachuelo. Él apoyó un pie en el resbaladizo y tembloroso metal de la escalerilla y subió un escalón. A continuación, subió dos escalones más, pasó por encima del muro y cayó sobre la nieve y el barro con un golpe ahogado. En el terreno que se extendía ante él, un disparo estalló a través de la oscuridad.

Cat observó el vaivén de la linterna a medida que Ken se acercaba a ellas. Apretó los labios y se esforzó por no volver a gritar.

El cementerio de grafiti era un refugio cubierto de hierba oculto entre los pasos elevados norte y sur. La escalerilla apoyada contra el muro de piedra junto al riachuelo constituía el único camino de entrada, pero una vez dentro, el recinto se extendía a lo largo de cientos de metros, mientras los conductores aceleraban por la autovía ajenos a la existencia de aquel curioso espacio. Allí era donde iban los vagabundos, los drogadictos y los artistas. El suelo estaba alfombrado de agujas hipodérmicas, vasos rotos y latas de aerosol. Todos los muros y columnas estaban pintados con elaborados grafiti, como si de un museo multicolor se tratara.

Cat se escurrió detrás de uno de los pilares de hormigón que se elevaban hacia el lecho de la autopista. A unos tres metros de distancia, Brooke hizo lo mismo. Había más gente a su alrededor. A pesar del frío, Cat vio bultos envueltos en mantas junto a los muros. Cuando el haz de luz les pasaba por encima, sus ojos brillaban como los de los gatos.

La linterna barrió el suelo a ambos lados del pilar donde Cat se ocultaba, y tuvo que apretar los tobillos para que el haz de luz no la descubriera. Oyó otro disparo, que resultó ensordecedor dentro de aquella jungla de hormigón. Sabía cuál era el propósito de Ken: quería que se movieran, que corrieran, que se expusieran. Se tapó los oídos con las manos y contuvo la respiración.

Cada destello de luz se burlaba de ella, hacía que los grafiti que la rodeaban parecieran vivos y atemorizantes.

Destello. Un mono que fumaba con ojos suspicaces y entornados.

Destello. Una alambrada de espinos pintada de verde y azul.

Destello. Una hilera de calaveras blancas con las cuencas de los ojos negras.

Destello. Una araña con colmillos.

Destello. Una frase garabateada en un rojo goteante sobre un robot diabólico de color dorado: «Solos no somos nada».

Cat miró a Brooke, que señalaba con un dedo hacia el norte. Ken se acercaba; tenían que moverse o quedarían atrapadas. Cuando la luz se apagó, se deslizaron sobre el suelo helado, bordearon otros tres pilares y se pusieron a cubierto al tiempo que la linterna iluminaba de nuevo el espacio que quedaba junto a sus pies. El haz de luz provenía cada vez de un ángulo distinto. Ken las seguía moviéndose en zigzag hacia el norte. Pronto estaría tan cerca que podrían oír sus pasos.

Se hallaban a más de cien metros del punto en que habían iniciado la huida. Hacía frío y se aferraron la una a la otra, temblando.

—No va a rendirse —susurró Brooke al oído de Cat—. Nos encontrará y nos matará.

—Tenemos que volver sobre nuestros pasos —decidió Cat.

Sabía que sólo había una vía de escape: tenían que atravesar el cementerio hasta el paso elevado del sur, trepar el muro y dejarse caer en el riachuelo helado. Podían dejarlo atrás deslizándose por el agua, de vuelta al cruce de vías y a las calles del centro. Allí estarían a salvo, a menos que él las oyera y las encontrara. Si lo hacía, no podrían huir a ninguna parte.

—El arroyo —dijo Cat.

Brooke asintió.

El cementerio estaba oscuro. La linterna se había apagado. No lo oirían llegar; estaba en algún lugar de aquel solar de hormigón, aguardando y observando. Por encima de sus cabezas, una farola de la autovía proyectaba sombras enloquecidas e iluminaba los grafiti. La luz parpadeaba al paso de los coches como un estroboscopio. Tenían que cruzar una franja de maleza para desplazarse desde los carriles norte hasta los carriles sur, y no había forma de esquivar la luz. Si Ken estaba mirando cuando echaran a correr, vería las dos siluetas negras. Tenían que arriesgarse.

Tal vez estuviera a treinta metros de ellas.

Tal vez estuviera ahí mismo, con la pistola en la mano.

Sus pasos resonaron a través de la maleza cubierta de nieve. La luz recortaba sus cuerpos sobre el suelo. Cruzaron de un lado a otro en menos de dos segundos, y se detuvieron a escuchar. Cat esperaba oírlo correr y que el haz de la linterna las deslumbrara. En lugar de eso, sólo había silencio.

—Vamos —dijo.

Avanzaron hasta el muro que bordeaba el arroyo. Cat se agarró para subir y se raspó los dedos con la gravilla. Pasó las piernas por encima de la tapia, las dejó colgando sobre el agua y le tendió una mano a Brooke para ayudarla a trepar. Una vez estuvieron las dos en lo alto del muro, tomaron aire y saltaron. A pesar de la escasa altura, el hielo se resquebrajó como si lo hubiera alcanzado una bala y el agua fría les

salpicó los tobillos. El limoso lecho del arroyo estaba desnivelado y lleno de escombros.

La luz no llegaba hasta allí abajo, parecía un túnel subterráneo. Avanzaban en mitad de la nada, entre las sombras. Lo único real era el contacto de la mano de Brooke, que se aferraba con fuerza a la de Cat.

El viento no alcanzaba el riachuelo, pero lo oían por encima de ellas, gimiendo como un animal herido. Le temblaba todo el cuerpo, y empezó a trastabillar: tras un minuto en el arroyo, el agua helada le había calado las botas y ya no sentía los pies. La capa de hielo crujía con cada paso y, a pesar de que intentaban no hacer ruido, tenía la sensación de anunciar a gritos su presencia.

De repente, algo la deslumbró.

A unos diez metros, el haz de la linterna las iluminó y convirtió la noche en día. Petrificadas, se cubrieron los ojos. Correr era inútil; no tenían escapatoria. Cat entornó los ojos para ver más allá de la luz; al principio, lo único que distinguió fue una mano que sujetaba una pistola apuntada hacia su pecho. Pensó en su hijo, y se preguntó si su madre estaría en lo cierto y si de verdad existía un cielo en alguna parte.

El rayo de luz se movió hacia arriba, revelando el rostro de la persona que había detrás. No era Ken McCarty, ni nadie malvado. Era Serena.

Sin hacer ruido, Cat sorteó el espacio que las separaba de un salto y sintió como los brazos de Serena la rodeaban. Se echó a llorar con la cabeza hundida en su hombro, aliviada. Serena mantuvo la linterna y la pistola apuntadas hacia Brooke. Cat la cogió de la muñeca con cuidado y bajó el arma.

—No pasa nada, ella quería ayudarme.

Brooke levantó los brazos en el aire en gesto de rendición.

—¿Dónde está él? —susurró Serena.

—Ahí arriba, en alguna parte. ¿Y Stride, venía contigo?

—Sí. Vamos, salgamos de aquí.

Serena se volvió y la linterna giró con ella, iluminando una figura encogida sobre el muro del riachuelo, lista para saltar. Ella alzó la pistola, pero era demasiado tarde para apuntar y disparar. Ken McCarty se lanzó con los brazos extendidos y aterrizó sobre el pecho de Serena, haciéndola caer de espaldas en el agua.

La pistola y la linterna cayeron con ella.

El arroyo volvía a estar sumido en la oscuridad.

—¡Stride!

La voz de McCarty resonó en el cementerio de grafiti, invitándolo a acercarse desde algún punto por delante de él, a unos cincuenta metros, en el corazón del arroyo. Stride corrió por la nieve esquivando los pilares de hormigón. Cuando llegó al muro junto al arroyo, se agachó y encendió su linterna, esperando que una bala pasara rozándole la cabeza.

No ocurrió nada.

Stride dejó la linterna en lo alto del muro y avanzó unos tres metros, hasta un somier con los muelles oxidados apoyado contra la pared. Trepó por el marco metálico, se asomó por encima del muro y apuntó con la pistola hacia abajo, hacia el agua.

Ken le miraba con los tobillos hundidos en el riachuelo. La luz capturó su sonrisa altanera, la misma desde que era un novato. Estaba detrás de Serena, y le rodeaba la garganta con el musculoso antebrazo. Un metro por detrás de él, Cat y Brooke permanecían en un silencio inmóvil.

—Ha pasado mucho tiempo, teniente —gritó Ken.

—Suéltala, Ken —le ordenó Stride—. Suéltala y tira el arma.

—Creo que no.

Stride no lo tenía a tiro, y Ken lo sabía. La mitad del rostro del agente quedaba oculto detrás de Serena. El brazo de Ken se cerraba cada vez con más fuerza en torno a su cuello, y ella apenas podía respirar.

—Ken, sabes que todo ha terminado. La policía está rodeando la zona en este mismo momento. No vas a ir a ninguna parte. Si quieres conservar la vida, suéltala y tira el arma.

Ken apretó la pistola contra la cara de Serena y ella se retorció.

—De hecho, teniente, mis opciones acaban de mejorar. Tengo un rehén; alguien que te importa. No creo que vayas a ponerla en peligro.

—No vas a salir de aquí.

—¿Ah, no? Pues dispárame. Venga, inténtalo. Eso sí, espero que te hayas pasado por el campo de tiro últimamente. Está oscuro y no tienes un buen ángulo. Hay muchas posibilidades de que le vuelas la cabeza a tu novia en lugar de a mí. ¿Quieres correr ese riesgo? No me gustaría que pasaras el resto de tu vida lamentándote por ello. ¿Cuántas mujeres estás dispuesto a perder, Stride?

Stride no contestó. Oyeron las sirenas en las calles que rodeaban el cementerio.

—Vienen por ti, Ken.

—¡Pues coge la radio y diles que desaparezcan! Serena y yo vamos a largarnos de aquí ahora mismo. Sin polis ni pistolas. Si yo muero, ella muere en el fuego cruzado.

—¿Dónde crees que vas a ir? —preguntó Stride—. Si huyes, no durarás ni un día.

—Llevo diez años huyendo, Stride; puedo hacerlo durante diez más. No necesito

mucha ventaja. Déjame marchar y soltaré a Serena en cuanto esté a salvo.

—Eso no va a pasar —afirmó Stride.

—Entonces será mejor que me dispaes.

Stride tensó la mano alrededor de la pistola y vio la frente de Ken en el centro de la mirilla; sin embargo, el cuerpo del agente se movía y aparecía y desaparecía de su campo de visión. Estaba demasiado oscuro, demasiado lejos, y hacía demasiado frío. Los ojos verdes de Serena relucían bajo la luz; Stride sabía que ella quería que disparara. Se soltaría de su garra y le concedería tan sólo una milésima de segundo, pero él no era capaz de hacerlo. Trató de decírselo con los ojos: «No».

Ken dio un paso adelante y empujó a Serena junto con él. Ella empezó a retorcerse; iba a echar a correr. El hielo crujió y se convirtió en escarcha blanca. Stride tenía que tomar una decisión.

—¡Quieto! —gritó.

—Voy a salir —replicó Ken—. Salva la vida de tu novia y déjame marchar.

Stride volvió a apuntarle con la pistola e introdujo el dedo en el gatillo. Mientras esperaba el momento para disparar, percibió un movimiento entre las sombras, detrás de Ken. Su mirada se desvió hacia Cat y vio la cara de la chica contraída por la emoción. Las lágrimas le rodaban por las mejillas y tenía la boca abierta en una mueca de furia y horror.

Cat se arrodilló, deslizó la mano dentro de su bota y sacó un cuchillo.

«Para para para para para».

«No no no no... Oh, Dios mío... Oh, Dios mío...».

«Por favor... me muero... me muero».

Cat agarró con fuerza el cuchillo. Oía la voz de su madre en plena agonía, tan nítida como aquella noche. A pesar de haberse llevado las manos a los oídos, la había seguido oyendo. El cuchillo que entraba y salía de su cuerpo. Su madre llorando, sangrando, muerta.

Aquel hombre era el culpable, aquel hombre que tenía frente a sí. Aquel hombre se lo había arrebatado todo: a su madre, a su padre, a Dory. Y ahora tenía a Serena, y también se la iba a quitar.

No podía dejar que ocurriera, debía detenerlo. «Por favor, mamá, dame fuerzas para impedirlo». Lo único que tenía que hacer era apuñalarlo; alzar el cuchillo, dejarlo caer y penetrar su carne para quitarle la vida. Para hacerle pagar por todo el daño que había causado: clavarle la hoja una y otra y otra y otra y otra vez, tal como merecía. Sería tan sencillo, tan justo. Matarlo. Apuñalarlo.

Cat veía el hueco de su espalda por debajo del cuello, donde primero clavaría el cuchillo. La sangre saldría a chorro, lo había visto antes. Él gritaría de dolor y ella no tendría piedad. Sacaría el cuchillo, volvería a apuñalarlo, lo sacaría, volvería a apuñalarlo, lo sacaría, volvería a apuñalarlo. Contaría las cuchilladas. Diez, veinte, treinta, cuarenta, hasta que el arroyo negro se tiñera de rojo con su sangre.

Levantar el brazo, bajar el cuchillo, hundirlo en su carne. «Mamá, dame fuerzas».

Desde su tumba, Michaela permanecía en silencio. Cat cayó en la cuenta de que estaba apelando a la persona equivocada. Era su padre quien la guiaría, quien le enseñaría a ser brutal y despiadada, a invocar al demonio en su alma. Marty Gamble no habría dudado: habría hecho lo que tenía que hacer, habría cogido el cuchillo, habría alejado de sí cualquier debilidad y habría sembrado la muerte y el dolor y la sangre.

«Tengo que detenerlo, papá. Muéstrame cómo».

«Mamá, perdóname».

Pero no importaba cuánto tiempo permaneciera Cat allí de pie: era incapaz de hacerlo. Estaba paralizada, sacudida por los temblores. El cuchillo trepidaba entre sus dedos y no era capaz de hacerlo. Le ordenó a su brazo que se moviera, pero no lo hizo. No importaba cuánto lo deseara ni cuánto lo necesitara: no podía blandir el cuchillo, no podía clavarlo en el cuerpo de otra persona. Aquel hombre, aquel asesino, iba a salirse con la suya por culpa de su debilidad.

Cat sintió unos dedos fríos sobre su mano, la mano que sujetaba el cuchillo.

De pie a su lado, la mirada de Brooke Hahne destilaba tranquilidad y determinación.

Tomó el cuchillo de la mano de Cat y, en un único movimiento, describiendo un gracioso arco, hundió la hoja hasta el mango en el cuello de Ken McCarty.

Sucedió muy rápido, y a la vez muy lentamente.

Ken soltó un aullido de dolor y su cuerpo se sacudió a medida que el cuchillo penetraba en sus terminaciones nerviosas y le seccionaba la arteria. La sangre empezó a brotar; un surtidor rojo. El brazo con el que rodeaba el cuello de Serena se aflojó y ella se retorció para liberarse de su garra, resbaló sobre el hielo y cayó de rodillas. Ken se tambaleó y su pistola disparó hacia el cielo, pero mientras se derrumbaba contra el muro, no la soltó.

Una amenaza mortal.

Stride adivinó lo que iba a ocurrir y no pudo detenerlo. Gritó, chilló. Disparó en la misma milésima de segundo, pero la bala impactó en el muro por encima de la cabeza de Ken y rebotó hacia las vigas de la autovía.

Oía el viento y los coches.

El haz de su linterna iluminó el rostro ebrio de Ken y se reflejó en el metal de la pistola, y la pistola bailaba, bailaba y giraba. El dedo de Ken presionó levemente el gatillo. La pistola soltó una llama. El disparo estalló como una bomba.

Y la bala alcanzó a Serena.

Flashbacks.

Stride no recordaba haberse lanzado por encima del muro hacia el arroyo. Se arrodilló sobre el cuerpo de Serena y vio los rostros de las mujeres a las que había perdido, como si estuvieran tendidas junto a ella. Él las había acompañado en su lecho de muerte, cuando ya era demasiado tarde para cambiar nada, cuando ya estaban fuera de su alcance.

—*Michaela.*

Su dedo sobre la sangre del cuello de ella. No había pulso.

—*¡Michaela!*

Su voz rota.

Michaela tenía los ojos cerrados y una expresión angelical en el rostro. Stride posó las manos en sus mejillas todavía calientes, como si la vida las hubiera abandonado en aquel mismo momento. Unos minutos antes, ella había suplicado su ayuda, pero había tardado demasiado en llegar. Le había fallado.

Era consciente de que Ken McCarty se acercaba cojeando a la arcada, pero renunció a seguirlo. Ken ya no podía ir a ninguna parte.

Serena yacía boca arriba en el agua turbia y helada. Su pecho estaba cubierto de sangre, mucha sangre. Más sangre de la que un cuerpo podía prescindir. Tenía los ojos abiertos, pero miraba por encima del hombro de Stride, a los ángeles, visiones de lo que estaba por venir.

—No mires hacia allí —le pidió él—. Mírame a los ojos, quédate conmigo.

Cindy.

La cáscara vacía de su preciosa esposa.

La oyó coger aire. Respiraba espaciadamente, con gran dificultad.

Cindy movió los labios y murmuró algo que Stride no logró entender. Se acercó a ella, y la visión de su piel y el olor a enfermedad que emanaba de su cuerpo lo sobrecogieron. No era una batalla que él pudiera pelear. Era sólo un espectador ante el peor acontecimiento de su vida.

Ella volvió a intentarlo y él trató de captar sus palabras.

—Todo está bien, Jonny.

Era un susurro que no parecía en absoluto propio de ella. No lo comprendió; no podía creer que le estuviera diciendo que todo estaba bien, porque nada lo estaba. Pero por un instante, distinguió un brillo en sus ojos que le recordó a la persona que había sido.

Cindy volvió a hablar. Le suponía un esfuerzo terrible.

—Es lo que quiero ahora.

Él asintió, jamás podría aceptarlo, pero ella sí. Tenía que hacerlo, no había elección.

Stride posó sus labios en los de ella. Cuando se apartó, Cindy había vuelto a cerrar los ojos. El sonido jadeante y doloroso de su respiración se había extinguido, reemplazado por un silencio plácido. El color abandonó su rostro y él se quedó allí sentado mirándola, y supo que era capaz de seguir hablando. Le dijo que hacía mucho frío y le recordó cuánto se habían reído durante la excursión que hicieron juntos aquella primavera. Le dijo lo hermosa que era y lo mucho que la amaba. Seguía hablando cuando los médicos entraron y se lo llevaron.

—Serena, mírame —le suplicó—. Mírame, quédate conmigo. La ayuda está en camino, está a punto de llegar.

Se inclinó hacia ella sobre el arroyo, la besó y le acarició el pelo mojado y sucio.

—Te quiero. No me dejes.

Ken McCarty tosió y la sangre le manchó los labios. No tenía que ir demasiado lejos: su coche estaba cerca de la autovía, donde lo había estampado. La cabaña cerca de Solon Springs seguía esperándole; allí podría esconderse mientras se recuperaba.

Apoyó una mano en el muro y dejó una huella ensangrentada. No importaba.

Fuera del cementerio de grafiti, la noche parecía más oscura que antes, como si la negrura residiera en sus ojos. Las rocas de la pendiente bajo la autovía tenían un aspecto extraño, y cayó en la cuenta de que se debía a que estaba en el suelo. Gateando. El barro y la nieve se escurrían entre sus dedos.

Volvió a toser. El líquido goteaba de su cuello y la sangre dibujó pequeñas perlas que puntearon las rocas como salpicaduras de pintura. Sería más sencillo pararse a dormir. Dormir, descansar, subirse al coche y cruzar el puente hacia Wisconsin bajo el sol de la mañana. Al día siguiente. Al día siguiente.

No. Tenía que seguir avanzando, no podía esperar a que amaneciera.

Se puso en pie con un esfuerzo increíble, y vio su coche. El poste de la farola seguía sobre el capó y las puertas estaban abiertas. Podía alcanzarlo, podía huir. Dio un paso inseguro y volvió a caer de rodillas. Entonces sintió una presión ligera y fría contra la sien que estuvo a punto de derribarlo. El cañón de una pistola.

—Hola, Ken —lo saludó Maggie.

En algún lugar detrás de ella, Ken vio luces parpadeantes y oyó sirenas. Coches de policía. Camiones de bomberos. Ambulancias. Gente que corría. Gente que pasaba apresurada junto a ellos en dirección al cementerio de grafiti. Gritos. Radios.

—Esperaba poder dispararte, pero diría que no voy a tener que tomarme la molestia —dijo Maggie.

—¿Eh?

A aquellas alturas, ya nada tenía sentido.

—Tienes un cuchillo clavado en el cuello —le explicó ella—. Parece que te ha alcanzado la carótida. Qué putada recibir lo que uno merece.

—Creo que me estoy muriendo —dijo él.

—Eso creo yo también.

—Ayúdame.

—Ya no puedo ayudarte, Ken.

—Ven conmigo.

—A donde vas, no.

—Serena —la llamó Stride.

Vio las luces y oyó la estampida de botas. Venían a buscarla.

—Serena —repitió.

Ella no contestó. Seguía mirando más allá de Stride, como si pudiera ver cosas que se ocultaban a los vivos. Él quería que sus ojos verdes se movieran, quería que le viera arrodillado junto a ella.

—No te atrevas a dejarme —le dijo.

Brooke Hahne estaba sentada en el suelo, a dos metros del agua helada. Su cuerpo temblaba sin control, con las rodillas apretadas y los puños cerrados frente a la cara. No había dicho una palabra; no había nada que decir, aunque todos sabían que estaban allí por ella. Stride deseaba odiarla, pero no podía.

Cat se arrodilló junto a Stride. Sus miradas se cruzaron y en ese momento él pensó que podría haberse tratado de su propia hija. Carne de su carne. La quería y la necesitaba. La chica lo tomó de la mano y se la apretó con una fuerza desesperada. Después sacó la mano de Serena del agua y se agarró a ella, convertida en el eslabón que los unía a ambos para formar una cadena. Cat cerró los ojos y alzó la cabeza hacia un cielo invisible.

Él la oyó rezar en murmullos, repitiendo una y otra vez las mismas palabras.

—No te la lleves, no te la lleves, no te la lleves, no te la lleves, no te la lleves, no

te la lleves.

Los médicos habían llegado y les hicieron a un lado con delicadeza.

Stride cogió la otra mano de Serena mientras los médicos la rodeaban. Tanto Cat como él se negaron a soltarla, como si a través del tacto pudieran regalarle su sangre y su calor. Él también rezó. Pronunciaron las mismas palabras, juntos, al unísono. «No te la lleves». No después de haberse llevado a Michaela. No después de haberse llevado a Cindy. No podría soportar más pérdidas.

Stride contuvo la respiración y de pronto, sin saber cómo, algo cambió, como un milagro. Vio cómo los ojos de Serena se movían y encontraban su cara y la reconocían. Ella se alejó de los ángeles y los dejó marchar.

Había vida en su mano.

—¿Sabes qué le iría muy bien a esta *pizza*? —dijo Cat—. Mantequilla de cacahuete.

Stride le dedicó una mirada de incredulidad desde el lado opuesto de la mesa.

—Se nota que estás embarazada, no hay duda.

Cat se levantó de la mesa, se metió en la cocina sin ponerse las zapatillas y regresó con un bote de mantequilla de cacahuete y un cuchillo. A continuación, extendió un buen montón de mantequilla sobre una de las porciones, se la metió en la boca y levantó los ojos al cielo.

—Mmmm. Tienes que probarlo.

—Paso —repuso Stride.

Serena se rio y pagó el peaje: un pinchazo de dolor en el pecho la hizo esbozar una mueca, pero sonrió de todos modos.

—Verás, Cat, estás violando la pureza de una *pizza* de salchicha del Sammy's. Para Jonny, eso es como pintarle un bigote a la Mona Lisa.

Cat le tendió el bote a Serena con una mirada interrogativa, pero ésta negó con la cabeza. La chica se encogió de hombros, se apartó el pelo de la cara y blandió un dedo ante ellos.

—No sabéis lo que os estáis perdiendo.

La chica siguió untando la *pizza* de mantequilla y empezó a canturrear con fingida despreocupación. En realidad, Stride sabía que estaba nerviosa y asustada; lo veía en las fugaces miradas que les lanzaban sus ojos negros, tratando de leer en sus rostros. Él le había dicho que tenían que hablar con ella. Apenas quedaba *pizza*, y Cat se afanaba en simular que ni una sola preocupación rondaba por su cabeza.

—¿Y qué? El tipo de los coches ha pasado a la historia, ¿no? —preguntó.

Stride asintió.

—Hoy ha dimitido de su cargo en el ayuntamiento.

—Los ricos no van a la cárcel.

—No, es probable que no —admitió Stride—. Tiene abogados, dinero e influencias. Lo más probable es que se libre.

—En aquella época no dijo una palabra. Debería pagar por ello.

—Debería. Ya veremos. Si le atrapamos por algo, será por su conexión con una red de prostitución de lujo en la ciudad. Creemos que Steve estaba en lo cierto; aún estamos investigando.

—También me he enterado de lo de Brooke —continuó Cat—. Mala cosa, ¿no?

—Podría ser peor.

—Supongo.

Habían transcurrido tres semanas desde los sucesos del cementerio de grafiti. Serena había pasado una semana ingresada en el hospital. La bala no había alcanzado ningún órgano vital, y el peligro por la hemorragia había pasado tras la primera noche en cuidados intensivos. La única secuela era el dolor de las costillas rotas y los

músculos desgarrados. Aún no podía moverse con normalidad, y estaría de baja durante al menos dos meses más.

En el caso de Brooke Hahne, habían sido tres semanas de maniobras legales a puerta cerrada.

—Si hubiera ido a juicio, se habría enfrentado a múltiples cargos por asesinato en primer grado —continuó Stride—. Lo que significa cadena perpetua sin posibilidad de libertad condicional. Así las cosas, aceptaron la acusación de homicidio en segundo grado alegando que no era la responsable material de los asesinatos. De todos modos, pasará los próximos veinticinco años entre rejas.

—No sé cómo me hace sentir eso —comentó Cat—. Ella me salvó la vida.

—Pero no antes de ponerla en peligro —señaló Serena.

Cat asintió.

—Ya.

—Escucha —empezó a decir Stride.

La rodilla de la chica se agitaba nerviosamente bajo la mesa.

—¿Sí?

—Tenemos que encontrarte un sitio para vivir —dijo él—. Ya ha pasado más de un mes.

—Lo sé.

Cat jugueteó con la porción de *pizza* que tenía en el plato, empujándolo con el dedo.

—Eh, ha sido divertido. Os estoy muy agradecida; no sabéis cuánto.

—Necesitas un sitio permanente —continuó Stride—. Te mereces algo más que una solución temporal.

—Sí, ya lo pillo.

Cat se levantó de la silla con un encogimiento de hombros que se contradecía con su tristeza.

—Un hogar de acogida, ¿no? Ya sé cómo funciona. Supongo que será mejor que vaya a recoger mis cosas. Bueno, ¿y dónde tengo que ir? ¿Quiénes son ellos?

—Cat, quiero que te quedes aquí, conmigo —anunció Stride.

Ella se detuvo.

—¿Contigo?

—Sí.

—¿De verdad?

—De verdad. Si tú quieres, claro.

La chica se metió las manos en los bolsillos.

—¿Por qué? ¿Porque te sientes culpable por lo que le ocurrió a mi madre?

—No, eso no cambiaría lo que siento.

—Entonces ¿por qué?

—Porque cuanto más te imagino en otro sitio, más cuenta me doy de que quiero que te quedes —contestó Stride.

Cat volvió a sentarse.

—¿Por cuánto tiempo? ¿Unos meses?

—Por todo el tiempo que necesites. Hasta que seas una adulta independiente. Quiero ser tu nuevo tutor legal.

—Voy a tener un hijo. Esto va a ser una locura.

—Es probable —convino él.

—¿Un poli con una puta adolescente? ¿Qué dirá la gente?

—No me importa lo que digan.

Cat no quería sonreír y él supo que, para ella, aquello era como un caramelo atado a una cuerda: en cuanto alargara la mano para cogerlo, alguien tiraría y lo alejaría de su alcance. Su mirada pasó de Stride a Serena.

—Vosotros dos vais a reconciliaros, y yo estaré en medio. No querrás que me quede.

—Los dos queremos que te quedes —intervino Serena—. Hemos hablado de ello.

—¿Tú también te quedarás?

—Creo que pasaré aquí una temporada, mientras me recupero —explicó Serena con un guiño—. Es más cómodo que ir y volver de Grand Rapids. Tú y yo podremos conocernos mejor; es decir, cuando no estés en clase o haciendo los deberes. Además, si os dejara a Jonny y a ti aquí solos, lo único que comeríais sería *pizza* del Sammy's.

—Lo dices como si fuera algo malo —observó Stride.

Cat se rio, incapaz de reprimir por más tiempo su alegría. Luego sonrió, y era la sonrisa que él recordaba haber visto la primera noche, tan magnífica como un amanecer.

—Bueno, quizá podría quedarme un tiempo —concedió.

Cat se levantó y empezó a recoger la mesa, apilando los platos con un repiqueteo de porcelana y cubiertos. Mientras él la miraba entrar en la cocina, se percató de que Serena lo contemplaba a él. Ignoraba si estaba preparado para acoger a una adolescente en casa, y más adelante a un bebé, como una familia repentina. Serena y él todavía no habían hablado de ellos ni de hacia dónde iba su relación. Habría tiempo para hacerlo. Y aun así, Stride tenía la sensación de estar obrando correctamente, como si, tras examinar el hueco de un puzle desde todos los ángulos, hubiera encontrado la pieza que encajaba.

Por mucho que Cat necesitara a alguien en su vida, él la necesitaba todavía más.

Cuando terminó de lavar los platos, Cat se acercó a él secándose todavía las manos con un trapo de cocina.

—Creo que iré a dar un paseo a la playa, si te parece bien —dijo—. Ahora es seguro, ¿no?

Stride miró a Serena, quien no pudo esconder una leve sonrisa. De entonces en adelante, cada día que pasara pondría a prueba los límites de Stride. Resultaba extraño lo rápido que podía empezar a pensar como un padre y un policía al mismo tiempo. Ya había oscurecido, y allí fuera había monstruos. Siempre habría monstruos.

—Es seguro —le dijo—, pero vuelve dentro de una hora.

Cat estaba de pie junto a las dunas, aspirando el aire del lago que flotaba sobre la colina. Abril había dado paso al mes de mayo, y el invierno había cedido por fin a la primavera. La brisa era templada. La alta hierba se mecía y siseaba. Subió el camino hasta lo alto de la duna y contempló la gran extensión del lago Superior que se abría frente a ella. Era medianoche bajo las estrellas, y la espuma coronaba las olas.

No le había dado a Stride una razón para salir, pero se preguntó si él lo sabía. Tenía que despedirse. Despedirse de sus padres. De Dory. De la Cat que dejaba atrás.

Por fin, iba a dejar el pasado tras de sí.

—Catalina Mateo —dijo una voz desde las sombras.

Cat dio un respingo. Miró hacia la franja de dunas y vio dos sillas de playa destartaladas hundidas en la arena. Maggie Bei estaba sentada en una de ellas.

—¡Oh! —exclamó Cat—. Me has asustado. ¿Qué haces aquí?

Maggie se encogió de hombros. Sostenía una botella de vino en la mano y Cat se percató de que la mujer estaba un tanto ebria.

—A veces vengo aquí a contemplar el lago. Hace años que lo hago.

—¿Para poder estar cerca de Stride? —preguntó Cat.

Maggie se rio. Era tan hermosa y menuda como Cat, pero destilaba dureza.

—No intentes psicoanalizarme, no va a funcionar. Además, el último loquero al que visité se voló los sesos.

Cat tragó saliva. Le resultaba extraño que Maggie dijera algo así.

Maggie dio unos golpecitos en la silla vacía con la base de la botella.

—Siéntate —le indicó—. Quiero hablar contigo.

—De acuerdo.

Cat no quería quedarse, pero lo hizo. Se sentó en la silla de playa junto a Maggie y contemplaron las aguas del lago bajo el cielo nocturno. Maggie permanecía en silencio, y Cat se dedicó a pisotear la hierba con la punta de una bota.

—Stride me ha pedido que me quede con él —dijo Cat.

—Eso he oído.

—Serena también lo ha hecho.

—Qué bien.

—Sé que no te gusto —dijo Cat.

—Me gustas, Cat, pero no me fío de ti.

Cat se revolvió en la silla.

—¿Por qué no?

Maggie volvió la cabeza. Cat no podía verle los ojos, ocultos tras unas gafas de sol. Se fijó en el pequeño diamante que llevaba en la nariz. Seguía sin responder. Aún no.

Pero no importaba. Cat sabía exactamente a qué se refería.

—En esa casa viven dos personas que me importan —continuó Maggie—. Stride

es mi mejor amigo, y lo será siempre. Durante un tiempo, pensé que quizá, quizá, podría ser algo más, pero ¿a quién quería engañar? Y Serena... bueno, me sigue gustando. Tal vez un día de éstos encontremos el modo de estar en la misma habitación sin matarnos.

Cat esperó.

—No estoy segura...

—El hecho de que te quedes con ellos puede unirlos más todavía. O tal vez los separe, no lo sé —continuó Maggie—. Es probable que me arrepienta de lo que voy a decirte, pero preferiría que les ayudaras a unirse, ¿vale?

—Vale.

—Si les puteas, responderás ante mí.

—Lo entiendo.

Cat se dispuso a levantarse, pero Maggie negó con la cabeza.

—No he terminado —dijo.

Cat se dejó caer de nuevo en la silla y esperó a que Maggie hablara, pero la sargento se quedó allí sentada en un silencio frustrante, un silencio que iba inflándose como un globo a punto de estallar. Al final, incapaz de soportar la tensión, Cat le espetó:

—¿Qué quieres de mí?

—La verdad.

—¿Sobre qué?

—Ya lo sabes.

Cat lo sabía, pero no quería admitirlo. Ahora era ella la que se había quedado en silencio. Sentía el frío en todo el cuerpo.

Maggie se quitó las gafas de sol.

—Estuve en Minneapolis justo antes de que todo saltara por los aires —dijo—. ¿Puedes creer que Ken McCarty tuvo la jeta de venir a verme? Menudo cabrón.

—Lo siento.

—Puedes ahorrarte la compasión. No sentía nada por él cuando vivía, y tampoco lo siento ahora que está muerto.

—No te creo —dijo Cat.

—¿Lo ves? Ya vuelves a sonar como un loquero, Cat. No lo hagas.

—Lo siento —repitió la chica.

—Hablando de loqueros, ¿mataste a Vincent Roslak? —preguntó Maggie de repente.

Cat se echó a temblar.

—No.

—¿No? ¿Ésa es tu versión? ¿Eso es todo lo que tienes que decir? Ahora entenderás por qué no confío en ti.

Cat oyó la voz de Roslak como un eco que no podía sacarse de la cabeza. Aún lo amaba.

«¿Consideras el sexo un acto violento? ¿Hay alguna práctica sexual que te negarías a realizar?».

—Yo no lo maté.

Maggie asintió.

—No volviste a verlo después de que se mudara a Minneapolis, ¿no? Eso es lo que le contaste a Stride.

Cat no respondió.

—Pero sí que lo viste, ¿verdad? —continuó Maggie—. Sabía que algo no encajaba cuando visité su apartamento, y tardé un rato en averiguar qué era lo que me estaba sacando de quicio. ¿Sabes qué era? Las campanas. Como Quasimodo. Las campanas, las campanas. Era el tren ligero que pasa junto al apartamento de Roslak. Había oído antes ese sonido, ¿sabes dónde? En una de las sesiones que grabó Roslak. En una de tus sesiones, Cat. De fondo se oía el chirrido del tren ligero. Era Minneapolis. ¿Por qué ibas a mentir al respecto si no tuvieras algo que ocultar?

«¿Crees que podrías matar a alguien, Cat?».

—Yo... no quería que nadie pensara...

—No querías que nadie pensara que lo habías matado tú. Por cierto, le enseñé tu foto a un conductor de los autobuses Jefferson Lines que cubre el trayecto entre Duluth y Minneapolis. Te recordaba muy bien. Es el problema de ser tan guapa. Los hombres no pueden olvidarse de ti. Me contó que tomabas esa línea todas las semanas. ¿Cuántas veces, Cat? ¿Cuántas veces viste a Roslak en las Cities?

Cat no podía seguir mintiendo.

—Muchas. Yo le quería.

—¿Y qué pasó? ¿Caíste en la cuenta de que estaba abusando de ti y del resto de sus pacientes? ¿Caíste por fin en la cuenta de que sólo le interesaba el sexo? Le importabas una mierda, Cat.

—Yo no lo maté —repitió Cat.

—Entonces ¿quién lo hizo? ¿Ken? Fue lo que pensé al principio. Roslak debió de averiguar lo del robo; puede que viera el anillo o que tú dijeras algo bajo hipnosis, y de alguna forma estableció el vínculo con Ken. Sería la explicación más sencilla, pero no creo que fuera lo que sucedió.

—¡Yo no lo maté! —volvió a chillar Cat—. ¿Cómo puedes decir eso? ¡Ni siquiera fui capaz de clavarle un cuchillo a tu novio por la espalda! Me quedé allí plantada mientras él estaba a punto de dispararle a Serena, ¡y no me atreví! ¿Ése es el problema? ¿Desearías haberlo matado tú misma? Sería incapaz de hacerle algo así a otro ser humano. Sé qué hacen los cuchillos; lo he visto.

—¿Lo has visto?

Cat se mordió el labio.

—Mi madre.

—Tú no viste a tu madre.

—¡Déjame en paz!

—¿Quién mató a Roslak?

Cat volvió a sentarse y respiró hondo.

—Te juro que, si te echas a llorar, te abofetearé.

Cat le dio la espalda, enfadada.

—No voy a llorar. No delante de ti.

—¿Quién lo mató, Cat?

«*Por favor. Aquí hace mucho calor*».

«*Abriré una ventana*».

Se puso rígida. Aún lo sentía detrás de ella. Dolía mucho, pero era lo que él quería, y ella le habría dejado hacer cualquier cosa sólo para que él continuara queriéndola.

—Ella oyó lo que me estaba haciendo —explicó—. Yo lloraba, y pensó que me estaba violando. Lo malinterpretó.

—¿Quién?

—Dory.

Su voz estaba desprovista de emoción, como si hubiera pulsado un interruptor y hubiera dejado que se escurriera igual que el agua sucia por el desagüe.

—Ese día me llevó a la ciudad en su coche y me esperó fuera fumándose un cigarrillo. La ventana estaba abierta. Hacíamos mucho ruido.

Maggie permaneció en silencio.

—Irrumpió en la consulta y se lanzó sobre nosotros. Yo... yo sangraba. Él seguía dentro de mí y ella lo apartó. Mi cuchillo, el que siempre llevaba, estaba sobre la moqueta, cerca de mis botas. No tuve tiempo de explicarle nada. Quería decirle que yo le había dejado hacerlo. Era lo que él necesitaba. Él me amaba. Dory cogió el cuchillo y se lo clavó una y otra y otra vez. Quise detenerla, pero ella no dejaba de apuñarlo y gritarle.

Cat encogió lentamente las piernas y cruzó las manos sobre su regazo.

—Cuando todo terminó, cogimos uno de sus abrigos para que Dory se lo pusiera y nadie viera la sangre. Luego condujimos de vuelta a casa y paramos por el camino para lanzar el cuchillo a uno de los lagos. Al llegar, la ayudé a ducharse y a limpiarse, y entonces metimos toda la ropa en una bolsa de basura y la tiramos en un contenedor. Nunca volvimos a hablar de aquello.

Maggie se levantó de la silla y volvió a ponerse las gafas de sol en la oscuridad.

—¿Ésa es la verdad?

—Es la verdad —le aseguró Cat—. Dory era todo lo que yo tenía. Ella me protegía, así que yo la protegí a ella.

Maggie dio media vuelta y subió por el camino, entre las dunas.

—¿Se lo contarás a Stride? —gritó Cat.

Su pregunta quedó sin respuesta. Maggie siguió avanzando entre la hierba ondulante hasta que la oscuridad la engulló y Cat volvió a quedarse sola con el rugido del lago. No dio el paseo por la arena mojada que había planeado. No se despidió de

los que habían muerto. Supo que estaba equivocada: el pasado era pasado, pero nunca quedaría tras de sí.

Pasada la medianoche, la casa estaba en silencio. Serena tenía el pelo mojado y él le pasó una toalla para secarlo, con cuidado de no rozar la herida. Estaban de pie sobre el suelo inclinado del tercer dormitorio de la casa. La cama estaba cubierta con un edredón floreado, y había una vela de lavanda encendida que llenaba el espacio con su fragancia. Serena olía a gel de ducha; bajo la bata de seda, su piel estaba húmeda.

—Compartir el baño con dos mujeres... —murmuró—. Eres un hombre valiente, Jonny.

—Me acostumbraré.

Escurrió los mechones de su pelo con la gruesa toalla. Serena se volvió y la vela proyectó la sombra de Stride sobre su rostro.

—¿Te importa si duermo aquí y no en tu cama?

—No hay problema.

—Todo se andará, Jonny. Sólo necesito tiempo.

—Lo sé.

—¿Me desvistes?

Los dedos de Stride deshicieron el lazo de seda del cinturón; la bata se deslizó unos centímetros y dejó al descubierto una sombra de piel por debajo del cuello. Le apartó la tela de los hombros y la bata cayó al suelo. A sus ojos, estaba desnuda y perfecta, pero no curada. La gasa de su pecho le recordó lo que había sufrido. Se moría de ganas de tocarla, pero había algo igual de excitante en el hecho de verla de pie bajo su mirada.

—Hay un camisón en el armario —dijo ella.

—¿Tú?

Ella sonrió.

—Ahora hay una niña en casa.

Stride encontró el camisón negro en la percha, lo cogió y lo deslizó con cuidado sobre su cuerpo, hasta que ella quedó cubierta de encaje. Vestida era aún más hermosa. Los ojos de Stride se vieron atraídos por la curva de sus pechos y sus piernas desnudas desde la altura del muslo. Detrás de ella, la cama estaba abierta.

—Estoy tan cansada... —dijo Serena.

—Claro.

—Me duele.

—Lo sé.

La ayudó a meterse en la cama, la arropó y sopló la vela; una espiral de humo se elevó desde la mecha. En cuanto Serena cerró los ojos, Stride percibió cómo su respiración se acompañaba. Cerró la puerta con cuidado y la dejó sola. Estaba agotado, pero todavía no podía acostarse. La vida había cambiado. Era el guardián

del futuro, un vigilante que protegía cosas de un valor incalculable. Que así fuera; habría tiempo para dormir. Se sentó en la butaca de cuero rojo junto a la chimenea y se quedó velando la noche.

Agradecimientos

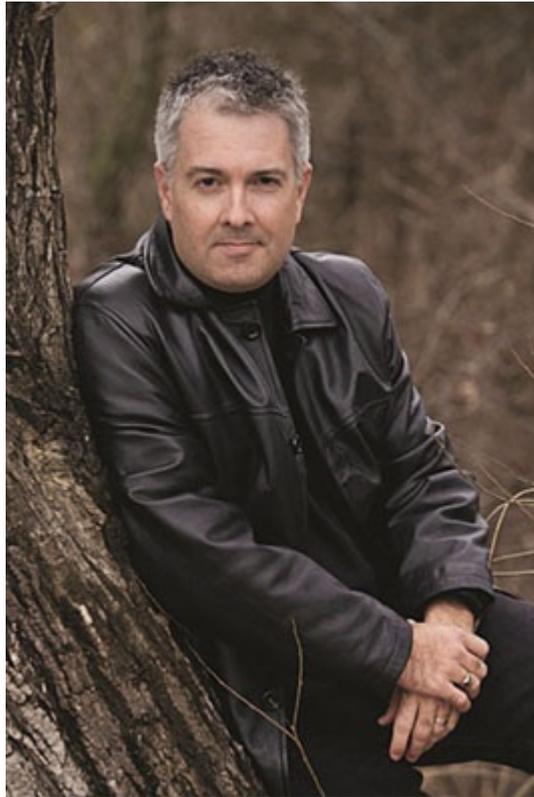
Me ha supuesto un gran placer volver a Duluth y asistir al regreso de Jonathan Stride. Las gentes de Duluth y Superior siempre nos obsequian a Marcia y a mí con una cálida bienvenida, y les estamos muy agradecidos por ello. Un agradecimiento especial al sargento David Greeman y a los miembros del cuerpo de policía de Duluth por el minucioso recorrido por sus instalaciones y las visitas a muchos rincones interesantes de la ciudad. Gracias también al personal del auditorio, el puente levadizo y el centro de emergencias del condado por dejarme observarlos en su día a día. Chuck Frederick, Ken Browall y el equipo del *Duluth News-Tribune* son grandes adeptos de mí y de mis libros, al igual que Sally Anderson de la librería Fitgers y Laura Seiden, de Mix 108.

El fiscal del condado de Isanti, Jeff Edblad, me proporcionó tanta ayuda como en él es habitual para explicarme la complejidad de la ley criminal de Minnesota y los procesos para dictar sentencia.

En la industria editorial, he sido extremadamente afortunado por poder trabajar con los agentes Ali Gunn, Deborah Schneider, Diana Mackay, todo el equipo de The Marsh Agency y coagentes de todo el mundo. También estoy muy agradecido a toda la gente de Quercus, en Reino Unido, y Sterling, en Estados Unidos, en especial a David North y Charlotte Van Wijk.

Matt Davis, Paula Tjornhom Davis, Mike O'Neill, Alton Koren y Terri Duecker han contribuido a este libro con sus sabias sugerencias. Matt, Paula, Marcia y yo decidimos el título del libro mientras tomábamos una botella de vino. ¿O fueron tal vez dos? Sinceramente, no soy capaz de recordar quién lo propuso.

Para Marcia son siempre las dos primeras palabras de cada libro, y también las últimas. ¡Gracias por todo, cariño!



BRIAN FREEMAN. Nació en Chicago en 1963 y creció en San Mateo, California, antes de mudarse a Minnesota. Empezó a escribir su primera novela cuando estaba en sexto curso, y todavía recuerda esa primera incursión en la literatura. Como fuentes, cita dos un tanto insólitas: su abuela y una profesora de secundaria. Cursó estudios en Lengua Inglesa, lo que le facilitó el acceso a la colaboración en revistas literarias como *Mystic Fiction*, *Mind in Motion* y *Green's Magazine*. Su trabajo como director de *marketing* y relaciones públicas en la firma de abogados Faegre & Benson le acercó a los dramas de quienes se ven involucrados en asuntos criminales, experiencia que le ha sido de inestimable ayuda a la hora de crear sus argumentos.

El lanzamiento mundial de su carrera editorial a los cuarenta y un años supone para él la culminación de treinta años de fascinación por el *thriller*. *Inmoral* representa su debut en la escena literaria y ha suscitado un gran revuelo, ya que es la carta de presentación de un autor llamado a renovar el género del misterio y la intriga. Los detectives Jonathan Stride y Serena Dial también protagonizan su segunda novela, *Stripped*. Sus libros están a la venta en cuarenta y seis países y han sido traducidos a dieciséis idiomas.

Para más información sobre Brian Freeman: www.bfreemanbooks.com.

Notas

[1] La Fundación Hazelden es una organización sin ánimo de lucro con sede en City Center, Minnesota. Hazelden dispone de instalaciones para el tratamiento de la adicción al alcohol y a las drogas en Minnesota, Newberg, Oregón, Chicago, Illinois, Naples, Florida y Nueva York. (*N. de la T.*). <<